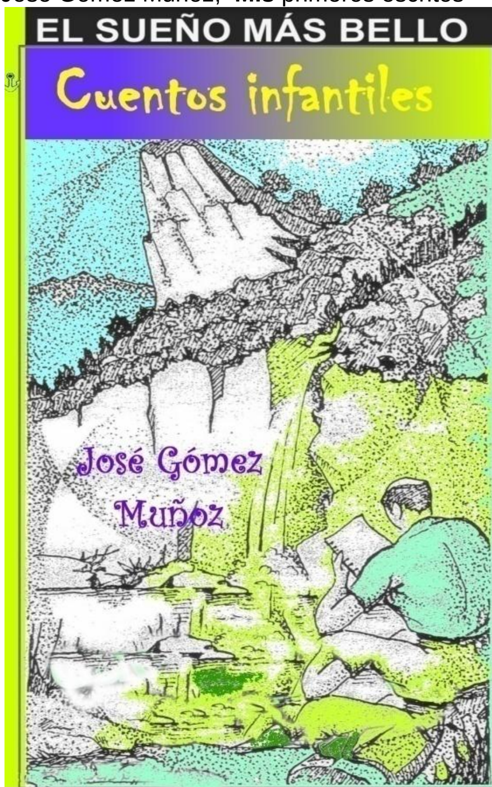
Cuentos infantiles

José Gómez Muñoz, **Mis** primeros escritos



Dibujos: Antonio Espada
y otros

Índice:

CUMPLEAÑOS PEQUEÑO



Cumplió ocho años y se puede decir que todo iba bien, excepto que en el pueblo blanco, lo único importante que pasaba es que todo seguía siendo igual que antes. Los niños jugaban por las calles, las personas mayores iban al trabajo de los olivos, las madres lavaban la ropa y charlaban en las esquinas cuando se encontraban con las vecinas, el cielo se cubría de nubes al caer las tardes y luego llovía y hasta nevaba cuando era invierno y hacía mucho frío y los gorriones revoloteaban sin parar todo el día. Y la niña cumplió ocho años, sin que sucediera nada importante sino

lo que ya hemos dicho. También volvían al pueblo algunos que se habían ido de estas tierras buscando trabajo y otros que, decían, venían de turismo.

Una semana antes había nevado mucho sobre las altas cumbres de la Sierra de Segura. Por el Yelmo, la Cumbre, los Campos de Hernán Pelea y todos esos grandiosos paraísos que sólo los pastores conocen bien. Por el pueblo blanco del río color chocolate sólo habían caído tres copos y medio. Por eso en cuanto salió el sol se derritieron. Sin embargo, por arriba, el pueblo de Santiago de la Espada, Pontones, Fuente Segura y otras aldeas bonitas que parecen dormir un sueño eterno entre los bosques espesos, la nieve duró casi veinte días.

Diez días después de la gran nevada y una semana antes del cumpleaños de Aneluz, sus amigos se presentaron en la casa.

- Hoy tenemos que subir al Yelmo. Pronto va a ser mi cumpleaños y quiero, para ese día, contarles a mis amigas que he estado en lo más alto de la cumbre más alta de estas sierras mías.

Dijo la niña. A lo que los amigos respondieron:

- Pues hoy nos vamos al Yelmo.

Y a las dos y media de la tarde llegaban al otro pueblo blanco que se derrama por la llanura donde crecen olivos y sementeras relucientes. Siguieron y no tardaron en remontar hasta lo más alto del pueblo de la roca. El que mira al sol de la tarde y es tan

bello que parece un reflejo de luna que se hubiera parado a descansar sobre la roca de la ladera. Desde este pueblo que se mira en las azules aguas del gran pantano del Tranco, subieron y llegaron hasta lo más alto. Al punto que por aquí todo el mundo conoce con el nombre de la Cumbre y es donde la carretera tuerce para irse al nacimiento del río Segura y para el río Madera.

Sin embargo, cuando llegaron al pueblo de la roca grande, se pararon. El muchacho regordete de pelo moreno dijo:

- Asomémonos al gran balcón y contemplemos el valle que cubrieron las aguas del pantano.

Al oír la propuesta estuvieron conformes todos los miembros del grupo. Pero antes de seguir, el autor de este escrito, tiene que aclarar que el pueblo de Hornos, que así es como le llaman al puñado de casas blancas que los niños estaban visitando, se encuentra en lo más alto de un monte casi redondo. Tiene un castillo viejo y por la parte de atrás, en la muralla y casas de este pueblo, hay un balcón que cuelga en el vacío. Abajo, en lo que fue una gran vega en otros tiempos, se extiende el Pantano del Tranco que se alimenta del río Guadalquivir y otros arroyos largos que caen desde las sierras de Segura. Desde este balcón se ve medio mundo y en ese medio mundo, están los rincones más bonicos de este parque natural. Se ve un buen trozo de la cuenca del río Guadalquivir, la del río Hornos, algo de la del río Trujala y muchas cumbres con montes espesos y

nombres preciosos.
Así que al asomarse los niños exclamaron:
- ¡Oh qué bonito!
Y agarrados a los hierros de la baranda que sujeta para que las personas no se caigan al vacío, siguieron mirando. Y están ellos en sus juegos cuando de pronto, la niña amiga, siente un beso en su cara. Una caricia suave con sabor a dulce. Y ella se vuelve a los amigos y le pregunta:
- ¿Quién me ha besado?
Sus amigos dijeron:
- De nosotros nadie ha sido.
- Pues yo he sentido la caricia de un beso pequeño.
Y de pronto una voz resuena y dice:
- He sido yo.
- ¿Quién eres tú?
- Soy el viento de la tarde
. - ¿Y por qué me has besado?
- Para felicitarte. Pronto será tu cumpleaños y quería ser el primero en darte mi cariño. ¿Te has enfadado?
Y Aneluz dijo que no se había enfadado, pero que como le había cogido así tan de sorpresa, pues se había asustado algo. Y en estos momentos otra voz algo más clara, dice:
- ¡Qué el primero en felicitar a la niña he sido yo!
Era el sol que estaba a media altura en el cielo y brillaba limpio sobre las aguas del pantano.
- En cuanto se asomó al gran balcón yo acaricié su carita con mis rayos de oro. He

sido el primero en felicitarla. Volvió a decir el sol pidiendo que se le reconociera que había sido el primero. Y ahora otra voz un poco temblona, dice:
- Pues el primero he sido yo. Era el frío que bajaba desde las cumbres blancas del Yelmo y venía agarrado a la cola del viento.
- Tú no has sido el primero.
Le increpó el sol.
- Pues tú tampoco.
Gritó el viento.
- Entonces ¿quién ha sido el primero?
Preguntó el frío.
- Que lo diga ella.
Propuso el sol.
- Eso es, que lo diga la niña que va a cumplir años.
Seguía pidiendo el viento.
- Sí, sí. Que ella diga quién le ha felicitado primero.
Y ella, la que estaba a punto de cumplir años y se iba por la sierra con sus amigos para celebrarlo, se puso la mano en la frente como si intentara recordar. Mira hacia la gran masa de aguas azules y luego pregunta:
- ¿Tengo que decirlo?
- Tienes que decirlo para que así se aclaren las cosas. No es lo mismo ser el primero que el segundo, el tercero o el último. Y la niña dijo:
- Pues para mí es lo mismo. La intención que hay en el corazón es lo que vale, creo yo. Y dijo el sol:
- Vale la intención y es igual ser el primero o

el último, pero en este caso, las cosas son distintas. Dinos tú quién ha sido el primero en felicitarte.

Para dejarlos satisfechos ella habló y dijo:

- Voy a decirlo, pero aquí no.

- ¿Dónde entonces?

Sigue preguntando nervioso el sol que brilla en el cielo.

- Allá arriba. En la cumbre del Yelmo. En presencia de la nieve.

A lo que el viento contestó sin perder un segundo:

- Te esperamos en ese lugar dentro de media hora.

Y sin aguardar más salió soplando ladera arriba chocando contra los árboles, doblándolos y gritando:

- ¡Paso, paso, tengo prisa porque ahora sí quiero ser el primero en esperar sobre la cumbre!

Tal como se había dicho media hora más tarde Aneluz llegaba a donde se amontonaba la nieve blanca y en compañía de sus amigos. Y allí mismo, sobre la hierba, el sol, por entre las copas de los pinos, el viento y recostado en la nieve reluciente, el frío, estaban los tres luchadores. Al llegar el grupo se dirigieron a la niña y le dijeron:
- Venga, habla que estamos impacientes. ¿Quién ha sido el primero en felicitarte en este día de tu cumpleaños?

El viento se mecía complacido en la copa de un gran pino laricio. Sobre las alturas de la Cumbre, crecen los pinos más bellos y altos del mundo. La niña se sienta sobre una roca y acariciando a la nieve le dice:
- Lo que yo necesito deciros es que a los tres os quiero por igual.

Y el sol enfadado:
- Eso no vale.
Acarició al sol que jugaba enfadado por la piel de su cara y con amistad le dijo:
- Tú sol, llenas mis campos cada día con tu luz y das vidas a las plantas.
Al oír esto celoso el viento preguntó:
- ¿Y yo qué?
- Tú, viento renuevas de oxígeno cada hora estas montañas y siempre traes y llevas a las nubes en tus brazos.
Y claro, como la nieve estaba allí mismo y en ella se escondía el frío, se enfadó un poco y dijo al sol que calentara fuerte para derretirse pronto y así irse de estas sierras para siempre.
- Porque no hay derecho. Siempre tengo que ser el último como si yo no sirviera para nada.
La niña volvió a acariciar otra vez a la blanca nieve y con cariño le dijo:
- Te he dejado la última para decirte lo mejor. Tú, nieve, cuna del frío, además de tu hermosura blanca sobre los montes para que estos celebren el invierno, también sé que te haces agua y te vas por los manantiales y los arroyos para dar de beber a las ovejas de las montañas y regar las huertas de los pueblos.

¿Te parece poco?
Y la nieve dijo:
- Poco no es, pero...
La niña le cortó la voz diciendo:
- Por lo que ya he dicho podéis comprender que a los tres os quiero mucho. Por parejo y exactamente igual. Así que no es importante que uno u otro me haya felicitado el primero. Siempre los tres estáis con migo y formáis parte de mis juegos. Sin vosotros estas tierras mías, sus grandes montañas, sus profundos ríos, los bosques, pastores y labradores de huertas y olivos ¿qué harían? Ninguno de ellos tendrían vida y yo, si no tuviera al sol, al viento y al frío ¿cómo podría jugar? Así que ya lo sabéis: formáis parte importante de mis juegos y esto vale más que todo lo otro. ¿Estáis de acuerdo?
El viento cayó, la nieve se hizo la distraída y el sol, se ocultó tras una gran nube blanca. Una de esas nubes algodonosas que muchas veces se pasean por el cielo azul que arropa a las Sierras de Segura. Y como ninguno quiso hablar, Aneluz preguntó de nuevo:
- ¿Estáis de acuerdo o no?
Y ahora el viento dijo:
- Por mi parte sí estoy de acuerdo.
- Yo también me conformo, pero...
Dijo el sol asomándose un poquito por el borde de la nube que se tornó dorada al quemarse con los rayos de luz.
- Pues yo también digo que sí, aunque también tengo que aclarar que el juego no era así.
Funfurruñó por fin el frío. Una ardilla que por

allí cerca saltaba de una rama a otra y de vez en cuando se paraba para escuchar y curiosear lo que por el rincón pasaba, se sentó sobre una piña y mirando a la niña, se dirigió al viento, a la nieve y al sol diciendo:
- Pero es que sois tontos. Ella os ha dicho que a los tres os quiere por igual. ¿No estáis descubriendo que es buena y por eso quiere jugar con vosotros?
- Bueno, pues siendo así.
Dijeron los tres a la vez ya algo conformados.
La niña les volvió a decir:
- Pues ahora os invito a jugar conmigo. Es la mejor manera de celebrar mi cumpleaños. ¿Queréis?
Y los tres a coro dijeron:
- De acuerdo, juguemos contigo.
Y en cuanto se pusieron a jugar, la niña dijo:
- Para que la tarde sea más divertida y nuestro juego más emocionante ¿queréis que os cante una canción que un día me enseñó mi abuela?
Y los tres elementos:
- Pues cántala para que así no olvidemos nunca este encuentro.
Y mientras reía, saltaban y corrían por aquella llanura llena de hierba verde y bañada de luz por los cálidos rayos del sol, Aneluz cantó la siguiente canción:

Sol que prestas tu calor
a la tierra que da la vida,
gracias por besar a la flor
y perfumarla de color
en las mañanas fresquitas.
Y tú, viento, gran señor
que tanto andas con prisa,
gracias por ser portador
de esencias de margaritas.
Y a ti frío que no eres menor
aunque seas el que más tiritas,
gracias por ser en la nieve amor
y en el hielo blanca sonrisa
y gracias viento, frío y sol
por venir a jugar conmigo
en esta tarde bonita.

Y Aneluz con sus amigos estuvo toda la tarde allí, sobre la cumbre del monte Yelmo, jugando y riendo en compañía de sus amigos. De este modo celebró ella sus ocho cumpleaños. Un cumpleaños pequeño, pero bonito y en compañía de los amigos más importantes del mundo. Cuando se hizo de noche regresaron al pueblo blanco junto al río color chocolate. Y cuando estuvo en su casa le contó a la madre y también a la abuela todo lo que a lo largo del día había vivido y hecho. Al rato se durmió y cuando amaneció al otro día, en cuanto estuvo al lado de la abuela, le preguntó:
- ¿Tú conoces todos los rincones de estas sierras nuestras?
La abuela la miró algo extrañada por la pregunta así tan repente y al rato le contesta

diciendo:
- La sierra es muy grande. Conozco yo muchos parajes, fuentes, ríos y montañas. Pero la sierra es tan grande que una vida entera andando por ella no sería suficiente para conocerla bien.
- ¿Entonces la sierra es como ese collado que yo sé?
- ¿Cómo es el collado que tú sabes?
Y la niña le dice:
- Mira abuela, yo lo he visto y es como redondico, de tierra llana y en ella crece mucha hierba. Por su centro pasa una senda que se pierde en la espesura del bosque y eso es lo que más me intriga.
- ¿El bosque?
- No, la senda. ¿Tú sabes a dónde lleva?
- Es que no sé dónde está ese collado que me dices.
- Se encuentra por encima del valle grande, en mitad de una ladera y como te decía, es tan bonito que yo creo que aquello es una puerta a otro rincón de la sierra que nadie ha visto nunca.
- ¿Por qué lo sabes tú?
- Es que al pasar por allí e irse con la vereda que vuelca para el barranco es tan bonito que hasta entra alegría. Como si la sierra entera fuera una llanura donde conviven las plantas, los ríos, los bosques y las nubes. ¿No es así la sierra, abuela?
Y la abuela le dice que en algunas cosas sí es la sierra muy parecido a lo que ella cuenta. Pero en otras cosas y lugares, ni se parece.
- Pero es verdad que tiene mucha belleza y

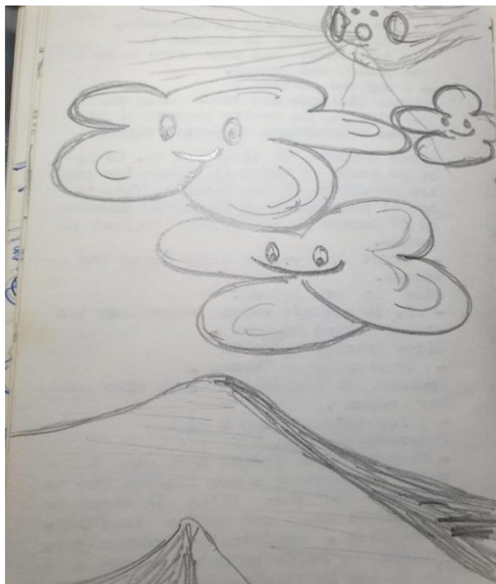
hasta transmite la alegría que tú dices, aunque también depende.

- ¿De qué depende?

- De los ojos con que se le mire y el corazón que dentro se lleve. Un corazón limpio y amante de Dios ve en la sierra muchas más cosas que aquellas personas violentas, llenas de soberbia y autosuficientes. ¿Lo entiendes tú, hija mía?

- Lo que yo te digo abuela es que aquel collado creo yo que es una puerta que lleva a sitios que nadie conoce todavía.
Y ahora la abuela guarda silencio. Sabe que Aneluz está creciendo, entrando al mundo de las cosas y la luz y por eso todavía le queda mucho que aprender y conocer. Esto tiene que ser así como siempre lo fue en todas las personas de la tierra. Pero ella hoy, se queda un poco inquieta. Las preguntas y respuestas que la niña le ha hecho ¿de dónde las ha sacado y por qué las conoce?

Las nubes negras



Otro día, Aneluz y sus primos, se fueron por el bosque. Era invierno y hacía mucho frío. El cielo estaba lleno de grandes nubes negras.
- Subamos a las cumbres y llamemos a las nubes para que vengan y rieguen los campos.

Propuso la niña y así comenzó la aventura de las nubes negras. Hacía mucho tiempo que no llovía como lo había hecho en otras épocas y por esto, muchas encinas, muchas

sementeras y muchos manantiales, se estaban secando. También se habían secado ya muchos olivos y el aceite, es una de las mejores riquezas de estas sierras. Además, en los pueblos y aldeas de la comarca donde había nacido y vivía Aneluz los grifos de las casas ya no corrían y las personas se abastecían de camiones cisternas que

repartían agua por las calles y botellas que compraban en las tiendas.
Desde lo alto del monte dieron grandes voces.
- Nubes, venid, queremos jugar con vosotras.
- Nos da miedo.

Contestaron las nubes
- ¿Por qué?
Le preguntaron los niños.
- Porque vosotros sois hijos de los humanos y ellos siempre nos tratan mal. Nos asfixian con sus humos, nos ensucian con sus desechos y nos impregnan de sus malos olores. Por eso estamos enfadadas con ellos. No queremos regar sus campos porque son malos con nosotras.
- Pero no temáis, nosotros somos buenos. Venid y juguemos y luego haremos un pacto.
Sopló el viento. Avanzaron las nubes y al poco estuvieron junto a la niña y sus compañeros.
- Bajad y jugad con ellos
Les decía el viento a las nubes empujándolas
- No queremos. Nos da miedo. Ellos también van a reírse de nosotras.

Y se fueron volando por lo más alto de las cumbres. Aneluz subió aun más alto y desde una roca extendió su mano y las acarició al tiempo que le cantaba la canción que le había enseñado su abuela.

Nubes de algodón mullido
que voláis por mis anchas sierras
como vuelan las mariposas
al llegar la primavera,
venid y regad los campos
y empapad a fondo la tierra
para que los pueblos vivan
y sean buenas las cosechas.

- ¡Ay que gustico!

Exclamaron las nubes y entonces empezaron a deshacerse en pequeñas goticas de agua.

- ¡Gracias, muchas gracias!

Dijo un pequeño pino que estaba medio seco.

- ¡Gracias, gracias!

Dijeron también varias matitas de hierba que se marchitaban junto al arroyuelo.

- ¡Mil millones de gracias!

Van proclamando uno tras otro todas las madroñeras del bosque.

- ¡Ay que gustico!

Seguían diciendo las nubes cada vez que sentían la manita de la niña acariciando su panza blanca y oían la melodiosa canción del algodón mullido. Poco después el viento se fue. Se hace de noche y sobre los campos las goticas de lluvia siguen cayendo. Pasa todo el otoño. Al llegar la Navidad los olivos dan sus cosechas. Una buenísima cosecha de

aceitunas gordas como ciruelas que a su vez dan un aceite tan rico que, al comérselo untado en rebanadas de pan tostadas en la lumbre, sabían a gloria bendita. Y al llegar la primavera, la niña con sus amigos, vuelven al bosque.

- Mirad que verdes están todas las praderas.

Y los amigos les contestan:

- Es verdad, nunca antes vimos tan verdes las laderas de estas sierras. Y fijaos cómo relucen de verdes las sementeras y los huertos que hay junto a los ríos, los pueblos y los cortijos.

- Gracias a ti, niña buena.

Exclama de pronto un viejo pino.

- ¿Por qué gracias a mí?

Pregunta ella.

- Cuando tú te fuiste, aquel día las nubes se quedaron y nos dijeron que tu caricia fue para ellas la mejor prueba de amor que habían recibido nunca de los humanos. En honor a ti decidieron quedarse para siempre y morir en estos campos a fin de que la hierba, los árboles y las flores, crezcamos llenos de vida para que tú nos puedas gozar y seas feliz.

- ¿Volverán más?

- Dijeron que volverán todos los años cargadas de aguas limpias y copos tiernos para regarnos a nosotros y para que tú tengas muchos arroyuelos donde poder jugar, beber y lavar tu cara y manos.

Y lo que dijeron las nubes sigue siendo verdad. En aquellos lugares del mundo, donde las montañas son tan bonitas y los bosques se espesan hermosos, las nubes

vuelven todos los años. Durante muchos días se detienen sobre los montes de la Sierras de Segura y con amor, allí dejan caer sus tiernas gotas cristalinas.

- Para ti niña que fuiste tan amiga nuestra. Dicen y así cada año los pinos están más verdes, son más abundantes los prados y se llenan de flores y más flores las riveras de los arroyos.

- Para ti porque tú siempre fuiste la más buena con nosotras. Para que tengas los campos más bonicos y los arroyos más claros que nunca nadie soñó en esta tierra.

Y esto, hoy todo el mundo lo puede comprobar. Por las montañas y campos de la Sierra de Segura los pinos son grandes como castillos, verdes como espejos de esmeraldas y las praderas parecen mares pintados con la sangre de estas misma esmeraldas. Pastan por allí los rebaños de ovejas y retozan los corderos mientras el sol las acaricia y los arroyos, llevan el agua más limpia que nunca se ha podido ver en este planeta.

Aquel día, cuando los niños regresaron al pueblo blanco del río color chocolate, durante un rato más todavía se quedaron en la casa de Aneluz. La abuela los invitó a comer. Siempre tenía ella estos detalles con cualquier persona que llegara a su casa porque era una virtud que lo había aprendido de pequeña. En su casa, siendo ella todavía niña, cualquier persona que llegara, era recibida como al mejor de los amigos, como a uno más de la familia. Y esta costumbre de

siempre ha sido moneda corriente en las sierras donde ella vino a nacer y lo sigue siendo. Las personas se tratan entre sí como si fueran hermanos de verdad. Los niños se sentían agasajados y felices por todos aquellos detalles que la abuela tenía con ellos y por eso, después de compartir los manjares que la abuela le había preparado, todos juntos se fueron con ella al corral de las gallinas y le echaron de comer. En los pueblos de la sierra, todavía muchas personas tienen gallinas en sus patios o corrales. Son los animales que siempre tuvieron los serranos en sus cortijos porque de este modo, les era fácil tener huevos frescos en las casas. La leche la obtenían de las cabras, la carne de los corderos y las frutas y hortalizas de los huertos, el pan del trigo que ellos sembraban y molían en los molinos y el pescado, pues casi nunca comían porque a la sierra en muy contadas ocasiones llegaba pescado. En aquellos tiempos, porque ahora las cosas son diferentes. Las personas que pueden, aunque ahora vivan en pueblos como la abuela, todavía siguen con el cariño a sus gallinas y huertos.

Pues cuando los amigos de Aneluz se fueron, antes de acostarse ésta, le preguntó a su abuela:

- Y el río que corre por allí ¿de dónde viene?

Miró la abuela a la niña porque le había cogido de sorpresa la pregunta y a su vez le pregunta a ella:

- ¿A qué río te refieres?

- Abuela, cuando la senda baja un poco del collado y cruza la llanura que te decía se topa con un río. Hay allí una bonita cerrada por donde el agua salta y luego el río se pierde por lo hondo del gran barranco.
- Pero hija mía, en estas sierras nuestras hay muchos ríos.
- Como el río que yo te digo no hay otro. ¿De dónde viene?
- Todos los ríos vienen de las montañas que es donde caen las lluvias que luego manan por las fuentes. De estas fuentes se van formando los arroyos que al juntarse, ya son ríos. Y claro, los ríos que surcan estas sierras van y vienen por donde pueden porque saltan por despeñaderos, cruzan llanuras, se hunden en barrancos y hasta se remansan en azules y grandes charcos.

La niña guardó silencio, mirando con sus ojos como a algo concreto que sólo ella estuviera viendo y mientras dejaba que la abuela estuviera un rato más allí a su lado, en espera de que el sueño llegara, dijo otra vez:
- Pero abuela, ese río es muy bonito. Canta como si fuera una gran orquesta con muchos instrumentos, tiene tonos más brillantes que los rayos del sol y juega como si entre sus aguas llevara toda la alegría que en el mundo hay.
- Es que así son las cosas que Dios ha dejado hechas por estas sierras. Un día te pediré que me lleves contigo a ese río que conoces y cuando yo lo vea quizá pueda decirte cómo se llama, de dónde viene y a -

dónde va.
- Pero abuela...
Y la niña se durmió.

EL MUÑECO DE NIEVE



Un día de invierno Aneluz y sus primos fueron al bosque a dar un paseo. ¡Qué bonito estaba todo! Había nevado y los árboles, la hierba y hasta los caminos estaban cubiertos de blanco.

- Hagamos un muñeco

Propuso la niña. Y así empezó el nacimiento del muñeco de NIEVE protagonista de nuestra historia. Salió muy original: No tenía sombrero ni bufanda. Sus ojos eran alargados y verdes como dos hojas de pino y de nariz, en vez de tener zanahoria como todos los muñecos de su especie Gabriel le puso un palo de pino seco y chato. Pero lo

más bonito era la sonrisa que la niña dibujó, ahí, en la parte baja de su cara. Una sonrisa preciosa. Gabriel le puso un sombrero de hojas secas de pino y luego, todos juntos se fotografiaron abrazados al blanco muñeco. Durante un rato jugaron por allí, subiéndose a las rocas, patinando por la nieve y explorando cuevas por entre los pinos.

Luego Aneluz y sus primos se marcharon y abandonaron al muñeco. Pero a éste no le importó porque no tuvo tiempo de encariñarse con ellos. Él había nacido en uno de los lugares más bellos del mundo: En pleno corazón de la Sierra de Segura, entre los pinos que hay más arriba del pueblo de Hornos, cerca de otro pueblo llamado Pontones en la provincia de Jaén. Y para nuestro muñeco el haber nacido aquí era importante. Tenía a su alrededor muchos pinos, un arroyo de agua limpia que corría saltando por las rocas haciendo

sonar su canción y un poco más lejos estaba el gran pico del Monte Yelmo, luego el valle de La Puerta de Segura y muchos, muchos pinos formando un gran bosque verde y espeso. Todo esto a nuestro muñeco le llenaba de felicidad. Se sentía dueño de los campos más
limpios y bonitos que hay en toda la Tierra. Por esto no se quedó triste cuando la niña y sus amigos se fueron y lo dejaron solo.
Pero pronto se empezó a quejar de otra cosa.
- !Qué frio tengo; que frio tengo! ¿Cuándo

vendrá la primavera?
Decía.
- Estás loco. No ves que el sol te derretirá y será tu fin.
Le decía la ardilla que le oyó.
- No, porque yo tengo corazón y los corazones no se derriten al sol. Contestó el muñeco. Pero la ardilla no lo creyó y se lo contó a todo el mundo.

- !Está loco, está loco!
Se comentaba por el bosque.

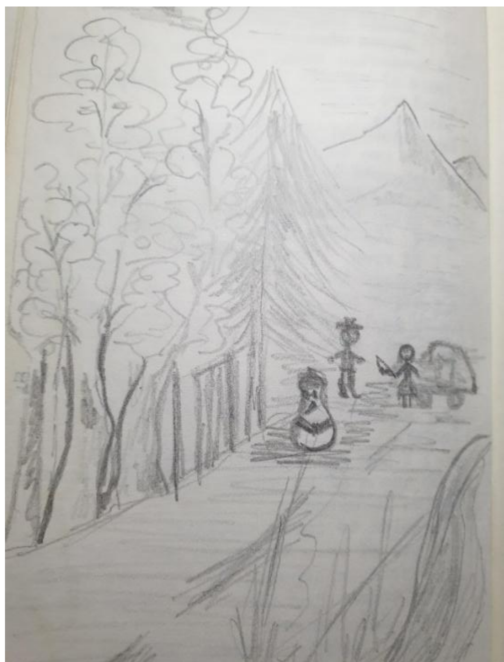
Y llegó la primavera, el sol empezó a calentar y el muñeco sudaba y se derretía, pero era feliz.
- !Qué calorcito tan agradable! ¡Qué bien, qué bien!
- ¡Está loco, está loco!
Decían las golondrinas que llegaban volando de lejanos países.
- ¡Está loco, está loco!
Decían los conejos mirándole desde la puerta de la madriguera. Pero el muñeco contestaba:
- No estoy loco, no estoy loco, porque tengo corazón.

Un día nadie pudo ver al muñeco. Había desaparecido. Pero en su lugar había una amapola roja, roja, roja. ERA EL CORAZON DEL MUÑECO DE NIEVE.
Cuando llegó el verano, la niña con sus primos fueron un día a pasear por los pinares donde en invierno había nacido el muñeco.

- ¡Qué bonito está el campo con tantas amapolas! ¿Os acordáis del muñeco de nieve?
- Claro que sí
.Contestaron sus amigos
- Pues mirad cuántas amapolas han nacido donde él estaba.

Un poco más arriba, entre los peñascos también había muchas flores de espliego y campanillas blancas. El agua del arroyo seguía corriendo ahora más limpia y cantando canciones más hermosas.
- Es la sangre del MUÑECO.
Dijo la niña.

El pino verde



Al salir el sol, el pino verde saludó a sus compañeros.
- ¡Buenos días queridos amigos!

- Buenos días.
Le contestan todos los árboles que crecen

junto al arroyo.
- Quiero anunciaros que hoy estoy muy contento.
Les dice el pino verde.
- ¿Es que te ha salido una nueva piña? Le preguntan los demás árboles.
- No, no es eso. A los pinos nunca nos salen nuevas piñas por estas fechas. Estoy contento porque ya estamos en Navidad.
- ¡Tú eres tonto! Tampoco los pinos celebramos la Navidad. En todo caso lo único que nos puede pasar es que algún señor de la ciudad venga por aquí y nos corte para ponernos de adorno en su casa.
- Por esto es por lo que estoy contento. He oído decir que a mí me van a cortar.
- ¿Y por eso estás contento?
- Es que a mí no me va a cortar un señor de la ciudad.
- ¿Quién te cortará entonces?
- Va a venir por aquí una niña que dicen es amiga de todos los pinos, los robles y los bosques de estas sierras.
- Pues qué suerte tienes tú.
- ¿Cómo se llama?
- Me han dicho que su nombre es Aneluz, que significa Ciudad Nueva. Y también la Nueva Ciudad que se abre al final del valle por el lado en que se pone el sol. La que como un sueño de luz explota desde el corazón de las montañas cuando éstas se abren y, como una flor gigante, se muestran resplandecientes de belleza. ¿La conocéis vosotros?
- Nosotros no, pero sí hemos oído hablar

mucho de ella.
- Pues yo, como va a venir a verme, estoy contento.

Y en estos momentos, por la carretera que va desde el valle hacia las altas montañas, sube un coche blanco. Se para en una curva y de él bajan dos muchachos. Uno es alto y rubio y el otro algo más regordete y moreno.
- Nosotros vamos a escalar el cerro ese que tenemos enfrente. Dice el muchacho alto y sin más se ponen en marcha subiendo por la pendiente. La niña pequeña dice:
- Yo mientras tanto voy a buscar un bonito pino para el árbol de Navidad.
Se mueve para el arroyo y de pronto oye voces:
- ¡Niña rubia, niña rubia!
- ¿Quién me llama?
- Soy yo, el pino verde del arroyo.
- ¿Qué te pasa?
- Ven, acércate a mí, tócame con tus manos, acaríciame y luego llévame contigo a tu casa.
- ¿Quieres que te corte?
¿Por qué quieres que te lleve a mi casa?
- En los bosques de estas Sierras de Segura, todo el mundo te conocemos. Dicen que eres buena y por eso te queremos mucho. Hoy tengo el gusto de premiarte con el sacrificio de mi vida por ti.
- ¿Y los otros niños y niñas de los pueblos y ciudades?
- Esos hombres y niños nunca nos dieron cariño ni nos cuidaron. Sólo vienen por aquí para hacernos daño. Tú nos has amado y respetado desde siempre. Por eso ahora no

me importa morir por ti.
Y la niña pregunta:
- ¿Quieres que te cante una canción que me enseñó mi abuela?
Y le dice el pino:
- Sí, por favor. Mientras me cortas, para que me duela menos, cántame esa canción tuya. Aneluz se acercó al pino y mientras lo iba cortando le cantó la siguiente canción:

Pino verde de los campos que alegras mi bella sierra y eres bandera ligera donde el viento se hace canto, gracias por ser primavera
por las cumbres y barrancos y en lo alto de las peñas, pino hermoso de los campos que alegras mi bella sierra.

Y lo cortó con mucho cuidado. Luego se lo llevó a su casa. Lo puso junto a la televisión, lo adorna y por la noche cuando ya está todo el mundo durmiendo el pino la llama y le dice:
- Quiero contarte una cosa para que tú se lo digas a los otros niños que conoces.
- ¿Qué es?
- Dile a todos ellos que pueden tener pinos en sus casas en Navidad, pero que primero cada uno de ellos debe amar a los bosques, mimar a los árboles, cuidarlos y respetarlos. Si hacen esto a nosotros los pinos no nos importa, en estas fechas, morir por ellos. ¿Se lo dirás?

Y Aneluz contestó:
- Se lo diré.

Cuando al otro día por la mañana salió el sol, el cielo se presentaba cubierto de nubes entre negras y blancas. Como si de un momento a otro se pusiera a llover y, en lo más alto de las cumbres, a nevar. Corría el viento y era frío y aunque el sol alumbraba llenando de alegría los paisajes que rodean al pueblo blanco del río color chocolate, las personas tiritaban de tanto frío como hacía. Por eso al ir por las calles, al encontrarse, al llegar a las casas y saludarse, yendo por los caminos hacia los olivares o en las tiendas mientras compraban alimentos u otras cosas, casi todos exclamaban:

- ¡Qué frío hace!

Y se restregaban las manos o se encogían de hombros como si con estos gestos acentuaran más el frío que hacía.

- ¡Es que no es normal!

Repetían también aunque ellos sabían que sí era normal que en estas tierras y por estas épocas del año hiciera el frío que estaba haciendo.

En su casa, aquella mañana, la madre bordaba encargos de las vecinas para ganar algún dinero y la abuela estaba allí junto a ellas al calor del brasero. Y aquella mañana, en aquel rincón junto a la abuela y la madre, Aneluz dijo:

- Pero cuando la senda baja del collado, antes de llegar al río y al charco azul, al frente se ve un monte muy alto. Un cerro casi redondo por arriba, con las laderas muy inclinadas por donde se apiñan los cortados

rocosos y luego ya termina en el llano que decía. A la izquierda de este llano y en lo hondo es por donde corre el río. Pero lo más bonito del monte que estoy diciendo son las nubes. Las nieblas se paran en la mitad de la ladera y luego suben hasta formar como la visera de una gorra que va de un monte a otro monte. Cuando sale el sol y le da a estas nubes, aquel cerro con su ladera, sus cortados rocosos y sus bosques, es bonito de verdad. ¿Sabes tú, abuela, cómo se llama ese monte?

- Será el Yelmo.

- Ni se parece siquiera al Yelmo, porque hasta es mucho más grande.

Y la abuela le responde que montes como el que ella describe hay muchos en la sierra. La niña guarda silencio y al rato expone:

- Y el río, por el lado de abajo de la llanura y donde el charco azul se remansa, es tan misterioso que parece un sueño. Sentí yo, abuela, como si allí mismo, una persona querida y buena, estuviera durmiendo y con su cuerpo ocupara todo el río. Desde la curva grande y la cerrada, la vega, el charco azul y se alargaba hasta las fuentes donde nace el río. ¿Tú sabes quién es?

- No lo sé, hija mía, porque no lo he visto.

- Pues yo sí vi que cuando pasó un tiempo, como que se levantara de su sueño y de espaldas a mí, por eso no puede verle la cara, se fue para el charco. Se paró en su orilla y luego se sentó en el peñasco. Dejó que le colgarán los pies y como con la punta de los dedos rozaba el agua, allí se quedó

todo el rato jugando y mirando al azul charco y a la corriente del río. ¿De verdad no sabes quién es?
Y la abuela repitió que no lo sabía.

Pero en estos momentos se acordó de algo. Se levantó de la silla donde en la mesa de camilla estaba sentada, entró a su habitación, de su mesita de noche cogió una pequeña carpeta azul que estaba llena de hojas de libretas escritas y de ella tomó una. Se volvió otra vez para la estancia y cuando ya estuvo de nuevo junto a la nieta, leyó lo que sigue:

Se le ve, en la mañana fresquita
del mes de marzo que pasa,
sentado en la hermosa orilla
del río de las dulces aguas.
Juega con sus pies en el líquido
que en el charco se remansa
y mientras juega y casi reza
mira y goza la abundancia
de la luz sobre la hierba
en las montañas hermanas
de donde el río cristalino
viene saltando en cascadas
y a la vez que trae la vida
alegra a la vida que mana
por riveras y laderas
y canta canciones doradas
que alimentan al corazón
y sanan de herida el alma.
Se le ve, en la mañana fresquita.

como dueño y esencia clara
del valle y el río que corre
y se le ve como si le amara
la pura brisa del paisaje,
el viento que está y no pasa,
la luz del sol y los bosques
y la presencia inmaculada
de Dios, Creador del mundo
que con él juega en el agua.

El castillo solitario



Y va Aneluz a preguntarle a su abuela para que le aclare aquello que acababa de leer cuando en estos momentos, a su casa, llega el grupo de amigos. La saludan y después de estar allí un ratico juntos dicen:
- Hoy es nuestra cuarta excursión por las montañas de estas grandes sierras ¿Adónde iremos?
Le pregunta el muchacho alto y rubio.

- Al castillo solitario.
Responde Aneluz enseguida.
- Sí, vamos al castillo.
Afirma el muchacho regordete de pelo moreno.
Y sin más, a las tres de la tarde suben al coche blanco, enfilan por el río carretera arriba, atraviesan el pueblo blanco que se duerme entre los olivos de la ladera y hora y media más tarde llegan al castillo. ¡Qué bonito está hoy el castillo con su niebla de algodón y las matas de hierba nacidas en la tierra de la puerta! ¡Qué bonitas están las pequeñas gotas de agua trabadas en las rocas y qué bonito todo el amplio paisaje del valle de los olivos! A los pueblos se les ve aplastados tras los cerros y el río corre valiente rajando la tierra. Al frente, se alza grandioso el gigante pico del Yelmo y por sus laderas, chorrean los espesos bosques de pinos. ¡Qué bonito se le ve hoy desde aquí y coronado por tres nube blancas de algodón mullido que juegan con el viento y el azul del cielo.

- Mirad, está abierta la puerta. Entremos y lo exploramos.

Propone la niña.
- Si, qué bien que lo haya dejado abierto. Entremos y descubramos los misterios que encierra.
Gritan los dos muchachos al tiempo que ya corren saltando por las rocas que hay por la puerta del castillo.

La niña va la última. Al pasar por el gran portón de madera, la entrada principal del viejo castillo, oye una voz que le saluda:
- ¡Hola niña!

- ¿Quién me habla?

Pregunta ella algo sorprendida.

- Soy yo, el alma del castillo solitario.

- ¿De qué me conoces tú?

- Todos los que por aquí llegan a verme, desde hace mucho tiempo me hablan de ti. También me cuentan cosas las nubes, el viento, la lluvia, las ardillas que saltan por los pinos. Todos te conoces y todos te quieren por estos cerros. Yo te estaba esperando.

- ¿Para qué me esperabas?

- Tenía muchas ganas de conocerte y además, también quería contarte un secreto. Pero ahora, pasa. Pasa y ve mi patio, mis columnas, mis escaleras todas de piedra y mis fuertes torreones. Yo también soy tan importante y bello como los paisajes de la sierra que tanto recorres. ¿Qué te parecen mis muros, mis arcos, mis galerías?

- Son bonicos, ricos y además muy robustos, pero me da miedo tanta oscuridad.

- Yo te quiero. No te dañaré porque no hay ningún fantasma escondido por aquí.

Y Aneluz, valiente avanza, cruza el patio, recorre las galerías, observa los paisajes que desde el cerro se abren hacia el valle, se recrea las casas blancas del pueblo de la cumbre aplastado contra las rocas y todo lo encuentra tan bonito que exclama:

- Eres un afortunado.

- No tanto como tú crees.

- ¿Es que tienes miedo de estar aquí tan lejos y tan solo?
- Miedo no porque me paso los días jugando con el viento que no para de rozar mis paredes, las nubes que me cubren cuando menos lo espero y las estrellas que en el cielo brillan por las noches. Tengo muchos amigos y además, la luna que me ilumina con sus rayos de luz naranja cuando por las noches aparece por lo alto de las cumbres. Tengo muchos amigos. Fíjate que vista tan grandiosa se ve desde mi pedestal rocoso. Se ve todo el valle y se oyen todos los ríos. Pero desde luego, sí es verdad que estoy algo triste.

- ¿Por qué?

- Tú no vienes nunca a jugar conmigo y esto me duele.

- No seas tonto. Yo a ti te quiero como quiero a todas las cosas bellas que hay en esta sierra mía. Si te pones alegre te prometo que esta noche voy a pensar en ti.
- ¿De verdad?
- Te doy mi palabra. Y además, para que compruebes que no te miento, ahora mismo te voy a cantar una canción que me enseñó mi abuela ¿quieres?
Y el alma del castillo, llena de alegría:
- Sí, por favor. Cántame una canción dedicada sólo a mí para que así te recuerde siempre. Luego yo te contaré algo que desde hace mucho tiempo me preocupa.
Y la niña le dice:

- Pues allá va, verás que bonica.

Castillo de rocas duras
que tienes tu pedestal
donde la lluvia es más pura
y el rocío es más cristal,
suerte grande es la tuya
porque el viento al pasar
te abraza por la cintura.
Te besa sin parar
como te besa la luna,
el sol y la niebla al rodar,
tras las tormentas oscuras,
desde el valle de olivar.
Castillo de rocas duras
¡qué noble es tu majestad!

Y en estos momentos, el castillo solitario que se alza donde las nubes tienen su nido, rió con una carcajada tan grande que retumbó por todo el valle.

- Ahora te toca a ti contarme esa preocupación que tienes.

Le dijo la niña. Y el castillo habló diciendo:

- No debería contarlo porque yo sé que otras veces me criticaron, pero como tú ya eres mi amiga, te lo voy a decir. Y el problema que no es tal, es que desde hace un tiempo oigo decir que dentro de mis paredes van a montar no sé qué exposición o muestrario y eso me tiene preocupado.

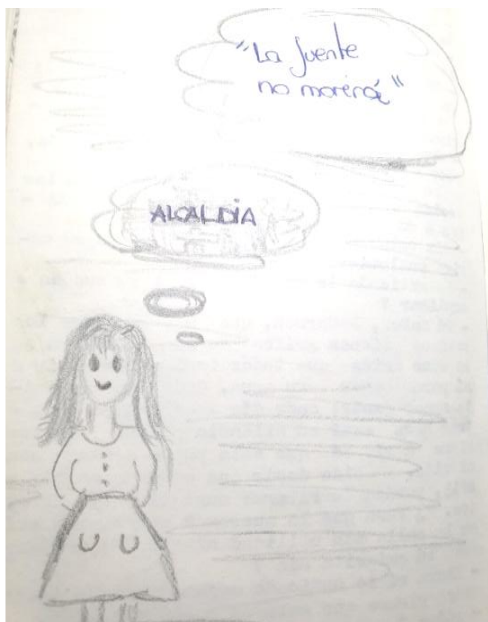
- ¿Por qué?

- Es que con tanto como he oído, me han herido y tengo sufrido, nunca se sabe qué cosa será o pasará con esto o aquello. Todos dicen, proponen y hasta prometen y luego...

pero en fin, mejor me callo porque como dice el refrán: luego to se sabe y yo, tengo experiencia. Pero tenía que contárselo a alguien y ya te lo he contado a ti.
- Pues tú tranquilo, castillo bonito que aquí estoy yo para echarte una mano en lo que sea necesario.

Al poco la niña lo despide y cuando ya bajaba por las frías escaleras de piedra oyó otra vez a la voz del alma del castillo que le dice:
- No olvides que has prometido ser mi amiga.
- No lo olvidaré.
- Pues entonces, vuelve. Tengo que contarte un gran secreto y cuando estemos jugando con las nieblas que me ciñen por la cintura, como tú dices, también te hablaré de las historias que tengo escondidas por los rincones de mis habitaciones. Entre las piedras que forman mis muros hay muchos tesoros durmiendo que a ti y a nadie más, quiero mostrar.
- Te prometo que volveré.

Algo más tarde, el coche que los había llevado a la cumbre del solitario castillo, descendía del cerro. Los tres reían contentos y comentaban entre sí:
- En cuanto podamos tenemos que volver y oír las historias que este castillo tiene escondidas entres las piedras de sus muros.
Y ella dijo:
- sí que tenemos que volver. Creo que sus historias serán las más fabulosas y bellas que nunca nadie haya oído.



Pasaron algunos días. El invierno había tocado su fin y aunque la primavera estaba ya acampada por los campos que rodea al bello pueblo blanco del gran valle del río color chocolate, no era una primavera seria. Hacía frío por las noches, se nublaba mucho durante el día, nevaba de cuando en cuando sobre las cumbres del Yelmo y por el valle, llovía. Las golondrinas ya habían vuelto, los cernícalos revoloteaban por entre los tejados

de las viejas casas y la torre de la iglesia buscando lugar para hacer su nido, los almendros ya tenían sus nuevas hojas y hasta las nuevas almendras y los cerezos, los que habían florecido más temprano, tenían algunas cerezas en sus ramas. Los otros, los más tardíos, los fríos de la primavera rara, les estaba helando tanto las flores como las cerezas recién brotadas y las nuevas hojas. En los olivos todavía no habían brotado las florecillas diminuta que luego se convierten en aceitunas. Por las mañanas, todas las mañanas y al atardecer, al cruzar el aire por encima de los tejados del pueblo, los cernícalos emitían sus característicos graznidos y ellos creaba en el ambiente una cierta explosión de vida a pesar de los fríos primaverales. Aneluz acudía todos los días a su colegio, al final del pueblo, junto al río y en la parte llana y cuando regresaba al medio día, la abuela le tenía preparada la comida.

Aquella noche Aneluz se acostó un poco más temprano que de costumbre.

- Buenas noches.

Dijo a su madre. La madre le dio un beso en la frente, arropó su cuerpo con la manta para que no tuviera frío porque era invierno y después apagó la luz.

- Hasta mañana hija.

Le dijo y allí la dejó en su cama.

La niña no se durmió enseguida a diferencia de otras noches que sí se quedaba dormida en cuanto caía en la cama. ¿Qué le pasaba esta noche? Ella no lo sabía, pero sí en su corazón algo le inquietaba. Era la fuente de

los caños blancos. La que hay un poco más arriba de su casa, en la esquina de la calle y al comienzo de la otra calle. La fuente de la Luz es como la llamaban todos los que vivían en estas sierras. Cuando ya oscureció y terminó de jugar con sus amigas se pasó por la fuente. Todos los días pasaba por allí y hasta le gustaba pisar el agua que desde el caño se derramaba y corría por la ladera. Todos los días en su chorro bebía ella muchas veces y todos los días, desde que sabía andar, cerca de la fuente jugaba hasta caer rendida. Así que la fuente de la Luz era para ella como una de sus mejores amigas. Como si desde siempre hubiera estado al lado de su cuna cantándole la hermosa canción del agua.

Canción del agua:

vestida de azul
vengo de las nubes
y de la pura luz
del sol, por las cumbres,
me hago diamante
que brilla y reluce
en los manantiales
que en los bosques surgen
y en los charcos claro
que de mí presumen.
Vestida de blanco
y en copos de dulce,
vengo desde el viento
y las blancas nubes
y soy el agua pura
que da vida y perfume.

Esta canción se la cantaba su abuelita en las tardes en que el cielo se ponía oscuro y caía la lluvia sin parar. Y como la canción es tan bonita y a la niña le gustaba tanto, su abuela también se la cantaba por las mañanas cuando iban al huerto de los tomates y la hierba estaba empapada de rocío. Cuando hacía mucho frío y el rocío se convertía en escarcha que en forma de cristales relucía bajo los olivos, la abuela le cantaba otra canción, también bonita, que más adelante pondré para que ni se pierda ni se olvide. Ella conocía bien la música clara del agua limpia. Conocía la frescura suave del líquido cristal y conocía todos los secretos, las alegrías, las penas y las ilusiones del chorrillo que bajaba desde las más altas sierras y venía a morir cerca de su casa. Pero ¿qué le pasaba hoy a la fuente? Al terminar la tarde Aneluz sorbió de su líquido blanco y bebió antes de irse a su casa. Justo en este momento ella notó que a la fuente le pasaba algo. Y por eso le preguntó:

- ¿Por qué estás triste? Y la fuente le respondió:
- Me siento vieja y sola.
- Yo vengo todos los días a beber a tu caño y a jugar por aquí cerca. Todos los días me ves y te doy mi cariño. ¿Cómo puedes sentirte tan sola?
- Eres la única que me acompaña. Los demás, poco a poco cada día me abandonan.
- Eso no es verdad. Yo veo que también la

vecina de enfrente y la otra, vienen a coger agua de tu caño.

- Sin embargo, estoy sola y sé que puedo morir cualquier día de estos.
- No entiendo lo que me dices ¿Me lo puedes explicar?

Y la fuente de la Luz, le dijo:
- Tú sabes que hoy ya todos los vecinos tienen grifos en sus casas. Ya no es como antes que todos tenían que venir a mí para coger agua. Cada día me visitan menos personas. Cada día me desangro horas y horas aquí, en silencio y sola y nadie viene a mí. Sé que esto puede acabar con mi vida. Hasta he oído decir que como ya no sirvo para nada pueden derribarme cualquier día de estos. "¿Para qué la queremos estorbando ahí en la calle y sin utilidad ninguna?" Dicen unos y otros. ¿Comprendes lo que te digo?
Y Aneluz le respondió:
- Ahora sí lo entiendo mejor. Pero de todos modos pienso que esto se puede arreglar.
- ¿Cómo?
- No lo sé, pero si hablo con las personas del ayuntamiento, con los vecinos, con los más viejos, quizá lo entienda y te ayuden.
- Sí, quizá tú puedas, pero yo no estoy segura.
- Déjalo en mis manos ya verás como hay arreglo.

Y después de estas palabras Aneluz se

despidió de la fuente de la Luz. Se va a su casa, cena y luego se mete en la cama. Está preocupada y piensa en el problema. ¿Habrá solución? ¿Lo entenderá la gente? ¿Le ayudará el alcalde? Y se dice que en cuanto se levante al día siguiente va a ir a verlo y después comenzará a hablar con los vecinos. "Mi fuente, mi bonita fuente con su caño blanco de rocío de las montañas, no debe morir ni estar triste". Se dice y pasado un rato se queda dormida. Al amanecer la abuela se vino, como tantas veces, con ella y sentándose en la cama se puso a contarle historias a la vez que respondía a las preguntas que la niña le hacía. A las que podía, porque en unos de aquellos momento en que la abuela le escuchaba, la niña dijo:

- Por la derecha del collado, según se sigue la senda hacia donde el sol sale, se alza la ladera que mira a la llanura de este collado y a la gran curva del río. Y por la ladera esa, todavía un poco antes de la cumbre, va otra vereda estrecha. También lleva dirección al sol de la mañana y mientras avanza es como un balcón al hondo barranco del río, a la gran curva, al collado y al charco azul. Más a lo lejos y en horizontes que se borran con tonos blancos, se pierden grandes cerros repletos de olivos. Entre ellos y la gran curva del río, pasa el Guadalquivir, hundido en un valle neblinoso, verde y tupido de olivos. Pues por la senda que es balcón y queda remontada y paralela a la del collado, yo lo vi avanzar. La nieve cubría a la tierra y a

la hierba. Pero no estaba nublado sino que lucía el sol. Iba descalzo pisando la nieve y lo que más me llamaba la atención es que no sentía frío. Caminaba pisando la nieve y no sentía frío ni le dolían los pies. Un poco más arriba había un rebaño de cabras blancas comiendo por entre el monte y un poco más abajo, donde en la llanura brota la fuente, había otras pocas cabras también comiendo monte.

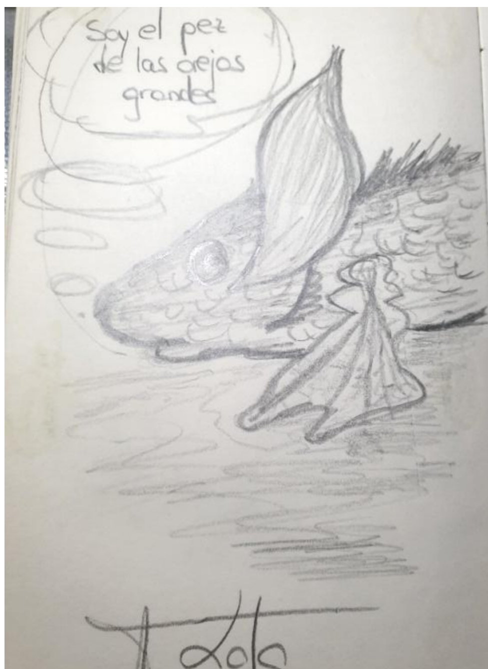
Se asomó al precipicio que hay donde la senda se presenta al barranco del río y ante sí tenía la gran panorámica. Un grandioso barranco que es por donde nace el río, con sus espesos bosques, sus tremendos acantilados, las fuentes manando bajo las peñas y los arroyuelos saltando por las piedras y la tierra. Y para sí se dijo: "Ahora saltaré desde esta roca, me agarraré a las ramas de aquel árbol y cuando por fin esté ya sobre el llano donde mana la fuente, beberé agua en ella y luego recogeré las cabras y me las traeré con estas de la cumbre". Y al decir esto se presintió como si en lo alto de la cumbre, todo lo estuvieran preparando para celebrar un banquete o algo así. ¿Reconoces el rincón, abuela y al que andaba por él?

Le pregunta Aneluz al terminar de contar su relato. A lo que la abuela dice:
- Ya te dije, mi niña querida, que la sierra es muy grande.
Y se levanta de la cama donde está sentada.

Se acerca a su mesita de noche, coge la carpeta azul, saca una hoja y le lee a la niña:

Pisando la nieve y descalzo
se le vio ir por la vereda
que es balcón sobre el barranco
y no sentía frío ninguno
aunque todo estaba blanco
de nieve blanca y de agua
que era hielo y puro barro.
- Pastor de la gran montaña
que ni sientes el cansancio
ni el hambre ni el dolor
mientras vives y vas llegando
¿adónde vas por los paisajes
agrestes y congelados?
- Voy a donde vosotros
prohibido tenéis el paso
y por más que transcurra el tiempo
jamás veréis ese palacio
y menos entrareis a él
porque estáis en el otro bando.
Pisando la nieve y su frío
se le ve caminando despacio
con el alma puesta en la fuente
que mana por el barranco
y el corazón puesto en el banquete
que entre las nubes y en lo alto
parece que en estos momentos
un rey le está preparando.

El pez de orejas grandes



Se presenta la madre en la habitación y dice que es la hora del desayuno.
- Café con leche y tostadas con aceite de oliva, es lo que hay.
- Pues es un desayuno que a mí me gusta mucho, mamá.

Le responde al tiempo que se agarra a su cuello y la besa. Las tres desayunan juntas mientras, por los cristales de la ventana que mira al río, contemplan a la mañana. El cielo está azul, con sólo unas nubes blancas en forma de rebaños de borregos y por el aire, revolotean las golondrinas. En unas de las casas, en la esquina del tejado, ya han construido un nido de barro. De vez en cuando las golondrinas se paran en el nido y en él depositan otro poquito más de barro o una raíz seca recogida en las riveras del río. A pesar de todo, ya es primavera.

Al caerla tarde aquel día, Aneluz se reúne con sus amigos en el puente que hay sobre el río de aguas chocolate. Es el que sirve de unión con las otras partes del pueblo. La Piedra, la parte nueva y el Pedrusco, la parte vieja. Ella vive en el centro de la parte vieja.

Hoy todos ellos y también el del coche blanco, habían quedado para bajar al otro pueblo. El pequeño y que también se levanta pegado a las aguas chocolate del río tortuoso. A la hora fijada todos se juntaron, subieron al coche y en diez minutos ya estaban entrando por las primeras casas del otro pueblo. Hoy el día era espléndido. El cielo aparecía limpio de nubes, los montes verdes y transparentes y el sol lucía calentando los campos y llenando de luz todos los bosques.

- ¡Mirad que pez!
Exclama la niña al ver el gran pez que hay a la entrada del puente. Es un pez de ladrillos con una gran cola y orejas largas, largas.
- ¡Qué grande y qué bonito!
Afirma el muchacho regordete de pelo moreno.
- Parece de verdad. Fíjate qué orejas tan grandes, qué cola tan larga y qué boca tan enorme.
Sigue expresando Aneluz.
- Es el pez más grande que he visto en mi vida.

Confirma ahora el muchacho de pelo rubio. Aneluz se pone frente a él, mete su mano en la boca del pez, lo mira despacio, lo acaricia rozando con sus dedos todo el lomo y luego se vuelve para el grupo de sus amigos y les confiesa:
- Me ha dicho que nos subamos sobre sus espaldas. Es un pez volador. Si le cantamos una canción que yo sé arrancará vuelo y nos paseará por encima de toda la gran Sierra de Segura y Cazorla.

- ¿De verdad te ha dicho eso?
Pregunta el muchacho regordete de pelo moreno lleno de curiosidad e inquieto ya por la ilusión de volar atravesando el viento hasta subir a lo más alto de los montes de Segura. El autor quiere aquí decir que las cosas que más deseaban los niños hacer realidad, era volar por encima de las fabulosas sierras de Segura y Cazorla. Entre ellos se decían que

si hubieran nacido pájaros en lugar de niños, lo primero que en su vida habrían hecho, hubiera sido trazar un largo vuelo por encima de estas sierras y a lo largo y ancho de todas ellas. Pensaban que de este modo podrían ver los arroyos, montañas y llanuras que hay en la sierra y lo que más les iba a gustar era precisamente las crestas de las grandes cumbres. Creían ellos que de ningún otro modo nadie podría nunca conocer los misterios y bellezas de estas montañas gigantescas.

- ¿No te lo crees? Pregunta la niña desafiando a los compañeros.
- Yo sí, vamos a intentarlo.
Les responden ellos.
- Pero sólo volará si cantamos una canción que yo sé.
- ¿La canción que te enseñó la abuela la tarde que jugaba contigo cuando estuviste mala?
- Esa misma. Como es una canción de notas brillantes y de letra bonita, le va a gustar mucho.
Y los amigos dijeron:
- Pues de acuerdo. Nosotros nos sentamos delante sobre su lomo. Te agarras a las aletas y cantas.
Y dicho y hecho. Se suben sobre el lomo del gran pez y la niña, la última, canta la siguiente canción:

Pececico de los montes

de larguiruchas orejas vuela,
vuela por los bosques
y crucemos las praderas.
Tú no pares pececico
hasta que yo diga "tierra".
Ahora arranca ya con tu vuelo,
no prolongues más la espera.

Y todos cierran los ojos. Se agarran fuertes unos a otros y aprietan sus pies contra la barriga del pez para no caerse.
- ¿Volamos ya?
Pregunta el muchacho regordete de pelo moreno.
- Si, ya volamos.
Responde el muchacho alto de pelo rubio que era el piloto oficial.
- Pues yo no siento ni el viento ni la caricia de los árboles.
- Es porque vamos muy altos y aquí ni hay viento ni árboles. Sólo sol y estrellas. Aclara el muchacho alto de pelo rubio.
- ¿Podemos abrir los ojos?
Pregunta el muchacho regordete de pelo moreno.
- No se pueden abrir los ojos. Está prohibido. Hay que tenerlos cerrados. Si los abres se deshace el vuelo, nos caeremos en los bosques y nos perderemos.

Contesta Aneluz.
- Bueno, tú mandas. Los abriremos cuando nos lo digas.
Y pasa un rato. Se aprietan entre sí. Gozan del viento que ahora ya sí les hace cosquillas

en la cara hasta que de pronto la niña dice:
- ¡Atención! Vamos a aterrizar. Agarraros fuerte, entramos en picado, tomamos tierra, ya aterrizamos, podéis abrir los ojos.
Y en estos momentos todos respiran, abren los ojos y exclaman:
- ¡Qué viaje más espléndido!
- ¡Qué agustico y qué bello era todo!
- Yo se lo voy a contar a mis amigos y al maestro. En el pueblo nadie sabe que este pez de ladrillos y cemento, vuela.
Aneluz escucha y al final dice:
- Es verdad todo lo que estáis diciendo, pero mientras íbamos volando, el pez de las orejas grandes, me ha contado un secreto.
- ¿Qué ha sido?
- Me ha dicho que se encuentra triste y está enfadado con las personas de este pueblo.
- ¿Y por qué?
Y Aneluz dijo a los amigos:
- Según él, hace mucho tiempo, en la corriente de este río color chocolate había muchos peces que atravesando las aguas subían y bajaban por los charcos y corrientes. Ahora todo el mundo echa porquerías al cauce, todo el mundo tira líquidos y basura y esto hace que hasta el río huela mal, que los peces se mueran y que los árboles se sequen. Este pez volador está triste porque los hombres han sido malos hasta en esto: después de matar a todos los peces del río cogen y aquí, construyen un pez de ladrillos y cemento y les ponen unas orejas que parecen las de un payaso de circo. Ya está cansado de tanta burla y tanto desprecio.

¡Pobre pez este con lo bonito que es!
- Pero no debemos preocuparnos porque nosotros lo podemos arreglar.
Expone el muchacho regordete de pelo moreno.
- Sí, podemos hablar con todos los habitantes de estos pueblos y pedirles que limpien el río y cuiden de sus plantas y peces.
Sigue aclarando el muchacho alto de pelo rubio a lo que los otros responde:
- Pues eso es una buena idea.

Poco después, el grupo de niños, suben en el coche de su amigo y regresan a su pueblo blanco en la orilla del río color chocolate. Cayó la noche enseguida y como tantas veces, cantó el cárabo. Cantó un autillo por los álamos del río, varios mochuelos por entre los olivos de las laderas que suben desde el pueblo hacia los cerros que le rodean y también se oyó el graznido de alguna lechuza. Antes de que la niña se durmiera se oyó también el aullido de un perro y como ella nunca había oído los aullidos de los lobos preguntó a su abuela:
- ¿Es que algún lobo se ha perdido, abuela?
- Todos los lobos de estas sierras se perdieron hace mucho tiempo.
- ¿Viste tú alguno cuando eras pequeña?
-Yo no llegué a conocerlos. Los lobos ya hace mucho que dejaron de vivir en estas montañas. Pero hubo una época en que sí pateaban mucho todos los montes de estas sierras nuestras. Mis abuelos me contaron a mí muchas historias de aquellos tiempos.

- ¿Pero ellos llegaron a conocerlos?
- Tampoco ellos los vieron porque ya te decía que los lobos hace mucho que desaparecieron de estas sierras.
- ¿Entonces?
- Lo que quería decirte es que, según me dijeron, el último lobo en estas sierras se vio por unos poyos muy lejanos que tú aun no conoces. Fue al final de una primavera y cuando muchos pastores creían que ya estaban extinguidos.
- ¿Te contaron cómo ocurrió aquel momento?
- Pues me dijeron que a uno de aquellos pastores un día se le perdieron unas cuantas ovejas. Se fue por las montañas a buscarlas, ya que creía que por allí se le habían perdido y se tropezó con lo que no esperaba. Al remontar un puntal por donde los bujes crecían espesos, sintió unos graznidos extraños. Se paró, buscó una roca alta, subió por ella procurando no meter mucho ruido y cuando estuvo en lo más elevado descubrió algo muy curioso.
- ¿Qué fue?
- Pues una loba con sus cachorros. Los sacaba de una cueva al borde de un despeñadero y se los llevaba. Por una veredilla llena de hierba se los iba llevando al otro lado de la cumbre. De uno en uno y en la boca, se los iba llevando dando viajes sin parar. Y claro, mientras transportaba un lobezno los otros se quedaban solos y chillaban con unos graznidos muy peculiares.
- ¡Qué curioso fue aquello!

- Sí que lo fue

- ¿Y qué hizo aquel pastor?

- Allí en la peña estuvo un buen rato observando el fenómeno aquel y cuando ya la loba había transportado a todos sus cachorros al otro lado de la montaña, se vino para el valle donde tenía su casa. Encontró a las ovejas que buscaba y cuando llegó a su cortijo contó lo que había visto. Aquella misma tarde salieron en busca de aquella manada de lobos. No lo encontraron, pero a mí me dijeron que desde aquel día nadie más ha visto un lobo por estas sierras.

- ¿Fue entonces el último lobo de estas montañas?

- Si no fue el último al menos yo no tengo noticia de otros más. Así que aquello de la mamá loba recogiendo a sus cachorros hacia las cumbres altas, quedó por aquí, como una imagen curiosa. La estampa de los últimos lobos de estas sierras.

EL LAGO REDONDO



Aunque ya había llegado la primavera todavía parecía invierno, durante algunos días nevó mucho y también hizo mucho frío. Ya hacía bastantes semanas que los amigos de Aneluz no venían a jugar con ella. Por eso, cuando se pasó un poco el invierno que

estaba fuera de su tiempo, se prepararon para acercarse hasta el pueblo blanco del río color chocolate. Todos tenían ganas de ir al pueblo blanco de la orilla del río. Querían ver a la niña y jugar con ella. Estaba enferma y aunque sabían que ya había mejorado pensaban ellos que la visita les iba a gustar mucho. Por eso todos los días al salir el sol miraban al cielo para ver qué tiempo hacía. Y la verdad es que el tiempo no mejoraba mucho. Casi todos los días amanecía nublado, lluvioso, con frío. Este año, decían los entendidos, era el más frío del siglo.

Sin embargo, por fin el sábado veintiséis de abril amaneció casi raso.

- Hoy será el día. No hace frío y parece seguro que luego más tarde las nubes se vayan y salga el sol. Hoy nos vamos al pueblo blanco de la orilla del río chocolate.

Dijo el muchacho regordete de pelos morenos. Le hicieron caso y a la siete de la mañana salieron del pueblo que se esconde entre los olivos. Cuando pasaban por el pueblo más alto del mundo, el que siempre anda perdido por entre las nubes y más en los días de invierno, la niebla cubría toda la carretera. Es este un lugar donde siempre hay mucha niebla.

- Será sólo por este cerro. Ya veréis luego como se acaba la niebla y el día se abre.

Dijo el muchacho regordete de pelo moreno.

Y a continuación preguntó:

- Creéis vosotros que hoy podremos encontrar la cueva oscura del hombre

misterioso?
- Buscarla la vamos a buscar. Por dónde hoy vamos a ir no hemos ido nunca. A lo mejor tenemos la suerte y la vemos. ¿Os imagináis la sorpresa que le daríamos a la niña?

Pero cuando pasaron la fuente que mana mucha agua y comenzaron subir, de pronto, por la cuenca arriba del río color chocolate, ven que avanza una inmensa nube negra.
- Hasta da miedo verla. Viene derecha a la sierra de Segura y lo primero que se va a llevar por delante es al pueblo blanco de la orilla del río.
Dijo el muchacho regordete de pelos morenos.
- Párate un poco para que veamos su avance
Pidió el otro muchacho, el mayor de todos los amigos de Aneluz.

Y se pararon junto al carril de tierra. En tres minutos, la nube negra que subía por la cuenca del río chocolate, se les puso encima. Se llenó de oscuridad todo el campo y comenzó a llover casi torrencialmente. Sobre los cristales del coche y sobre el asfalto negro de la carretera las gruesas gotas crujían empujadas por el viento fuerte y frío.
- Se pasará. Yo creo que esto es una tormenta pequeña que se ha escapado por el río, pero que no durará más de media hora.
Seguía diciendo el muchacho mayor.

En el otro pueblo que se recoge por el

barranco de los montes altos, se pararon a comprar pan y luego acordaron irse por el carril forestal que va atravesando las cumbres por las partes más altas.
- Tardaremos un poco más, pero este rincón de la sierra aun no lo conocemos. He oído decir que por ahí se esconde un lago redondo que tiene las aguas color de los bosques.
Volvió a decir el muchacho mayor. Y esto lo decía porque cada vez que ellos organizaban una excursión por la sierra, tenían que hacer algún nuevo descubrimiento. Un arroyo, un árbol, una roca, una flor o un lago redondo como el que hoy soñaban.

El muchacho regordete de pelos morenos dijo:
- ¡Vale!
Y salieron del pueblo, a tres o cuatro kilómetros se desvían por la pista de tierra que atraviesa la sierra por las cumbres más altas.
- Quizá pasemos por ese campamento de los chorros en las rocas. Pasaremos por la cumbre que tiene más de mil trescientos metros y luego por aquella vieja casa forestal que se hunde entre los fresnos del arroyo
Volvió a decir el muchacho regordete mientras ya ascienden por la complicada pista de tierra que recorre las partes más alta de las cumbres oscuras. Aparecen los bosques de pinos, pinos tronchados por la lluvia y el viento, aparecen pequeños arroyos de aguas turbias, algunas cascadas y varios cortijos de los muchos que por estas sierras

se van hundiendo en la soledad de los campos.

- Yo sigo diciendo que detrás de ese cerro se encuentra el lago redondo.
Repite cada dos por tres el muchacho mayor esperando lo que en su mente sueña. Pero el lago redondo no aparece. Sí de nuevo les alcanza la nube negra que unas horas antes les había sorprendido por el valle. Como ahora ya van por la cumbre la nube en lugar de agua lo que descarga es nieve y granizos.
- Parece de fantasía.
Dijo el muchacho regordete.
- ¿Por qué dices eso?
Le pregunta el muchacho mayor.
- Es que en plena primavera no es normal que caiga tanta nieve ni haga tanto frío.
Digo que si no lo estuviera viendo no me lo creía.

Al bajar por una cañada se paran y los dos muchachos, entusiasmado por la blancura de la nieve y los cristales de los granizos, se ponen a correr como si pretendieran coger entre sus dedos alguna especie de fantasma de los bosques. Era como una manera infantil de gozar la blancura de la nieve que poco a poco se iba trabando en las ciento diez florecillas que por las praderas ya estaban abiertas.
- Pero tu lago soñado no aparece.
Le dice el muchacho regordete al muchacho mayor.
- ¿Que no? Ya verás como nos lo

encontramos cuando menos lo esperemos.
- Pues no sé dónde. Y lo digo porque ya tenemos casi atravesadas todas las cumbres de esta larga sierra y el lago no se ve.
- Tú espera un poco y verás.

Y al dar una curva el camino, después de pasar la casa forestal que se esconde entre los fresnos, el muchacho regordete grita:
- ¡El lago!
Señala con su mano y efectivamente. Ahí mismo está el lago soñado. Entre pinos y olivos, rodeado de torrentera de tierra roja, pero teñido de azul limpio y sereno.
- ¡Parece mentira! Jamás lo hubiera creído.
Exclama el muchacho mayor.
Se paran y junto a sus aguas comienzan a anotar en el cuaderno de campos.
- Se lo tengo que contar a la niña en cuanto lleguemos. Le gustará saber cosas de este lago. Seguro que luego dirá que quiere venir a verlo.

EL RÍO LLORÓN



Al caer la tarde, el día anterior, el cielo se puso color ocre.
- Hoy lloverá tierra del desierto de África.

Decían los más viejos del pueblo y así fue: Por la noche crujieron varios truenos, comenzó a llover y toda la noche estuvo sin parar. Aquella noche, sobre el Pueblo de La Puerta de Segura y sobre los montes de la Sierra, llovió barro. Cuando amaneció las

ramas de los pinos, los peñascos, los juncos del rio y la hierba aparecieron teñidos de ocre.

- ¡Qué cosa más rara!

Dijo Aneluz y algo después se fue con amigos hasta el río.

- Vayamos a la curva de los chopos.

Decía, pero en la curva de los chopos el carril estaba embarrado.

- Pues dejemos el coche aquí y bajemos andando hasta la corriente.

Así lo hicieron; cuando ya están en la corriente Juanma propone cruzarla e ir a una isla que ha quedado en el centro.

- Es que desde ahí vamos a gozar más del espectáculo de la riada que hoy baja de la montaña.

- ¿Y si nos caemos?

Pregunta Jesús.

- Bah, hay que ser valientes; vamos allá!

Y sin más se ponen a atravesar la corriente. Justo en el momento en que Aneluz se dispone para saltar oye una voz a sus espaldas entre los álamos.

-Socorro, por favor ayudadme!

- ¿Quién será?

Pregunta enseguida la niña al tiempo que comienza a moverse hacia los troncos de los álamos.

- iMe ahogo; por favor ayúdame!

- ¿Dónde estás?

-Aquí; soy un pobre taraye viejo y cansado atrapado por la corriente. Me estoy ahogando con este agua tan sucia.

La niña se acerca al taraye y ahora oye otra voz que allí mismo también grita pidiendo ayuda.

- ¡Por favor, niña, sálvanos!
- ¿Y qué puedo hacer yo?
- Habla con el rio dile que afloje su corriente.
- Rio, gran rio de mi sierra, ya lo oyes.
-Sí que lo estoy oyendo, pero yo no puedo hacer nada.
- Tu corriente es solo tuya. ¿Cómo no puedes detener su ímpetu? Vas a cegar la playa artificial de mi pueblo, vas a hundir las casas que hay en la orilla, vas a exterminar todas las huertas de los campesinos.

- Habla con los arroyos; ellos son los que vierten todo este torrencial de agua sobre mí.
- A nuestros cauces lo han traído las laderas. Se apresuran a aclarar enseguida los arroyos.
- Nosotras las laderas somos inocentes; las culpables son las nubes.
- Pues nosotras también somos inocentes es el viento el culpable.
- El viento ni hablar; es el mar.

Y como el mar está muy lejos desde La Puerta de Secura Aneluz no puede saber qué opina éste. Así que habla y dice:
- Queridos juncos y tarayes de mi río parece

que no hay solución.
-Entonces ¿Tendremos que morir?
- casi seguro.
- Pero al menos darnos un motivo noble para que sintamos que nuestra muerte no es absurda.
- Absurda no lo es; con vuestras hojas y ramas mezcladas con el barro vais a formar abono para la tierra. Sobre vosotros van a crecer los trigales de Andalucía y los naranjos ¿qué os parece?
Vamos a morir para dar vida a muchas plantas y estas plantas a su vez darán vida a muchos niños. Nos gusta esto.

Y poco después la oscura corriente arranca de raíz a los juncos, a los tarayes a mil pequeñas matas que crecen junto al cauce. Las aguas las arrastran y se alejan. Aneluz oye sus lamentos. También se oyen en el pueblo y en las casas que por aquí hay.
- Desde ahora te voy a llamar rio llorón. Por todos sitios se oyen los lamentos de las plantas que en tu corriente arrastras. Pero ya ves que no soy culpable.

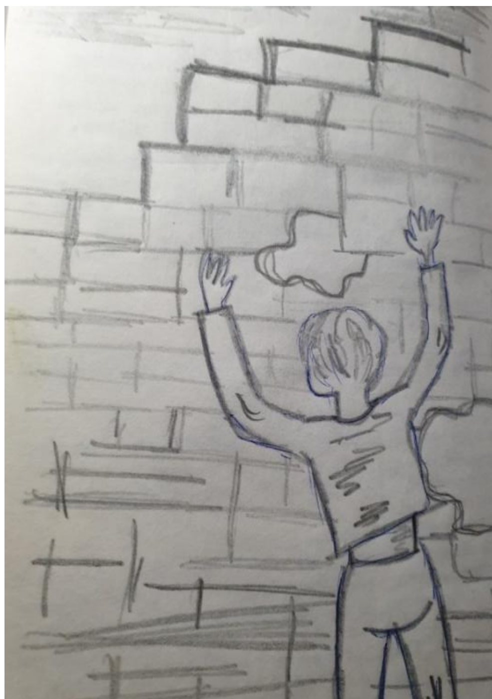
Pasado un rato los niños se van hasta el pueblo. Al llegar la primavera, Aneluz una tarde vuelve al río.
- Mirad que limpia es hoy el agua de la corriente.
Le dice a sus amigos y efectivamente: Hoy el rio Guadalimar baja de la sierra suave, trayendo aguas limpias casi como el cristal.
- Ahora llenaré la playa de tu pueblo para que

en verano puedas bañarte y además, fíjate cuántas plantas y flores crecen en mi orilla.

Le dice el rio a la niña. Ésta pregunta:
- ¿Y las que arrastraste y con tu corriente en invierno?
- Ya sabes tú que es ley de vida que las plantas más viejas mueran para que broten y vivan otras.

Y Aneluz observa el transparente líquido yéndose por entre las piedras, los juncos verdes y las florecillas.
- Creo en este río mío, creo en la vida que llevas en tus aguas y creo en tu belleza. Aunque seas un río llorón eres bueno. Te quiero.
- Gracias niña buena
Contestó el rio lleno de dicha.

LA CASA ABANDONADA



Aquella tarde, de un invierno ya algo pálido y espeso de niebla aunque era primavera, al pasar por allí la niña en compañía de sus amigos, el muchacho alto de pelos rubios, se asomó por el hueco de la pared caída.

- Aquí se esconde algún misterio. Vamos a

meternos por ahí y exploramos a ver qué encontramos.
Los otros muchachos estuvieron de acuerdo. Salieron corriendo y se plantaron frente al derruido caserón.
- No hay nadie.
Exclama el muchacho regordete.
- Entremos dentro.
Sigue pidiendo el muchacho alto.

Aneluz, como siempre, se queda la última y mientras camina hacia las ruinas de la que en otros tiempos fue una bonita casa, la mira despacio como si quisiera preguntarle algo. Entre las piedras que ruedan por el suelo, en la entrada, se queda parada. Los dos muchachos ya regresan y al acercarse a ella anuncian:
- Ya está explorada. No hay nadie ni nada que sea interesante.
- ¿Qué hacemos ahora?
Pregunta el muchacho regordete.
- Nos quedamos y jugamos.
Dice el otro muchacho alto.
- ¿A qué vamos a jugar?
Y la niña empieza a dirigir el juego diciendo:
- Tú te sientas en esta piedra, tú allí en esta otra y yo aquí junto a vosotros, pero antes de dar comienzo al juego os voy a explicar.
- Sí, habla y dinos qué hacemos.
- Cada uno va a buscar despacio y va a escuchar atento hasta que ver qué encuentra u oye. Siempre en todas las casas viejas del mundo y más en las que hay por estas sierras nuestras, se esconden tesoros y otros

secretos.
- Pero si aquí no hay nada ni nadie ¿qué quieres que oigamos?
Dice algo disgustado el muchacho regordete, que era el más inconformista de todos.
- Ahora mismo no se ve a nadie, pero en otros tiempos sí hubo gente. Estas piedras guardan sus secretos y sus huellas. ¿Quién de los tres los va a descubrir el primero?
- ¡Pues seré yo!
Se apresuró a anunciar el muchacho alto de pelos rubios.
- Nada de eso, el primero en descubrirlo seré yo.
Dice el otro muchacho, el regordete.

Enseguida los niños se ponen a buscar por entre las ruinas. Pasa media hora y vuelven a juntarse en la plazoleta de la entrada. Se sientan de nuevo en las piedras y comienzan a contar lo que cada uno ha visto.
- Por mi parte, nada tengo que anunciar. Lo único que he visto son piedras rodando por el suelo, trozos de maderas de las puertas y ventanas que se pudren y algunas ramas de higueras creciendo donde estuvo el horno de leña.
Aclara el muchacho regordete.
- Lo mismo digo yo. No he descubierto ni el más pequeño misterio.
Siguió exponiendo el segundo muchacho. Y Aneluz dijo:
- Pues por mi parte sí he descubierto muchas cosas interesantes.
- ¿Qué has encontrado?

Se apresuran a preguntar los dos muchachos.
- Estas viejas paredes me han contando una gran historia.
- ¿De qué te han hablado?

- De las personas que vivieron aquí en otros tiempos. Era un matrimonio con tres hijos que cuando se hicieron mayores uno se fue a Valencia, el otro a Murcia y el tercero a Barcelona. Los padres se hicieron viejos y durante mucho tiempo los dos ancianos caminaron por estas sendas aguantando la lluvia, el frío, la soledad y los trabajos en la huertecica. Todas las tardes miraban al camino esperando ver volver a sus hijos, pero ninguno de ellos asomaban. Ninguno volvió aunque pasó mucho tiempo. Una mañana de primavera los dos ancianos murieron. Primero el padre y luego la madre. Después de este incidente la casa se quedó sola. Poco a poco la lluvia, el viento y las heladas la fueron desmoronando. Han pasado los años y ya nadie viene a vivir aquí. Cualquier día de estos una tormenta descargará por el valle y lo poco que queda de sus paredes desaparecerá para siempre.

Un poco pensativos se habían quedado los muchachos. Pasó un minuto y el primero en hablar fue el muchacho alto que dijo:
- Pues a mí no me gustaría que eso sucediera. Una casa vieja junto a un camino siempre es bonita y transmite como una aroma de misterio.

- Lo mismo digo yo.
- Creo que podemos hacer una cosa.
Propone de nuevo la niña.
- ¿Qué se te ocurre ahora?
- Mi plan es el siguiente: podemos juntar dinero y luego, cuando llegue el verano, nos venimos a vivir a este caserón solitario. Compramos alimentos, materiales y así, mientras lo pasamos bien, disfrutamos del campo, del río y el aire puro, trabajamos y reconstruimos la casa.
- ¿Y eso para qué?
Pregunta el muchacho más bajo.
- Ahora no lo sé, pero para algo servirá. Puede ser que de este modo, el recuerdo de aquellas personas que de aquí tuvieron que irse y murieron de viejos, no se olvide tanto. Si la casa sigue en pie, aquella persona que por la carretera pasen y la vean, pensarán en los que hace mucho tiempo por aquí vivieron. ¿Qué os parece?
Y los amigos dijeron:
- ¡Vale!
Y dieron por aprobado el proyecto porque les parecía interesante.

Un poco después, regresan al pueblo blanco y venían más contentos que nunca. Han gozado del campo y además, se les ha ocurrido poner en marcha una aventura que les ilusiona mucho. Los amigos esta noche se quedan con ella en la casa y cuando están cenando, mirando a la abuela, la niña dice:
- El pastor estaba aquella tarde por el collado de la senda y al frente, quedaba la loma que

baja desde la cabecera del gran río. Estaba el pastor observando complacido como su rebaño bajaba por lo más alto de la loma de enfrente y también se daba cuenta que la tarde comenzaba a cerrarse. Dio voces a sus ovejas y les dijo: “Antes de llegar a la Morra veniros por la ladera de los majuelos, cruzar el arroyo por donde crecen los avellanos y subid hasta estas tierras llanas que es donde crece la hierba y os esperan los borregos”.

Y antes de llegar a la Morra, la Cocota de un puntal rocoso, se dejaron caer por la ladera y en tropel se hundían para el barranco. Pero aquello fue un espectáculo. Según el rebaño descendía la ladera se convertía en polvo detrás de ellas y por eso la tierra se deslizaba como una avalancha de nieve. Y en esta tierra convertida en polvo las ovejas se iban hundiendo y al llegar al arroyo, muchas de ellas ya estaban enterradas. Algunas luchaban y salían a flote, cruzaban el arroyo, subían por la ladera opuesta y por la hierba de la pradera se iban en busca de los borregos. Pero otras, la mayoría, se quedaban hundidas para siempre en la tierra polvo de la solana.

- ¿Qué les pasa a mis ovejas?

Se decía el pobre pastor, atónito allí frente a ellas sin poder hacer nada para salvarlas.

La tarde se llenó como de una tensión misteriosa y hasta el color verde de la hierba se tornó pálida. Sin embargo, el arroyo seguía corriendo y su agua, hasta parecía

más cristalina que nunca. ¿Por qué pasaba esto, abuela?
Y la abuela le pregunta:
- ¿Dónde ocurría tal cosa?
- Fue por donde el collado de la senda.

EL PUEBLO DE LA NIÑA

En su pueblo blanco junto al río llorón hubo una boda. Aquella mañana, dos de mayo, la niña fue invitada a esta boda. Se casaba un primo suyo y a ella ¿por qué no la iban a invitar? Aquel día su madre la puso muy guapa. Pantalones vaqueros recién estrenaditos, jersey azul con cuadros blancos y su pelo fino limpio y extendido sobre las espaldas.

- ¿Adónde vas tan guapa?
Le pregunta la fuente de los caños blancos.
- Eso es ¿adónde vas tan guapa?
Le preguntas las vecinas.
- A una boda porque estoy invitada.
Respondía ella feliz y llena de gracia.

En la casa de la novia, una cortijo a las afueras del pueblo y muy pegado a las aguas del río llorón, todos se afanan en preparar a la que hoy se casaba y en recibir a los invitados. Por la explanada verde van aparcando los coches que llegan y como hace frío, en la lumbre se van calentando los más debiluchos.
- ¡Hola!
Saluda la niña a un niño así como ella que ha venido de la ciudad. Este ni la mira ni le contesta. Luego, ella se va por detrás de las casas y donde la hierba crece brillante, deja que le hagan una foto. En las aguas del río, mientras los invitados espera a que el momento se acerca, ella se pone a jugar. Al poco, se le acerca el niño que ha venido de la ciudad. Y sin que nadie le pregunte habla y dice:
- Una novia nunca se viste en un cortijo ni va a la iglesia en un coche tan feo. En la ciudad donde yo vivo, las cosas son mucho más elegantes.
Aneluz lo mira, sigue con sus juegos en la corriente del río y ahora es ella la que no contesta. Después, los coches se ponen en marcha y enfila, rápidos descienden por la carretera. En un precioso coche azul, el

primero, viaja el niño de la ciudad.

- ¡Vaya iglesia fea!
Exclama el muchacho al bajarse del coche en la pequeña plaza que hay a la entrada del templo.
- Además, a esta boda vienen cuatro gatos y medio. Nunca vi una cosa tan destartalada ni un pueblo tan feo.
Aneluz va en el centro del cortejo y aunque oye los comentarios del muchacho no dice nada. Cuando termina la ceremonia, la novia al frente y todos los invitados detrás, bajan por la calle, atraviesan el puente que divide al pueblo en dos mitades iguales y siguen carretera adelante.
- ¿Ves? Tampoco en una ciudad se hace esto. La novia no va andando sino en un hermoso coche con flores y cintas blancas. La cola del vestido siempre la recogen niños que también visten de blanco y el fotógrafo lleva un elegante traje azul. Ya te digo que todo aquí es de lo más raro y feo.
- Pero sin embargo, a mí me gusta. Esto es de lo más bonito que nunca vi.
Le dice la niña.
- ¿Sí? Pues ya verás ahora en qué sitio se va a celebrar el banquete. En el rincón más destartalado del pueblo y en una sala sin lámparas de cristal, sin grandes espejos ni papeles ni papeles de colores y sin orquesta ni nada. Tú deberías ver cómo se hace estas cosas en la ciudad.

Y así todo el día, el muchacho de la

ciudad estuvo quejándose del pueblo, de la boda, de la gente y hasta de la comida que se puso en la fiesta de la boda. Cuando ya la noche cae sube al hermoso coche de sus padres y se aleja rumbo a la ciudad que, para él, resulta tan bonita. La niña ni lo despide porque ya está enfadada con él. Pero cuando ella regresa de la fiesta de la boda y sube por la calle camino de su casa porque ya el día se va acabando, va llorando.
- ¿Qué te pasa?
Le pregunta la vieja farola del puente sobre el río llorón.
- No quiero vivir más en este pueblo ni con las personas que hay aquí. Este pueblo es feo, pobre, inculto, pequeño y no sé cuántas cosas más.
Dijo Aneluz toda decidida a tomar una resolución.
- ¿Quién te ha dicho eso?
- Ha sido el niño de la ciudad.
Y la farola guardó silencio al tiempo que miró a la niña con una mirada un poco bizca. Para sí se dijo:"¡Qué enfado trae esta encima!".

La niña siguió subiendo por la calle, triste y apenada. Al pasar junto al campanario de la iglesia lo mira pensativa y le pregunta:
- ¿Tú crees que ese niño tiene razón?
Y el campanario le dice:
- Claro que no tiene razón. Tú no te entristezcas por lo que te ha dicho ese niño. Tú pueblo, este blanco pueblo tuyo, es el más bello de la tierra. Ese muchacho habla así porque no sabe de la belleza de la nieve

cuando cae en silencio sobre los bosques. No sabe de las noches oscuras llenas de lluvias derramándose sobre los tejados de las casas. No sabe del viento transparente ni de arroyuelos cristalinos atravesando y regando prados ni de primaveras ni de charcos claros en las curvas de los ríos junto al puente donde en verano te bañas.

Y Aneluz preguntó:

- ¿Entonces mi pueblo es bello?

- Tan bello, tan lleno de vida, de luz y perfume a flores frescas que nunca lo debes cambiar por la ciudad más grande y rica del mundo.

- ¿No nos engañas?

- No puedo engañarte. Los campanarios de las iglesias no podemos engañar a los niños y menos los campanarios humildes de los pueblos de tu sierra. Tú sencillez y la sencillez que en mí ves, es lo mejor que tenemos. Ese niño habla así porque el mundo donde vive, ciudad grande, con muchas torres, mucho asfalto en sus calles y muchos coches que no paran ni de día ni de noche, le ha engañado y le ha enseñado cosas incorrectas. No se siente poca cosa como nosotros y de ahí que sea orgulloso y desprecie a los otros.

Aneluz continua subiendo por la calle camino de su casa. Llega, saluda a su madre y como tiene frío se sienta en la mesa al calor del brasero donde calientan las ascuas que se han formado en la lumbre. Emocionada le cuanta a la madre todo lo que a lo largo del

día ha vivido. Igual que lo hacen todos los niños del mundo y también a sus abuelitos. Cuando pasó un rato le pregunta la madre:
- ¿Y aún sigues triste?
- No, mamá, ya no estoy triste. He descubierto que tener y vivir en un pueblo como el nuestro, rodeado de bosques, atravesado por un río que trae agua de las cumbres donde se derrite la nieve y todo ello en pleno corazón de la Sierra de Segura, es la suerte más grande del mundo. No estoy triste mamá porque ahora sé que ese niño de la ciudad está bastante equivocado.

Y la madre la besa. Mientras va cayendo la noche, esta le dice:
- Cuando tú ya seas un poco mayor irás descubriendo que tanto ese niño como otros muchos que ahora viven en la ciudad, querrá venirse a vivir a este pueblo. Tú recuerda lo que te digo y verás como será así.
- ¿Y por qué será eso, madre?
- Porque ellos descubrirán que lo más bello del mundo no es una ciudad grande con muchos coches y tiendas sino un pueblo pequeño, con las casas blancas como las tiene el nuestro y con un río que tenga aguas color chocolate de la tierra que arrastra al bajar de las montañas. ¿No sientes los grillos como canta?
Y la niña dijo:
- Sí que los siento.
- Pues eso es una música tan deliciosa que a muchos les gustaría oír por las noches cuando están en la cama. Pero en la ciudad

lo único que siente, ya te lo hemos dicho, es el ruido de los coches y cosas así parecidas.
Después de oír estas palabras de boca de su madre la niña se durmió enseguida.

La niña que miraba a las tormentas

En la misma puerta del colegio la madre dejó a la niña. Le dio un beso y le dijo:
- Luego vengo a por ti. Y si llueve, porque las noticias dicen que hoy puede haber tormentas, no salgas del colegio. Me esperas dentro.
- Sí mamá. Haré lo que me dices.
Confirmó la niña y las dos se despidieron.

Enseguida ella saludó a sus amigas y juntas entraron a la clase. La mesa de la niña estaba frente a una gran ventana con cristales. Y, a través de estos cristales, fuera y lejos, se veía una gran montaña, algunas casas de la ciudad y algunas calles. Al sentarse en la mesa la niña dijo a su compañera:
- Ojalá fuera cierto que se presentara hoy una gran tormenta.
- ¿Por qué quieres que venga una gran tormenta?
- Luego te lo cuento pero es verdad que me gustaría que viniera una gran tormenta.

Aquella mañana el cielo estaba todo lleno de grandes nubes. Densas y oscuras

nubes que cubrían por completo. Y tanto que, aunque era primavera y ya los días eran largos, parecía invierno. Porque a ratos se oscurecía tanto que parecía que era de noche. Pero aquella mañana no hacía ni mucho frío ni calor. Una temperatura algo suave que, en algunos momentos, era más bien fresca. El día parecía ser algo extraño y concreto. Y a la niña le gustaba esto.

Le gustaba y ella no sabía cómo decírselo a sus amigas. Pero por dentro, su pequeño corazón, ella se lo notaba lleno. Como plenamente repleto de serenidad y de la esencia de un amable y dulce beso. La niña era pequeña y todavía ella no sabía expresar lo que su pequeño corazón sentía. Pero sí sabía diferenciar y, por eso lo tenía muy claro, lo que es bello y deja por dentro tranquilidad.

Le dijo otra vez a su amiga:
- ¡Ojalá hoy venga una gran tormenta!
- ¿No tienes miedo?
- ¿De qué debo asustarme?
- De las tormentas, de los relámpagos, del viento, de los truenos, de la lluvia cuando cae con fuerza. A mí las tormentas me dan mucho miedo.
- Pues a mí me gusta que haya tormentas. No me dan miedo ninguno.
- ¿Ni siquiera cuando brillas los relámpagos y explotan los truenos?
- Pero si eso es lo que más me gusta de las tormentas.

- Pues hija, yo no te entiendo.

Y la niña guardó silencio porque la maestra les dijo:
- No quiero oír a nadie hablar. Id abriendo los libros que os voy a preguntar.
Sobre su mesa la niña tenía ya el libro abierto. Y, al guardar silencio, se puso a leerlo. Pero en ese momento, por el lado de afuera del edificio y junto a la ventana donde estaba ella sentada, se oyó el canto de un mirlo. Uno de los muchos mirlos que, por el jardín, siempre andaban revoloteando. Pero uno de estos pájaros, desde hacía un tiempo, se había vuelto muy sociable. Desde hacía un tiempo y más en estos días de primavera, todas las mañanas se venía al acebo de la ventana de la niña. Y todas las mañanas, desde hacía un tiempo, cantaba. Siempre dulcemente y durante mucho rato.

Por eso, una de aquellas mañanas, la niña preguntó a la maestra:
- ¿Por qué canta tanto este ave y especialmente en estos días de primavera?
Y la maestra le contestó:
- Porque ahora es la época de los nidos.
- ¿Y por qué en la época de los nidos canta?
- Para animar a la hembra. Porque el que canta siempre es el macho. Mientras la hembra está en el nido, dando calor a los huevos para que nazcan los mirlos chicos, el macho canta. Para darle compañía y ánimo a la hembra y alegrarla con sus trinos.
Y la niña dijo:

- Es muy bonito esto ¿verdad maestra?
- Sí que lo es. La naturaleza siempre tiene cosas muy hermosas.
Y ya no se habló más de este mirlo.

Pero ahora, esta mañana, de nuevo la niña se alegra oír el canto del mirlo. Justo debajo de su ventana, por entre las ramas del acebo. Y se alegra ella porque pensó que la hembra estaría contenta. Por eso, en un momento en que la maestra se fue al fondo de la clase, le dice a su compañera:
- Sabes, cuando yo sea mayor también me gustaría que alguien me cantara.
- ¿Que te canten?
- Sí, como hace este mirlo macho para alegrarle la vida a la mirla hembra.
- ¡Tú eres tonta!

Y la niña guardó silencio. Mientras otra vez por la ventana vio que las nubes en el cielo se estaban espesando. La luz del sol se oscurecía y hasta parecía que el frío aumentaba. Dijo de nuevo a su amiga:
- ¡Ojalá venga hoy una gran tormenta!
Le respondió la amiga:
- Pues si viene una gran tormenta se asustará y mojará el mirlo macho y la mirla hembra.
- Eso será cierto pero ellos, según dice la maestra, saben defenderse de la lluvia.
- ¿Y de los truenos y los relámpagos?
- Que ellos no son como nosotros. Son pájaros y están acostumbrados a estas cosas.
- Pero de todos modos yo no sé por qué

tienes ganas de que venga una gran tormenta.

- Cuando luego salgamos al recreo te lo digo.

- ¡Vale!

Y otra vez la maestra volvió a pedir que todo el mundo callara.

- Y si no me hacéis caso hoy no tenemos recreo.

Todos los niños de la clase se asustaron. Pero la niña no se preocupó. Se concentró otra vez en su libro mientras escuchaba de fondo los cantos del mirlo. Por eso, para sí se dijo que era bueno que en la clase todo el mundo estuviera en silencio.

Llegó la hora del recreo y todos los niños salieron corriendo. Todos menos la niña. Despacio se levantó, se fue para los cristales de la ventana y junto a ellos se quedó quieta. Mirando concentrada la espesura de las nubes que cubrían el cielo y escuchando el canto del mirlo. La compañera se vino a su lado y le dijo:

- Vamos al patio y jugamos.

- Espera un poco.

- ¿Para qué?

- Quiero ver si llega pronto la tormenta.

- ¡Y darle con la tormenta! ¿Se puede saber qué cosa buena va a sucederte si viene una tormenta?

- Ya te he dicho que te lo diré luego. Ahora dime ¿estoy guapa?

- ¡Qué pregunta más tonta! ¿Para qué quieres estar guapa?

- Lo necesito por si viene la tormenta.
- No te entiendo.
- Bueno pero dime ¿estoy guapa o no?
- Un poco sí pero no mucho porque la trenza la tienes casi deshecha.
- Pues tengo que ir al servicio para arreglármela.
- Yo te ayudo si me dices para qué quieres que venga una tormenta. ¡Con el miedo que a mí me dan los truenos!
- Es que no puedo decírtelo hasta que no está segura. Lo tienes que ver por ti misma.
- ¿Pero qué es lo que tengo que ver?

Y la niña guardó silencio. Dejó que pasara un tiempo y, mientras seguía mirando por la ventana y pensaba cómo arreglarse un poco para ponerse guapa, terminó el recreo. La señorita dijo:
- Ahora vamos a escribir una redacción y tiene que ser rápido. Porque acabo de oír las noticias y dicen que dentro de un rato seguro tenemos por aquí tormenta. Quizá terminemos la clase antes de tiempo para que cada uno se vaya a su casa. Las tormentas son peligrosas.
Y la compañera de la niña, a punto estuvo de llamar a la maestra y decirle que su compañera estaba desando que viniera una gran tormenta. Pero no le dijo nada por miedo a que la niña se enfadara.

Seguía cantando el miro y, dentro de la clase, todos se pusieron a escribir.
- Tan solo tenéis diez minutos por si nos

tenemos que ir corriendo.
Aclaró otra vez la maestra.
Y la niña volvió a mirar por la ventana. Y comprobó que el cielo seguía ennegreciéndose.
- De todos modos, aunque venga una gran tormenta, yo estoy tranquila porque mi madre me ha dicho que vendrá a recogerme.
Dijo por lo bajini la amiga de la niña.
- También la mía.
Confirmó la niña.
- Pero a mí me da igual que mi madre venga o que no.
- Si tu madre no viene y hay una gran tormenta, yo no sé cómo podrás irte a tu casa.
- Eso a mí no me preocupa mucho.
- ¡Qué valiente eres!

Tuvo que intervenir otra vez la maestra y ahora más seriamente. Por eso, todos los niños de la clase, se asustaron mucho y en al poco tiempo habían terminado la redacción.
- Conforme vayáis acabando os levantáis, me entregáis el trabajo y ya podéis salir de clase. Por hoy hemos terminado.
Aclaró la maestra. Y rápidamente varios niños se levantaron, dejaron su trabajo sobre la mesa de la maestra y salieron. También la amiga de la niña. Pero ella, no tuvo prisa. Iba terminando su trabajo lentamente y miraba por la ventana. Las nubes eran ahora mucho más espesas.
- Yo ya me voy ¿Tú te quedas?
Le preguntó la compañera a la niña:

- Terminaré en un momento pero si tienes prisa, vete.
- Es que mi madre viene a recogerme.
- Pues, adiós
- Pero es que también, entes de irme, me gustaría que me dijeras por qué quieres que hoy haya tormentas.
- Ya te he dicho que te lo diré en su momento.
- Pues entonces, me voy.
Y la amiga salió y cerró la puerta.

Justo en ese momento se oyó un extraño ruido. Fuera en la calle comenzó a soplar el viento y, al romperse por entre las ramas del cedro y el acebo del mirlo, emitía quejidos quejumbrosos. Dijo la maestra a la niña:
- Se avecina una gran tormenta.
Y exclamó la niña:
- ¡Qué bien! La he estado esperando toda la mañana.
Y la maestra la miró algo sorprendida. No dijo ni preguntó nada.

Sobre la mesa puso la niña el trabajo que había terminado y se despidió de su maestra. Fue justo ahora cuando le dijo ella:
- Ten cuidado cuando salgas fuera, que con este viento tan fuerte, seguro que ya mismo empieza la lluvia. Espera ahí en la puerta, bajo techado, a que venga tu madre a recogerte. Ya sabes que eso es lo que siempre nos dice ella.
- No se preocupe por mí, maestra. Las tormentas no me dan miedo.

Y se despidió, abrió la puerta, salió y cerró la puerta y avanzó rápido por el pasillo hacia la calle.

Al salir fuera, por donde el jardín de las rosas, cedros y acabos, le sacudió una fuerte ráfaga de viento. Soplando con tanta fuerza que, al romperse por entre las ramas de los árboles, parecía querer arrancarlos de la tierra. Descubrió que su amiga ya no estaba. Tampoco estaban muchos de sus compañeros. Pero sí vio muchos coches de un lado para otro, recogiendo niños para llevárselos a sus casas. Eran las madres y padres de todos ellos que acudían a recogerlos, preocupados por la tormenta. Y notó que su madre no había llegado todavía. No le importó, no sentía miedo.

Un fogonazo de luz brillante se vio saltar de una nube a otra. Estalló enseguida un recio trueno y el viento sopló con más fuerza. Se alegró la niña y, a la maestra que en esos momentos salía, le dijo:

- Me gusta mucho esto. Era lo que estaba esperando.

- Pues estate aquí, bajo el tejado, y no salgas fuera hasta que tu madre llegue.

Y la maestra salió corriendo y se fue a su coche. Al poco se perdió por la calle abajo.

Un nuevo relámpago iluminó otra vez con fuerza. Enseguida retumbó el trueno y ahora el viento ya no aumentó pero sí empezó a caer la lluvia. Se dijo para sí la niña: “Es lo

que más me gusta. Ya estoy preparada. Y además estoy guapa porque mis trenzas la tengo arregladas. Venga, me acerco y cuando tú me digas me quedo quieta”. Y la niña dejó su cartera en el poyete de la ventana. Por entre los rosales de la derecha, salió corriendo en busca de la oscuridad de la tormenta. Con los brazos abiertos, con una gran sonrisa en sus labios y con su corazón lleno de gozo. Nadie se dio cuenta. Ya la lluvia caía con tanta fuerza que todos se habían refugiado en sus coches y se habían marchado. A todos, la tormenta les había asustado. A todos menos a la niña pequeña. Por eso ella, por entre los rosales y los cedros, buscaba ponerse frente a la lluvia y a lo más negro de la tormenta. Brilló un nuevo relámpago ahora con mucha más intensidad que los dos primeros. Y la niña dijo al instante:

- Procura que salga guapa para que tengas de mí el mejor recuerdo.

Y abrió sus brazos para que la lluvia le cayera más de lleno en la cara.

- Así parecerá que acabo de salir de la playa. Con el agua chorreándome por la cara, la nariz y las trenzas, es como más me gusta.

Y brilló otro relámpago. Estalló el trueno y la lluvia arreció. Gritó la niña aun más emocionada procurando ponerse aun más cerca de la nube.

Y en estos momentos se oyó el claxon de un coche. Y enseguida se oyó la voz de una mujer que pronunciaba el nombre de la niña.

- Espera un poco que voy a por ti.

Y la madre salió corriendo. Enseguida la cogió, la envolvió con sus brazos y se la llevó al coche. Abrió la puerta y la metió dentro. Y la niña no se estuvo quieta: desde el otro lado de los cristales de la ventanilla del coche, miraba y decía:

- Venga, otro más, que ahora estoy mucho más guapa.

Al oírla la madre le preguntó:

- ¿Con quién hablas?

Y respondió ella:

- Con Dios. Hoy ha venido a visitarme y estoy contenta porque quiere llevarse de mí un bonito regalo.

- ¿Qué regalo?

- ¿No ves mamá, que no para de hacerme fotos?

QUICO Y JOSEFA



A él lo llamaban Quico y a su esposa, Josefa. No tenían hijos y vivían casi a las afueras del barrio del Albaicín. En una pequeña casa, con una parra en la puerta, arriates con muchas flores y una acequia de agua muy clara que corría por entre las plantas de este jardín. Desde la puerta de su casa, se abría una hermosa vista hacia la Alhambra, al frente y al valle del río Darro, en lo hondo.

Cerca del río Darro, Quico tenía un trozo de tierra que, con su mujer, cultivaban a lo largo de todo el año. Los frutos que de estas tierras sacaban, los usaban para alimentarse, para regalar a los vecinos y para ofrecer, los mejores, a los reyes de la

Alhambra. Al lado de arriba de su huertecillo, crecía una muy vieja y frondosa higuera de la cual cogían todos los años muchos, lustrosos y sabrosos higos. Los repartía con un joven, hijo de una familia de pastores por las montañas de Sierra Nevada.

Cuando el joven pasaba por la senda que rozaba las tierras de su huerto, Quico siempre lo saludaba, le ofrecía higos y otros frutos y la mujer le decía:



- En la vida, ya irás descubriendo que las cosas pasan y se desmoronan y las personas se marchan y mueren. Cuando esto suceda, tú nunca te fijes en la desolación que hay sino

en la belleza que aún queda.

Y el hombre mayor, de estatura baja, algo grueso, pelo negro y miradas dulces y misteriosas, también con frecuencia le confesaba:

- Como nosotros no tenemos hijos, antes de morir, voy a repartir estas tierras con mis mejores amigos.

- ¿Con qué amigos?

Le preguntaba el joven.

- Con los que siempre me han tratado bien y que sean mayores. Porque me gustaría que un día, todas las personas mayores de este barrio, tuvieran un trocico de tierra para cultivar. Para que de este modo se mantengan activos y fuertes. Tú, como dice mi mujer, cuando ya nosotros no estemos por aquí y las cosas en este huerto mío hayan cambiado, no te fijes en la desolación que hay ni te entristezcas por la ausencia de las personas sino admira, disfruta y da gracias a Dios por la belleza que aún queda.

Y el joven, además de sentirse muy alagado y querido por Quico y Josefa, le impresionaba mucho las palabras que pronunciaban. Por eso los admiraba y más aun, cuando una



vez y otra, los veía ir y venir de su huerto a la casa o al revés, siempre cogidos de la mano. Se decía: “Parece como si estuvieran tan enamorados el uno del otro, que no pudieran separarse ni un momento. Son buenos de verdad estos amigos y tienen un corazón que rezuma esencia de cielo”.

Y un día, cuando el joven pasó por el camino dirección al barrio, se dio cuenta que Quico no estaba en sus tierras. Se acercó a la vieja higuera y lo encontró caído en el surco de la acequia. Enseguida se puso a ayudarle, lo rescató del surco, lo recostó bajo la higuera, le lavó las heridas y lo reconfortó con palabras animosas. Pero Quico, solo unos minutos después, murió. Subió el joven corriendo a la casa, le contó a Josefa lo que sucedía y ésta, fue rápida a donde su marido y lo único que pudo hacer por él fue abrazarlo y llorar amargamente. Unas horas después, ayudada por los vecinos y por el joven, llevaron el cuerpo al cementerio y lo enterraron. Solo tres



días más tarde, Josefa enfermó y una tarde al

ponerse el sol, murió. Al enterarse de ello el joven de la familia de pastores, acudió al barrio, lloró tanto a Quico como a Josefa y también ayudó a los vecinos en el entierro de su cuerpo.

Regresó luego el joven a su casa en la montaña y unas semanas más tarde, cuando volvió por las tierrecillas del huerto de Quico, se paró bajo la higuera, miró a un lado y otro y por todos los sitios, solo encontraba desolación y tristeza. Pensando en sus amigos, recordó lo que ella siempre le decía: "No te fijes en la desolación que hay sino en la belleza que aún queda". Y en ese momento, le pareció que tanto Quico como Josefa, seguían vivos por allí, ofreciéndole los mejores higos de su higuera y la más jugosa fruta de su huerto, al tiempo que sonreían y lo animaban con palabras buenas.

Bastantes años después, murieron los pastores padres del joven



de las montañas. Envejeció también él y por eso un día, se vino a vivir a una casa cerca del río Darro y frente a la Alhambra. Al caer las tardes, salía a pasear por la orilla del río y al ver las tierras del que había sido el huerto de Quico, le sorprendía lo mucho que por el rincón todo, con el paso del tiempo, había cambiado. La higuera ya no existía, la acequia se había roto, los nuevos dueños de las tierras, habían cortado algunos árboles y otros se habían secado y se veían trozos de paredes rotas y llenas de musgo. Sin embargo él, aunque todo por el lugar le seguía pareciendo desolado y muy triste, siempre recordaba a Quico y a Josefa.

Por encima de donde ahora se encuentra la Fuente del Avellano, a media ladera y en un pequeño rellano, se iba muchas tardes. Desde este lugar, sentado sobre la hierba, mirando al valle del río Darro, a las cuevas por las laderas del Sacromonte, a las blancas casas del Albaicín y a las puestas de sol al fondo



de la Vega de Granada, rumiaba sus recuerdos y meditaba. A su manera y muy torpemente, alguna vez escribía versos y, en otros momentos, soñaba con escribir un libro para dejar en él recogido la historia de Quico y Josefa. Con nadie compartía este sueño excepto con el silencio de la ladera, el vientecillo que por aquí se paseaba y el azul purísimo del cielo por donde, en un grandioso paraíso lleno de amor y serenidad, sabía que vivían sus amigos.

Y cada tarde, sentado en esta ladera por entre la vegetación y la hierba, cuando en su meditación le venía a la mente la imágenes de Quico y Josefa, recordaba las sonrisas y el amor que le regalaron cuando fue joven. Y caía entonces en la cuenta que por el lugar y para siempre, permanecían derramando belleza. Como rezando al cielo, se decía: "Aunque la desolación es mucha, la belleza de estos lugares y ellos por aquí, es cierto que permanece". Mucho, mucho tiempo después y



cuando ya en la Alhambra no había reyes sino turistas, directores de muchos departamentos, archivos, bibliotecas, talleres y restauradores, una tarde un joven caminaba por donde el Puente del Aljibillo. Llegó a donde su amiga le esperaba y, al saludarla, ésta le dijo:

- Voy a irme con mis amigos a la discoteca. ¿Y tú a dónde vas?

- Yo voy a dar un paseo por el Camino de la Fuente del Avellano y luego voy a sentarme en el balcón que hay en mitad de la ladera.

- ¿Qué hay ahí?

- Aquello es un lugar mágico que con la llegada del otoño, se llena de hierba fresca y espesa vegetación. Y desde allí se ve todo el valle del río Darro cubierto de álamos, higueras, avellanos y otros árboles teñidos de oro y por donde la hierba y vegetación de la ladera, las setas brotan y los madroños maduran. Es un lugar fantástico no solo por la belleza que desde allí se contempla sino por la paz, misterio y trozos de cielo que se palpan. ¿Te animas y te vienes conmigo y te enseño lo que te he dicho?

Y la joven, dirigiéndose a los amigos que en ese momento llegaban para ir a la discoteca, les dio la bolsa de plástico que llevaba en la mano y les dijo:

- Llevaros vosotros esto y luego otro día nos vemos.

Los amigos le preguntaron:

- ¿Es que no vienes con nosotros?

- Este amigo mío me ha invitado a un lugar fantástico y voy a irme con él para conocer

eso. Dice que aquello es como un balcón en mitad de la ladera, por encima de la Fuente del Avellano desde donde se ve y siente un mundo mágico. Me voy con él y luego otro día nos vemos y os lo cuento.



Version en inglés

They called him Quico and his wife Josefa. They didn’t have children and they lived almost on the outskirts of the Albaicín village, in a small house with a vine above the door, flowerbeds with lots of flowers and a stream with clear water that ran between the flowers in the garden. From the door of the house, it opened onto a beautiful view of the Alhambra in the forefront and the valley of the river Darro in the background.

Near to the river Darro, Quico had a piece of land that he cultivated with his wife throughout the whole year. They used the fruits they got from their land to feed themselves and give to neighbours as well as offering the best of them to the Kings in the Alhambra. Above his garden grew a very old and leafy fig tree from which they took a lot of shiny and tasty figs every year. They distributed them with a child, the son of family of shepherds in the Sierra Nevada Mountains.

When the child passed the path that bordered the lands of his garden, Quico always said hello to him and offered him figs among other fruits and his wife would say to him:

- In life, you'll discover that things happen and crumble and people leave and die. When this happens don't focus on the desolation but rather the beauty that still remains.
The elderly man, short and stocky, with black hair and sweet and mysterious looks, often confessed too:
- As we don't have children, before dying I'm going to divide this land between my best friends.
- Between which ones?
The child asked him.
- With those who have always treated me well as well as those who are elderly because I would like if one day all the elderly people in this village had a piece of this land to cultivate, so that they can remain active and strong. Like my wife says, when we're not around here and all the things in this garden of mine have changed, you mustn't focus on the desolation or be sad about the absence of people, but instead admire the beauty that still remains.

The child, not only felt flattered and loved by Quico and Josefa, but he was impressed by the words being spoken to him too. That's why he admired them so much and more still, when he saw them again and again coming and going from their garden always holding hands or vice versa, he would say: "It's as if they are so in love with each other that they can't be separated even for a moment".

One day, when the child went down the road towards the village, it dawned on him that Quico wasn't on his land. He went towards the old fig tree and found him fallen in the furrow of the stream. He went to help him straight away, rescued him out of the stream and laid him down under the fig tree. He washed his wounds and tried to comfort him with reassuring words. But Quico died a few minutes later. He ran towards the house and told Josefa what had happened. She went running to her husband but all she could do was hug him and cry bitterly. A few hours later, helped by her neighbours and by the child, she took his body to the cemetery and buried him. Only three days later, Josefa became ill and one evening at sunset, she died. On hearing this, the child from the family of shepherds went to the neighbourhood and cried just as much for Quico as he did for Josefa and after helped the neighbours with the burial of her body.

The child then went back to his house on the mountain and a few weeks later he returned to Quico's garden. He stopped under the fig tree and looked to both sides but all he found was desolation and sadness. Thinking of his friends, he remembered what she had always told him: "Don't focus on the desolation but on the beauty that still remains". In that moment, it seemed as if both Quico and Josefa were still alive there, offering him the best figs from their fig tree and the juiciest fruit from their garden, while

smiling and cheering him up with reassuring words.

A few years later, the parents of the child from the mountain died. He aged too and that's why one day he came to live in a house near to the river Darro in front of the Alhambra. As the afternoon fell, he went for a walk along the river shore and seeing the land that had been Quico's garden, it surprised him how much had changed by the corner with the passing of time. The fig tree didn't exist anymore, the stream was broken, the new owners of the land had cut down trees and others had dried out and looked like pieces of broken wall, full of moss. However, although everything still looked desolate and very sad, he always remembered Quico and Josefa.

Above where now the 'Fuente del Avellano' is found, on the hillside there is a small ledge where he went to many evenings. In this place, he sat on the grass, looking at the Darro river valley and the caves on the Sacromonte hillside and to the white houses of the Albaicín as well as the sunsets at the bottom of the Granada valley. He sat and he pondered over his memories and he thought. Sometimes, rather clumsily, he wrote small verses about Quico y Josefa, yet at other times he dreamt of writing a whole book to remember them by. He shared this dream with no one except the silence of the hillside, the breeze that always passed by there and the pure blue sky where he knew his friends

lived, in a grand paradise full of love and serenity.

Every evening, sat on this hillside between the vegetation and grass, images of Quico y Josefa came to mind while he thought. He remembered their smiles and the love that they gave him when he was younger. He discovered that this place would forever remain beautiful. As if praying to heaven, he said: “Although the desolation is great, it is true that their beauty and the beauty of this place have remained around here”.

A long, long time after when the Alhambra no longer had kings but tourists, department directors, archives, libraries, workshops and restorers, one afternoon a child walked by the ‘Puente del Aljibillo’. He arrived where his friend waited for him, greeted her and then she said to him:
- I’m going to go with my friends to a party. Where are you going?
- I’m going to walk along the path by the ‘Fuente del Avellano’ and head up to this small plateau halfway up the hillside.
- What is there up there?
- When autumn arrives there is this magical place. It is filled with fresh grass and thick vegetation and you can see the entire Darro river valley covered in poplars, fig trees, hazel trees and other trees dyed gold and where the grass and vegetation is, mushrooms sprout and arbutus grows. It’s a fantastic place, not

just for its beauty, but also for its peace, mystery and proximity to Heaven. Do you want to come with me? I'll show you everything I just told you.

The girl headed over to her friends who had just arrived in that moment to go to the party and gave them a plastic bag that she had brought in her hand and said to them:

- Here, take this and I'll see you all another day.

Her friends asked her:

- You're not coming with us?

- This friend of mine has invited me to a fantastic place so I'm going to go with him to see it. He says it is like a small plateau in the middle of the hillside, above the 'Fuente del Avellano' from where you can see and feel a magical world. I'll go with him and another day I'll see you all and tell you all about it.

CUENTOS RELATOS

LOS NIÑOS DEL VALLE: Grisel y Pedrito, el niño sordo mudo



El niño vivía precisamente en aquel rincón en compañía de sus padres. Los padres eran

pastores contratados a sueldo y en aquel lugar llevaban ya más de doce años. No tenían más hijos que a Pedrito y él no había nacido ni en la ciudad ni en Cazorla; vino a este mundo en Bujaraiza, el pequeño pueblo del Valle del Guadalquivir, la más bella aldea de toda la sierra. Mas el niño apenas conocía a su pueblo; recién nacido, sus padres se lo llevaron a la finca y allí creció en compañía de los corderillos, las flores de las praderas, las nubes pajarillos y el viento. Pero el niño sufría una privación: no podía gozar ni del canto de los pájaros ni del sonido de su nombre cuando su madre lo pronunciaba; era sordomudo de nacimiento y como sus padres no tenían dinero para andar de médicos aceptaron los hechos dándole cariño y dejando las cosas como estaban.
Pero el niño sí poseía un gran atractivo: Era hermosísimo; tenía cara redonda con piel fina como el viento, nariz chata y pequeña y ojos oscuros como la noche; su pelo era negro y por labios tenía dos ascuas que ardían de vida y según iba creciendo aumentaba en gracia y belleza. Muchas tardes, su madre se lo llevaba a jugar a las praderas y al abrazarlo, entre la hierba y las flores, lo besaba lleno de amor y le decía:
-Este trozo de cielo que tienes aquí yo me lo como cualquier día.
Grisel lo conoció en Bujaraiza a la edad de cinco años, una mañana de otoño, cuando sus padres lo llevaron por primera vez a la escuela. El niño en contra de lo que muchos habían pensado, enseguida fue querido por

todos los compañeros de aquella escuela.

- Es mirarlo y uno se queda prendido en su encanto.

Decía todo el que se acercaba a él. Y entre aquellas personas estaba Grisel que, desde el primer momento, quedó cautivada por su atractivo. Por aquel entonces ella tenía diez años y seis meses y desde el primer día ocupó un asiento junto a él. Luego, ella, casi todos los días, se iba con él dándole compañía hasta su casa y, otras veces, su madre le salía al encuentro a mitad del camino. Siempre ella, al despedirlo, lo besaba como si fuera un adiós para la eternidad. Él le devolvía este cariño palpando los carrillos de su amiga, achuchando su nariz al tiempo que sonreía.

Precisamente, una de las cosas que más le gustaban a él era achucharle la nariz. Sucedía de la siguiente manera: Grisel lo cogía, lo sentaba sobre sus piernas, con sus manos lo abrazaba por la cintura y se ponía a jugar mirándole los ojos fijamente. Tanto él como ella, dibujaban en sus bocas mil pucheros y a continuación Pedrito repetía el mismo juego de siempre: primero abría mucho sus ojos sonreía feliz, satisfecho y levantaba su pequeña mano hasta la altura de la cara de Grisel. Con mucha suavidad comenzaba poco a poco a hundir su dedo índice en la punta de la nariz de su compañera. Ella seguía quieta con sus ojos fijos en los del niño, pero según el dedo iba presionando sobre su nariz, empezaba a sentir el gozo por dentro. También despacio y

con amor, entraba en escena dejando asomar la alegría a sus labios y a partir de aquí era cuando comenzaba el auténtico gozo para el pequeño. Según su dedo se hundía, iba apareciendo la sonrisa de Grisel y según ésta asomaba, crecía y crecía la dicha en el corazón del niño. A mayor presión, más belleza en aquella sonrisa y más cantidad de amor en el corazón de Grisel para él. Y él, que no podía oír el sonido de las palabras, sí era capaz de entender el lenguaje del corazón de su amiga a través de aquella sonrisa. El niño se lo agradecía repitiendo el juego una y otra vez hasta que al final se retorcía sobre sí mismo, recostando su cabeza sobre su amiga y durmiendo su cuerpo contra ella. Era este un momento de sumo placer para Grisel.

En cuanto el niño se le aplastaba contra su corazón, ella lo abrazaba con sus manos y lo achuchaba más, besaba su cara y cuando éste se quedaba quieto, gustando el calor de su cariño, también ella dejaba de aprisionarlo contra sí. A partir de ahora empezaba otro de los momentos bellos de aquellas dos criaturas. El primero casi se quedaba dormido durante largo rato en aquel regazo. Ni siquiera los ojos movía. Sólo se oía su respirar y el leve latido de su corazoncillo. La segunda, Grisel, con él, allí tan cerquita de su alma, tumbada bajo las sombras de los pinos, junto a la corriente del pequeño arroyuelo o entre las flores de las praderas, miraba fija el azul del cielo.

A veces, se movían las hojas de los árboles

rozadas por el viento; otras veces cantaba un ruiseñor allá en las zarzas o una mariposa dibujaba zigzags azules por encima de su cara. Algo más lejos, se oía el balar de los corderillos buscando a sus madres o los ladridos de los perros. Y Grisel, herida hasta lo más hondo por las infinitas melodías de estas eternas sinfonías, se quedaba extasiada en el más hermoso de todos los sueños; se sentía la más dichosa de todas las niñas; no echaba de menos ni apetecía ningún otro juego o placer. Por aquellas tardes, muchos fines de semana, al salir de la escuela los viernes por la tarde, se iba con el niño, pidiendo permiso antes en su casa para no regresar hasta el lunes. Y en estas ocasiones, en cuanto los dos llegaban a la finca, comenzaban a ser felices. Saludaban a los padres. Al calor del fuego de la chimenea se estaban mucho rato y cuando ya iba la noche avanzada y decidían acostarse, Grisel siempre preguntaba:

- ¿Podemos salir a dar una vuelta? Hace una noche preciosa.

- Concedido, pero ten cuidado.

Respondía el padre de aquel niño. Ella, entonces, se llenaba de gozo. Se levantaba, buscaba el abrigo de Pedrito, se lo ponía y luego se envolvía en el suyo; lo cogía de la mano y se echaban al campo. En sus paseos por el campo casi siempre escogían noches de luna clara. Y el brillo de la luna era lo primero que les emocionaba; luego, el aroma de la hierba, la pureza del viento llenando las praderas y los grillos.

En silencio, los dos juntos, caminaban buscando el río, Según atravesaban el campo, sus pies rozaban las matas de hierba llenas de rocío y esto les hacía felices. Se tropezaban con los topillos que huían sendilla adelante o retozaban entre el trébol y seguían, absortos, los vuelos de los murciélagos. Junto al río buscaban una piedra para sentarse y frente al charco de aguas limpias, se quedaban mucho rato siguiendo el juego de la luna colándose por entre las adelfas para reflejarse en el líquido de viento. En el barranco retumbaba el canto del mochuelo, los agudos trinos del ruiseñor, los graznidos de las zorras al bajar del monte, las inacabadas sinfonías de los grillos y el misterioso chillido de la corneja. Apretaba en sus manos las del niño lo tumbaba sobre su pecho y una vez más se dejaban prender por los mil profundos secretos de la noche. “Hay algo eterno en este mundo, que me llena y me atrae; lo palpo y lo gusto, lo tengo aquí conmigo y sé que es bello como nada. ¿Por qué con tanta fuerza me aprisiona y me absorbe?"Se decía en sus meditaciones y al poco comenzaba a ponerse melancólica. Rato después, en su mente, se encendía una luz y entonces ella apreciaba con claridad la diferencia, casi infinita que hay entre el mundo que gustaba su alma y el otro donde vivía con los humanos. En el primero había mucha más fascinación que en el segundo. Y a partir de aquí, le entraba grandes deseos de hacer algo para que sus amigos y las demás personas también conocieran y

gustaran la belleza de aquello que sentía. Le parecía que era importante y podía servir para mucho. Ya que pasaba un rato, dos horas o tres, dejaban el juego y subían la pequeña cuestecita, recorrían la llanura y entraban en la casa.
- ¿Sois vosotros?
Preguntaba la madre del niño
- Sí, señora Nieves, somos nosotros que regresamos.
Respondía Grisel, toda resuelta y feliz.
- ¿Cómo es hoy la noche?
- Es deliciosa; da gusto estar fuera, respirar su aire y oler las flores.
- Me alegro que lo paséis bien, pero ahora debéis acostaros porque es tarde.
- Enseguida nos acostamos; en cuanto prepare a Pedrito su vaso de leche.
- Caliéntala un poco en el rescoldo de la cocina.
- Ya lo estoy haciendo.
Y un rato después, Grisel ayudaba al niño a tomarse su cena. Ella, siempre que se quedaba en casa de su amigo, dormía en la habitación próxima a la de su compañero de juegos.
- Buenas noches, señora Nieves.
- Buenas noches y que descanses.
Al día siguiente, sábado de nuevo correteaban todos aquellos campos. Todo el día lo dedicaban a jugar con los corderillos, a buscar nidos de pajarillos, a cortar ramos de flores, a construir casitas en la orilla del río junto a la corriente y subir y bajar el cerro para sentarse después en lo más alto y allí

quedarse mucho rato mirando al horizonte y soñando. Muchas veces las tormentas les cogían en pleno campo y ninguno de los dos corrían. Dejaban que la lluvia cayera y empapara sus cuerpos y luego se iban a ver el arroyo correr con sus aguas turbias y sus olas rizadas. Cuando salía el sol y el arco iris se derramaba sobre los pinares de la llanura, lo observaban despacio y a los dos les entraban ganas de ir hasta el sitio donde aquellos colores caían. Luego, se entusiasmaban con las nubes blancas y negras que surcaban el cielo y cuando acordaban, el sol empezaba a tornarse rojo sobre las cumbres llenando de oro y fuego la tarde.

Mil juegos más como éste y otros, Grisel vivió en aquellos campos con su amigo. Pasó el tiempo y se hizo mayor. Estaba para cumplir los doce años y cinco meses, cuando ella se fue de aquel rincón y a partir de aquí cesaron los juegos con el niño. Pero no del todo, porque al volver cada año la Navidad y en los veranos, siempre se acercaba a visitarlo y a estar con él todo el rato que podía. Y en estas ocasiones, siempre de nuevo surgían las andanzas de los tiempos de atrás y nacían otras nuevas. En estos abrazos con el campo, lleno de noches profundas, de vientos cálidos, de silencios graves y de cantos de tórtolas, fue donde el alma de Grisel aprendió a llenarse de Dios, de dulzura y de sencillez. Aquí, ella aprendió el gusto por lo bello e inmaculado y a oír el silencio y a través de él, la voz de lo eterno. Desde este inusitado

espectáculo de flores, hierbas, lluvias y nubes fue donde a ella se le imprimió, en lo hondo de su alma, el sello de la bondad y la luz. Aquel sello cuya huella definitiva la haría diferente a las demás muchachas de aquellas sierras y de los pueblos enclavados en ellas.

Ahora, esta tarde, cuando de nuevo se acercaba, una vez más, al bello rincón que daba morada a su amigo, hacía ya casi seis meses que lo había visto por última vez. Y esta tarde, mientras iban avanzando y divisaban la blanca casa en el centro del paisaje, se acordó del día de los tres pollitos de perdiz. Hablando con sus amigas, les decía:

- Era un hermoso día de primavera. La hierba de la pradera estaba verde y grande y destilaba frescor y aroma. Las anémonas y las campanulas se mecían en sus tallos al paso del viento; las ramas del romero esparcían sus aromas hacia el barranco y los pajarillos trinaban contentos saltando de rama en rama y de árbol en árbol. Toda la llanura y el cerro estaba llena de mariposas, pequeños abejorros, orugas y saltamontes. El Guadalquivir bajaba aplastado entre las zarzas y su corriente hoy se transparentaba como el viento. Arriba, en las cumbres de las cordilleras, los gruesos pinos se recortaban sobre el horizonte y sus ramas temblaban pesadamente movidas por la leve brisa. Era un día bonito y cálido y de él, Pedrito y yo nos habíamos aprovechado a tope. Al final de la tarde, cuando todavía el sol baña de plata la alfombra que tapizaba el campo, los dos nos

dispusimos a bajar del cerro. En sus laderas, sentados frente a la puesta del sol, habíamos estado casi dos horas. En estos momentos nos cogimos de la mano, abandonamos la roca y saltando por encima de una de las matas de sabina, emprendimos una pequeña carrera pendiente abajo.

El padre del niño estaba junto al corral de las ovejas y éstas pacían serenas recogiéndose hacia la majada. También allá, tumbados junto a la casa, estaban los perros mastines y en la casa trajinaba la madre de Pedrito. El y yo veníamos gozosos tanto cuanto más velocidad tomábamos en la carrera. De pronto, lo solté de la mano, me adelanté con los brazos abiertos atropellando la hierba. En medio minuto, llegué al final de la inclinación y me eché a rodar hierba adelante, pero enseguida me volví buscándolo. El también bajaba veloz con sus brazos abiertos, totalmente recto hacia mí. No esperé un segundo, me incorporé, me puse frente a él extendiendo a tope mis brazos y lo acogí de lleno en mi pecho. Los dos rodamos por la llanura llenándonos de polen y puñados de pétalos de florecillas. Primero nos reímos, después nos alegramos de estar allí en el suelo y luego nos miramos el uno al otro, intentando descubrir algo. Justo en este momento oí el piar de los pollitos.

- ¡Espera!

Le dije con mi mano apoyándome en el suelo e incorporándome. Concentré mi atención y volví a oírlos. Por sus timbres diferencié pronto que eran pollitos de perdiz. Tendí mi

mano a Pedrito, le ayudé a que se levantara y luego lo fui guiando con cautela hasta el sitio de donde salían las llamadas. Antes de llegar, a cinco metros, él los vio. Emocionado, me tiró del brazo y señala con el dedo. Enseguida los descubrí. Eran dos y saltaban asustados queriendo irse. Corrimos hacia ellos y en segundos nos pusimos a su lado. No tendrían más de dos días de vida y estaban caídos en un pequeño barranquito y, al mismo tiempo, enredados en ramas de hierba. El primero en coger uno en sus manos fue Pedrito; luego yo cogí el otro y lo observamos. No tenían ni heridas ni estaban dañado en ningún otro sitio, pero desde luego, eran preciosos. Su pequeño pico, algo redondo, sus delgadas patas y sus frágiles alitas, sin plumas, les hacían casi de ensueño. Sus cuerpos eran menudos y estaban cubiertos de pelusillas amarillentas y sus ojos chiquitos, parecían dos diamantes vivos. Pedrito me miró y yo a él y nos comprendimos. Nos dijimos que en lugar de dejarlos allí siendo como eran, tan pequeños nos los llevaríamos para cuidarlos. Así que con ellos en las manos, empezamos a irnos por la llanura hacia la casa. Un momento antes se había puesto el sol.

Cuando llegamos, les dimos un poco de pan mojado y después los pusimos en una caja pequeñita de cartón. En pocos días crecieron mucho; empezaron a comer solos; trigo, alpiste y otras semillas y cuando ya podían volar, una tarde, los llevamos a la llanura y allí les dimos libertad. Recuerdo lo bello y

emocionante que fue aquel momento para Pedrito y para mí. Sentimos pena porque les habíamos cogido cariño, pero en el fondo, estábamos contentos. Sabíamos que debían ser libres en aquellos campos para atravesarlos con sus vuelos rápidos y señoriales. Aquí puso Grisel punto final a su relato. Había sido seguido con interés por todos sus amigos, pero hoy, tanto ellos como Grisel, mientras se acercaban a la casa, iban notando que el viento frío del norte, comenzaba a soplar cada vez con más fuerza. Según se acercan a la casa advierten que allí ocurre algo. En el cerrillo ven a dos o tres hombres que se mueven por entre el monte. Otros tres se alejan por la senda que va de la casa al río y en la puerta de la casa hay varias mujeres. Grisel conoce una de ellas. Esta, en cuanto ve a la muchacha, se viene a su encuentro y la abraza temblorosa.
- ¿Te has enterado de lo ocurrido?
- No sé nada. ¿Qué pasa?
- Ha sido Pedrito; falta de casa desde esta mañana temprano y nadie sabe dónde está. Cuando ayer por la tarde empezó a nevar, se le perdió su gaviota y todos creemos que salió a buscarla.
En cuanto oye la noticia, Grisel no espera un minuto. Entra en la casa, abraza a la madre del niño, la anima un poco y sale fuera.
- ¿Quién me acompaña?
- Todos.
Responden sus amigos sin tardar.
- Pues prestad atención: Félix y Rosa que vayan por la senda que va dirección norte. Al

llegar a la llanura, mirad despacio árbol por árbol alrededor de sus troncos; Rafa, Cristina Carmen, que hagan otro tanto, pero por el lado sur; mirad también detrás de los peñascos y las matas. Tere y yo, nos iremos por el lado este, para recorrer el río y sus alrededores. Conozco bien ese terreno. Si alguno descubre algo que dé voces.

Los grupos parten hacia los puntos fijados. Son las cinco de la tarde, hace mucho frío; sigue soplando el viento, el sol ya está muy caído. La nieve es espesa; aunque se ha derretido por algunos sitios; en las matas, encima de las rocas y algún trozo por las sendas y las laderas que miran al poniente. Tere y Grisel llevan puestas sus botas de cuero camperas que les llegan hasta las rodillas. Suben un poco hacia la aldea de Bujaraiza para encontrarse con el río y empezar a recorrerlo desde lo alto. Lo de la gaviota de Pedrito había sucedido de esta manera: Cinco meses atrás, en el mes de julio, una tarde estaban jugando junto al río a la altura de la casa. Andaban por entre las sombras del gran bosque de álamos, frente a la corriente, cuando vieron una bandada de gaviotas; subían río arriba y venían como asustadas. Grisel fue la primera en extrañarse ver por allí una bandada de gaviotas. Nunca antes habían visto esta clase de pájaros por estos lugares. Alertó a Pedrito y los dos se pusieron a observar la evolución de la bandada. Y la bandada, en número de unos cien, al llegar a la altura de la casa, giró en remolino. Dieron vueltas y luego

comenzaron a descender. Al mismo tiempo, las del centro del remolino, se elevaron por encima de las otras y las que iban a ras de tierra, comenzaron a pararse sobre la arena. Fueron poco a poco seguidas de las que surcaban el aire y en diez minutos, toda la bandada estaba posada junto al río.

A Pedrito y Grisel, les entró curiosidad y cuatro minutos después ya estaban donde las aves habían tomado tierra. No querían espantarlas mas esto fue lo que ocurrió. Nada más acercarse y ser vistos, revolotearon asustadas y rápidamente se alejaron del sitio al que habían llegado. En estos momentos fue cuando ocurrió lo interesante. El niño fue el primero en descubrir que allí, cerca del río, se había quedado una de las aves. Se lo indicó a Grisel tirándole de la mano y corrieron, persiguieron a la gaviota de un lado para otro hasta que al final la cogieron; enseguida vieron que estaba herida, tenía sangre en un ala, en un muslo y varias plumas rotas.

Cargaron con ella hasta la casa y en cuanto llegaron, la curaron, le cortaron las plumas de las alas para que no pudiera volar hasta que no sanara y pocos días después, aquella ave se hizo mansa y simpática. Se acostumbró a Pedrito y a Grisel y detrás de ellos iba para cualquier sitio que se movieran. El niño era feliz con este pájaro jugando con él horas y horas sin cansarse. Cinco meses más tarde, estaba sana y las plumas le habían crecido,

mas ni siquiera hacía por irse. Era amiga del niño, de los mastines, de las ovejas, de las gallinas y no paraba en todo el día de revolotear de un lado para otro. Al final, siempre volvía al regazo de Pedrito.

Grisel y Tere comenzaron su búsqueda mirando tras los peñascos, explorando los alrededores de las matas de sabina, lentiscos y aulagas. Descubrieron, despacio, las sombras de los majoletos, los entrantes del río y todos los recovecos de las zarzas y rosales silvestres. Pasó una hora y no hallaron ni. un pequeño rastro; ni siquiera una señal. A lo largo de este rato, en más de una ocasión, estuvieron tentadas de dar voces y llamarlo por su nombre, pero cayeron en la cuenta que Pedrito no podía oír. Esto les angustió mucho y empezaron a tener miedo. La noche se les echaba encima, el viento helaba cada vez más y soplaba con fuerza. Junto al río, encima de una roca, se subieron y durante un rato buscaron con sus ojos por toda la ladera, el barranco y la pequeña llanura. Nada, ninguna señal; sólo el viento helado recorriendo la soledad del paisaje y gimiendo sobre los pinos del bosque y las copas de los álamos.

- Creo, Grisel, que debemos regresar. Se está haciendo de noche y las dos solas por aquí nos perderemos.

- Por mi parte no abandono. Hasta que no lo encuentre o sepa de él no me iré de estos lugares.

-Pues lo que podemos hacer es volver a la casa a por luces.

- Eso está bien, pero mejor es que vayas tú sola; así vendrás antes. Yo, mientras tanto, seguiré río abajo hasta la curva. A él le gustaba mucho venir por aquí.
- Bueno, haré eso, pero no te alejes mucho, volveré enseguida.
Y Tere despidió a su compañera. Subió buscando el camino con el propósito de coger luces y regresar pronto. Pero Tere no conocía bien aquellos campos y hasta que dio con la pequeña senda, tardó mucho. En este tiempo el viento aumentó de fuerza y la oscuridad hizo acto de presencia a lo ancho de todo el bosque. Ella se arañó los brazos y las rodillas, las manos se le quedaron frías como el hielo, la nieve le entró por las botas y el cuello del abrigo; el agua le empapó las ropas y con el viento frío, por momentos se iba congelando. Pensó volver para atrás y quedarse con Grisel, pero aunque la llamó varias veces, ésta no contestó. Ante estos resultados se dijo a sí misma que debía seguir y un poco más tarde descubrió luces junto a la casa. Oyó las voces de Cristina y Mary-Carmen y esto le dio ánimo. Siguió parándose de vez en cuando para llamar a los de la casa. Al final, estos la oyeron y dos de aquellos hombres salieron a su encuentro. Cuando por fin llegó a ellos, hacía más de dos horas que había dejado a Grisel. Enseguida explicó la situación de la compañera que, en el río, le esperaba.
Rápidos volvieron a la casa; informaron al padre del niño de lo que pasaba, cogieron nuevas luces y se lanzaron hacia el río. Tere

no se quedó atrás a pesar de su cansancio, ahora le preocupaba mucho su amiga. La expedición salió hacia el río en medio del viento que seguía en aumento; silbaba al estrellarse con los pinos y arrastraba la nieve de los cerrillos. Grisel bajó hasta la curva del río. Exploró detenidamente la "Playa de Las Gaviotas," así llamada por ellos desde el día de la bandada, miró bajo los álamos, donde ellos solían sentarse en las tardes de sus paseos, registró los pequeños refugios que ofrecían las rocas y luego quiso subir hasta lo alto del cerrillo, un poco al oeste. Recordó que en una ondulación del terreno sobre la loma del cerro, existía un rincón muy amado por Pedrito. Eran unos lentiscos espesos cerca de unas rocas. Entre unos y otros el terreno ofrecía como una especie de sala confortable que tenía por techo las ramas de una vieja encina. Allí, en invierno, se estaba más calentito y daba menos el viento. En verano era un sitio fresquito y resguardado del sol y además resultaba un mirador excelente.
Recordó "El Refugio de Las Tres Encinas," y pensó que estaría allí. Quiso despegarse del río, mas se dio cuenta que por allí no había ninguna senda y a través del campo, la nieve era muy espesa. El viento soplaba con fuerza y, sobre todo, la noche ya estaba encima. Se acordó de Tere y pensó que no tardaría en llegar. Por eso decidió no quedarse allí parada. Siguió bajando pegada al río con intención de coger la pista forestal que cruzaba un poco más abajo; pero antes de

llegar al camino, fue, de repente, sorprendida por algo que no esperaba: Era la visión del Hombre de la Bolsa. Lo vio a lo lejos que venía hacia ella. No se alarmó, más bien le entró alegría.
- ¡Hola Grisel!
Le dijo ya que estaba cerca de ella. Notó que se acercaba de nuevo en forma de amigo e impregnado de mayor bondad y dulzura.
- ¿Qué haces por aquí?
- No te sorprendas, vengo a ayudarte.
- ¿En qué me puedes ayudar?
- Te voy a llevar a donde está tu amigo Pedrito.
- ¿Lo sabes?
- Yo sé muchas cosas; conozco lo que hay en la mente de cada una de las personas de este mundo; conozco tu corazón, pero ahora ven y dame la mano; te conduciré a donde está el niño.
Grisel extendió su mano, el hombre se la cogió y se puso a andar cerro arriba. Enseguida se dio cuenta que atravesaban la ladera en línea recta sin ninguna dificultad a pesar del viento, la nieve y el bosque.
- Lo que sí quiero es saber con certeza por qué has venido.
El cielo se llenaba de nubes.
- Es bueno que sepas una cosa; desde ahora en adelante, estaré siempre contigo. Siempre que tú te pongas a hacer el bien a los demás, yo estaré presente. Esta noche quiero decirte algo nuevo. Tú sabes que la belleza del rostro de una muchacha, con el tiempo se marchita y desaparece. Tú sabes que también

desaparecen las ganancias materiales, los amigos y casi todo aquello que se puede ver con los ojos; tú sabes que al. Final de la vida, quedan siempre pocas cosas; y ese final, aunque ahora lo creas lejano, también llega siempre. Sin embargo, Grisel, tú sabes que hay cosas que se ganan una vez y duran toda la eternidad. No las marchita el tiempo ni se gastan. A esto quería llegar; desde hoy hasta el fin de los tiempos, voy a quedarme contigo, voy a estar a tu lado queriéndote y dándote mi cariño pero procura que tus esfuerzos y tus luchas se orienten siempre a conseguir lo que no se marchita nunca. Este es mi mensaje. Atención a ello y no lo confundas; tiene su señal y tú la debes conocer. Porque vivir al modo de los otros, hacer lo que hacen ellos, es fácil, pero no es bastante; te lo digo; tú no vivas para no vivir después; lo que importa es vivir para vivir siempre.

Aunque el viento soplaba recio y al romperse contra la ladera y los árboles, llenaba de lamentos todo el barranco, Grisel había oído con toda nitidez. Ella tenía la sensación de que aquellas ideas se fraguaban primero en su alma y aquel hombre llegaba después y se las traducía en palabras. Aquellos sentimientos les pertenecían. Todo cuanto había dicho estaba con ella, había ido con ella desde siempre. En aquel rato tampoco sintió ni frío ni cansancio. Sus pies pisaban la nieve y ni lo notaba y aún menos notaba frío en sus manos ni en su rostro; ni siquiera notaba la oscuridad de la noche a pesar de

su densidad. También su miedo interno había desaparecido y ni estaba preocupada por la suerte de Pedrito. Tenía la sensación de que todo estaba bien; era exactamente como tenía que ser y nada iba a romperse ni a desaparecer.

Llegaron a lo alto del cerro, se acercaron a la espesura de unas matas y dijo a su compañera:

- Ahí tienes a quien buscabas; te estaba esperando.

Señala con sus manos al rinconcillo que arropaban las ramas del monte. Miró y vio al niño acurrucado sobre unas piedras al calor de un pequeño promontorio de tierra y rodeado de nieve. Se lanzó hacia él, apoyó su rodilla en el suelo, lo levantó con sus manos y lo estrechó en su pecho. Lo apretó fuerte, le besó su cara, atrajo su cabeza hacia su corazón y hundió sus frías mejillas en la cara de Pedrito como queriendo darle vida. Al coger sus manos vio la gaviota; el niño la tenía sujeta en sus brazos y al mismo tiempo estaba acurrucado sobre ella. Siguió apretándolo y al notar que no reaccionaba, por su mente cruzó un pensamiento: "muerto" Y al ser consciente del sentimiento, en lugar de ponerse a comprobarlo, lo apretó más y más. Se le llenaron los ojos de lágrimas y ni sabía por qué; éstas mojaron el rostro del nido y rodaron hundiéndose en la nieve. Alzó su cabeza y preguntó al hombre:

- ¿Está muerto?

Pero al hacer esta pregunta se dio cuenta que el hombre de la bolsa ya no estaba. Se

había ido sin dejar ninguna señal y sin pronunciar palabras de despedida. Ella creyó que tenía que ser así. Mas, justo ahora, oyó la voz de su amiga Tere. Dejó a Pedrito y la buscó incorporándose.

- ¡Estoy aquí!

Vio las luces que se dirigían hacia ella y luego oyó otra vez a Tere.

- Dinos por qué sitio subimos y si te pasa algo.

- Podéis subir por el camino; yo estoy exactamente en el Mirador de Las Tres Encinas. Pedrito está conmigo; subid pronto, por favor.

- Enseguida estamos ahí.

En el barranco el grupo se organizó. El padre del niño se puso al frente. No se fueron rectos hacia Grisel; hubiera sido necesario subir el cerro completamente de frente y esto era duro a parte de la nieve y el viento; tampoco tomaron el camino que Grisel les había dicho. El padre de Pedrito conocía bien el terreno y tomó el que creía mejor para luchar contra la nieve y el viento. El padre del niño se vino por el arroyuelo que nace en la unión de dos cerros y caminó paralelo a él vaguada arriba. Aquella vaguada, durante días y tardes, había sido otro de los rincones predilectos de Grisel y Pedrito. La escogían para sus juegos, para sus carreras y para respirar el aire puro lleno de aromas silvestres tumbados frente al sol. Cuando las laderas de ambos cerros y la llanura del terreno donde nacía, se llenaba de hierba, aquel rincón se convertía en el lugar más hermoso del Valle. Y en aquel pequeño

paraíso, ellos jugaban horas y horas bañados por la luz y el silencio del campo. También habían bautizado aquella explanada. La llamaban "La Explanada de los Manantiales Claros.“.Le pusieron este nombre en honor a los tres pequeños caños de agua que brotaban justo donde nacía el arroyo. Cuando se lo dijeron a su padre, a éste le gustó y desde aquel día, todos en la finca comenzaron a pronunciar el nombre.

La expedición llega al lugar, tuercen a la derecha y enristran por la loma. El viento les coge de espaldas y les ayuda en el esfuerzo. Es lo que el jefe del grupo ha buscado y además, por aquí la nieve está más derretida. Cuando van a mitad de la distancia entre Grisel y la vaguada, brilla la luz de un relámpago y luego estalla el trueno.
- ¡Lo que faltaba!
Comenta Tere. Cinco minutos después se acercan al Refugio del Mirador. Tere lanza su voz llamando a Grisel.
- ¡Estoy aquí!
Brilla otro relámpago y a su luz, Grisel ve las caras de las personas que han venido en su ayuda. Tere corre saltando todo lo que a su paso hay y abraza a su amiga. A punto está de llorar a no ser porque Grisel reacciona, suelta a Tere y reclama su atención hacia el niño. A éste, es su padre el primero en abrazarlo. Se tumba en el suelo y lo besa lleno de alegría; apoya su oído en el corazón del niño y dice:
- ¡Vive!

Y esta frase es una explosión de gozo. Derretida en dicha, Grisel abraza uno por uno a sus amigos y ahora sí llora a riendas sueltas.

- ¡Gracias a Dios!

- Desde luego que sí.

Y justo al terminar de pronunciar estas palabras, otro relámpago llena de luz todo el Valle. El trueno estalla casi encima.

- Agilicemos el descenso.

Propone el padre. Son las doce de la noche. El cielo se ha llenado de nubes. El viento arrastra ramas, nieve y las nieblas, poco a poco van cubriendo el Valle. La noche se cierra en truenos y lluvias.

El padre levanta al niño y alumbrado y seguido por el grupo, comienzan a bajar por la ladera en busca de la casa. El viento les coge de frente y por la loma y vaguada es muy fuerte. El padre se pone al frente del grupo y baja ocultándose, un poco, en la loma dirección recto a la casa. Destella otro relámpago y segundos más tarde, el zumbido del trueno casi los deja sordos. Todos ven como las ramas del Gran Pino del Mirador, saltan por los aires. Algunos trozos caen junto al río y otros ruedan ladera adelante empujados por el viento y la nieve.

- ¡Dios santo!

Exclama Tere asustada agarrándose a Grisel.

- La impresión que tengo es que estamos viviendo un sueño al otro lado del tiempo.

- No te preocupes.

- Es que no parece real.

Y estas últimas palabras de Tere son

cortadas por el fulgor de otro relámpago. En esta ocasión de nuevo todos ven dónde ha caído el rayo. En los picos de la roca que hay a la altura de Los Tres Manantiales de la vaguada. Las piedras se abren y ruedan por la ladera. Sus chasquidos se mezclan con el ronco bramido del trueno. Grisel, de pronto, tiene como la sensación de que aquí, en este rincón del Valle, existe la presencia de algo cósmico y misterioso. Es como si Dios estuviera tocando la Tierra con su mano. Se agarra fuerte al brazo del padre del nido.

- No pasará nada.

Y Ella ahora recuerda las veces que en esta misma ladera, habían sido sorprendidos por las tormentas. Siempre se pusieron empapados; nunca les habían regañado los padres del niño.

Empieza a llover. Han bajado el cerro y por la llanura, se acercan a la casa. Bajo su abrigo, Tere lleva la gaviota de Pedrito. La lluvia aumenta por momentos. La oscuridad de la noche es rasgada por la luz de otro rayo. Cae justo en los álamos de la Playa de las Gaviotas. Uno de ellos se prende en llamas y arde durante unos minutos. Las ramas en llamas se van por el viento dando lugar a un espectáculo fantástico. Justo en las décimas de segundo que dura la luz del rayo, ante los ojos de Grisel se abre algo impresionante. Por el norte, el cielo se parte en dos trozos; se abre en forma de cortina y por detrás aparece la ciudad de ANELUZ. Los grandes bosques de robles y abetos que el Hombre de la Bolsa le había descrito en otras ocasiones,

las montañas que les circundaban y la honda belleza de la CIUDAD. El nombre de ANELUZ estaba escrito, en forma de corona, sobre la ciudad y en lenguas de fuego. El Hombre de la Bolsa estaba sentado en el centro de la gran ciudad. Un poco más lejos, avanzando hacia la ciudad, se vio a sí misma. El Hombre la miraba y le tendía la mano. Y ella, la que ahora caminaba junto a Pedrito, tuvo la sensación de que entre esta noche donde se veía entrando a la Ciudad de ANELUZ, y la noche en la cual caminaba por el planeta de los humanos, había mucho tiempo por medio. Y allí, en el centro de la GRAN CIUDAD DE ANELUZ, se hacía una pregunta: "¿Por qué aquella noche de Pedrito, escogieron mi nombre para introducirlo en el recinto de los inmortales?”

Y la misma pregunta se la hace esta noche de tormenta en el Valle donde el niño vive, justo cuando llegan a la casa de éste. Pedrito sigue durmiendo y ahora por su cara, chorrea la lluvia. La gente al verlos llegar se amontona diciendo:

- ¡Está muerto!
- ¡No! parece dormido.
- Quizá esté inconsciente por el frío.
- Sí, porque con esta noche, no sé qué habría sido de él.
- Creo que fue Grisel la primera en verlo.

Todos quieren saber qué pasa, quieren tocarlo, besarlo; la madre lo estruja contra sí, lo besa, lo palpa y enseguida se pone junto al fuego. En la chimenea arden varios troncos de pino. Brilla un nuevo relámpago y la luz

llena todos los rincones de la casa. Es otro rayo que cae a cien metros, sobre un pino de la llanura.
- ¡Qué noche, Dios mío!
- Mamá, estoy asustada.
Exclama Grisel acurrucándose en los brazos de su madre que también ha venido desde el pueblo.
-Si no lo llevamos a la aldea cuanto antes, se morirá.
- Mientras no entre en calor no lo sacamos de aquí.
Grisel, Tere y sus amigas miran al niño y también se calientan secándose las ropas y esperan con el corazón en un puño. A los quince minutos de estar aquí Pedrito mueve su cabeza; luego sus manos.
- ¡Está vivo!
Exclama Grisel abrazándolo.
- Pedrito, soy yo, tu amiga. ¡Qué alegría mamá!
Continúa diciendo Grisel fuera de sí por la emoción del momento queriendo abrazar a todos a la vez. A su madre, a la madre del niño a sus amigas, a Pedrito. Lo mira, lo toca, lo arropa y a cada movimiento de éste, ella se llena de alegría y más alegría. Tiembla nerviosa entre emocionada y asustada. A uno de los movimientos del niño ella abre sus dos blancas manos y entre ellas coge la cara de Pedrito. Le achucha delicadamente a ambos lados y luego se inclina; lo besa en pleno rostro durante mucho rato y sin prisa, deja que el calor de sus mejillas caliente la cara del niño. Por unos segundos siente en su piel

la respiración de la criatura, las palpitaciones de su pequeño corazón. Recuerda los ratos de gozo y felicidad que tantas y tantas horas han compartido juntos y todo esto le motiva un extraño sentimiento. El alma se le llena de amor y con todo su ser desea meterse dentro de la pequeña criatura para que así sienta y vea cuánto es el cariño que le tiene. Necesita demostrarle que no le ha abandonado, que está aquí con él como siempre.

Pasan dos minutos y levanta un poco el rostro para mirar los ojos del niño sin que sus manos suelten su carita. Comprueba, asombrada, como su compañera de juegos, abre los ojos, la mira fijo, dulcemente complacido y moviendo sus labios dice:
- Gracias, Grisel, sabía que me habías oído. Un inmenso fogonazo de luz, borra de todo el Valle y toda la estancia de la casa, la densa oscuridad de la noche dejando casi ciegos a todos los que están junto al niño. Revienta el trueno dando la sensación de que la tierra se hunde hacia el fin del cosmos. Silba el viento estrellando la lluvia contra la casa y crujen las ramas de los árboles. El rayo ahora ha caído a menos de treinta metros de donde está Pedrito. Grisel se queda de piedra. Todos han oído las palabras del niño; han sonado con claridad y nitidez y a continuación ha estallado el trueno.

Ha ocurrido un milagro; el niño está hablando; el cielo lo anuncia con voz de trueno para que la señal no quede confundida. Y todos tienen

la sensación de que el milagro ha sido arrancado del cielo por la fuerza del amor. Lo ha arrancado Grisel; esto está claro. Pero esta gente, todos los que han presenciado y oído el fenómeno, inmediatamente saben que el milagro está aquí, no porque Grisel sea más santa que ellos, sino porque ama más. Todo el mérito está en el amor. Grisel, que se ha quedado con la cara del niño entre sus manos, en cuanto pasa un rato, pregunta:

- ¿Cómo estás Pedrito?

- Estoy bien.

Y ahora todos comprueban que además de hablar puede oír perfectamente. Y a partir de este momento nadie se asusta ni se asombra por lo que oyen y ven.

- ¿Donde está la gaviota?

- La tiene Tere.

- Me alegro que tampoco haya sufrido nada.

Diez minutos más tarde, cesó el viento. No volvió a caer más ningún rayo en el Valle; en poco rato todo el campo se llenó de silencio y paz. Luego, rompieron este silencio y a lo largo de mucho rato estuvieron hablando de mil cosas mientras la noche pasaba y las llamas del fuego chisporroteaban en la chimenea.

Copo de Nieve

Relato corto en cinco pequeños capítulos
para leer en Navidad   2015



1- El copo de nieve

En la región más fría del mundo y también la más hermosa de la tierra, el copo de nieve dijo a sus compañeros:

- Ha llegado el momento. Por fin me marcho con vosotros a recorrer mundo. ¿A dónde tenéis pensado ir?

Uno de los mil copos, ya revoloteando y preparado para el viaje entre las nubes grises colgadas del cielo, le contestó:

- No hemos fijado un destino concreto. Nosotros solo queremos recorrer mundo en busca de aventuras. Tenemos necesidad de escapar del hogar e irnos al encuentro de otras realidades.

- ¿Visitaréis ciudades?

- Ciudades, pueblos, aldeas, valles, montañas…

- ¿Y en qué lugar concreto os quedaréis?

- Ya te he dicho que nuestro íntimo deseo es recorrer y conocer sitios, lugares, personas, animales, plantas…

Y el copo de nieve se sintió muy identificado y, por eso, confortado. Era lo que él, desde hacía mucho tiempo, desde que era

diminuta gota de agua saltando por los arroyuelos, estaba soñando. Millones de veces lo había hablado con sus hermanos, sus padres, sus amigos. Y siempre les decía:
- Un día de estos, me iré de casa para siempre. Siento, cada vez más, una irresistible necesidad de irme de casa y viajar, conocer mundos, ciudades, pueblos, personas… Es como si una extraña ansia de búsqueda y libertad me empujara desde dentro. Por eso no me importa ni abandonar la seguridad del hogar ni a los conocidos y amigos que aquí tengo.
Y sus hermanos y padres callaban. En el fondo lo comprendían pero también en el fondo tenían miedo.

Seguía hablando con algunos de los que consideraba amigos suyos y les decía:
- Si no salimos del sitio donde hemos nacido, si no viajamos y recorremos mundo, si no vamos en busca de amigos y lugares nuevos, es como si nuestras vidas no tuvieran sentido.
Y algunos amigos y compañeros siempre le argumentaban:
- Te en cuenta que no todo será tan bonito y fácil a como ahora lo sueñas. La tranquilidad y seguridad del hogar, quizá no la encuentres nunca en ninguno de los sitios que visites. Tendrás problemas y sufrirás y seguro que desearás volver de nuevo a tu tierra.
Y el copo de nieve le respondía:
- Aunque las cosas sean como dices, siempre

tendré la satisfacción de haber conocido lugares y personas diferentes. Necesito vivir mi vida para aprender por mí mismo. Necesito hacerme a base de experiencias propias. Ni el consejo más sabio podrá ayudarme tanto como aquello que experimente por mí mismo. Tengo que vivir experiencias.

Y otro de los compañeros le decía:

- Tú lo que eres es un aventurero. Un inadaptado que solo luchas para realizar tu sueño. Y, aunque es bonito lo que sueñas, seguro que al final vuelves con las manos vacías y derrotado. Es lo que le ha pasado a muchos. Se marcharon del hogar, de esta región del frío, y en cuanto se encontraron en los lugares cálidos, en cuanto los acarició el sol, murieron derretidos. Nosotros somos frágiles, pequeños, vulnerables… No estamos hechos para muchas de las cosas en este suelo.

- Aunque sea así, quiero irme a recorrer mundo. Cada día que pasa ardo más en deseos de salir volando.

- Pues ya nos contarás cuando vuelvas.

- ¡Eso! Si es que vuelves.

Y él les seguía diciendo:

- Y si no vuelvo tampoco será nada malo. Quizá ese sea mi destino. Morir por el sueño que uno lleva dentro, es lo único que importa. ¿De qué sirve la vida si uno no la gasta luchando por aquello que cree? Una vida sin sueño no tiene sentido. Así que no estoy equivocado.

2- El copo de nieve a punto de salir de viaje

En la región de la nieve, en el lugar más frío del mundo y también el más hermoso de la Tierra, Copodenieve ya se encontraba entre sus compañeros de viaje. Y, de alguna manera y a su modo, celebraba su partida. Jubiloso como cuando los jóvenes por primera vez se marchan de sus casas. Les decía a los que tenía más cerca:
- Encontraré, por fin, a la amada de mis sueños y compartiré con ella un mundo nuevo y todas las fantasías que, desde niño, llevo en mi corazón. Seré el más libre de todos y, por eso, repartiré amor y respeto en todo momento.

Iba cayendo la noche. Desde las grises nubes, colgadas como del cielo, Copodenieve miraba. Con las últimas luces del día, todavía se veía con claridad las llanuras de los campos. Las tierras blancas, surcadas por grandes ríos y cubiertas por extensos bosques, único mundo que Copo siempre había conocido. Un mundo frío, hermoso como el sueño más bello, pero al mismo tiempo triste y como vacío. Por eso, según se dejaba mecer por el helado vientecillo que entre las nubes lo acurrucaba, miraba para despedirse. Y no sentía tristeza sino más bien pena. La hermosa región del frío, casi siempre cubierta por una densa capa blanca, parecía como sin vida. Como

apagada o dormida en una quietud perfecta.

De aquí que Copodenieve le dijera al compañero que tenía al lado:
- Mira conmigo y verás qué desolado. Todo es llano y todo tiene el mismo color. Y parece como si no hubiera más vida que los ríos y los bosques.
- Pero los pueblos y las ciudades están ahí. Y dentro de las casas las personas se acurrucan calentitas.
- Sin embargo, fíjate en las calles de la ciudad. Todo parece solitario. Vacío, sin vida. Tres luces solo brillan al final de aquella avenida. ¿Dónde están los niños, los jóvenes, las muchachas, las personas mayores?
- Dentro de sus casas acurrucados al calorcillo.
- Es un mundo aburrido. Bello pero feo. Entre los niños, jóvenes y mayores, no tengo ni un solo amigo. Por eso ahora no siento pena irme. Nadie por aquí me dio nunca calor ni cariño. Y, además, cada vez que miro y solo veo llanuras y llanuras y todo helado, el alma se me cae a los pies. ¡Qué poco me gusta este país mío aunque para otros sea tan bello!

3- El viaje de Copodenieve

Cuando ya, Copodenieve, rodeado de sus compañeros, ilusionado volaba por el espacio, sin parar miraba y preguntaba. Para él era todo nuevo. Los valles, los ríos, las montañas, los bosques, las nubes y las nieblas. Y lo mismo las hileras de coches

surcando las carreteras y el resplandor de las ciudades.

Decía a sus compañeros:

- Es fantástico un viaje como éste.

Y ellos le respondían:

- Pero todavía no has visto nada. El mundo es más grande de lo que tú piensas. Espera un poco y ya verás cuando atravesemos las altas cumbres de las cordilleras y, la luz del nuevo día, nos deje ver.

El aire de la ventisca los empujaba con fuerza y, por eso, a veces bajaba y otras veces subía. Como en un columpio de feria. Y, en algunos de estos momentos, seguía charlando con los copos de nieve que tenía más cerca. Chocaba con ellos y, entonces, aprovechaba para preguntar:

- Y tú ¿a dónde quieres que el viento te lleve?

Y este nuevo compañero le decía:

- Yo quiero aterrizar en lo más alto de la montaña. Allá donde haga mucho frío y los rayos del sol no me hieran.

- ¿Y por qué si vienes de una montaña quieres ir a otra montaña?

- Para vivir más lejos del lugar donde nací y así conocer mundo y personas. Lo importante es ir a muchos sitios y conocer siempre lugares nuevos. Si aterrizo sobre la cumbre de una alta montaña viviré más tiempo y, de este modo, alegraré con mi color blanco los paisajes de esta tierra.

Otra ráfaga de viento empujó fuerte

y zarandeó a Copodenieve. Subió rápido por entre un remolino de pequeños y blandos copos. Con uno y otro fue tropezando y, al hacerlo, siempre exclamaba:

- Esto es lo más divertido que nunca había imaginado.

Un copo rechoncho, de pronto se puso a su lado. Sin dejar de mecerse en el viento, miró a Copodenieve y le preguntó:

- ¿Con qué destino sueñas tú?

- No tengo preferencias por ningún rincón del mundo pero me han dicho que al sur de la Tierra, todo es muy bonito.

- En el sur no hace mucho frío y eso es malo para nosotros. Aunque el sol es la fuente de la vida y lo más hermoso del mundo, para nosotros no es bueno.

- ¿Conoces tú por ese lado del sur, algún sitio especialmente bello?

- Hace unos años estuve en Sierra Nevada.

- ¿Dónde se encuentra eso?

- Al sur de España, en una ciudad muy hermosa que se llama Granada.

Al oír este nombre, Copodenieve se quedó pensativo. Para sí se preguntó: "¿De qué me suena a mí el nombre de Granada? Ahora no lo recuerdo bien pero, de Granada en alguna ocasión, alguien me ha hablado mucho. Y recuerdo que también me gustaba a mí mucho todas las cosas que me contaban. ¿Cuándo sucedió esto, cómo y en qué lugar?"

Y, Copodenieve, otra vez fue

empujado por el viento. Un viento fuerte y muy frío que soplaba desde el norte, llevando la borrasca hacia el centro de Europa. Copodenieve tampoco sabía mucho de esto. Era tanta la alegría por su viaje, hacia la libertad y en busca de su sueño, que solo tenía tiempo para preguntar y mecerse en el viento.

Por eso se acercó otra vez al copo rechoncho y le dijo:

- Cuando tengas un rato quiero que me hables de Granada. ¿Cómo fue tu primer viaje a España y cómo te fueron las cosas por la ciudad de Granada?

- ¿Por qué tienes tú tanto interés en saber cosas de esta ciudad y no de cualquier otra de las muchas que hay en el mundo?

- No recuerdo ahora quién ni cuándo ni dónde pero de Granada me han hablado mucho y todo muy bueno. Me dijeron que en ella todo es tan bello como el más hermoso de los cielos. Y me dijeron que en su corazón y en su alma hay una magia que no existe en ningún otro lugar del mundo. Y también me dijeron que en Granada, todo es como el más dulce de los sueños. ¡Háblame de Granada!

Y el copo rechoncho y blanco blando como la seda, dijo a Copodenieve:

- Una cosa importante que no debe faltar nunca en tu vida es un ideal, un sueño, una meta. Debes luchar hasta dar la vida por algo hermoso y elevado. Por eso, tener un sueño, siempre te dará la fuerza necesaria para

llegar hasta el final. Solo de este modo podrás conseguir aquello que tanto apeteces.
- ¿Y tú tienes en ti este sueño?
- Lo tengo desde el primer día que fui agua y, más aun, cuando el frío me convirtió en nieve. Siempre deseé ser el copo más perfecto y blanco. Mucho más que lo eres tú en este momento.

Copo reflexionó un momento y luego preguntó:
- ¿Cuándo terminaremos de llegar a Granada?
- Esta ciudad aun queda lejos. ¿Es que tienes prisa por llegar?
- Estoy pensando algo.
- ¿Qué es lo que estás pensando?
- Como ya te he dicho hace un rato, quiero que me hables de Granada. Y también quiero que me hables de Sierra Nevada y de tu sueño. Tu experiencia me puede servir de mucho, aparte de que también me gusta el modo en que me hablas. Me gusta aprender de ti. Por eso quiero que me cuentes todo lo que sepas de las tres cosas que ya te he dicho. De aquí mi pregunta de si tardaremos mucho en llegar. ¿Nos dará tiempo hablar de lo que te estoy pidiendo?
Estamos ahora mismo atravesando Europa. Y España se encuentra casi al final de este gran continente.
- ¿Entonces tardaremos dos día en llegar?
- Depende de la fuerza con que nos empuje el viento.

Y, en este justo momento, una ráfaga de viento helado, aguijoneó desde abajo. Copodenieve y su compañero, salieron lanzados hacia donde la nube era más densa. Y Coporrechoncho gritó a su amigo:

- Acércate a mí y pega tu cuerpo con el mío para que no nos perdamos. Quiero hablarte de lo que deseas antes de que lleguemos o nos estrellemos en una montaña cualquiera.

Y, Copodenieve, aprovechando uno de los muchos empujones que le daba el fuerte viento, se apretujó con su compañero.

- Así estamos seguros. Cada uno seguimos siendo cada uno pero unidos como en un solo cuerpo. Es bonito esto y bueno aunque debemos tener mucho cuidado. En cuanto el viento deje de sostenernos, porque pierda fuerza, como los dos unidos pesamos mucho, podemos precipitarnos y caer a la tierra. En cualquier lugar del mundo. Y esto no será bueno para el sueño que estamos comentando.

Por momentos, cada vez más emocionado, Copo seguía diciendo:

- Es la primera vez que esto ocurre en mi vida y me está gustando. En ti, sin quererlo ni buscarlo, ya tengo un buen amigo, que me apoya y me enseña. ¡Eres fantástico!

El viento los seguía empujando cada vez con más fuerza y frío.

- Tenemos que procurar subir, cuanto más alto, mejor. Si queremos llegar lejos, yo a Sierra Nevada y tú a Granada, tenemos que subir a la parte más alta de la nube. Así

tendremos más oportunidades de sobrevivir y vivir experiencias. La vida de un copo de nieve, de cualquiera de los millones de copos de nieve que cada año caen sobre la Tierra, siempre es frágil y breve. Y, en cada momento, está condicionada por la altura. Cuanto más subamos más oportunidades tendremos. Procura no ser como todos. La mayoría de los copos blancos que ahora mismo viajan con nosotros, ni siquiera tienen sueños. Les da igual ir lejos o cerca o caer en una montaña o en un valle. No serán nada en sus vidas. Solo copos de nieve, ahora, y luego agua que quizá, enseguida se contamine, con las suciedades de los millones de humanos. Subamos a lo más alto de la nube para que podamos realizar los sueños que soñamos.

Y preguntó Copo:

- Yo hago este viaje porque deseo vivir aventuras. Y también porque, en el fondo de mi ser, quiero sentir emociones y encontrarme con las cosas más bellas. Y tú ¿por qué realizas este viaje?
- Por el sueño que ya te he dicho antes.
- Para mí sería muy interesante si me contaras algo de ese sueño tuyo.

Una densa bandada de copos, de pronto llegaron desde la derecha. Empujados por la fuerza del viento y, por eso, dando volteretas y achuchándose unos contra otros. Como si vinieran huyendo del más feo de los fantasmas o como si tuvieran prisa para

alcanzar una meta muy concreta.

Rechoncho y Copo, se sintieron acorralados. Empujados, por el lado de la izquierda y envueltos por una densa niebla. Aunque en realidad, como era noche cerrada, nadie veía nada de lo que pasaba en el corazón de la borrasca. Nadie veía según el modo en que vemos los humanos pero los copos de nieve ven de otro modo. Desde su interior de hielo y por eso son amigos de los vientos y vuelan sin tener alas y se visten con el color más puro y blanco.

4- El relato de Copodebil

Rechoncho dijo a Copo:

- No te pierdas. Agárrate fuerte a mí para que nada ni nadie nos separe en este viaje.
- Yo me aprieto contigo todo lo que puedo y también, con lo que me empuja el viento, me agarro más fuerte a tu mano.

Y, en este momento, un copo muy débil, en forma de estrella pequeña con tres puntas, se rozó con Rechoncho.

- ¡Perdona! Pero es que no hay manera de tener el más mínimo control de uno mismo.
- No pasa nada. Estás perdonado.
- ¿Adónde quieres ir tú?

Alzando la voz mucho para que sobresaliera por encima del ruido que emitía el viento, Copodebil dijo:

- Una de las veces que fui nieve las nubes me dejaron en las montañas de Cazorla.

Quiso seguir hablando pero otra vez

el viento los empujó con mucha fuerza. Con tanta fiereza que estuvo a punto de irse al otro extremo de la tormenta. Pero Copo lo rozó con su blando cuerpo, hizo un hueco y lo sujetó junto a ellos. Interesado le preguntó:
- ¿Dónde están las Sierras de Cazorla? Creo, también, que en alguna ocasión alguien me dijo algo de estas montañas.
- No se encuentran lejos de Sierra Nevada. Un poco al norte de Granada y justo donde nace el río Guadalquivir.
- Y cuando estuviste en ese lugar ¿Te gustó a ti eso?
- ¡Mucho! Son unas sierras tan bonitas que da gusto mecerse sobre ellas y luego caer por entre los pinares, las rocas, los hermosos valles y las laderas.
- ¿Hay muchos arroyos por allí?
- Tantos que nombrarlos todos llevaría una vida entera.
- ¿Te acuerdas tú dónde fuiste a caer la última vez que estuviste en esas sierras?
- Me acuerdo como si estuviera sucediendo ahora mismo.
- ¿Dónde fue y cómo?
- En las laderas de un gran monte que se llama Banderillas. No al sur, que es donde están los Campos de Hernán Pelea ni tampoco al norte, que es por donde nacen los ríos Borosa y Aguasmulas, sino un poco al este. Por donde se llega cuando se va desde el nacimiento del río Segura.

Sin saber por qué, Copo sintió un poco de envidia. Por eso, otra vez preguntó:

- ¿Y te gustó a ti mucho ese sitio?
- Ya te he dicho que tanto me gustó que ahora quisiera que esta nube y el viento me dejaran caer sobre ese mismo lugar.
- Pero, aunque sea tan bonito como dices, yo creo que Granada le supera. Y, Sierra Nevada, quizá mucho más.
- De Granada no puedo decirte mucho pero sí de las laderas del Banderillas. Aunque, de este lugar tan bello, también tengo una queja.

Copo, que en este momento viajaba pegado por completo a Rechoncho y rozándose, de vez en cuando, con Débil, trazó una divertida pirueta. Desde el lado de abajo saltó para arriba, impulsado por el viento de la nube. Y, desde arriba, buscó un hueco y se colocó en el centro. Entre Rechoncho y Débil. Aclaró, entusiasmado y muy seguro de sí:
- Unidos los tres hasta el momento en que esta nube nos deje caer al suelo. Porque me estáis demostrando que sois los mejores amigos. Estáis compartiendo conmigo todas vuestras cosas y os lo agradezco. Ya sabéis que soy nuevo en esta aventura. Es mi primera vez en un viaje como éste y, por eso, a penas sé nada de la vida de un copo de nieve. Pero, con amigos como vosotros, se me está quitando todo el miedo.

Y, al pronunciar estas palabras, se acurrucó más contra Rechoncho y Débil. Como si, de este modo, quisiera demostrar su sincero agradecimiento por tan bonita

amistad. Le dijo, a Copodebil:
- Te defenderé hasta dar la vida por ti, si hiciera falta. Por eso, siéntete seguro y sigue hablando de tu experiencia en la Sierra de Cazorla. ¿Por qué me has dicho que tienes tus quejas de ese sitio? ¿Qué fue lo que te pasó la última vez que estuviste en estas montañas?

Copodebil, sintiéndose apoyado por la buena amistad de Copodenieve, habló y dijo:
- Es una historia muy larga que no me dará tiempo contarte en este momento. Porque quizá dentro de poco amanezca y quizá la nube y el viento nos deje caer sobre la tierra.
- Pero, mientras tanto ¿dime de qué o por qué estás molesto?

Y, despacio, Débil relató a Copo:
- Sabes, como ya te decía, las laderas de las Banderillas, son muy bellas. Y, el sitio donde yo me posé, es más bonito todavía. Alzado, casi en la cumbre pero mirando al este y frente a los Campos de Hernán Pelea. Es un lugar donde solo hay unos cuantos pinos, algunas rocas y un poco más abajo, un pequeño valle. También un collado y, por este punto, un viejo camino que sube desde el barranco del río Aguasmulas. Un paraje precioso, donde hace mucho frío y hay abundante luz porque el sol da de frente nada más levantarse. Y también porque todo aquello es tierra de pastores, sinónimo de hombres buenos. Los pastores de los

Campos de Hernán Pelea, son las personas más nobles del mundo. Luego te digo por qué pienso de esta manera.

Después de un breve silencio, motivado por el vaivén del traqueteo del viento, Copodebil, prosiguió:

- Era un día de invierno. Amanecía y hacía mucho frío. El viento no soplaba tan fuerte como éste que ahora nos zarandea. Pero sí corría en cantidad y empujaba con cierta potencia. Por eso, al llegar a las cumbres de las Banderillas, se quejaba al romperse contra las duras peñas. Y también se lamentaba al chocar con las ramas de los pinos y los pequeños escaramujos que, por todo ese territorio, crecen. Daba miedo oírlo pero era un bello espectáculo que también debes conocer. Ya sabes: un copo de nieve, por insignificante que sea, también debe tener cierta sensibilidad por las cosas que les rodea. Un día, ya te darás cuenta, que somos mucho más que nieve blanda.

Pero vamos al caso de lo que vengo diciendo: amanecía y la nube que nos llevaba, en compañía del viento, por toda aquella ladera, comenzó a soltar copos blancos. Hermosos copos de nieve que, como en un juego de mariposas, caían desde todos los lados. Y, después de realizar prodigiosas danzas mientras por el espacio descendían, se iban posando por todos los sitios de aquella ladera. También por las cumbres de las Banderillas, por las recogidas

hondonadas y por el collado del camino viejo.

Y claro que todo aquel terreno se fue llenando de tiernos y bellísimos copos de nieve. Y, según yo iba viendo, aquel espectáculo me gustaba mucho. Porque no solo me parecía hermoso y mágico si no trascendente, muy trascendente. Algo así como si fuera una de las experiencias más importantes en la vida de un copo de nieve. Como si fuera la materialización del sueño que, en el fondo, todos llevamos dentro. Mejor aún: aquel momento maravilloso de las nubes derramándonos sobre las laderas de las Banderillas, yo tenía claro que era parte de la gran misión que el destino me había encomendado. Por eso me sentía plenamente feliz y todo mi ser vibraba de emoción.

Feliz y enamorado como nunca yo he estado a lo largo de mi vida. Porque, y también ahora quiero decírtelo, lo primero y más importante que un copo de nieve debe hacer en su vida, es quererse a sí mismo. Enamorarse de su blancura y de la fragilidad de su cuerpo. Y también debes practicar esto con todos aquellos compañeros que compartan aventura contigo.

Sí, un buen copo de nieve, debe siempre quererse mucho a sí mismo y ser el mejor compañero mientras va de vuelo por las nubes y cuando luego se posa en el suelo. Solo de esta manera serás digno de la

blancura que a la nieve corresponde. Y también solo de esta manera llenarás de belleza los paisajes donde te poses. Porque hay que ser feliz y quererse mucho para poder transmitir a los demás el gusto y amor a la vida. Nada ni nadie podrá transmitir lo que no se lleva dentro. Esto es así de sencillo y así de concreto.

Por eso, aquel paisaje de las laderas de las Banderillas, por momentos, se iba vistiendo con la belleza más pura. Al amanecer de aquel día frío de invierno, los copos de nieve que desde las nubes descendían, lo iban cubriendo todo. Mientras me mecía delicadamente entre los dedos del viento, esperaba mi turno para caer al suelo. Por mi lado, por la derecha, por la izquierda, por arriba y por abajo, me iban pasando pequeñas bandadas de copos. Y, al rozarme mientras caían, me saludaban ilusionados. Todos, todos, me decían:

- Nos vemos dentro de un rato en la alfombra blanca que, sobre estas tierras, estamos dibujando. No tengas miedo que todo será dulce y divertido. Fíjate qué contento voy yo bajando.

Y era cierto: todos los copos de nieve, según caían para el suelo, iban dejando estelas de luz y alegría. Contentos de sí mismos y contentos de dar sus vidas por la misión que a cada uno el destino le tenía asignado. Por eso, allí descubrí yo, en ese mismo momento, que nada hay más

hermoso en la vida de un copo de nieve, que enamorarse de su blancura y, vestir con esta blancura, la tierra sobre la que el viento nos deja.

Estuvo nevando toda la mañana. Lentamente pero sin parar y, por eso, el terreno se fue cubriendo poco a poco. Con una alfombra tan blanda que parecía de nata. La nube que nos llevaba, a veces, se acercaba tanto a la tierra que parecía fundirse con ella. Por esas zonas altas de las Banderillas y los Campos de Hernán Pelea, cuando llueve o nieva, se alza mucha niebla. Un espectáculo que también hay que verlo para descubrir la hondura de su belleza.

Y, conforme los copos iban cayendo desde la nube al suelo, me empujaban. Casi siempre sin quererlo. Pero yo tenía mucho cuidado no fundirme con ellos porque me interesaba no caer ni entre los primeros ni entre los últimos. Era la primera vez en mi vida que había venido en forma de copo a estas montañas. Por eso me interesaba seguir dando vueltas por entre la nube hasta el último momento. Quería descubrí y aprender cómo es y cómo se ve una gran nevada, desde arriba. Y también me interesaba quedar, en la alfombra blanca que la nieve estaba tejiendo, arriba del todo. Para seguir viendo la transformación de todos esos campos y, para así, continuar aprendiendo.

Por eso, cada vez que algún copo, al

pasar junto a mí, me rozaba, yo me apartaba. Para no fundirme con él y, con el peso de los dos, precipitarnos para el suelo. Y lo fui logrando. Y, como el viento no paraba de soplar, también fui cumpliendo otro de mis deseos: ir de un lado a otro y desde las cumbres a la llanura y observar despacio todos los paisajes que por ahí tienen esas montañas. Y, según los iba descubriendo, más y más me gustaban. Por eso ahora puedo decirte que son fantásticos esos sitios. Hermosos como el sueño más bello y misteriosos como la fantasía más extraña.

Pasó el tiempo. El sol, aunque no se veía porque la densidad de la borrasca lo ocultaba, sí se intuía dónde estaba. Ya en la mitad entre el horizonte y la vertical. Y, por eso, todos aquellos paisajes, se veían iluminados. Como si en ellos se reflejara un gran chorro de luz pura y mágica. Y era así: la luz tamizada del sol iba reverberando sobre la inmaculada alfombra que los copos fabricaban. Porque, ya a media mañana, la nevada era tan grande que lo cubría todo. Se vía una alfombra tan ancha y espesa que parecía que medio cielo se había derramado sobre la tierra.

En mitad de la ladera, a la derecha de la vieja senda, hay una gran roca. De más de un metro de alta y, por arriba, un poco plana. Varias veces, en mis idas y venidas, pasé rozando la superficie de esta roca. Y, cada vez que esto sucedía, me fijaba y descubría

la capa de nieve que aquí se iba acumulando. Lo mismo que por la ladera entera, por el llano que recorre la senda, por lo alto de las cumbres y por los anchos Campos.

Y, al viento que me llevaba de un lado a otro, una vez y otro le decía: “Quiero posarme sobre la pequeña llanura de esta roca”. Y ¿sabes por qué pensaba esto? Porque ya había descubierto que, desde lo alto del peñasco, se veía todo. La inmensa superficie blanca que la nieve iba fabricando y la vieja senda y el collado. Y, además, desde lo alto de esta roca yo imaginaba que podría estar un poco más conmigo mismo. ¿Que si tenía miedo? Ninguno. El destino de un Copodenieve, en cuanto cae al suelo, es morir. Pero yo deseaba vivir la mejor experiencia.

Así que ya la nevada casi había terminado. La nube había derramado casi toda su carga y el sol se adivinada muy alto. Sobre la superficie de la roca, una espesa capa de nieve y el viento acariciaba muy despacio. Me empujaba como en una caricia de seda y, como en forma de beso delicado, me dejó donde yo quería. Justo en la parte de arriba de la gruesa capa de nieve acumulada sobre el peñasco. Le di las gracias y me sentí bien. Como si de pronto hubiera alcanzado la meta más importante de mi sueño.

A media tarde dejó de nevar. Se calmó por completo el viento y las nieblas se

levantaron. Las montañas y los campos se iluminaron con una luz blanca y azul y las nubes se abrieron. Como si ya la borrasca hubiera vaciado toda su carga de nieve. Y, por eso, todos aquellos paisajes estaban alfombrados con la blancura más pura. Como si hubieran sido acicalados por las más expertas manos del mejor de los artistas. De aquí que la hermosura que por todos aquellas paisajes relucía, fuera fantástica.

Desde lo alto de mi peña, en mi pequeño lecho blando, yo observaba y me sentía feliz, como he dicho antes. Realizado y, en una libertad y serenidad, como nunca había soñado. Y llegó la noche. Sin viento ninguno pero sí mucho frío y con el canto de algún cárabo a lo lejos. Lo demás, hondo silencio y honda serenidad. Como si el fin de los tiempos de pronto hubiera llegado. Una noche hermosa como nunca jamás había imaginado y, el amanecer, aun lo fue más.

Porque amaneció con solo unas cuantas nubes por el cielo, con la misma serenidad que había reinado a lo largo de la noche y sin una chispa de viento. Y esto sí que me gustó a mí. Allá por el horizonte, el sol con sus dorados reflejos, salpicado de nubes blancas y negras el cielo, la blancura cubriendo por los llanos y las cumbres de las montañas y la serenidad de la más honda eternidad. Un momento impresionante que solo se vive una vez a lo largo de la vida. Un sueño que la naturaleza me regalaba de parte

del Creador del Universo.

Pero de pronto, a media mañana, se rompió este sueño. Se oyó, por el camino que llega desde el nacimiento del río Segura, el ruido de un coche. A los pocos minutos lo vimos y, unos minutos después, se quedó atascado no muy lejos de mi atalaya. Vi que de este coche salieron unos cuantos hombres con palas y un niño. Para desatascar el coche comenzaron a mover nieve y, todo lo que por allí cerca había, lo fueron llenando de barro. Como locos o como vacíos de gusto por la belleza de la blancura en todos estos campos. Me dolió mucho. Y más me dolió cuando vi los surcos que trazaron dándole la vuelta al coche para sacarlo de donde se habían metido.

Quise gritarles y quise decirles que, con sus comportamientos, nos hacían mucho daño. Pero ya sabéis: los copos de nieve nunca podremos hablar con los humanos. No con su lenguaje y ellos, muy pocos, conocen el lenguaje nuestro. Consiguieron desatascar el coche después de media hora rompiendo nieve y echando barro por todo aquel entorno.

- Ya lo hemos logrado,

Decían. Y lo habían conseguido, como ya os he dicho, a costa de romper, manchar y machacar la hermosa y pura alfombra de nieve, que por allí la borrasca había dejado. Y no contentos con esto, dijeron:

- Ahora que ya hemos dado la vuelta al

coche, pongámonos en ruta y subamos a las cumbres de las Banderillas.

Y dicho y hecho: los tres o cuatro hombres con el niño se vistieron como de conquistadores y, se echaron ladera arriba. Quebrando y rompiendo nieve como desesperados sin importarles destrozar la delicada belleza que por todo aquel territorio había. Decían:

- Hagamos muchas fotos para luego ponerlas en el foro y que se mueran de envidia.
- Cuando vean esta aventura a más de uno se les pondrá los dientes largos.
- Subir a las Banderillas con una nevada como ésta es la primera vez que alguien lo realiza.
- Fíjate, por encima de la rodilla me llega la nieve.
- ¡Qué aventura más buena!

5- Morir en Granada

Al medio día, se empezaron a ver las primeras nubes en los cielos de Granada. Solo unas cuantas aisladas, no muy negras, espesas y en forma de grandes montañas o girones deshilachados. Algunas de estas nubes eran blancas y parecían como si brotaran del mismo azul del cielo que le servía de telón de fondo.

A media tarde, ya todo el cielo de Granada, estaba por completo como un mar sin playas y el color de estas nubes, se iba tornando plomizo. En una quietud abrumadora donde ni siquiera un poco de

viento se movía. La luz del día comenzó a disminuir y todo parecía como si ya la noche estuviera llegando. Pero, un poco después de media tarde, por el horizonte las nubes se abrieron. Sobre la gran Vega de Granada y más al fondo, el denso mar de nubes grises, se quebraron como en forma de granada ya madura. Y por estas grietas y rotos, asomó el sol. Tímido pero proyectando dorados rayos muy luminosos que parecía querer iluminar rincones muy concretos por el valle del río Darro y colina de la Alhambra.

Por el río Darro, desde Plaza Nueva para arriba, los paisajes se iluminaron con la fuerza de una lumbre viva. Color oro líquido, se vieron los árboles que por este valle crecen y color plata y rosa, se vieron los edificios de la Alhambra y palacios del Generalife. Por la Carrera del Darro, calles estrechas del Albaicín y mirador de San Nicolás, las personas que observaban este espectáculo, comentaban:

- Parece como si el tiempo se preparara para dejarnos esta noche por aquí una buena nevada.

- Sí que parece esto y, además, hasta se siente palpitar en el corazón el deseo de que esta noche nieve mucho.

Era Navidad, veinticuatro de diciembre y por eso, en cuanto la tarde se apagó un poco más, las luces brillaron con todos los colores. Por las pequeñas y estrechas calles del Albaicín, en las recogidas

plazuelas, por el centro de Granada, junto a los ríos y muchos más rincones.

El sol se ocultó por entre unas nubes alargadas y los rotos de otras nubes, se cerraron. La tarde se fue tornando más y más pálida, gris y plomiza y al poco, pequeños copos de nieve comenzaron a caer. Sobre las casas del barrio del Albaicín, por entre las torres de la Alhambra y jardines del Generalife, por los bosques de la umbría, en la colina de estos palacios y por toda la ciudad de Granada. Y enseguida las calles se vieron llenas de personas. Subiendo por la Cuesta de Alhacaba hacia el corazón del Albaicín, por Plaza Larga, por el Mirador de San Nicolás…

Embelesados y con los corazones alegres, todas estas personas hacían fotos, recogían nieve de las mesas en las terrazas de los bares, se tiraban unos a otros pequeños puñados de esta nieve y además de correr, reír y gritar, muchos comentaban:
- Es como si el cielo nos estuviera premiando con esta bonita nevada en esta tan especial noche de Navidad.
- Parece eso porque desde luego que ver la Alhambra y sus torres cubiertas por la nieve que cae, justo al llegar la noche y en un día como el de hoy, es más que emocionante y bello. Ojalá sea muy larga y copiosa la nevada que ahora mismo se duerme sobre esta tan mágica ciudad nuestra.
- Sería algo único si estuviera nevando la

noche entera sin parar y que mañana cuando amaneciera, toda Granada apareciera cubierta por un tan espeso manto inmaculado como nunca se haya visto antes por aquí.

Y nevó sin parar a lo largo de toda la noche. Lentamente, sin chispa de viento y también con poco frío. Como si el cielo, de una manera especial, no quisiera perturbar la paz en los corazones de las personas en esta singular noche de Navidad. Y al amanecer y en cuanto la luz del nuevo día se abrió, se vio la gran nevada. Cubriendo por completo a toda la ciudad, barrio del Albaicín, valles del río Darro, bosques y colina de la Alhambra.

Un fino y denso manto de niebla, arropaba todos estos lugares. Dando lugar así a un espectáculo nunca antes visto en esta ciudad. Porque la niebla era tan espesa y cubría tanto que hasta parecía emerger de la misma alfombra de nieve que por todas partes se extendía. Por eso la ciudad entera, la colina de la Alhambra y barrio del Albaicín, con los bosques a un lado y otro y todo el gran valle del río Darro y del Genil, parecían como si formaran una amplia sábana blanca que amablemente cubría por todas partes al tiempo que se elevaba hacia el cielo. Como si todo y en todas las direcciones, fuera la misma capa inmaculada que la nevada de la noche había tejido.

Del barrio del Albaicín y del corazón de Granada, muchos niños se fueron

juntando por el Paseo de los Tristes. También por la explanada del Rey Chico y el camino que lleva a la Fuente del Avellano. Por todos estos sitios, la nieve era tanta, que animaba a correr por encima de ella. Por eso los niños que por aquí se fueron reuniendo, ilusionados y como si se tratara de un maravilloso juego, corrían alborozados de acá para allá, amontonando en sus manos puñados de nieve con la que hacían bolas y pequeños muñecos. Se tiraban estas bolas entre sí y hasta se animaban lanzando esta nieve a grandes alturas al tiempo que exclamaban:
- Para enterrar un poco más con nieve las altas torres de la Alhambra. Sí, a ver quien lanza bolas de nieve con más fuerza y consigue llegar hasta esas torres.

A media mañana de este blanco y original día de Navidad, las nieblas se alzaron. Se abrieron las nubes en el cielo y los primeros rayos de sol, incidieron sobre la densa capa de nieve. Dos niños y una niña casi de la misma edad y amigos los tres, desde el Paseo de los Tristes, se fueron por la corta cuesta del Camino del Avellano. Con la intención de pisar y correr por la blanda capa de nieve que por aquí todavía nadie había estropeado. Dijo el mayor de los tres:
- Subamos hasta la misma Fuente del Avellano y descubramos cómo están los paisajes por ahí.
- Sí, vayamos hasta ese lugar desde donde se ve la Abadía del Sacromonte, todo ese barrio de las cuevas y el ancho valle del río

Darro hacia Jesús del Monte.
Expresó también muy entusiasmada la niña del grupo.

Corriendo por el espacioso camino que desde el Puente del Aljibillo remonta y avanza hasta la reducida explanada de la famosa fuente, subieron los tres. Con sus manos ya casi entumecidas por el frío de tanta nieve como habían cogido y con los pies también muy helados y lo mismo sus caras y orejas. Pero como la ilusión de recorrer, pisar y explorar el bonito espectáculo que el día les regalaba, era mucha, ni siquiera sentían ellos el frío en ninguna parte de sus cuerpos. Y también, como la mañana se iba alzando y el sol se asomaba por entre las nieblas calentando un poco y cada vez más, se paraban de vez en cuando, se ponían al sol con la intención de calentarse algo y miraban para la Alhambra, toda la umbría del Generalife y este blanco edificio en lo más alto.

El panorama era tan fantástico y nuevo para ellos, que por momentos quedaban más y más asombrados. Comentó otra vez la pequeña:
- Y si cuando lleguemos a la Fuente del Avellano, buscamos las veredillas y remontamos por esta ladera hasta lo más alto ¿os imagináis lo que por ahí podremos encontrar y lo divertido que será vivir esta ventura?
- Pues si encontramos estas veredillas y nos

animamos, sí que podríamos hacer lo que estamos comentando.
Confirmó el más pequeño de los tres niños. Y de pronto, el mayor del grupo, preguntó:
- ¿No sentís vosotros lo que yo, calor en las manos?
- Sí que es verdad. De pronto y por momentos cada vez más, estoy sintiendo que el frío que hasta hace un momento tenía en mis manos, desaparece.
Confirmó la pequeña. Y el menor de los tres, también preguntó:
- ¿Por qué será eso?
- No lo sabemos pero a lo mejor es el sol que por momentos, cada vez calienta más.

Era así porque, según ya caminaban por el punto donde en este recorrido es camino llano y al frente se ven las laderas del Sacromonte y Abadía, veían la redonda figura del sol asomándose por todo lo alto de la colina del Generalife. Pero aunque las nieblas y nubes se iban yendo y el sol aparecía y se quedaba durante mucho rato por completo reluciente en el cielo, el frío era intenso. Y la nieve que iban pisando, por algunos sitios ya estaba dura. Se había convertido en hielo. Y lo confirmaban claramente los pequeños grupos de carámbanos que por su derecha y por donde la ladera mostraba mucha pendiente, se veían. Colgando algunos de las piedras y otros, de las ramas de cornicabras y retamas.

Al dar una curva con el camino y

poco antes del arroyo que cae desde el Cerro del Sol, por las ruinas del palacio Dar al-Arusa, se pararon un momento. Comentó la pequeña:

- Yo, desde hace un rato, estoy oyendo como notas musicales. ¿No las habéis escuchado vosotros?

Y agudizaron sus oídos, dejando incluso de respirar un momento con la intención de oír lo que la pequeña anunciaba. Del arroyo que ya tenían cerca, sí que salía un leve rumor de agua saltando por el cauce. Por eso el niño mayor comentó:

- Puede ser el agua que por aquí corre. El sol comienza a derretir la nieve que hay por toda la ladera y al convertirse en agua, ésta cae por el arroyo que tenemos a nuestra derecha.

- Puede ser eso pero yo oigo otra música.

Siguió comentando la niña.

Al llegar al arroyo, se pararon. Por el lado derecho vieron como una sendilla que conocía el mayor de los tres niños y por eso se pusieron a remontar por la ladera. Aclaró a sus compañeros:

- Conozco yo una pequeña llanura en esta ladera umbría del Generalife, que ahí, un poco más arriba, se abre como balcón hacia todo este valle del río Darro. Subamos a ella y descubramos lo que desde ese punto se ve.

Solo unos metros habían recorrido por esta sendilla cuando, por su izquierda y hacia el cauce del arroyo, vieron unos hilillos de agua. Muy clara que saltaba por la

pendiente en busca del arroyo y surgía de entre las raíces de una gran mata de cornicabra que cubría un gran espacio en el terreno. Al ver estos chorrillos tan cristalinos y con bordes de hielo a los lados, la niña comentó:

- Escuchad y veréis como la música que os vengo anunciando, parece proceder de aquí.

Se pararon y miraban para donde estos arroyuelos, cuando de pronto, hasta sus oídos llegó los sonidos de una débil voz que decía:

- ¡Por favor, ayudadme!

Al percibir esta llamada como saliendo de ahí mismo, de muy cerca de unos de los chorrillos de agua, los tres se sorprendieron. Se miraron entre sí y el más pequeño de los niños, preguntó:

- ¿Quién por aquí puede pedir ayuda?

- Soy yo.

Oyeron de nuevo y ahora fue la pequeña la que preguntó:

- ¿Y quién eres tú?

- Un copo de nieve que se encuentra en apuros. Aquí me tenéis en esta ancha hoja de cornicabra. Me está dando el sol y si alguien no me ayuda, dentro de un rato, me convertiré en agua y no quiero.

En una no muy grande hoja de cornicabra, verde aun pero teñida por completo con tonos ocres oro, vieron al copo de nieve que pedía ayuda. Se acercaron y antes de cogerlo, otra vez la pequeña preguntó:

- ¿Y qué es lo que deseas que hagamos nosotros?
- Como estáis viendo, he venido a caer en esta ladera de las montañas de Granada, no lejos de lo que creo es la Alhambra, esas torres que se ven allá en lo alto. El viento de la ventisca, me empujó y por fin pude posarme aquí y no era este el lugar que yo siempre he soñado. Yo y unos amigos míos compañeros de viaje en una gran tormenta que ha llegado a Granada desde un país muy lejano. Ellos también han caído por aquí cerca. En los tallos de una retama, uno y en esas ramas de romero en flor, el otro. Tampoco ninguno de mis amigos quieren morir aquí porque lo que habíamos soñado, no era esto.

Los tres niños se miraban entre sí y no salían de su asombro. Porque nunca ellos habían oído que los copos de nieve hablaran ni tampoco nadie les había comentado nunca que los copos de nieve no quisieran morir una vez ya en el suelo, sobre hierba o matas de retamas. Pero la pequeña, sí cayó en ese momento en la cuenta que los copos de nieve algunas veces pueden hablar. Lo había leído en algunos cuentos y hasta se lo habían dicho en el colegio. Por eso pensó que era algo natural lo que les estaba sucediendo. Creía también que hasta los sueños más extraños, pueden hacerse realidad en algunos momentos. Dijo a sus dos compañeros:
- Lo que este copo de nieve nos está

diciendo, ocurre de verdad. Tenemos que ayudarle. Vamos a preguntarle qué es lo que ahora podemos hacer por ellos.
- De acuerdo. Pregúntale tú que parece que ya eres su amiga.

Y sin pensarlo más, la niña se acercó otro poco a la hoja de cornicabra, procurando no tocarla ni rozarla para que el copo de nieve se mantuviera ahí y le preguntó:
- Pues dinos entonces qué es lo que nosotros podemos hacer por ti y por tus compañeros.
Y el copo, muy claramente confesó:
- Mis dos compañeros y yo, lo que más queríamos era venir a Granada para morir aquí pero cerca de la Alhambra y del río que nos han dicho se llama Darro. Todavía somos copos de nieve pero como sabemos que vamos a convertirnos en agua, lo que nos gustaría es deshacernos junto al tronco de algún árbol. A ser posible, grande y bonito, que clave sus raíces cerca de las aguas del río y desde donde se vea claramente la Alhambra y el Generalife. ¿Conocéis vosotros algún sitio y árbol como este que os digo?

Al oír esta pregunta, los tres niños, pensaron un momento mientras entre sí se miraban. Y pasado unos segundos, el más pequeño dijo:
- Yo sí conozco algo de esto que nos preguntas.
- ¿Qué es lo que conoces?
Preguntó la niña.

Y acercándose a la pequeña y al copo de nieve que pedía ayuda, aclaró:
- En el río Darro, ahí por donde el Puente del Aljibillo y antes del Puente de las Chirimías, crecen varios árboles como los que este copo de nieve nos describe.
Y rápido el niño mayor confirmó:
- Es cierto. Yo he visto muchas veces a estos árboles que dices. Junto al mismo Puente del Aljibillo y a un lado y otro del río, crecen tres almeces. Dos en el lado de la plaza del Rey Chico y uno, en el mismo muro del puente.

Justo cuando una pequeña senda que bajada desde la plaza del Rey Chico, llega al río, clava sus raíces un viejo y grueso almez. Y un poco más abajo y donde con el río se funde el arroyuelo que desciende desde la Alhambra por el Barranco del Rey Chico, crece un sauce muy grueso y viejo. Al otro lado de este arroyuelo y casi pegado al muro de las tierras del Carmen de Granadillo, también clava sus raíces otro aun más grueso almez. Luego, y también junto al muro del Carmen del Granadillo, hay dos álamos. Casi compañero del bonito almendro que clava sus raíces al otro lado del río, no lejos del muro del Paseo de los Tristes y cerca ya del Puente de las Chirimías.

Y al oír la palabra “almendro”, el copo de nieve interrumpió el relato del niño y preguntó:
- ¿Y desde donde este almendro vive, según dices cerca de la corriente del río, se ve la

Alhambra?
- Claro que sí.
Confirmó enseguida el niño mayor.
- Se ve con toda claridad y, además, muy bonita porque al estar ya en lo más bajo de la colina, al mirar desde aquí, las murallas, las torres y toda la Alhambra en general, se ve como elevándose hacia el cielo, grandiosa y robusta.
- Pues llevadme a ese lugar y dejadme en el mismo tronco del almendro para que muera ahí. Nunca he visto a un almendro en flor pero mis compañeros, que son más viejos que yo, me han dicho que florecen en enero y que las flores de estos árboles, a veces son tan blancas como los copos de nieve.
- Eso sí que es cierto.
Confirmó la niña.
- Ahora mismo nos ponemos y realizamos el deseo que nos pides.

Y enseguida los tres, se pusieron a buscar algo grande y frío para poner encima el copo de nieve, para que no se rompiera ni se fundiera mientras lo llevaban al lugar que habían hablado. Encontraron una hoja de higuera muy amarillenta sobre las púas de una aulaga. La cogieron, la observaron un poco y con cuidado y doblando suavemente la hoja de cornicabra donde el copo estaba trabado, lo dejaron caer en la superficie de la ancha hoja de higuera. Decía el copo:
- Tened cuidado para que no se me rompa ningún cristal y colocadme en un lado de esta hoja. En el espacio que queda libre en esta

hoja, colocad, separados uno del otro, a mis dos amigos. Ese copo temblón que veis ahí enganchado en el tallo de retama y al que parece dormir sobre las hojas de romero. Quiero que también ellos se vengan conmigo a ese lugar del río que me habéis dicho. Son mis mejores amigos.
- Eso está hecho ahora mismo.
Volvió a confirmar la pequeña.

En un lado de la amarillenta hoja de higuera, delicadamente también colocaron al copo del tallo de retama y, no lejos de él, pusieron al que dormía en las ramas de romero. El niño mayor dijo:
- Ya los tenemos preparados y ninguno de los tres ha sufrido daño. Bajemos ahora rápidos de esta ladera, con mucho cuidado para que no se nos caigan y rompan y llevémoslos al sitio que hemos acordado.
Dijo el copo de nieve primero:
- A este amigo mío que tengo a mi derecha, quiero que lo dejéis sobre el tronco del almez que hay en el mismo Puente del Aljibillo. Y el amigo que ahora tengo a mi izquierda, por favor colocarlo cerca de las raíces del almez que hay frente al almendro donde yo voy a quedarme. Así los tres nos quedamos cerca el uno del otro para no perder nunca la amistad entre nosotros.

Por la sendilla, a toda prisa, bajaron los tres niños con la bonita hoja de higuera y los tres blancos copos de nieve. Descendieron también rápido por el camino

de la Fuente del Avellano, llegaron a la explanada del edificio del Rey Chico, por la senda que desde ahí cae, bajaron al río y buscaron primero el tronco del almez que clava sus raíces a solo unos metros del Puente del Aljibillo. Aquí, ayudados ahora con la hoja seca de este mismo árbol, empujaron un poco y dejaron caer, junto al tronco y cerca de las raíces, al tercer copo. Al ver el buen trabajo y el cariño con que los niños lo trataban, copo de nieve primero dijo:
- Sois los más amables que hay en el mundo. Nunca yo tampoco había imaginado que aquí en Granada, hubiera niños tan dulces como vosotros. Ha sido para mí una gran suerte haberos conocido.
- Pues gracias por ser tan cortés pero para nosotros, esto que hacemos, es un divertido juego. Contaremos luego esta aventura a nuestros amigos y ellos se alegrarán también, seguro.

No hablaron más en ese momento porque el sol que ahora caía como desde las torres de la Alhambra, calentaba un poco más. Taparon ellos con la sombra de sus manos a los dos copos que aun tenían sobre la hoja de higuera y con el mismo cuidado y prisa, cruzaron las aguas del arroyuelo que baja por el Barranco del Rey Chico. Buscaron el tronco del segundo viejo almez y en la tierrecilla que ahí se veía, dejaron caer al segundo copo. Al tocar el suelo este copo helado, rápido se derritió y al verlo el primer copo que todavía descansaba sobre la ancha

hoja que los niños portaban, aclaró:
- Esto es lo que también este amigo mío quería. Morir aquí en Granada y quedarse en este lugar para siempre. Las raíces de este árbol, igual que las del almendro donde vais a dejarme a mí, absorberá el agua en la que se ha convertido mi amigo. Y cuando en primavera este almez brote, sus hojas lucirán verdes y lustrosas y ahí estará mi amigo meciéndose al viento, reflejándose en las aguas de este río y con la Alhambra observándolo desde lo alto de la colina. El sitio al que nos habéis traído, es el mejor de todos. Me gusta mucho y por eso os lo agradezco de corazón. Un día y en su momento, tengo que pagároslo.

Escuchaban los niños emocionados las gratas palabras de copo de nieve primero y como tenían prisa, no comentaron nada. Después de soltar junto al almez a copo de nieve segundo, enseguida se dispusieron para cruzar al otro lado de la corriente, que era donde crecía el almendro. Clavado en la reducida franja de tierra que por ahí hay, entre el muro del Paseo de los Tristes y las aguas del río. Y aquí mismo, como perfectamente colocadas, encontraron una hilera de piedras que iban de un lado a otro de las aguas. Sabían ellos que eran obra ésta de los jóvenes que por estos lugares se juntan en verano para jugar y refrescarse, mientras pasan el rato.
- Con cuidado para no caer a la corriente y que tampoco se nos caiga nuestro amigo el

copo, por aquí pasamos.
Comentó el niño mayor.

Con todo cuidado pasó primero él, le dio la mano a la pequeña y, el menor de los tres, la seguía también sujetándola porque era ella la que, en sus heladas manos, portaba la hoja con el copo amigo. Llevándolo con todo mimo como si se tratara del más débil de los humanos. Los tres atravesaron las aguas del río y al pisar el tapizado césped de hierba que en este lado crecía, la niña comentó:
- Ya estás por completo a salvo. Y aquí mismo, lo puedes ver, el almendro que te hemos dicho, parece estar como esperando.
- ¡Gracias, amigos buenos, otra vez por lo que hacéis por mí! Y tened en cuenta lo que ahora mismo os digo: estáis haciendo real mi más íntimo y bonito sueño y esto es algo, no solo maravilloso sino muy grande. Ayudar a que los más débiles realicen sus sueños, creo yo que es algo fantástico y muy bello.
Comentaba emocionado el débil copo blanco.

Al oír estas palabras, la niña aproximó la hoja que portaba, a la parte baja del tronco del almendro, al tiempo que decía:
- Pues tú ahora, pequeño y blanco copo amigo nuestro, ya te encuentras donde querías. Éste es el árbol que te hemos dicho. Dentro de un momento, vamos a dejarte junto al tronco de este almendro, muy cerca de sus raíces pero antes de ponerte aquí y que te conviertas en gota de agua, observa el bonito

panorama que desde este lugar se ve. Allá en todo lo alto, asoma por la colina, gran parte de la Alhambra: la Torre del Homenaje, la de las Gallinas, parte de los palacios y la hermosa Torre de Comares. También se ve un buen trozo de la muralla y el bosque que cubre la umbría que cae para el río.

Por allí tienes el Tajo de San Pedro, la iglesia con este nombre y su torre con campanas. Un poco más acá y casi aquí mismo puedes ver el Puente de las Chirimías, el viejo Hotel Reuma, con sus jardines rotos y aquí mismo, casi rozando las raíces del almendro que sueñas, puedes ver el muro del Paseo de los Tristes. Las aguas del río, ya ves que pasan casi rozando las ramas de este pequeño árbol y a tu izquierda según miras para la Alhambra, tienes el Puente del Aljibillo donde en el almez, ya vive uno de tus compañeros. Tu otro amigo, desde su árbol particular, te mira desde ahí enfrente. Así de este modo, los tres estáis juntos, recogidos en este rincón del río de la Alhambra, lugar que muchos dicen es el más bello de Granada y también del mundo. Un privilegio para los tres y, en especial, para ti que vas a formar parte, desde ahora y puede que para mucho tiempo, de este bonito almendro.

Muy emocionado y por completo inmóvil sobre la hoja de higuera, copo blanco escuchaba el discurso que la niña le regalaba. Observa, a su manera y del modo en que puede hacerlo un copo de nieve, la

original realidad que la pequeña le describía. Y ahora vio como ésta y sus dos amigos, se acercaban más al tronco del almendro, aproximando también la hoja donde descansaba el copo y con su dedo pequeño, empujó al frágil cuerpo blando. Resbaló éste desde la superficie de la hoja y, muy suavemente parecía acariciar al tronco del árbol ya por donde algunas raíces se hundían en el suelo.

- ¡Adiós, pequeño amigo blanco!

Comentó de pronto el niño más pequeño. Y el mayor añadió:

- A partir de ahora ya pasas a ser savia de este almendro, que es lo que tanto has soñado.

Y según los tres niños veían como el copo de nieve se iba durmiendo, a sus oídos llega el sonido de una música muy dulce y una débil voz que dice: “Morir en Granada, a los pies de la Alhambra y junto a este río de aguas limpias, sí que era mi sueño y vosotros me habéis ayudado a ello. Gracias de corazón y un abrazo sincero”.

La gota de agua, pura y transparente en que poco a poco se fue convirtiendo el copo, resbaló por la superficie del tronco del árbol. Vieron los niños como se ocultaba en la tierra y muy pegado a la raíz y entonces la niña comentó:

- Ahora siento pena que haya muerto.

El sol brillaba en estos momentos situado en todo lo alto de la Alhambra.

Oyeron los niños que por el Paseo de los Tristes, los padres los llamaban. Desde el río subieron ellos a toda prisa y en la misma plaza, se encontraron con sus padres a los que enseguida comentaron la aventura que acababan de vivir. La madre de la niña comentó:
- Pues seguro que estáis tan helados como toda la nieve que habéis pisado.
Pero al tocar sus manos, los padres de los niños, notaron que no las tenían frías. Tampoco tenían frías ni sus caras ni cuerpos. Nada comentaron los padres pero sí se encontraban extrañados.

Y la niña, cuando ya caminaba junto a su madre por el Paseo de los Tristes hacia la Carrera del Darro, le preguntó a ésta:
- ¿Tú crees, mamá, que ayudar a un copo de nieve a que realice su sueño, sirve para algo?
Y la madre, muy segura de sí, dijo a su niña:
- Si tres niños como vosotros ayudan a tres copos de nieve a que sus sueños se hagan realidad, sirve para que los corazones de las personas y en un día como el de hoy, haya un poco más de gozo revestido de ilusión azul. Y también sirve para que el sol brille cada día un poco más puro, que la Alhambra sea algo más que esas torres que vemos allá arriba y para que las aguas de este río Darro no pierdan nunca su color azul diamante. El mundo es cada día un poco mejor y más bello si tres niños como vosotros, ayudan a tres copos de nieve a realizar su sueño.

Y al insistir la niña sobre las cosas que había hablado con el copo de nieve, la madre ahora comentó:
- Aunque tengo que decirte que yo nunca oí que un copo de nieve hable con las personas.
- Pues mamá, lo que te estoy diciendo es cierto. Ese copo de nieve no solo ha hablado con nosotros sino que hasta nos ha agradecido que lo hayamos hecho amigo de nuestro. Es un copo de nieve especial.
Y la madre ya no comentó más sobre este tema.

La gran nevada que al amanecer del día veinticinco de diciembre, cubría todo este rincón de Granada, poco a poco desaparecía. Las nubes se habían levantado, el sol seguía calentando y las temperaturas ahora eran más altas. La niña comentó con sus dos amigos y con sus padres:
- Cuando la primavera llegue, un día tenemos que volver por aquí a comprobar si este almendro florece.

Volvieron por el lugar en los primeros días del mes de febrero y, tanto ellos como otras muchas personas, vieron entusiasmados las bonitas y abundantes flores en las ramas del almendro. Todas blancas como la nieve, meciéndose al viento y como queriendo escaparse hacia las torres de la Alhambra. Se alegró de este espectáculo la niña y de nuevo comentó con los amigos:
- Se ha realizado el milagro. Su sueño lo ha

convertido en flores de almendro, blancas y tiernas como era él cuando nos lo encontramos en forma de copo de nieve. Ojalá que aquí permanezca muchos años y que las ramas de este árbol, una vez y otra, se cubran con cientos de florecillas como las que estamos viendo.

Y este deseo de la niña y copo de nieve, se cumple cada año. Antes de la primavera y cuando ya el invierno va un poco avanzado, el pequeño almendro del río Darro y a los pies de la Alhambra, florece vigoroso cada año. Con tantas flores y todas tan blancas y finas, que muchas personas, se asoman al muro del río para verlo. Y algunos comentan:

- Es emocionante y romántico ver este pequeño árbol tan cargado de flores blancas en un lugar tan singular como éste.

El viejo y el pájaro

Llegué al rincón de la casa nueva por entre los pinos verdes y las palmeras y lo primero que hice fue buscar la hierba que en mi corazón amaba, regalo de la niña pastora. Pura ella y era de las montañas.

- No está aquí tu hierba verde.

Me dijeron los pinos redondos. Expuse lleno de dolor:

- Pues aquí debería estar según yo tenía creído porque me lo han dicho y mi corazón lo sueña. Es el regalo de una niña buena, de

las altas montañas. Y como un día le prometí que cuidaría de ella quiero mantener esta promesa hasta el final de mi vida. Es como si tuviera necesidad de hacer algo bueno y limpio por esta niña y por eso me eché el cargo de cuidar de su Violeta. Si la pierdo la decepcionaré y no quiera porque no me sentiré bien ni le habré dado un buen ejemplo de amistad. Ya estoy viejo, no tengo amigos por ningún sitio, todo el mundo me margina, nadie me quiere y por eso me siento muy solo. Me eché el cargo de cuidar de mata de hierba de la niña de las montañas porque así tenía una ocupación y al mismo tiempo podría ganarme el cariño de una y de otra y también el de sus padres y hermanos. Un viejo como yo lo que más necesita en la vida es tener algo que hacer por las personas buenas como los niños para así recibí el cariño de ellos y de este modo soportar mejor la soledad de los días y de las noches. Si no encuentro lo que busco me moriré.
Me preguntaron:
- ¿Cómo se llama?
- La niña no tiene nombre y la mata de hierba que me regaló se llama “Violeta”.
- ¿Quién te ha dicho que esa mata de hierba está por aquí?
- El cardo azul de las altas montañas por donde el valle del río diamantino. Creo que no me ha mentido. Vengo de allí siguiendo a mi corazón y allí me he dejado a mi corazón destrozado. Ahora no tengo vida ni allí ni aquí ni en ningún lugar bajo el sol y creo que ni siquiera en Dios ni en el cielo que siempre

esperé.
- No están por aquí exhalando la esencia que soñabas.
Me respondieron las olas del mar y luego la arena y después la noche, el cárabo y la brisa pasajera. También las chicharras que cantaban agarradas a los troncos de los pinos y hasta las mismas gaviotas que surcaban la brisa de la playa.
- ¿Pero entonces?
- Tú verás. Pero puedes hacer una cosa.
- ¿Qué puedo hacer?
- Vuélvete a las montañas de donde vienes y las buscas por allí.
- Por allí no están.
- Y por una playa como esta y unos paisajes tan diferentes de aquellas montañas ¿cómo van a estar? A las violetas no les gusta el mar y a las niñas pastoras de las altas montañas tampoco.
- Yo sé bien lo que me digo.
Oí que a mis espaldas murmuraban:
- ¡Fíjate con lo viejo que está, tan lleno de canas y sin fuerzas, tan pobre, sin nombre propio ni letras ni dinero ni amigos bajo el sol y buscando el sueño de su alma! Dónde se ha visto cosa como esta. Más le valiera recogerse en sí, rezar sinceramente a Dios por su salvación y por la de los demás, cumplir con las obligaciones que le tienen encomendando y no andar tan descarriado como anda. Es ya un viejo sin fuerzas, sin nada que ofrecer a nadie y sin el más mínimo atractivo. Más le valiera dejarse de locuras y ser sensato como lo somos el resto de los

mortales. ¿Se ha visto alguna vez un loco como este con un sueño como el de este viejo cascarrioso? Todos los viejos son iguales. Se les mete en la cabeza manías absurdas y como se les deje son capaces de cometer las mayores locuras del mundo. Deberían tomar medidas.

Y al caer la tarde estaba triste y asomado a la ventana frente al azul inmenso del mar plateado. Meditaba en mi corazón lo solo que otra vez me había quedado y lo decepcionada que iba a sentirse la niña de las montañas. No había sido capaz de cumplir para ella la promesa que le hice y seguro que por ello se alejaba de mí y me quedaba sin su amistad para siempre. Ya no confiaría en mí porque le había fallado. No me había comportado como un buen amigo de verdad. Y si ahora me quedaba sin su confianza y amistad, sin el aprecio de los suyos y los demás pastores ¿cómo iba a volver otra vez al valle del río diamantino y al grandioso rincón de los pastores da las altas montañas? Y si ya no podía volver al valle ni tenía la amistad de la dulce niñas ni el aprecio de los suyos ¿qué hacía yo ahora y a dónde iba tan viejo ya, sin casa, sin el cariño de nadie y sin fuerzas ni tiempo para empezar ningún nuevo proyecto?

Sobre el tejado y viniendo desde las palmeras del jardín, se paró un pájaro. Era pequeño, azul y blanco y en su pico menudo tenía como una gota de cristal adornando. Lo

miro pensativo mientras siento correr por mis venas la tristeza y amargor de la ausencia y por eso pregunto:
- ¿Tú las has visto, pájaro?
Y él no contesta porque los pájaros no hablan pero pía como si de algún modo me quisiera decir algo.

Lo sigo mirando y otra vez le pregunto:
- ¿Has visto al amor de mi corazón, la única esperanza que me queda bajo el sol?
Y entonces deja caer sus alas y como si llorara con el dolor y por el dolor que en mi hay me dice:
- Esa mata de hierba verde que buscas con tanta necesidad y es verdad que vino de la montaña a este rincón de la playa la he visto mil veces a lo largo de muchos días.
- ¿Dónde?
- Cada tarde y cada mañana la he visto salir de la casa de grandes ventanales y por la senda de tierra que arropan las plantas bajaba caminando.
- ¿Iba sola?
- Muchas veces.
- ¿Y a dónde?
- Decía que a bañarse.
- ¿En la playa?
- La de la arena limpísima y aguas azules.
- ¿Y qué hacía?
- A veces tomaba el sol y a veces nadaba besando las olas.
- ¿Y qué más?
- Charlaba y reía con unos y otros.

- Pero ella no conocía por aquí a nadie.
- Casi siempre charlaba con las personas que en la casa cuidaba.
- ¿La querían?
- Se notaba que muchísimo. Eran personas buenas que por estos días estaban frente al sol de la tarde tomando los aires del mar.
- Eso fue siempre lo propio de ella. ¿Y encontraste bonita?

- Era la más bonita que por la playa se paseaba, a veces también con otras personas.
- Pero ella...
- Como puro beso que hablaba y sonreía mientras tomaba el sol y luego jugaba con las olas que por allí venían.
- ¿Dime más cosas?
- Se nota que la quieres.
- No la quiero, es mi alma y me muero si me falta.
- Pues siempre la playa estaba llena de gente y se le veía feliz.
- Si es de la montaña.
- Quiero decir que parece que las arenas finas de la playa y las aguas del mar les gustaba y por eso era feliz.
- ¿Como un hada?
- Tú lo has dicho. Como un hada buena de los sueños dulces en las noches limpias.
- Tengo un poema de ella que habla de esto ¿quieres que te lo lea?
- Si te sientes feliz porque así la recuerdas, pues léemelo.
- Pero luego me sigues contando más cosas.

- ¿Tanto la quieres?
- No lo sabes tú. Su poema dice así:

- ¿Qué te parece el poema que un día escribí?
- Que es muy hermoso.
- Pues ahora sígueme hablando que me muero por saber. ¡Tanto la quería!

El hada buena

I - Cuando esta noche dormía
tuve un sueño:
en mi corazón tenía
un hondo gozo y contento,
una paz y una alegría
que se me convirtió este sueño
en total trozo de vida.

Era como un hada bondadosa
que al pasar, se detenía
y al verme tan poca cosa
y en esta pena honda mía
se puso a regalarme cosas:
ternura, amor y sonrisas
primaveras fabulosas
al tiempo que me decía:
- Eres importante ante Dios
y por eso en ti se fija
y te regala una flor
con esta presencia mía.
Y el corazón se llenaba
de más y más alegría
sintiéndose colmado y pleno
como antes no hubo dicha
y tanta realidad total

perfecta, sin dolor y limpia
se daba en la honda calma
de una paz casi infinita
donde se notaba que Dios
estaba dando vida
aunque todo fuera en un sueño
cuando esta noche dormía.
¿Quién era esta hada buena?
que tan tiernamente quería?

II - Y el hada buena de mis sueños,
según va llegando el día
no se ha ido de aquí muy lejos
sino que en la fina brisa
que acaricia dando besos
está detrás escondida
y dueña de los pensamientos.
- Quiero convertirte el día
en un sencillo reguero
de alegría.
Me dice en el secreto
del corazón y melodía
de su voz en la distancia
que aunque parezca mentira
es voz que noble salva
siempre con tierna caricia.

Y claro que ahora quisiera
preguntarle al hada mía:
- ¿Por qué conmigo tan buena
te portas y eres bendita
si soy pobre viejo que solo tiene
en el alma, heridas?
Y oigo que mi hada buena
dando dignidad anima:

- Y si yo soy parte de Dios
y Él me regala la vida
¿Por qué no tomar un poquito
y contigo compartirla
dándote un poco del amor
que tanto necesitas?
Sembremos trozos de Dios
por nuestras pequeñas vidas.
entre nosotros germina.

III - Me he quedado yo en silencio
mientras sigue avanzando el día
y meditando contento
las palabras tan bonitas
que el hada buena de mis sueños
hace un momento decía:
“Sembremos trozos de Dios
en nuestras pequeñas vidas”.

- Pero hada que has llegado
cuando yo esta noche dormía
y sin más me das tu mano,
tu dulzura y tus caricias
y aquí ya enamorado
me tienes llegando el día,
si tú ahora faltas de mi lado
¿cómo yo poder sabría
o de dónde sacar ánimos
para sembrar a Dios por la vida?

Y el hada buena que ha llegado
cuando esta noche dormía:
- Por ahora estoy contigo
y te quiero desde la limpia
belleza de Dios y su amor

y aquí está mi sonrisa
como prueba de aceptación
de esta amistad bonita.
“Sembremos trozos de Dios
en nuestras pequeñas vidas”
y ya verás como Dios, en flor.

- Tu Violeta verde además se pasaba el día limpiando, barriendo, fregando y lavando ropa en la casa donde trabajaba. Fregaba platos y daba de comer a las personas que quería mucho. En sus ratos libres hablaba por teléfono móvil y luego reía otra vez como si un limpio juego la quisiera dejar eterna por entre los pinos de la casa, el césped de jardín, los paseos de tierra que llevan a la playa y las olas azules al romperse en el mar.

- ¿Y qué más?

- Era la más bonita al levantarse por la mañana, cuando reía con las personas, cuando dormía en su cama blanca pero en fin, dime qué haces tú por aquí si también ere de las montañas.

- Mi Violeta, la que me regaló un día hace muchos años una muchacha pastora de las altas cumbres, se vino con ella para unos días y como no podía vivir sin ella vine a buscarla. Cuando he llegado no la he visto por más que la he buscado. Nadie ha sabido darme noticias de su paradero y ahora tú te presentas y me dices lo que deseaba saber.

- ¿Por eso estás triste?

- Porque no sé dónde está y porque la quiero.

- Yo he visto que te has pasado el día entero asomado a la ventana y mirando al camino

como si esperara que ella apareciera por ahí. ¿No es así?
- ¿Era por este camino por donde pasaba?
- Por aquí pasaba casi todos los días, a media mañana y por la tarde.
- ¿Qué vestido llevaba?
- Muchos días iba vestida de blanco como si fuera a una fiesta de gala. Un vestido blanco de nieve, corto y con sus zapatillas de deporte. Cuando se lo ponía estaba guapísima. Tendrías que haberla visto. Otras veces se ponía una falda de cuadros pequeños, color gris claro y con su pelo negro siempre recogido en moño. Cuando se lo dejaba suelto parecía una princesa mora. Porque sus ojos también son negros y sus pestañas siempre las llevaba tan natural como Dios se las ha dado.
- ¿La viste alguna vez fumando?
- Nunca la vi fumar. Tu mata de hierba no ha fumado jamás.
- ¿La viste emborracharse como tantos jóvenes.
- Tampoco.
- Entonces sigue la misma.

Y después de guardar silencio, el pequeño pájaro que ha aparecido como de la nada y por entre las ramas verdes de los álamos del jardín, me dice:
- Hoy ya se pone el sol. Tengo que irme antes de que sea de noche. Otro día vuelvo y seguimos hablando.
- Pero yo no sé si podré aguantar hasta que vuelvas otro día. Necesito saber más de y

sobre todo, necesito encontrarla.
- Hoy tengo que irme.
- ¿A dónde te vas?
- Siguiendo la línea azul que dibuja el horizonte del mar, tras las nubes y cerca del sol, en el planeta del Principito ahí vivo.
- ¿Acaso tú conoces al Principito?
- Vivo donde él y por eso sé de su bondad.
- ¿Pues dime quién eres?
- Hoy ya no puedo. Tengo que irme antes de que anochezca. Allí tengo un jardín con flores de todas clases y muchas matas de hierba como las tuyas que debo cuidar.
- ¿Y hay una muchacha pastora como la que conozco?
- ¿Hay un río con un manantial de aguas muy limpias, muchas praderas de hierba fresca, álamos, manzanos y también pastores. La muchacha pastora por la que tú preguntas vive con sus padres en una pequeña casa muy cerca de la corriente del río y es mi mejor amiga.
- ¿Es buena?
- Como tu mata de hierba o más.
- ¿Y guapa?
- Más por dentro que por fuera, que es la hermosura mejor pero por fuera es la más guapa de todas.
- ¿Podré ir un día a conocerla?
- De eso ya hablaremos cuando vuelva.
- ¿Mañana vendrás?
- Sólo volveré una vez más un día de estos que ahora no te puedo decir. Charlaré contigo y te contaré un secreto. Es más bello de todos los secretos que nunca se contó bajo el

sol y en la tierra de los humanos. Y te seguiré ayudando en la búsqueda de tu mata de hierba.

- Pero antes de irte, al menos, dime qué puedo hacer para encontrarla.

- Cuando esta noche la playa se quede sola, cuando por su arena ya no pase nadie ve por ahí y con una rama de eucalipto escribe un mensaje con letras grades que se puedan leer desde las estrellas.

- ¿Un mensaje?

- Sí y que diga lo siguiente: “Violeta, ¿estás tú enfadada conmigo? Yo no lo estoy contigo pero si algo hice o dije que te molestara, perdona, por Dios te lo ruego. Tu jardinero”.

- ¿Quién leerá este mensaje?

- Puede que ella lo lea desde algún lugar del mundo y puede que tenga en cuenta tu dolor y vuelva. Si no vuelve, puede que también ella te mande un mensaje diciendo que te perdona y que te quiere. ¿A que será bonito?

- Será mucho más que bonito. Sólo saber que me perdona ya me dejará más que feliz. Si luego tengo la oportunidad de hablar y decirle todo lo que siento, seré más feliz. Y si aun todavía me permite decirle que para el futuro haga lo que quiera y sea lo libre que le apetezca con tal de que no me quite su palabra y cariño, será el más feliz de todo. El más feliz de todos los hombres de estas tierras con sólo sentir que vuelve y me perdona. ¿Qué es lo que tanto le habrá molestado?

- Quizá se ha sentido agobiada. Quizá le has

dicho tantas veces que es buena que ahora quiere revelarse contra esa bondad que le impones. Quizá también le has dicho demasiado veces que la quieres mucho y con todo eso puede que se haya sentido prisionera y en cuanto ha tenido la oportunidad de volar lo ha hecho.
- ¿Pero por qué no me lo ha dicho? Las cosas se hablan y las personas se entienden cuando hay cariño entre ellas. Mi mata de hierba siempre confió en mí y siempre me contó sus cosas. Nunca le pedí nada para mí sino que la dejé en la libertad más completa.
- Son demasiados cuidados lo que ha recibido.
- Me da igual. Yo la hubiera dejado en su libertad con sólo intuir que así lo quería. Tú no sabes hasta donde es el cariño que siento por mi Violeta.

- Ya tengo que irme así que quedamos en lo dicho.
- ¡Espera un momento!
- ¿Qué quieres?
- ¿Dime qué más cosas puedo hacer para encontrarla en caso del que no responda el mensaje?
- Reza al cielo.
- Al cielo he rezado tanto que ya no sé si querrá Dios escucharme.
- ¿Es que no confías en Dios?
- Sí pero Dios tiene sus planes y su ritmo. Yo necesito ir más deprisa.
- Pues voy a decirte que sólo lo que se pone en las manos de Dios llega a buen puerto. Y

si Él quiere puede sacar agua de las rocas. Nadie podrá ir nunca contra Dios.

- Además de esto ¿qué otra cosa puedo hacer para encontrarla y que vuelva?
- ¿Tienes teléfono móvil?
- Lo tengo. Es un instrumento que en estos tiempos lo tiene todo el mundo.
- Pues cuando escribas ese mensaje que te he dicho en la arena de la playa que ella ha pisado estos días cuando se bañaba añade al final ese teléfono que dices. Si alguien la ha visto por algún sitio te llamará y te dará noticias.
- Se puede liar un buen lío. Lo de mi mata de hierba siempre fue tan discreto como ella misma. Si hago lo que me dices se enterará todo el mundo y esto hasta la enfadará más. Se me ocurre una idea.
- ¿Que se te ocurre?
- Que también le puedo mandar el mismo mensaje a su teléfono móvil. ¿Tú te lo sabes?
- Lo he visto con él muchas tardes hablando desde las rocas de la playa con alguna persona que quiere mucho en no se sabe qué lugar del mundo. Algunas tardes se ha tirado más de media hora hablando. Todas las tardes y más de una vez al día hablaba con esa persona ¿Sabes quién es?
- No lo sé pero puedo pensarlo. ¿Te conoces tú el número de su teléfono?
- Te lo traeré cuando vuelva.
- Y mientras tanto ¿qué hago?
- Ya me tengo que ir. Se está poniendo el sol. Volveré un día de estos y además de su

número de teléfono te traeré el secreto que he dicho quiero contarte.
- Pues como el Principito ya desde ahora estaré impaciente esperando que vuelvas una tarde de estas. Pero que no sea dentro de muchos días porque yo también tengo que irme. Desde ahora mismo ya viviré sólo pensando en tu vuelta y recordando a mi mata de hierba.

Al terminar de pronunciar estas palabras vi como el pájaro blanco, castaño y pico delgado, extendió sus alas y en un vuelo de fantasía se fue por el aire trazando arcos iris que se fundían con las olas del mar. Durante un rato más me quedé en la ventana frente al mar mirando a la tarde y soñando con él y mi mata de hierba. Ahora parecía como si él formara parte de esta mata mía y por eso sentía como si lo quisiera. Entonces, como el que se siente abandonado de la persona que ama, noté que mi corazón se ponía triste. Triste hasta el dolor de muerte y amargo por dentro. Y sentí como si el mismo cielo, Dios, me dijera que esta noche misma iba a venir a por mí para llevarme con él al reino de su luz.
- ¿Te quieres venir?
Oí como si una voz me preguntara.
- Sí que me quiero ir porque si ahora no está mi Violeta y no la encuentro mi vida por aquí ya no tiene sentido. Y lo digo en serio.
- Pues esta noche misma vengo a por ti.
- No me importaría pero ahora tengo una pequeña misión que cumplir. Debo poner

todo mi empeña en encontrar a mi mata de hierba y también quiero esperar a que el pequeño pájaro del mar vuelva. Me tiene que revelar su secreto y traerme con él el número de teléfono. Llévame contigo, Dios pero espera unos días ¿vale?
Y la voz de Dios como que dijo:
- Vale pero a partir de ahora no olvides que cumpliré mi palabra.
- No lo voy a olvidar porque tú eres Dios.

Al dejar de hablar con Él volví a sentir el vacío que en mi alma había dejado mi mata de hierba. La que durante años y años he cuidado con el cariño más grande y fue todo mi gozo. Por eso a no tenerla esta tarde me sentía triste. Cogí un cuaderno y sin saber qué, me puse a escribir.

Me has prestado los ojos,
que pruebe y que vea
y ahora Dios me quitas
al prado y a la hierba,
al cielo y la luz
y aquí me dejas:
con el dolor hundido
que quema
en la soledad y mudo
como encina vieja.
Si no me hubieras permitido
que viniera
y me hubieras mostrado
del prado, su hierba
de otra manera
las cosas habrían sido,

pero Dios
tú has visto a conciencia
y estás viendo callado
lo mucho que quema
este trago.
Deja que muera
por el miedo que tengo
a lo que se anuncian y llega
cuando ahora estoy tan sangrando
y abatido en la pena.
Temo, Dios
y quizá no pueda
soportar la carga
que me echas.

Ya que caía la tarde y en los pinos de la orilla del mar cantó un cárabo. Al poco me fui a dormir. Me eché en la cama y como lo que había visto y encontrado por la tarde me dejó triste mi mente empezó a darle vueltas en la cabeza como si los pensamientos, más los sentimientos, quisiera encontrar una explicación a lo que dentro dolía. ¿Por qué ella se me había muerto sin aparente razón? ¿Por qué no estaba sabiendo que yo venía sólo para verla y quedarme un par de días a su lado? ¿Qué le había hecho cambiar y de este modo? ¿Por qué se enredaba en sí olvidando lo vivido a lo largo de tanto tiempo años atrás? Y si ahora no estaba y hasta pareciera que en mucho tiempo no iba a estar ¿qué pasaría en el futuro? ¿Quedaría perdida para siempre? ¿No sería posible el sueño que tanto nos había gustado soñar juntos? Y yo ya tan viejo, tan cansado de la vida, tan

solo y sin ningún amigo ¿qué hacía ahora en este mundo?

"En el futuro, y ya para siempre, tu jardinero y yo mata de hierba nacida en la gran montaña de la luz y junto al río diamantino, seremos siempre amigos en Dios para que Él nos abrace en su cielo y nos mantenga unidos toda la eternidad".

Esto habíamos soñado a lo largo de muchos días y años y con este sueño éramos felices porque en él estaba lo que más queríamos: no separarnos nunca el uno del otro y conservar para siempre lo que creíamos era lo más hermoso bajo el sol: la amistad. Pero ahora, cuando hoy llego con la gran ilusión en mi pecho de encontrarla, verla, estar a su lado, hablar de millones de cosas y seguir soñando y no la veo, se me vino abajo el mundo. Me sentí triste, algo desgraciado y por eso, ya en la cama, no podía dormir de tanto como pensaba. Necesitaba encontrar una razón que sirviera para expresar la realidad y no la encontraba. Necesitaba encontrar un signo, una señal, un detalle que me trajera algo de consuelo al dolor que dentro sentía. Y sobre todo, necesitaba verla y al mismo tiempo comprobar que nada se había roto o cambiado en el sentido que desde siempre tanto nos había llenado de dicha.

Al tercer canto del cárabo, me asomo a la ventana y mientras la noche rueda y el

viento soplaba con fuerza rompiendo contra los pinos, los álamos y las palmeras, me pongo a mirar el mar. Las luces de algunos barcos grandes rilan sobre las aguas. El faro de la bahía lanza sus destellos y las otras luces, la de la gran ciudad, expanden sus aureolas a lo ancho de la costa. Todo parece dormir como en un sueño profundo del cual nunca más nada va a despertar. Todo parece como esperar la llegada de no se sabía qué. Todo parecía pertenecer ya a la dimensión de lo que tanto el alma sueña y apetece. Todo está y al mismo tiempo se funde con el dolor de la ausencia y la belleza de lo añorado largamente. Como si el mar, sus olas verdes, el rumor de las aguas quebrándose en la playa y el profundo y oscuro horizonte por donde se intuye y espera algo, estuvieran ahí sólo para ocuparse de mi dolor al tiempo que me grita:

- Tu sueño, tu amor, tu esperanza e ilusión, aunque es bonita y tiene mucho en la dimensión del alma no podrá realizarse en la medida que te gustaría. Seguirás solo en esta vida, ahora ya cada día más viejo y sin la mano de un amigo que dé su cariño.

Y les preguntaba:

- Si es tan bonito, tiene tanta limpieza y todo está nacido desde Dios y para Dios ¿Por qué no?

- Tu sueño nunca podrá realizarse en la medida que te gustaría.

- ¿Pero dime por qué no?

- ¿Y qué más da que sepas las respuestas?

- A menos tendría una razón para aceptarlo.
- Cuando lo que se ansía es a nivel del corazón y los sentimientos, a veces, no sirve una respuesta por muy fundada en la razón que esté.
- Podría aliviarme.
- ¿Y para qué te serviría?
- Para soportar la vida que ahora se ha vuelto tan dura para mí.
- Tu sueño es tu sueño que tenía que acabar comido por la materia.
- Pues se me hará imposible vivir a partir de ahora y con esta angustia tan llena de soledad. ¿Qué espera un viejo como yo de este mundo y a estas alturas?
- Tu sueño es tu sueño y cuanto más grande y hermoso más te devorará y dolerá su pérdida. Desde la razón no podrás comprenderlo nunca y por eso dices que no puede ser verdad que las cosas ahora sean contraria a como querías que fueran. Mejor, como necesitabas que fueran.

Y seguí mirando al mar por donde el pájaro de pico fino se había perdido en su mundo. Seguí escuchando el rumor de las aguas al estrellarse con la arena y rocas de la playa y seguí con mis miradas perdidas hacia la luz de las estrellas por donde ahora sé tiene su morada el misterioso y bello pájaro de la tarde. Por eso ya siento que en asa lejanía como si tuviera algo hermoso que me abrace en el calor y forma que ahora nada me abraza sobre la tierra. Quizá sea parte del sueño que sentía roto. Quizá la recuperación

de la totalidad de mi sueño y con ello la esperanza total. Lo que encierra la reunión de todos los sueños bellos que a lo largo de la historia del planeta tierra millones de seres humanos han tenido y tienen cada día y noche. Sí, quizá todo esto está presente en la brillante estrella que se cuelga en el firmamento y por eso hacia ella tiendo, desde el dolor de mi alma, sintiendo un alivio nuevo y una nueva esperanza. ¿Qué tendrá ahí el pájaro de plumas doradas? ¿Qué es este pájaro y por qué se me ha presentado en la tarde como si viniera enviado de parte de alguien para traerme un mensaje? ¿Y por qué él sí sabe dónde está mi Violeta, qué trozo de tierra ha pisado, por qué se ha encaminado hacia parajes nuevos y al mismo tiempo se ha olvidado del que tanto le quiere casi desde el principio de su vida?

Sigo mirando desde la ventana sin dejar de percibir el rumor del mar, del viento rompiéndose en las ramas de los pinos, el canto del cárabo y las sirenas de los barcos que entran y salen en la bahía. Y me digo que es hermoso: el que nunca en la vida ha sido amante del mar ni de las cosas que rodean al mar porque soy de las montañas, esta noche lo siento y veo como a un amigo que hubiera conocido y amado de toda la vida. El mar ahora conoce y sabía de mi Violeta y como en la playa, arena y brisa se ha bañado, pues parece que entre estos elementos están escondidas sus sonrisas, su perfume y el color de su cara, la dulzura de su alma y la

belleza de su corazón. Como si por aquí se hubiese quedado ya para siempre y dormida en la dimensión de lo espiritual que es donde los sentimientos de verdad son hermosos por lo limpios que ellos siempre se presentan y la aureola de eternidad que muestran. Por esta realidad, el mar y su misterio, en la noche desolada, parece transmitir como una cierta esperanza, una cierta presencia de la amada ausente que me dice que aun algo queda de ella por aquí. Quizá lo mejor aunque el corazón apetezca la presencia física, si figura real, el tono de su voz, su sonrisa y la dulzura de su alma.

Suena el teléfono móvil que he dejado sobre la cama. Lo he dejado encendido por si acaso quieres llamar y dar algunas noticias. Doy un respingo y al mirar a la pequeña pantalla que todos los teléfonos móviles de estos tiempos tienen, no descubro el nombre que sí me habría gustado. Pero el teléfono sigue sonando con la agradable música de Juan Sebastián Bach, la zarabanda de la suite número dos. Y en la pantalla aparece un signo que nunca antes he visto. Por fin lo cojo y al descolgar y preguntar:

- ¿Quién es?

Una voz dulce dice:

- Alma.
- Aquí estoy.
- ¿Vas a
rezar más?
- Todo lo que
tenía que
rezar
ya lo recé.
- ¿Qué
quieres
decir?
- Pues que al
fin se acaba.
Ayer en un
mensaje
decía:
“Habla,
si algo dije o
hice
que
molestara,
perdón mil
veces, te
ruego,
pero habla”.
Y pasó el
tiempo,
luego la
mañana,
lenta la
tarde,
las horas
amargas
y nadie dijo
nada
y entonces
yo entendí
que era
llegada
la hora más
temida
y por mí
esperada.
- Pero hay
mucha vida
por delante,
quizá
mañana.
- Aunque así
fuera
ya recé al
cielo
pidiendo que
mostrara
que hiciera
una señal
y ésta ha
llegado.
Es el adiós
para siempre
y otra
desgracia.

Al terminar de pronunciar estas palabras la voz para él desconocida dejó de sonar. Se cortó la comunicación y aunque preguntó por el nombre del que llamaba no consiguió ninguna respuesta. Se volvió a la ventana y siguió mirando al mar. Seguía la noche avanzando y el sueño no venía a sus ojos. Aumentaba su dolor pensando en lo triste e insoportable que era su ausencia. Ahora

buscaba como un camino que arrancaba desde la tierra y subiendo por el corazón del viento se alejaba hacia la profundidad del infinito. Quizá hacia la estrella brillante o algo más allá. Y quería irse por este camino para alejarse de la tierra y meterse en la región hermosa que los más bellos sueños, sueñan. Al no tener a su amada en este suelo ni en las praderas de las montañas de donde era y desde siempre la había conocido, amado y mimado ni tampoco por las arenas de la playa, una vez más se decía que quería irse de este suelo. Prefería morir e irse para siempre a la región que soñaba y donde creía se la iba a encontrar tan hermosa a como siempre la había visto. Sí, prefería que esta noche el corazón se le parara y así de pronto su alma volara a la región que soñaba bella y pura por donde la brillante estrella, la profundidad del infinito y la misteriosa bruma de la lejanía del mar. Pero este deseo tampoco se le convertía en realidad por más que lo pidiera con fuerza y de verdad lo necesitaba.

Miró al reloj y descubrió que ya había pasado casi la mitad de la noche. No sabía qué hacer para descansar y apagar el ardor que dentro le quemaba. Cuanto más pensaba en ella más se atormentaba y más se sentía desgraciado, más quería que la vida se le transformara o en muerte o en resurrección. En muerte si se le fuera concedido morir como lo estaba desando o en resurrección si se le presentaba la mata de hierba real y viva.

Se retiró de la ventana y se acercó a la cama. Miro a su pequeño aparato de teléfono, como si él también le trajera algo de tristeza y se preguntó por la voz de la persona que le había llamado hace un rato. Se tumbó sobre las blancas sábanas y al pensar, en estos momentos, que sobre las fibras de estas sábanas ella había puesto sus manos una angustia aun más honda y fuerte se apoderó de su espíritu. Escondió su cabeza en la fría almohada y lloró. Lloró amargamente sabiendo que su presencia y hasta su perfume sí estaba pero ella no. En la noche no estaba y por más que la deseaba no se hacía presente. Imposible que se hiciera presente y al venirle otra vez el pensamiento a la cabeza sintió más amargura. Se dijo que al pájaro le debió haber preguntado:

- ¿Y ya nunca más la veré?

El pájaro, creyó él, guardó silencio, porque esta pregunta sólo la podía responder bien aquella persona o ser que conoce los designios del mundo, lo que será de los millones de seres humanos, la belleza del universo y el futuro grandioso del fin de los tiempos. Pero él volvió a preguntar:

- ¿Dime o no si al menos puedo albergar alguna esperanza de volverla a ver en algún lugar del futuro aunque sea cuando pase mucho tiempo?

- Cuando vuelva en la tarde que te dije te daré la respuesta.

- Pero cuéntame más cosas. Aunque su ausencia sea real y por eso no la vean más

mis ojos por aquí, oír cosas de ella me consuelan de alguna manera.

- Era tan hermosa como tú la crees. Era dulce como la miel y de un candor que sólo mirarla llenaba de vida. ¿Es así como la tienes dentro?

- Mucho más aun. Ella era hermosa entre las hermosas de la tierra y como su encanto lo llevaba en lo más hondo de su ser, fascinaba sólo estar a su lado y verla. Era y es, porque no podrá nunca morir en mi corazón, la vida misma y por eso era el cielo con la presencia de Dios y el bien y hermosura que en Dios se concentra. Era todo esto y es mucho más porque ahora, al no estar, fíjate como me siento triste y lloro sin parar por el dolor que en mi alma hay.

- Pero ¿hasta dónde tú la soñada bella?

- ¿Cómo quieres que te lo diga si palabras no hay con qué poder expresar el amor con la misma fuerza que mi espíritu la tiene dentro?

- ¿La quieres y quieres mucho?

- Era mi hermana dulce. La que acercó a mi vida la dicha mejor y la que me enseñó los juegos más limpios por los prados y ríos de las montañas de donde era.

- ¿La quieres mucho?

- Como quieres que te lo diga si no hay palabras que puedan recoger y expresar al menos un dedal del cariño que le tengo.

- Era muy hermosa.

- Era hermosa, pura, dulce, sencilla, fresca como las fuentes que manan en los prados donde nació y alegre como los rayos de sol que bañan los campos por donde ha ido y va

de pastora.
- ¿Por eso la querías tanto?
- No me preguntes más que Dios sí lo sabe y ahora con el dolor que en mi alma hay con su ausencia, a cada pregunta mi sufrimiento aumenta.
- Pero aún la tienes cerca de ti. No se ha ido del todo porque su huella, el timbre de su voz, el fulgor de su figura y hasta su esencia aun palpita por aquí.
- ¿Quieres decir que no la voy a perder?

Y ya el pájaro no contestó. Volvió a sentirse solo, aplastado contra las sábanas de su cama. Volvió a sentir la angustia en fuego ascendente y aunque quiso que el sueño le abrazara para quedarse dormido y así escapar de la dura realidad no fue posible. El sueño no cerró sus ojos ni se apoderó de su cuerpo porque su tormento era tanto que la vida la faltaba hasta en los movimientos de los brazos. Apretó otra vez la almohada contra su cabeza y lloró más. Lloró abundantemente y al poco sintió como la humedad de sus lágrimas empapaban la tela de su almohada y también su cara.

Y como la noche rodaba y no podía reconciliar el sueño otra vez dejó su cama, pisó el frío suelo de su habitación recordando que también ella lo había pisado y se volvió a acercar a la ventana. Seguía el mar con su rumor de olas, el viento rompiéndose en las hojas de los pinos y las luces de la bahía y ciudad palpitando en su latir sin fin. Cantó

otra vez el cárabo y en estos momentos supo que estaba por donde el mar y no en su montaña. Y ahora se preguntó que ella ¿a qué había venido por aquí? Si era de la montaña, había nacido en el prado más fresco del río más cristalino, donde el aire es más puro que en ningún otro lugar de planeta y por ahí tenía su cuna ¿a qué había venido a este mar? ¿Qué buscaba por estas tierras llanas donde todo huele a algas arrastradas por olas y dejadas sobre la arena, a brisa también con gusto de mar y a gaviotas que en las tardes surcan los cielos? ¿Qué cosa, necesidad de trabajo ilusión y deseo de felicidad le había traído por aquí?

Esperó, sin saber para qué, que llegara el nuevo día. Porque si ella no estaba, si no la encontraba por ningún rincón ¿para qué necesitaba que ahora volviera un nuevo día? No lo sabía pero era tanto el dolor en su corazón que ningún aliciente encontraba en la llegada de un nuevo día. Se dijo: “Cuando el dolor es tanto, se respira tanta soledad y se gusta dentro tanto amargor, cualquier pensamiento puede consolar tiernamente, cualquier pensamiento puede aportar una chispa de esperanza o de luz aunque la razón sepa que no será posible. La razón es una cosa y el corazón es otra. Y el corazón enamorado, el corazón que ama y siente la ausencia de lo amado, no se resigna jamás a la realidad aunque esta sea tajante y dura”.

- ¿Pero por qué no me sigues hablando de ella?
Quería seguir preguntando al pájaro que por la tarde se posó en su misma ventana.
- ¿Te digo otra vez que era hermosa como ninguna hija de humanos en esta tierra? ¿Te repito que se le veía como a primavera que eterna cubre a la tierra? ¿Te digo que sólo verla ir por los caminos que arropan las adelfas y luego las chumberas hasta la misma playa de arenas finas, era como llenarse de vida y sentir la dicha más pura? ¿Te digo otra vez que cuando se bañaba su cuerpo era lo más bello que ojos humanos nunca vieron? ¿Que las romperse con las olas en su cara y la sonrisa de sus labios, el mar se transformaba en puro gozo para el alma? ¿Te digo que verla dando sus paseos por la arena de la playa, siempre metida en sí y siempre pendiente de los que en la playa tomen el sol, era el espectáculo más agradable con que puede premiar Dios en esta suelo? ¿Te digo que ella estaba y aunque se rozaba, charlaba y hasta paseaba con los que conocía, era la gloria en vivo solo estar a su lado, oírla hablar y verla moverse de acá para allá? ¿Te digo todo esto que bien tú sabes y conoces mejor que nadie para que se recreen tus oídos y tus sentimientos y corazón encuentren algo de consuelo?
- Pues dímelo otra vez y así se me pasa el tiempo en esta muerte que no me llega.
- Pero si todo es lo mismo.
- Da igual. Sólo oír hablar de ella, aunque me repitas mil veces que era hermosa y yo mejor

que nadie lo sepa, es mucho consuelo.

Y el pájaro guardó silencio porque de nuevo no estaba en su ventana. Ahora deseó que amaneciera pronto y llegara enseguida la tarde para volverlo a ver. Recordó que le había dicho que en la tarde volvería y que seguirían hablando de estas y muchas otras cosas que él necesitaba oír. Y ahora pensó que al pájaro tenía que preguntarle algo fundamental.

- ¿Cuántas veces más podré verte?

- ¿Por qué me haces esa pregunta?

- Todavía no sé quién eres, por qué trazas vuelos por estos rincones y por qué sabes lo que sabes de mi Violeta. ¿Cuántas veces más podré verte?

- Lo que pasa es que tú quieres que con mi presencia yo te devuelva lo que añoras y no tienes.

- Lo que pasa es que tu presencia me la devuelves con sólo lo que me dices de ella ¿Cuántas veces más podré verte?

- Piensa que si ahora yo tampoco vuelvo más tu amargura aumentará. Ya la tendrás perdida para siempre y a no tenerme a mí tampoco, se te acabará el mundo bajo el sol. Esto es lo que pasa ¿verdad?

- Pasa eso y también es como si quisiera que me ayudaras en este desconsuelo.

- ¿De qué modo?

- Tengo que volverla a ver. Tengo que encontrarla. Tengo que sentirla otra vez junto a mí. Tengo que convencerme que no la voy a perder jamás. Jamás y menos allá donde

espero resucitar el día que Dios lo quiera. Sólo a ti y ahora tengo sobre esta tierra, en este rincón y en esta vida mía. Sólo tú, si que sepa todavía quién eres, podrás darme ahora apoyo, compañía y en el camino que me espera hacia su encuentro. Esto es lo que pasa y más aun que quizá tú sepas. Parece como si ahora en ti pusiera mis únicas esperanzas.

Y otra vez más, el pájaro de la tarde volvió a guardar silencio porque no estaba. El mar se lo había tragado por el horizonte del infinito y la estrella brillante como que lo hubiera recogido en su interior. Pero ahora el pájaro, resultaba como su única salvación. La única puerta y ser vivo conque poder hablar de lo que él realmente necesitaba y quería. Lo único en que poder apoyarse y emprender una aventura hacia la búsqueda de su sueño, su tesoro, su corazón que estaba representado y concentrado en la hierba verde.

Con sus ojos anegados en lágrimas, no sabía si por la tristeza que en su corazón quemaba, por la presencia un tanto misteriosa del pájaro cuando la tarde caía, parándose en su ventana como si él también estuviera buscando algún consuelo, por la ausencia de lo que con tanto fuego su corazón amaba o por no se sabe qué intuición adivinada más allá del infinito oscuro del mar y la luz de los barcos, siguió buscando en la noche. Necesitaba encontrar

y aunque otra vez comprobó que nada ni nadie en este mundo podría darle lo que buscaba, se consolaba sabiendo que era la realidad del corazón humano: cuando se carece de algo vital, en este de calor y cariño humano, siempre busca haber si puede encontrar aquello que necesita.

Y no siempre lo busca por entre las nubes o los parpadeos de las estrellas pero algunos corazones éste es el camino que toman cuando tienen cerrados y perdidos todos los otros. Quizá sea el secreto más misterioso e imposible que se puede dar sobre el plante tierra pero la realidad es así: cuando la desnudez es tanta y no se tiene a ningún ser querido sobre la tierra que el cuerpo ocupa, se eleva hacia el infinito que en realidad es Dios, y ahí se busca, se atesora, se acurruca y a veces algo se intuye la belleza y luz que pueden salvar. Lo que sí puede dar en abundancia y calidad suficiente.

- Y de tu mata de hierba verde ¿por qué no hablas?

- ¿Quieres que te cuente de su prado y su fuente de cristal?

- Quiero que me hables de ello. Exactamente y de cómo llegaste a conocerla, cuándo fue y lo que pasó después. ¿Por qué le has tomado tanto cariño?

- Pues te voy a contar porque en esta noche tremenda y en la espera de no sé qué amanecer o sueño nada podría consolarme tanto como hablar de ella. Me dispongo y te pido prestes atención porque lo que voy a

decirte es como una vida misma. Como si fuera el mismo núcleo de la vida misma y más todavía porque ahí está fundida la vida de ella y el preciado aroma que ha regalado al alma que hay en mí. ¿Escuchas?
- Escucho y ya estoy intrigado por la ilusión y gozo que noto pones en ello.

- A Violeta yo la conocí justo en un mes de agosto como este. Y hasta podría decir que en este mismo día y con el mismo calor y ansia de vida y muerte que ahora mismo tengo en el alma, sólo que en lugar de junto al mar fue entre las montañas de crestas plateadas y laderas cubiertas de pinos por donde las ovejas sestean y las fuentes manan bajo las peñas.
- ¿Y cómo fue el encuentro?
- Llegamos por allí y pusimos la tienda junto a las aguas del río diamantino que corre por su valle. Corría el viento con la misma fuerza que corre esta tarde y estaban en su calma los campos. Las ovejas pastaban y su casa, ahí se alzaba llena de la mejor dignidad y belleza. Clavada en la pura roca junto al borde mismo de las aguas y siempre arropada por el cielo azul intenso.

- ¿Y qué pasó?
- Ya te he dicho que caía la tarde y cuando estábamos dando un paseo por el ancho prado de los álamos y los huertos repletos de habichuelas la vi. La hermosa mata de hierba temblaba en su juego con la corriente del río y al paso del viento. Por donde el río es más

puro y las aguas se remansan en aromas finas. Me pareció tan bonita nada más verla que allí me quedé y junto a ella me senté. La toqué con mis manos y sentí como una voz interna que me decía:

“No la arranques ni la molestes porque ella representa una dignidad como ya no hay en este mundo. Es la más buena y limpia de todas estas montañas”.
- ¿Quién eres tú?
Quise preguntar pero no lo hice porque intuí que la voz que hablaba salía de dentro de mí. Tuve esta sensación y así lo acepté. Concentré con mucho interés mis ojos en la mata de hierba y de verdad que la vi como nunca en mi vida yo había visto cosa igual. Quise preguntar:
- ¿Quién eres?
No obtuve respuesta porque las matas de hierba nunca hablan aunque a veces sí lo hagan y sólo los poetas, los espíritus exquisitos y otras semejantes, oigan su voz y capten sus misterios y esencias. Pero yo quise preguntar y pregunté al cielo:
- ¿Quién es, Dios mío, esta criatura hermosa que has puesteo antes mí en esta tarde perdida de verano viejo?
Y del cielo no obtuve ninguna respuesta aunque sí una confirmación o revelación que luego te diré.

Siguió cayendo la tarde y cuando ya se puso el sol los pastores volvieron de las montañas trayendo a sus rebaños a las

tinadas. En ellas las encerraron y al poco se les vio caminar por las sendas hacia sus casas. Vi que una pastora, una niña de cara morena, ojos grandes y negros, pelo también negro y sincera dulzura, caminaba por delante de los pastores. Sonreía como si estuviera jugando el más bello de los juegos y al pasar por donde nuestra tienda la quise parar para preguntarle quién era, de dónde venía y como se llamaba pero ella se adelantó diciendo:
- ¡Buenas tardes! Soy la niña que vive en esa casa sobre las rocas, por debajo de la cuesta donde crece la noguera y vengo de cuidar a mis carneros. Les he dado hierba por las hoyas de las cumbres y ahora que anochece me vengo a mi casa donde vivo con mis padres y soy feliz.

En un principio creí que sin yo preguntarle ella lo había dicho todo pero enseguida me di cuenta que faltaba algo y por eso le pregunté:
- ¿Y quién eres?
- Ya te lo he dicho.
- ¿Jugabas esta tarde con la corriente del río y cantabas una canción?
- ¿Por qué lo sabes?
- He visto yo esta tarde una niña como tú que jugaba con la corriente del río y cantaba una canción justo aquí mismo.
- En el charco de la curva y esa era yo.
- ¿Cómo se llamaba la canción que cantabas?
- No cantaba ninguna canción, sólo jugaba y

era feliz viendo el río pasar.
- Pues yo te he oído cantar una canción muy hermosa ¿cómo se llama?
- Ya te he dicho que sólo jugaba con la corriente del agua y la hierba que junto al río crece.
- ¿Esa hierba fresca que es tan bonita ahí donde los espinos y el charco rendondico?
- ¿La has visto?
- Acabo de verla.

- Esa es mi planta preferida y por eso la quiero mucho. Me la encontré una tarde de agosto cuando cogía agua con mi madre de la fuente de los álamos. Me gustó tanto que desde entonces vengo todos los días verla, a regalar, a charlar con ella y a jugar cuando me apetece. No le hagas daño porque la quiero mucho y es muy importante para mí. Es la mejor amiga que tengo en este mundo a parte de mis padres, tíos y hermanos.
- No puedo hacerle daño porque una voz tan dulce como la tuya me ha dicho antes que tú que no la rompa.
- ¿Y quién eres tú?
- Tampoco tengo nombre. Pasaba por aquí con unos amigos y como nos ha gustado mucho este recogido valle con su río diamantino, sus praderas, sus fuentes claras, los álamos, las casas de los pastores y las ovejas nos hemos parado y hemos puesto la tienda en el prado junto al río para quedarnos unos días.
- ¿Pero quién eres?
- ¿Por qué me lo preguntas?

- Es que si te gusta mi mata de hierba te la presto para que la cuides en estos días. ¿Quieres?
- Quiero y puedo y te prometo que sabiendo que esta mata de hierba es tuya la voy a cuidar con el mejor cariño.

Y después de esto la niña siguió su camino y en compañía de sus padres se metió en su casa. Miré entonces y vi que su casa era de piedras y nada lujosa pero sí muy hermosa. El río pasaba por la misma puerta y ahí, bajo unas nogueras muy cerca del puente dormía una piara de ovejas.

Aquella misma noche estuve otra vez junto a la mata de hierba y a la luz de la luna me pareció más hermosa. A pesar de ser verano tenía flores y eran muy bonitas. Color morado y con suave perfume a cumbres verdes. Luego aquella noche me refugié en la tienda que junto a las aguas del río habíamos puesto y cuando dormía me pareció ver a la mata de hierba como preocupada por algo. Como si deseara algo con mucha fuerza y no pudiera conseguirlo. Soñé con la niña de la casa de piedra junto al río y otra vez la vi muy hermosa. Ya sentí deseos de hacerme amigo de ella para siempre. Antes de quedarme dormido recé al cielo por ella y dije más o menos lo siguiente:

“Dios, la niña que vive en tu edén y es pastora de altas montañas me ha regalado su mata de hierba. Su tesoro pequeño y yo lo he

aceptado porque viene de ella. Sin haberla visto antes nunca ya la quiero. Por eso ahora te pido a ti que de tu partes me la regales a ella”. Y me pareció oír como que Dios me preguntaba:
- ¿Para que la quieres?
- Me he dado cuenta que es buena. Quizá necesite como un jardinero que cuide de ella. Me gustaría ser ese jardinero para cuidarla igual que también quiero cuidar su mata de hierba.
- ¿Y para quién las vas a cuidar?
- Para ti. Para que ellas sean felices y tengan siempre en su corazón la mejor alegría. Pero sobre todo porque deseo ser bueno y creo que ellas me dan la oportunidad de conseguirlo. Si son tuyas siempre y yo ahí, a tu lado y al lado de ellas en esta tierra mientras vivamos y en tu cielo el día que decidas llevarnos contigo. ¿Me la reglas Señor?
Y oí como que en mi corazón una dulce y amorosa voz dijo:
- Te la regalo.
- ¡Gracias Dios! Pondré todo el empeño en ser su mejor jardinero. Pero ahora te pido ayuda para que mis obras, pensamientos y palabras sean siempre limpias y vayan encaminadas a conseguir lo mejor para todos.

Dios guardó silencio y al rato lo oí que dijo:
- He sido yo el que he procurado que las cosas hayan confluido del modo que esta tarde has vivido pero no te engañes: me

acabas de decir que quieres ser generoso y bueno con la mata de hierba, la niña pastora y los pastores de este valle de altas montañas. En el fondo es verdad que quieres ser bueno y eso lo sé bien desde siempre pero también en el fondo lo que buscas es cariño humano. Ya estás viejo, no tienes ni un sólo amigo bajo el sol, te sientes cansado, no tienes cualidades para nada, no tienes casa ni riquezas materiales y por eso en el fondo lo que buscas es cariño humano. Que alguien se haga amigo tuyo de verdad y te regale con su amistad sincera. Te sientes viejo y no tienes a nadie en este mundo. Buscas cariño y consuelo humano.

Y pregunté:

- Tú mejor que nadie conoces a mi corazón, sabes lo que soy y lo que necesito pero Dios tener necesidad del cariño de los otros ¿es malo?

- No es malo sino bueno.

- Porque es verdad que ya soy un viejo desahuciado de todo y todos y aunque siempre tuve necesidad del cariño de los otros ahora me encuentro más solo. Tú lo sabes. Pero yo no quiero aprovecharme ni hacer daño a la niña ni a los suyos ni a lo que por este valle les tienes regalado. De verdad que deseo cuidar de la mata de hierba que la niña pastora me ha regalado porque con ello complazco a esta niña tan bonita y hago alguna cosa por ella. Me ganaré su amistad si no la decepciono. ¿Es malo esto?

- No es malo si con ello practica la bondad y llevas a los demás a las cosas buenas y

limpias. Yo lo bendigo, los bendigo y te bendigo.

Después de esto ya me quedé dormido con la sensación en mi espíritu de haber vivido una verdadera bendición del cielo. Una etapa en mi vida que en nada se parecía a las otras cosas que hasta este momento había vivido. Aquella noche de agosto, en el precioso prado de la niña de las montañas fue como un sueño. A lo largo de toda ella se sintió el rumor de la corriente del río al pasar, el viento moviendo las hojas de los álamos, el canto de los grillos y el croar de las ranas. Las ovejas balaban por las cumbres altas tomando sus pastos al fresco de la noche y los perros, de tarde en tarde, ladraban como si quisieran anunciar que ellos estaban en su mundo. Aquella noche sentí la presencia y la dulzura de Dios como nunca antes lo había sentido. Caí en la cuenta que todo lo que me estaba ocurriendo era de una importancia sin igual. Repleto de una belleza como no hay otra bajo el sol y rebosante de mucho calor humano. Por todo esto y por la gran dicha que sentía no hacía nada más que decir: “Dios, Dios, Dios...”

Cundo amaneció enseguida me levanté, me lavé en las aguas claras del río y en cuanto salió el sol me senté en la piedra que hay junto a la senda que desde las cuatro casas de la aldea sube a la tiná de las ovejas. Allí me senté y me puse a esperar a que pasara la niña de las montañas. No sé por

qué tenía ganas de verla otra vez y saludarla. Pero también sabía que quería decirle algo que yo creía era muy importante. Lo tenía en mi corazón desde el primer momento que la vi y tenía que decírselo. Y ahora con más razón porque de ella tenía el regalo de su mata de hierba. Por eso buscaba la oportunidad para desde mi alma transmitirle lo que en mi alma me hervía con la fuerza de lo realmente bello e como para conseguir que la tierra deje de existir o se transforme en una luz que en nada se parezca a la tierra que el común de los ojos humanos ven a diario.

Y estando en esta reflexión, con la presencia de lo amado en lo más esencial de su ser, un leve pensamiento se le escapó y se le fue al rincón de las montañas. Al prado verde que se extiende por debajo del río diamantino y donde las cumbres siempre tienen vellones de plata y el cielo es azul intenso. Para sí se dijo:

“Quizá cuando esta tarde vuelva el pájaro del mar, el que dice vive en la estrella más brillante del universo.

Mirando a la corriente del río me quedé y no tenía prisa ni sentía dolor alguno. No añoraba nada como sí tantas y tantas veces en los amargos y lentos días de mi vida. No sé explicar este momento mágico pero sí digo que los mejores días de mi vida han transcurrido junto a las aguas del río diamantino que atraviesa el valle de la niña

pastora. Los momentos de mayor calma y luz en mi alma han tenido lugar junto a las bellísimas y rumorosas aguas de este río. Algo que por más que intente explicar nunca conseguiré aclarar.

También desde el primer día algo había visto yo en la niña. Se me había colado dentro y ahí ya la gustaba con un cariño especial. Por eso, en cuanto la vi subir en compañía de la madre me puse contento y le salí al paso para saludarla. Fue ella la primera en saludar diciendo:

- Buenos días tengas.

Y lo hizo con una dulce sonrisa. La saludé yo también y a la madre y como iban a la tiná a cuidar a sus ovejas no podían perder mucho tiempo. Pero ella, sin que yo le preguntara, dijo:

- Mi mata de hierba, la que ayer te regalé, tiene un nombre que un día yo le puse.

- Pues dímelo.

- Se llama “Violeta adorata” que quiere decir violeta adorada. ¿Te gusta?

- Es un nombre muy bonito. Desde ahora mismo me voy a tomar mucho interés por ella.

- Pero sin que sea demasiado. Y te lo digo porque mi mata de hierba se parece a mí. Como las dos somos de alta montaña y llevamos dentro la esencia y belleza que en los paisajes de estas montañas hay, nos gustan que nos quieran, nos mimen un poco y nos apoyen para sentir el calor de los que nos rodean pero al mismo tiempo queremos

ser libres. Necesitamos sentirnos libres para ser nosotras mismas y con las verdades que Dios nos ha regalado. ¿No sé si me explico?

- Claro que sí.

- Pues ya sabes: dadle el cariño justo para que Violeta sienta que tiene a su lado a alguien que se preocupa por ella pero sin atosigar ni quitar la libertad o personalidad que es propio de ella. Así será mejor tanto para ti como para ella y para mí. No la cambies nunca en el sentido que a ti te gustaría que fuera sino que sea ella misma y con su belleza natural. A las flores y niños de estas montañas nos gusta ser así. También a las demás plantas del bosque y por eso Dios las creó diferentes unas de otras. Ni siquiera una hoja es igual a otra ni una brizna de hierba ni una gota de rocío.

Y entonces le pregunté:

- ¿Cómo sabes tú lo que me acabas de decir?

- Lo he descubierto por mí misma. Yo creo que a las plantas ni a las personas nunca se les debería intentar cambiar para que sean como a los demás les guste. Creo que eso no es bueno ni lo quiere Dios. Porque las plantas, animales y personas, al nacer y a lo largo de su vida traen ya con ellas una forma concreta de ser porque así se lo ha regalado Dios. Si se les intenta forzar o domesticarla no es bueno. Seguro que nunca serán felices ni bellas por completo. ¿No sé si yo me explico?

- Lo entiendo claramente.

- Pues ya sabes y ahora me voy porque tengo que llevar a mis carneros a las praderas de las cumbres para que coman hierba. Dame un beso por si cuando vuelva por la tarde ya no estás.

Le di un beso y le dije que cuando volviera ella por la tarde yo no estaría porque me tenía que ir pero también le dije:
- Por tu mata de hierba, la violeta adorata, no te preocupes. Ya que me la ha regalado, me voy a tomar mucho interés en cuidarla para que sea ella misma y mientras quiera vivir en este río y cerca de tu casa, las cosas serán como tú me has dicho. Vendré a cuidarla todas las semanas y así cada vez que la vea o le preste algún cuidado me acordaré de ti.
- Puede que cuando pase el tiempo un día se haga vieja y como las personas muera pero eso está en las manos de Dios.
- De todos modos tu mata de hierba es de las que vive casi toda la eternidad.
- Ni siquiera en invierno se seca ni cuando caen las nieves, se forman los hielos o las escarchas por las noches cubren los campos. Porque en esta tierra mía, ya te darás cuenta, nieva mucho, hace mucho frío y las escarchas son muy grandes.
- Pero aun así vendré todas las semanas, todos los meses, todos los años, todo lo que me queda de vida a cuidar de a tu mata de hierba.

Y ya la niña se fue con su madre a cuidar de sus carneros. Quise decirle que

desde ese mismo instante iba a quererla también mucho pero no se lo dije pensando en lo que momentos antes ella me había dicho. “Nos gusta que nos quiera pero dejándonos en la libertad de nosotros mismos para que no sintamos el agobio. Que el cariño sincero de los demás esté ahí, sin que se note pero que esté ahí para que vayamos cogiendo de él lo que necesitemos en cada momento y no que nos lo impongan a la fuerza. ¿Comprendes?”

La vi retirarse y como lo que de verdad llevaba en mi corazón no se lo había dicho antes de que se alejara más las llamé a las dos:

- ¡Esperad un momento por favor!

Madre e hija se quedaron paradas en la sendica de tierra que va por el borde de las rocas y la pradera que llega hasta las aguas del río y esperaron a que me acercara. Corrí un poco y cuando ya estaba llegando a ellas les decía:

- Es sólo un momento porque tengo que decirte lo más importante.

La niña me miraba y esperaba con cierta expectación. Hablé y dije:

- ¡Gracias por regalarme tu mata de hierba!

- De nada.

Respondió ella con solemne nobleza.

- Pero no. Quiero darte las gracias desde lo que de verdad siento.

Hubo un momento de silencio y la niña me miraba. Me di cuenta que no sabía

qué decir ni qué preguntar. Yo sí sabía lo que quería comunicarle pero no encontraba la forma adecuada. Dije de nuevo:

- Son otras las gracias que quiero darte.

- ¿Qué gracias?

Y ya dije:

- Soy un viejo sin cariño de nadie, sin casa, sin tierra a donde ir, con mucha soledad en su vida y poco tiempo ya para vivir. Quiero darte las gracias por haberme regalado tu mata de hierba porque me has hecho muy feliz. Estoy tan solo en la vida que nada podría hacerme más feliz y llenarme tanto que haber encontrado este valle tan bonito, en él unos pastores como vosotros, una niña como tú que me hace el mejor de los regalos. Soy muy feliz por haberte encontrado y así sin más poner en mis manos tu cariño y confianza regalándome una mata de hierba que quieres mucho. Quiero decirte que voy a poner de mi parte todo el interés para no defraudaste nunca. Me entregaré de lleno a tu mata de hierba para sí hacerte feliz y sentirme feliz haciendo cosas por ti. Me tomaré todo el interés porque deseo que seas mi amiga y que me regales para siempre con tu amistad. Estas son las gracias que quería darte y ya lo he hecho. Desde ahora mismo voy a no defraudaste nunca porque ganarme para siempre tu amistad será lo más importante que he hecho en mi vida. Soy un viejo y me siento muy solo, inútil y sin ningún amigo bajo el sol. A partir de hoy parece que entre vosotros voy a tener un hogar, unos amigos que me dan su cariño y una amistad

sincera que me alivia de la gran soledad que en mi vida tengo.
- “¡No te preocupes!”
Fue lo único que respondió la niña y junto con su madre ya continuaron subiendo por la sendica hacia la tiná de sus ovejas.

Aquella misma mañana desmontamos las tiendas y unas horas más tarde ya nos retirábamos de la orilla del río y la pradera verde que se extiende por delante de su casa. Pero antes de abandonar el lugar crucé la corriente del río y fui a donde la mata de hierba. La saludé al modo en que se saluda a un ser querido y no sé por qué al momento sentí admiración por ella. Ahora empecé a ver en sus verdes hojas, en sus pequeñas flores violetas y sus tallos alargados como una imagen de la niña pastora. Y lo que más me gustaba fue que empecé a sentir esa fuerte admiración por ella acompañado de un delicado sufrimiento que se convertía en amor puramente espiritual y fino.

Como si en aquella mata de hierba mis ojos vieran una delicada imagen de Dios. Y por primera vez sentí deseos de estar ahí de rodillas y a su lado contemplando aquella majestuosa y sencilla belleza que me llevaba a Dios. Por eso en mi alma se despertaron sentimientos que hasta entonces yo no conocía. Eran sentimientos de ser cada día más bueno, dulce, comprensivo, cariñoso con los demás y sobre todo comprensivo para que la belleza que ya amaba en la sencilla

mata de hierba no se tronchara nunca y me quedara sin ella. Me dije que jamás haría daño a la preciosa mata de hierba. Como cuando en la vida real se enamoran las personas.

Algo así me pasaba a mí con la mata de hierba y era, además de por su fina belleza también porque ella era ya para mí imagen de la hermosa niña pastora en aquel edén junto al río. Y claro que estando allí y con estos tan hermosos sentimientos en mi alma por primera vez en mi vida me sentí con una gran ilusión en el horizonte de mi vida. Como las personas cuando se enamoran. Me sentía como si Dios me hubiera regalado la más bonita y grandiosa misión que al ser humano se le puede encargar bajo el sol. Esto sentí yo y lo sentí hondo y sinceramente. Tenía conciencia que mi deber, a partir de este momento, era luchar para ser mejor a fin de perfeccionar mis virtudes para así enriquecer y salvar a la mata de hierba. Como cuando se enamoran las personas. Y vuelvo a repetir que este bello y agradable sentimiento por primera vez lo sentía resplandecer en lo más hondo de mi ser. Por eso me pregunté:

"¿Qué es esto, Dios mío?" ¿Qué sensación me empuja a partir de este momento? ¿Quién es esta mata de hierba y por qué ante ella tan noblemente te adoro y la adoro? ¿Por qué con esta mata de hierba siento que me haces el mejor regalo que

puedas regalar a ser humano? ¿Por qué me siento tan dignificado, gratificado y hasta amado en lo más esencial de lo que soy? ¿Qué ocurre aquí, Dios y por qué te muestras con esta tan dulce belleza? ¿Por qué me siento tan bien? Y te lo digo porque me parece que ahora mismo mi corazón arde en un gozo tan grande que parece se me va a salir del pecho. ¿Qué hay aquí, Dios mío y por qué permites que con esta fuerza y satisfacción lo experimente?"

Estas y otras preguntas le hice a Dios como en un intento de agradecer al tiempo que deseaba saber qué misterio encerraba la sencilla mata de hierba de la niña pastora. Tanto fue el gozo que sentí en mi corazón que junto a esta ya adorada mata de hierba dije: "Violeta, buenos días. Si necesitas algo y te apetece que esta tarde te riegue me lo dices. Siempre estaré a tu lado. Tu jardinero". Y al instante oí una delicada voz que decía: "Muchas gracias pero esta tarde prefiero quedarme en la paz que me regala el río. Ve con Dios. Adorata".

Aunque parezca un poco confuso este mensaje yo lo entendí. Por eso me quedé en reflexión. Ella me decía que allí estaba conmigo, que aceptaba mi cariño y comprendía pero deseaba ser ella misma. Tal como la niña pastora me lo había dicho. Y aunque parecía un mensaje algo extraño yo capté su claridad por lo que luego diré en otra parte. Así que me retiré sabiendo que ella

había aceptado que yo fuera su jardinero pero de una forma nueva que yo nunca antes había vivido. Por eso comenzaba a recibir mensajes de ella. Era una forma de irla conociendo y así lo acepté.

Algo más tarde salimos del valle pequeño junto al río diamantino y en mi corazón seguía ardiendo la llama de una bonita ilusión. Era como si ya estuviera todo preparado para empezar las más bonitas de las aventuras y ello me hacía feliz. ¿Cuánto tiempos tendría que transcurrir para que pasara no se sabía qué? Me pregunta esto porque en el ambiente también se captaba la sensación de que tendría que pasar algo. Como cuando dos personas se aman en el corazón se instala el miedo a perderse algún día. Y cuanto más se aman y más bello es lo amado más miedo hay en el corazón. Las cosas en la vida y en este planeta Tierra no duran eternamente ni permanecen siempre sin cambiar. Las cosas nacen, se desarrollan, se expanden en muchas direcciones y un día desparecen de este mundo.

Lo de mi mata de hierba regalo de la niña pastora ¿por qué no iba a ser así? Algo ya el corazón mío intuía pero sólo Dios sabía en aquel momento lo que sucedería en el futuro. Pero digo una vez más que como le sucede a todo ser humano así me sucedía a mí. Empezaba a sentirme enamorado de algo realmente hermoso y por eso el miedo se instaló en mi corazón. También el dolor. Un

extraño pensamiento que era generado por la belleza de lo que ya amaba y la intuición de la muerte que se presentía. Es el vislumbre de lo inmortal y lo perecedero. Comprendí que Dios mismo estaba en este dulce y a la vez doloroso sentimiento. Allí estaba presente como diciendo:

“A ti, el que yo quiero, te hago saber que cuanto más hermoso sea el objeto amado por ti más sentirás el miedo a perderlos y después el dolor. A más amor más miedo sentirás y en esa misma proporción será el dolor”. Esto llegué a comprender en aquel momento y ya remontábamos la cuesta desde hacia el collado de la tiná. Aquí nos paramos y echamos una lenta mirada por todo el valle por donde la casa de la niña pastora. Y el valle nos pareció repleto de una belleza sin comparación. El día se presentaba sereno, sin apenas viento, el cielo azul y bañado rosada del sol que ya se levantaba y el bosque por las laderas de las montañas como durmiendo en una espera sin igual. Despacio echamos una honda mirada sobre aquel paisaje y durante un buen rato estuvimos adivinando a la niña pastora tras las cumbres por donde daba pasto a sus carneros. La estuvimos adivinando y nos parecía hermosa porque ella lo era y los paisajes por donde trazaba sus sendas.

Escuchamos atentos y a través del viento nos pareció oír el dulce tono de su voz

hablando con sus carneros o con su madre. Luego su voz dejaba de oírse y ahora sólo nos quedaba el pensamiento intentando adivinarla por aquellas praderas verdes. Ella se dedicaba a lo suyo, a su trabajo y aunque gozaba y sentía la vida que le rozaba su trabajo la absolvía con la fuerza de lo verdaderamente importante. Algo nuevo que también nos traíamos de su valle: el gusto y el amor que la niña pastora ponía en cada una de las cosas que hacía. El gusto sincero y el amor verdadero por su trabajo fuera el que fuera. Por eso allí mismo el corazón se nos llenó una vez más de sentimientos puros y bellos.

Quisimos recoger el momento para que se quedara eterno. Del alma nos surgió una sencilla poesía que pensé podría servir para la letra de una posible canción en el futuro como regalo para la niña pastora.

Rueda la
mañana
que lenta se
va
llenando de
plata
valle y
praderas
de tus
amadas
montañas.

Aquí hoy te
quedas
pastora de
nácar
con tu mata
de hierba,
tus carneros
viejos,
tu jardín
preñado
de verde
esmeralda,
el cielo azul
de sangre
besando y
besando
a la casa de
piedra
que es más
que palacio
de una fina
princesa.

Aquí hoy te
quedas,
pero voy a
Dios rezando
que conmigo
te vengas
ahora y
hasta el fin
del tiempo
a jugar con
estrellas
allá por
donde los
rojos
de las
amapolas
viejas
para que en
Dios y en el
tiempo
siempre
seas
la hermosa
pastora
de la mata
de hierba.

Ahora estás
y aunque al
marcharme
siento como
pena
pensando
que quizá
cuando
vuelva
a lo mejor no
te vea
porque no
estés,
te tengo
conmigo
y con tu mata
de hierba.
Pero qué
tontería
pensar que
te vayas
y te pueda
perder
si en Dios te
he plantado
ahí crecerás
y en él
siempre
tendré tu
prado
y tu alma y tu
pie.

Y ya seguimos avanzando dejando atrás el bonito rincón del río diamantino. Nos dolió alejarnos de allí pero las cosas en la vida son así. Unas horas más tarde salíamos por la loma de la Cumbre que en invierno cubren las nieves, atravesamos el puerto y por donde la gran vega salimos de la sierra. Su sierra y mi sierra.

Tres días más tarde volví atraído por la mata de hierba y también pensando en la niña pastora. Me las encontré a las dos y a sus padres que cuidaban a sus ovejas. Por el valle verde del río diamantino estuve con ellos durante muchos días y fui feliz. Muy feliz porque me sentía amado, acurrucado en al calor de un sencillo hogar, mimado y respetado por la mata de hierba de la niña pastora y deliciosamente agasajado por la pequeña dueña de la mata de hierba. En el bonito valle de las altas montañas estuve todo lo que aun quedaba de verano. Con unos y con otros y con la niña pastora compartí absolutamente todo lo que en mi tenía. Mis dudas, mis temores de viejo ya camino de la tumba, mis dolorosos momentos de soledad, mis sueños más personales y únicos, mi fe en Dios y en el paraíso que espero ver cuando abandone esta vida y así fue como me sentí de verdad humano y hermano de los hombres creados por el mismo Dios. Lo mejor, más real y puro que he sentido en mis días mortales lo sentí en la compañía de estas personas, por su valle de altas montañas y entre los juegos y sonrisas

de la niña pastora.

Llegó el otoño y todos los días que pude volví. Volví luego en invierno cuando ya las nieves comenzaban a cubrir las crestas de las montañas. Volví muchas veces más al verano siguiente, al otro y al otro y así durante varios años. La niña pastora creció y también su mata de hierba pero ninguna de las dos ni sus padres ni sus hermanos se hacían viejos. Pasaba el tiempo pero ellos no envejecían a la velocidad que envejecen todos los humanos de la tierra. Yo sí me hacía viejo y cada vez me encontraba con menos amigos en este mundo, más soledad en mi vida y por eso con más necesidad de la amistad de los pastores del valle, la niña dueña de la mata de hierba y de la misma mata de hierba.

Un día, también en el mes de agosto y cuando más calor hacía, vine otra vez al valle del río diamantino. Ya he dicho que habían pasado varios años desde aquel primer día y encuentro. En esta ocasión no vi a la niña pastora porque estaba en su colegio, con sus amigas y con las cosas que ella soñaba pero sí estuve junto a su mata de hierba. Seguía lo mismo de sencilla, verde y florida pero mis ojos la vieron mucho más bella. Allí a su lado aquella noche me quedé y como era verano ni siquiera monté mi tienda. Sobre la hierba me acurruqué y frente a la luz de las estrellas me quedé dormido. Me arrullaba el agua limpia del diamantino río y el canto de algún

cárabo. A la luz de la luna observé la blanca silueta de la casa donde vive la niña y a sentirla ahora ausente, ni sé por qué, me puse triste.

Concentré mi pensamiento y al tener conciencia que en estos momentos estaba durmiendo allí, al calor mismo de la mata de hierba que ya tenía abrazada en mi corazón, un temblor me sacudió todo el cuerpo. A mi derecha y algo más abajo de mí, en su mismo fresco, frente al sol de la tarde, algo en balcón sobre el río y arropando por el tejado de rocas que brotaba de la montaña. Los álamos y la hierba de la ancha pradera se mecían un poco más abajo. Más cerca varios rosales silvestres. Allí mismo y como si fuera un delicado nido tenía mi mata de hierba su cobijo. Al aire de las montañas crecía. Un poco más arriba, a sólo treinta metros sobre el rellano, en la torrentera es donde yo puse mi saco y me acurruqué como en una isla de soledad y silencio. Sólo para estar cerca de ella y sentirla respirar cuando dormía o se estiraba al llegar el día. Y esta realidad, sencilla y por eso sin ninguna importancia para los demás, para mí era como estar acurrucado en el calor mismo de la vida. Como si con esto tuviera lo suficiente y por eso el resto del mundo ni existía. Con la mata de hierba que me había regalado la niña pastora lo tenía todo. Me sentía el jardinero de la más bonita mata de hierba que existía en toda la sierra. Y me sentía bien porque estaba haciendo lo que agradaba y hacía feliz

a la niña del valle.

Pero aquella noche, cuando por fin envolví mi cuerpo en el saco de dormir no me puede quedar dormido enseguida ni encontraba la razón para que así fuera. Durante mucho rato mi pensamiento hervía en la cabeza como si quisiera encontrar no sé que extraña solución a no sé qué sentimiento embarazoso. Mi desvelo se parecía mucho al que tienen las personas cuando están enamoradas. Algo que no se sabe por qué pero que se origina en el alma como un ardor y logra que la persona ni pueda coger el sueño cuando por las noches se acuestan ni tampoco puedan dejar de pensar en infinitas situaciones y cosas relacionadas con el objeto amado. Esto mismo me sucedió a mí aquella noche y todo era no dejar de pensar en mi mata de hierba. A ratos me decía: "Pero si la tengo aquí mismo y la quiero y hasta cuando la he visto esta tarde me ha sonreído como diciéndome que se alegra que haya venido y me preocupe por ella".

Mas mis pensamientos no paraban de bullir y así fue como comencé a dar vueltas en el saco y en la noche mientras el tiempo corría. Llegué a pensar que un día la perdería sin saber por qué. Luego me dije que no sería por mi causa sino porque ella me rechazaría. Y esto me produjo un gran dolor, una enorme desazón y un estado de desesperanza que hasta me sentía morir. Tanto que en un momento dado sentí, cerca de mí y por entre

el sigilo de la noche, una voz que me decía:

- ¿Tú sabes lo que hará un día contigo tu mata de hierba?
Y como movido por un resorte pregunté:
- ¿Qué hará?
Pero enseguida corregí la pregunta:
- ¿Quién eres tú que desde la noche me hablas?
- Soy el compañero de tu mata de hierba.
- ¿Qué compañero?
- El cardo azul que esta tarde has visto nacido junto a ella.
Y si más dije:
- A ti te arranco yo de ahí en cuento amanezca.
A lo que con voz tranquila respondió:
- Esa es la reacción que esperaba de ti y precisamente si te dejas llevar por ella será tu muerte y la de tu mata de hierba.
- ¿Por qué será mi muerte?
- Tú, jardinero de la mata de hierba más bonita que ha crecido y crece en estas sierras no debes comportarte del modo en que lo haría cualquier mortal.
- ¿Qué quieres decir?
- Pues que si aspiras a convertirte en el mejor de cuantos jardineros hubo bajo el sol precisamente debes dominar las pasiones humanas.

Y dije:
- Lo mío no es pasión descontrolada. Me acabas de anunciar que un día tendré problemas con mi mata de hierba y que la

perderé para siempre.
- No es eso exactamente lo que te he dicho. Pero ya que te adelantas me lo pones en bandeja.
- No sigas porque en cuanto salga el sol me voy a levantar, te buscaré y con mis propias manos te arrancaré.
- Te repito que no podrás hacerlo porque además te vería tu mata de hierba y esta acción te desprestigiaría mucho ante ella.
- ¿Te vas a burlar de mí?
- Quiero decir que yo, el cardo azul que vive junto a tu mata de hierba nunca podrá ser arrancado por ti. Y ahora que lo sabes ¿me quieres escuchar?

- ¿Y qué es lo que tengo que oír?
- Te quiero decir algo para que no te ciegues con tu mata de hierba y en el futuro te lleves un desengaño tan grande que te mueras de pena. Ya estás muy viejo y no resistirás un desengaño como este ¿Me escuchas?
- Vale, te escucho.
- Con pocas palabras tengo suficiente.
- Di lo que quieras que estoy esperando.

Y entonces el cardo me dijo:
- La sonrisa que ves en tu mata de hierba y esa dulzura amable que refleja su cara no es sincera. Te va a querer sólo en la medida que te necesite. Quiere conseguir cosas y en algo le puedes ayudar y por eso te buscará y te pondrá buena cara pero no es sincera. No te querrá nunca sinceramente. En cuento se le presenta la oportunidad ya verás como

descubres que no te ama.

Al oír estas palabras guardé silencio y me dije a mi mismo que mi mata de hierba no podía ser tan cruel. Y menos si ella descubría que yo se lo quería dar todo. Quise decir esto pero justo ahora oí una voz que decía:
- Tú no te preocupes que en lo que yo pueda te ayudaré para que los dos seáis felices. Resolveréis todos los problemas que se os presenten. No te preocupes.
Y pregunté:
- ¿Quién eres tú?
- Soy la hermana mayor de tu mata de hierba.
- ¿Cómo te llamas?
- No importa mi nombre pero no olvides lo que te he dicho. Vivo en estrecha armonía con tu mata de hierba y por eso la conozco bien. Me ofrezco para ayudarte en todo lo que sea necesario.

Recordé que justo al lado de arriba de donde tenía sus raíces mi mata de hierba crecía un buje. Una planta añosa que casi siempre se asocia a las violetas silvestres y son tan recias y potentes que ni los hielos ni las tormentas pueden con ellas. Tampoco yo podría arrancar esta planta porque forma parte del entorno natural que rodea a mi mata de hierba. Así que sentí cierto alivio y ya me quedé dormido.

Era ya casi media noche y cuando ahora por fin cogía el sueño una pesadilla se apoderó de mí. Sueño que mi mata de hierba

una mañana de agosto caluroso amaneció enferma. Con las hojas algo amarillas y sus tallos flácidos. Al verla enseguida quiero ponerme a su lado y prestarle todos los cuidados que necesite. No sabía qué pero quería estar allí para lo que me necesitara. Era como si ya hubiera pasado mucho tiempo desde el primer día. Y precisamente por esto mi cariño por ella había crecido. De tanto haberla cuidado a lo largo de casi veinte años. Ya sabía ella de mis comportamientos y sentimientos y del amor que en mi corazón existía. La había mimando hasta en los detalles más pequeños y por eso ya éramos mucho más que amigos.

Pues en mi sueño, al notar que estaba enferma me puse a su lado para lo que necesitara cuando oí una voz que decía:
- De parte de tu mata de hierba que no vayas a verla porque me ha dicho que no quiere recibir a nadie.
- ¿Quién eres tú?
Pregunté.
- Soy el cardo azul.
- Pero yo ¿cómo no voy a ponerme al lado de mi mate de hierba en un momento como este?
- Pues me ha dicho que la dejes en paz.
Y al oír esto me sentí morir. "¿Qué quiere, Dios mío?" Le pregunté. Pero Dios guardó silencio. El amor de mi corazón enfermo junto a la orilla del río y yo allí sin poderlo ver. Me sentía morir. Si era verdad que mi mata de hierba no quería recibirme en un momento

como este también podría ser que ella no aceptaba del todo mi amistad. Pero esto yo no podía creerlo.

Acudí a la hermana mayor de mi mata de hierba y le pregunté:
- ¿Qué le pasa?
- Es lo de siempre. Tú ya sabes que a ella se la está comiendo por dentro una rara enfermedad. Como si sus tripas se estuvieran pudriendo poco a poco y por eso hoy se ha levantado más débil.
- Pero yo quiero irme a su lado para verla y por si me necesita.
- Ya sabes que es así. Se lo diré y si me dice que sí ya te lo comunicaré.

Espero la respuesta junto a la corriente del río cuando al rato, oigo la voz de su hermana que desde el pedestal entre las rocas de las partes altas me dice:
- Me ha dicho que no quiere saber nada de ti.
- No es posible.
- Pues eso es lo que me ha dicho pero no te preocupes que yo la animaré.
- ¿Luego cuándo?
- Al caer la tarde.
- Si ahora mismo es medio día de aquí a la tarde y con el dolor que hay en mi alma me moriré.
Y ya no hubo respuestas.

Esperé que pasara el tiempo y que llegara la tarde. Mi dolor era terrible y a dos pasos de donde ella se acurrucaba en su

dolor y la tierra que la alimentaba. El tiempo se me hacía insoportable hasta que en un momento dado me acordé del gran sueño que en los últimos años mi mata de hierba tenía en su corazón.

Un día había llegado por aquí una gaviota extraviada que venía desde el mar. Se paró justo al lado de mi mata de hierba y cuando ésta le preguntó la gaviota le habló del mar, sus playas de arena, sus olas blancas, su olor a algas y su brisa fresca. A mi mata de hierba le gustó mucho el mundo que la gaviota le descubría y sin saber por qué ella se sintió atraída por el mar que la gaviota le había descrito. Desde este día vivía como añorando el amor de su alma. Ir a conocer el mar y las maravillas que le habían contado del mar se convirtió en su gran sueño. Hasta que un día me dijo:

- Puede que allí me enamore de alguna tierra que sea distinta a esta y en ella me quede ya para la eternidad.

No le dije nada porque así era como yo trataba a mi mata de hierba. Pero cuando esta otra tarde de mi sueño supe que estaba enferma pensé que ella quería irse al mar que soñaba. Pensé esto y luego me dije que ya nada podía hacer en ningún sentido. Yo era su simple jardinero por propia voluntad mía y por eso su siervo y esclavo.

Pero de pronto, como una voz que me traía el aire, me saludó diciendo:

- Aquí estoy. Sólo tengo un poco de debilidad

y nada más.
Era la voz de mi mata de hierba que desde la distancia me saludaba diciendo que nada pasaba y aquí se me acabó el sueño.

Amaneció por los campos de la alta montaña y al abrir mis ojos la luz del nuevo día casi me cegó. Sentí el canto de un pajarillo que allí mismo, en las ramas de los majuelos, se enfrentaba al nuevo día. Lo busqué con mis ojos y no lo vi. Pero seguí oyendo sus trinos que eran alegres y parecía como si me quisiera decir algo. Por eso desde mi corazón le pregunté:
- ¿Vienes a traerme algún mensaje de parte de alguien?
Y me contestó diciendo:
- Eso es lo que traigo.
Miré pero seguía sin verlo.
- ¿Qué me tienes que decir?
- Que un día de estos tenemos que hablar de muchas cosas. Pero hoy, en cuanto el día termine de abrirse tenemos que ir junto a tu mata de hierba y charlar con ella.
- Eso es lo que estoy pensando.
- Pues hazlo que será bueno.
- ¿Y tú?
- Otro día hablamos.
Y ya dejé de oírlo.

Me salí de mi saco de dormir, saludé al nuevo día, bajé hasta la corriente del río, bebí, me lavé y me fui a donde mi mata de hierba. La saludé diciendo:
- Buenos días Violeta.

Y ella me respondió:
- Buenos días jardinero.
Le dije:
- Todavía no he hecho muchas cosas por ti y me gustaría mucho.
- Tú no te preocupes que yo estoy bien.
- Pues si no hago algo por ti no tendré alegría en mi alma.
- Ya haces mucho sólo venirte a mi lado y estar.
- Siento que esto es nada.
- Me siento bien.

- Pero quisiera cavar la tierra alrededor de tus tallos, quisiera regarte con las aguas de este diamantino río, quisiera quitarte el pasto que se enreda en tus hojas, quisiera apartar las zarzas que por arriba te van cubriendo, quisiera limpiarte de los tallos secos, acariciar tus hojas y oler tus flores. Todo esto quisiera hacer por ti y más cosa que tú necesitas.
- Tú no te preocupes que estoy bien. Cuando necesite algo de lo que me has dicho te lo pediré.
- No quiero pecar de pesado pero te repito que apenas me siento útil.
- Lo eres más de lo que crees. No olvides que soy una mata de hierba silvestre y así es como me tienes que dejar. Como mi propia identidad. Yo quiero por mí misma alcanzar la belleza y libertad que sueño y apetezco. Por mí misma ¿sabes? Porque así es como me sentiré bien.
- Lo entiendo pero algo podría ayudarte yo.

- Puede que tengas razón mas déjame que la necesidad me empuje a pedírtelo.

En estos momentos aquella mañana no hablamos más. Allí me quedé junto a mi mata de hierba sintiéndome bien. Feliz como la persona más feliz del mundo y con todo colmado. Me senté en la torrentera del talud frente a las aguas del diamantino río de la niña pastora. Alcé mis ojos y observé su blanca casa al otro lado del río. Sobre las rocas y arropadas por las ramas de las nogueras. Deseé verla salir y deseé encontrarla por la senda que sube a la tiná de las ovejas. Deseé esto y como me sentí dichoso elaboré un discurso para decírselo a mi mata de hierba. Más o menos pensé lo siguiente:

"Como ahora soy tu amigo y ya mi corazón te pertenece me voy a sincerar. Quiero que sepas que bueno no soy, porque aunque en mi corazón amo a Dios sobre todas las cosas, los hombres me han rechazado y juzgado. No he sido capaz de cumplir las reglas tal como ellos las tienen escritas ni tampoco he sido capaz de hacer las cosas tal como ellos las hicieron siempre. Bueno no soy según las personas y la sociedad donde vivo pero amo a Dios y por eso me gustan los bosques de estas montañas, la clara corriente de este río, el balido de las ovejas, la nieve sobre las cumbres, los días nublados y la lluvia cayendo desde las nubes. Me gustan las

praderas repletas de hierba, los manzanos florecidos y los cerezos repletos de frutos rojos. Me gusta el silencio de estos campos, las fuentes que manan bajo las peñas, las sendicas que trazan las ovejas cuando van a las llanuras de las cumbres, los rosales silvestres cuando florecen y cuando luego en otoño tienen sus semillas rojas y me gustan los pastores que viven junto a un río diamantino como este. Me gustan las palabras sencillas que dicen y los comportamientos humanos que tienen para con los que a ellos se acercan. Me gusta la soledad de estas cumbres, los juegos de la niña pastora que vive en la casa de las rocas y es tu amiga y hablar de Dios con estas personas tan buenas.

Bueno no soy, ya te lo he dicho, porque cada mañana cuando me levanto y cada noche cuando me acuesto hasta llego a pensar que ni siquiera Dios me quiere. Dios no me quiere porque no fui yo bueno con él por eso el día que muera no me salvará. No hice en esta tierra las cosas buenas que los demás sí y por eso Dios no podrá salvarme. Me condenará, seguro y esto me atormenta. No he sido ni soy bueno y Dios me lo tendrá en cuenta. Sin embargo yo, a mi manera, lo amo y creo en él.

Tampoco soy rico. No soy rico porque en esta vida no tengo riqueza ninguna. Solo algunos dineros, muy escasos, que me dan como premio para mis gastillos. No tengo ni

coche ni dinero en el banco ni casa ni familia ni nada parecido. No me parezco en nada a los demás humanos de esta tierra y fíjate qué viejo soy ya. Y por no tener ni siquiera tengo títulos ni cualidades para nada. Ni siquiera tengo don de palabras como otros ni soy guapo ni alto ni con fuerzas en mis brazos. Casi no soy nada en este mundo y por eso cuando encontré tu calor, en este recogido valle del río diamantino, me quedé aquí para acabar mis días. Ya no puedo ir a ninguna parte ni buscar amigos en ningún lugar. Aquí, contigo, los pastores de estas montañas y la amistad de la niña pastora, tengo todo lo que tengo bajo el sol. Por eso te decía que ni soy bueno ni tengo dinero ni cultura ni nada. Si tú lo quieres y lo quiere la niña pastora para vosotros y los pastores de estas montañas todo mi corazón, toda mi alma y todo lo que siento y amo. Otra cosa no puedo daros pero mi sincero cariño, el cariño que nunca di a nadie porque nunca tuve nadie ni nada a quién amar, para vosotros y sin reservas. A vuestro lado y en vuestro regazo quiero acabar mis días".

Esto más o menos pensé decir a mi mata de hierba para así abrirle de par en par mi corazón y alma y ganarme de una vez para siempre su confianza y amistad. Pero aquella misma tarde no me atreví a decir ni una sola palabra de lo que arriba he dejado escrito. Pensé que se presentaría un momento mejor en otra ocasión y, a ser posible, con la pastora y los pastores

presentes. Para ellos también estaban pensadas las palabras que necesitaba pronunciar. Y hasta llegué a pensar que la niña me preguntaba:
- Cuando por fin mueras un día ¿dónde quieres que te entierren?
Al oír la madre que estaba al lado dijo:
- ¿Por qué haces esta preguntas?
Y enseguida me di cuenta que intentaba apartar del tema de la muerte. Por eso dije:
- No me molestan que me hablen de la muerte. Tengo asumido que ocurrirá algún día lo mismo que ocurre el nacer. Muchos dicen que las dos cosas más seguras y ciertas del ser humano son: que ha nacido y el que tiene que morir. Todo el que ha nacido tiene que morir. De todos los que por ahí respiramos ahora seguro que el primero en morir seré yo.
Volvió a preguntar la niña:
- Pues cuando mueras ¿dónde quieres que te entierren?
- No quiero que me entierren. Quiero que me quemen y esparzan mis cenizas al viento desde las cumbres de estas montañas. A ser posible desde las cumbres de la montaña que precede a este valle tuyo. Esto es como mi testamento, mi última palabra.

Terminó de abrirse el día de aquel mes de agosto y como me sentía bien y era feliz me fui con los pastores por las montañas tras sus ovejas. Con ellos estuve horas y horas y cuando caía la tarde regresé. Me ofrecieron, como tantas veces, su casa y su

comida pero les dije que no porque me sentía bien al lado de mi mata de hierba, regalo de la niña más buena del mundo. En mi saco me acurruqué y aquella noche dormí de un tirón toda la noche. Ni siquiera oí el canto del cárabo ni los graznidos de los mochuelos. Me sentía feliz porque estaba cumpliendo fielmente el encargo que un día me había confiado la niña del valle. La estaba complaciendo y esto era lo que de verdad me importaba.

En cuanto amaneció me desperté y di comienzo a mi rato de oración de todos los días. Quería y debía agradecer a Dios muchas cosas. Así que sintiendo la belleza de los campos que me rodeaban y fascinado por el bonito amanecer que venía levantándose desde los lejanos horizontes, me puse a orar para agradecer sinceramente.

Luego me levanté y me fui al lado de mi mata de hierba. La saludé como todos los días y me puse a compartir con ella mis sentimientos. Le dije:

- Con los ojos del alma una vez y otra veo y gozo la inmensa red de acequias, arroyuelos y ríos que surcan todas las laderas y valles de la sierra. Y veo que mi cuerpo es semejante a esta sierra también alimentado y bañado por aguas limpias como diamantes. Con los ojos de mi alma me recreo en los paisajes hermosos que van dibujando estas acequias tanto en la sierra como en la totalidad de mi cuerpo y me siento feliz. Es

como si un gran riego de diamantes líquidos me empapara y empapara a la sierra que amo para que nada se marchite ni pierda la frescura de su vida. Un gran gozo y una dulce sensación de luz y transparencia tengo ahora mismo en las fibras del espíritu. ¿Tú sabes explicarme esto?

Violeta guardó silencio y al rato me dijo:

- A pesar de todo y lo que crees la luz de los diamantes más finos te empapa y empapa a tu sierra. Ello viene a decirte que ni estás podrido por dentro ni estás seco de vida sino todo lo contrario: estás atravesado de infinitos canales repletos de purísima savia. Lo más transparente de Universo te pertenece, te riega, te surte de vida igual que los mil arroyos y acequias que atraviesan las sierras que amas. No eres miseria sino belleza inmaculada empapada de Dios aunque tantas veces, tantos y tanto te hagan sentir lo contrario.

Le dije:

- Pero aun así en el alma hay un fino dolor.

- Sé qué es ese dolor: No está lo que de verdad amas y necesitas y por eso no puedes compartir la visión y la sensación con que te regala el cielo. No está aunque su centro sean las montañas, el valle y el río de tu corazón y por eso no puedes compartir este fino y dulce gozo tuyo. Ni siquiera sabes si lo entenderías pero la posibilidad de compartirlo te haría muy dichoso. Con nadie más en este mundo te apetece compartirlo porque crees

que transparencia y savia de vida tan delicadas no se pueden compartir sino con aquello que es de la misma naturaleza. Con aquello que se asemeja y por eso comprende bien la transparencia de las aguas que va por las acequias y los arroyos tanto de la sierra como del cuerpo. No está y al no poder compartir este diamantino gozo tuyo en el alma hay un fino dolor. Una fina sombra de tristeza y melancolía por su ausencia. Los ojos del alma han visto y ven el fino paisaje de acequias y arroyos repletos y repletos de aguas purísimas que riegan las tierras de sus montañas y las carnes de tu cuerpo pero la dicha no es completa porque falta en este divino y dulce espectáculo.

Y pregunté a mi mata de hierba:

- ¿Por qué falta si el Universo entero quiere que esté?

No me respondió.

Y estando en este momento de recogimiento, desde el lado de la mata de hierba, oí la misma voz que otras veces.

- Te doy los buenos días por cortesía pero cuando sepas lo que ha sucedido para ti no será buen día el de hoy ni el de mañana ni el de pasado.

Pregunté:

- Eres el cardo azul que crece junto a mi mata de hierba. Te conozco por el tono de tu voz y por los mensajes trágicos que siempre quieres transmitirme.

Y seguí diciendo:

- Has visto mi felicidad y como no te caí bien

desde el primer día a todas horas busca la manera de hacerme daño. No sabes qué decir para fastidiarme. Lo sé bien.
- Soy quien dices pero no te pases de listo. Hoy sí tendrás motivos para ponerte triste. En cuento sepas la noticias hasta llorarás como lloran los niños pequeños.
Y ya algo preocupado pregunté:
- ¿Qué noticias es?
- Tu mata de hierba ya no está.
- ¿Cómo que no está?
- Ni ella ni la niña pastora que te la regaló.
- Ya te dije que te conozco.
- Si no quieres creerme no me creas. Peor para ti. Deja el rincón de tu paz y gozo y ven a verlo. Descubrirá como es verdad que tu mata de hierba ha desaparecido.
- Lo veré ahora después pero mientras dime ¿quién se ha llevado a mi mata de hierba y a la niña pastora?
- El hada de las montañas que tanto amas.

Y estuve a punto de reírme. Yo nunca he creído en las hadas de las montañas y menos que ellas anden por las noches robando matas de hierba de los prados junto a los ríos y niñas pastoras que viven con sus padres. Estuve a punto de reírme porque para mí pensé: “La niña pastora ¿a dónde va a irse y por qué se iba a llevar con ella la mata de hierba que me regaló aquel día? Las dos son de este valle y las dos llevan en sus venas el viento de estas montañas y la luz de los amaneceres. ¿A dónde va a irse?” Pero de repente sentí miedo. Por el corazón me

corrió como un temblor y sentí miedo. Dejé mi oración, me levanté y a toda prisa me acerqué al talud de mi mata de hierba. Asombrado descubrí que no estaba.

La tierra donde había tenido hincadas sus raíces se veía removida y la mata de hierba, la preciosa y siempre verde Violeta adorata de las altas montañas no estaba en su lugar de siempre. El miedo que momentos antes había sentido se me convirtió en tristeza y enseguida en ansias de muerte. Miré al cardo azul y él sí que estaba. En su mismo sitio y más resplandeciente que nunca. Se me cayeron dos lágrimas y entonces oí una risa. Vi que era el cardo azul. Se reía de mi desgracia y por eso, sin rencor pero con rabia le pregunté:

- ¿Sabes quién se la ha llevado?

- No se la ha llevado nadie. Ellas dos se han ido por su propia voluntad.

- ¿A dónde se han ido?

- Al mar. A la playa de arena fina por donde los pinares y las olas azules.

- ¿Cómo ha podido ser y sin que me lo hayan dicho?

- Ya te lo advertí. Tú las amas sinceramente pero ellas a ti no. Tú las amas sinceramente porque las necesitas. Estás solo en tu vida y nada tienes bajo el sol. Necesitas del calor y cariño de las criaturas bellas y jóvenes para no morirte de soledad y pena pero ellas no te necesitan a ti. Son jóvenes y tienen toda la vida por delante. ¿Para qué iban a necesitar de la amistad de un viejo achacoso y pobre

como tú?
Dos lágrimas más rodaron por mi mejilla y estuve a punto de pisar el cardo azul por lo cruel que era conmigo. Estuve a punto de herirlo y dejarlo sin vida para siempre pero me contuve.

Pregunté de nuevo:
- ¿Qué les hice yo para que si decirme una palabra se hayan ido? ¿Por qué no me lo dijeron y fueron sinceras conmigo como yo sí lo fui siempre?
- Te sientes engañado. Te han traicionado. Mientras te necesitaron se portaron bien contigo porque les ayudaba en aquello que necesitaban pero en cuento han conseguido fuerza suficiente y saber para valerse por sí mismas, se han retirado de ti y se han ido diciendo: “si te he visto no me acuerdo”.
- Eso no es cierto. En ellas debe haber una razón muy poderosa que no se atreven a comentarla. No pueden retirarme su amistad así y de la noche a la mañana.
- Di lo que quieras pero los hechos dan la razón. A la vista está. ¿Quieres saber cómo han sido las cosas?
- Me da igual pero aunque no me consuele dime cómo han sido las cosas.

- ¿Te acuerdas de la gaviota que un día apareció por aquí?
- Me acuerdo.
- Desde entonces la niña pastora y la mata de hierba han vivido con el sueño en su corazón de irse al mar. Lo del hada de los bosques es

cierto. Esta noche pasada la niña vino por aquí y como la mata de hierba es suya le dijo:
- ¿Te vienes conmigo al mar?
Le contestó la violeta:
- Me voy.
- No le vamos a decir nada al “viejo”, sabes. Es un solitario que ahora se ha encariñado con nosotras y por eso nos lo tenemos que quietar de encima. No vamos a estar toda la vida con ese pesado controlando nuestras palabras, planes y demás asuntos. Al viejo no le vamos a decir nada. Déjalo que se muera en su sueño y con sus achaques mientras nosotros somos libres y nos lanzamos a la vida. ¿Te parece bien?
Y la violeta dijo:
- Lo que tú digas me parece bien. Tengo muchas ganas de ver el mar. Desde que me hablara de él la gaviota no he dejado de pensar en el mar. Vayámoslos esta noche misma sin decirle nada al viejo a ver si así se cansa y desaparece de este valle para siempre y de nuestras vidas. Opino lo que tú.

- Y la niña pastora que tanto te fascinó el primer día que la viste se acercó a la mata de hierba, la arrancó y se la llevó con ella. Ahora ya ninguna de las dos están en este valle ni en estas montañas. En estos mismos momentos van camino de la playa que tanto sueñan. Te han burlado y engañado y te han dejado más solo que la una.
Pregunté:
- ¿Sabes a que parte del mar se han ido?
- Sí que lo sé y te lo puedo decir. No

conseguirás nada pero si estás tan loco como para seguirlas y buscarlas allá tú.
Me dijo el nombre de la capital, del pueblo y de la playa y luego me dijo la carretera que tenía que tomar y el lugar exacto donde podría encontrarlas. Y ya no aguardé más. Allí mismo dejé mi saco de dormir, no me despedí de los pastores y por los caminos de tierra y polvo de las altas montañas que tanto amo me fui corriendo. Con el corazón ensangrentado, los ojos llenos de lágrimas y el alma rota. Mientras caminaba sin saber ni siquiera en qué rumbo rezaba al cielo pero tan extraño y duro había sido para mí el trago que ni siquiera tenía esperanza que el cielo pudiera ayudarme lo más mínimo.

Muchos días tardé en llegar a la casa donde ahora me has visto y estoy por donde ya sabes como yo que sí he encontrado rastros de lo que tan vitalmente busco.

Guardo silencio porque ya creo que con este relato he concluido la historia esencial de la mata de hierba que ahora busco y espero. Espero que el pájaro de la tarde me pregunte algo. Que me dé su opinión de unas cosas y otras, que me descubra algún rayo de luz para alimentar mis esperanzas pero el pájaro no me pregunta nada. Deja que el silencio me dé su beso con la fuerza de la misma muerte y deja que mi corazón encuentre algún camino. Quizá él sepa como tantos otros bajo el sol que guardar silencio sobre ciertas cosas es lo

mejor aunque no lo sea. Guardar silencio y dejar que el tiempo pase y se coma el fuego de la sangre y el ardor del corazón es lo mejor para la solución de ciertas cosas que no tienen respuestas en el mundo de los humanos. Es lo mejor aunque no lo sea y es la única respuesta. La más dolorosa pero la que de verdad está en las manos de Dios.

La noche se fue terminando. La extraña y desconsoladora noche de la vigilia y la espera se fue terminando. Por el horizonte y lado de las altas montañas que tan lejos ahora tenía y tanto amaba comenzaba a levantarse el nuevo día. ¡Qué día más anormal, misterioso y de luz desenfocada! Ya ni siquiera tenía lágrimas en mis ojos. Ni siquiera tenía fuerzas para sentir más dolor ni tampoco paz en el alma ni claridad en la mente. Me aparte de la ventana dejé caer mi cuerpo sobre la pequeña y fría cama de la habitación. No tardé ni un minuto en quedarme dormido. El tiempo siguió rodando y las horas pasando. El mundo de los humanos siguió su ritmo ajeno al dolor del pobre viejo y ni siquiera el mar dejó de bramar al romper sus olas en las rocas de los acantilados. Las gaviotas siguieron trazando sus vuelos y por entre los pinos las chicharras siguieron con su monótono y gris chirriar.

Cuando desperté casi se ponía el sol por la raya del horizonte sobre las aguas del mar. Busqué unas hojas de cuadernos, tomé un bolígrafo y escribí los siguientes poemas:

1- Recuerdos de ti
tengo por muchos sitios de la tierra,
pero entre tantos
unos de gran belleza
por los rincones alejados
de arena.

En sueño te vi
por donde la playa aquella
tomando el sol junto a la tarde,
muda, quieta,
besando las olas rizadas,
la brisa vieja,
con los amigos que por ahí tienes
muchos y en la sincera
limpieza de tu alma
y luego paseando
y en la distancia inmensa
hablando con el teléfono
tras las fronteras.

¿Recuerdos de ti?
Ya sobre la arena
tengo sueños
en tus huellas
y el aroma precioso
de la fina hierba.

2- Surcando el camino
arropado de adelfas
y por entre pinos
bajas y te quedas
en espacios fríos
de playa y arena.
Ahí tengo claros y fijos

cuadros de tu imagen
en momentos divinos.

Desde la ventana
que da al infinito
se te veía bajar
como en un sueño chiquito
que buscara encontrar
bajo el sol, su sitio.
Cayendo la tarde
se te veía subir
como en sueño metido
muda, sola y luz,
pero sol y brillo.

No lo sabías,
pero mudo y recogido
rezaba en soledad
al Dios de los cielos
por ti y dolorido.

3- Pero tengo que decirte
que en aquel alejado
rincón de la tierra
hoy por ti pisado
oí que decían:
- Iré al amado
espacio de la sierra
sin que un sólo día contado
se quede vacío.

Y no fueron exactos,
porque pasaban los días
y quedaba de lado,
los sueños rotos

y a Dios olvidado.
¿Qué pasó, alma buena
o por qué extraño
sentimiento o deseo
de oculto rechazo
se quedó solo en palabras
aquel intencionado
y bonito proyecto?

Sabes que lloré
a solas en mi cuarto
rezándole a Dios
por ti
y la en eternidad
que amando.

4- Y dentro de aquel sueño
que vestido de blanco
parecía no ser de la tierra
aunque estaba mezclado
con polvo y arena,
al canto del cárabo
en las noches de estrellas
y el aire calmado
te sentía respirar
a tres simples pasos.

Volaba mi sueño
por el mismo espacio
mientras corría la noche
y del mar encrespado
subían aromas de algas
todo empapado
de ti, Dios y cierta melancolía
que besaba quemando

siempre contigo presente
en el silencio quebrado
de la noche, la luna y el mar
y tú a dos pasos.

¡Qué sueño más bello
para el que anda buscando
horizontes azules
que dan abrazos
que nunca encontró por la tierra
ni en los hermanos!

5- ¿Y por qué no decirlo
alma bella?
En ese mundo soñado
de playas y arena,
caminos entre pinos
y arropado de adelfas
aunque estabas no estabas
tal como la esencia
aunque sí la brisa
y la hierba gritando
en la tarde quieta.
¿Qué pasó, Dios del cielo
para que sin morir muriera
el bonito sueño
del poeta?

Y otra vez en la tierra
se abrían los caminos
en la tarde quieta
ansiosos y sedientos
buscando praderas
donde encontrar el arroyo transparente
y la fresca hierba

que da vida y consuelo
al alma que vuela.

¿Qué pasó, Dios del cielo
y por qué en pavesa
quedaron los sueños
por la playa de arena
y la hermosa entre flores
se hizo hiedra
de rocío inmortal

6- Pero tengo que decir
que ya fue belleza
exquisita y rotunda
que estuvieras
por el rincón de la playa
y que pudiera
verte tras el viento
que llevaba tu esencia.

Para el pobre mortal
que siempre renquea
y anda sin casa
con su manta vieja,
fue más que suerte
que verte pudiera
ir y venir
dejando esencias
de Dios, sin dudar
en la tarde serena
y el alma desconsolada
en la tarde y la tierra?

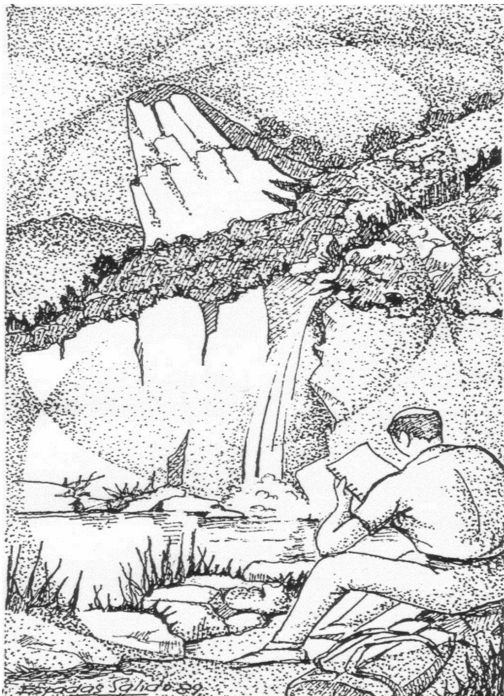
Estos poemas escribí como en un intento de encontrar algún consuelo y dejar recogido para siempre mi dolor y los latidos del

corazón aunque fueran en sueños. Luego me asomé a la ventana y miré sin buscar nada concreto. Miré para el lado norte que era por donde me quedaban las montañas amadas y ahora tan lejanas. Las sentí casi perdidas para siempre. Me concentré y vi el valle surcado por el río diamantino, los álamos temblando al sol de la tarde, las laderas repletas de pinos, la corriente del río, las espesas ramas de las nogueras, las mil veredas que trazan las ovejas al ir de un lado para otro y así cada detalle, cada rincón, cada brizna de hierba, cada nube, cada trozo de cielo azul y cada ráfaga de viento. El pequeño pero hermoso valle del río diamantino que tan hondamente tengo en mi corazón y la sangre de mi ser lo siento lejos, casi perdido en el confín del mundo y alejado de mí para siempre.

Seguí mirando por el hueco de la ventana y más cerca vi todo un mundo frío y desconocido para mí. Un mundo que no me decía nada. Que me era extraño porque en él no tenía nada más que dolor y soledad. Como un preso encerrado en la cárcel que no ha elegido y por eso sin gusto por las cosas que le rodean. A dos pasos de la ventana los pinos, las palmeras, el césped del jardín, algunos rosales florecidos, las ramas de algunos cedros meciéndose levemente, el desteñido cielo y por eso sin color azul ni gris ni nada. El chirriar de las monótonas chicharras y todo los demás monotonía teñida de una desconsoladora tristeza. Dejé libre a

mi pensamiento y todo era ir siempre a lo mismo. Al mismo centro donde ciertamente estaba la única luz que podía iluminar y dar la fuerza para volver a sentir la vida.

EL SUEÑO MÁS BELLO



"Recién había entrado el otoño. Las lluvias vinieron retrasadas, pero sin embargo,

los guíscanos nacieron. La niña aquella tarde se adentró en los pinares con su cesta trabada en el brazo. Por la noche había nevado. Las cumbres del Yelmo estaban blancas. Casi hasta los límites de la nieve llegó y como eran los primeros copos del día y estaban tan brillantes, se entusiasmó tanto que hasta se olvidó de las setas. Por aquí carámbanos de cristal chorreando y reluciendo al sol; por allí mil ramas de pinos y robles bordadas con finos cristales, más allá, árboles clavados en las rocas vestidos de blanco como lo de la Navidad. Y al verlos tan bellos recortados sobre el azul del cielo, se acordó precisamente de este día.

El corazón se le llenó de sonidos de Navidad con olor a turrón y retumbar de panderetas. Subió hasta un pequeño collado donde la hierba crecía verde y sobre ella la nieve dormía en rodales menudos. Desde lo hondo del valle, por el barranco, se alzó un vellón de niebla fría. "¿A dónde irá?" Se pregunta sentada en una roca con sus ojos volando tras la niebla que gatea cerro arriba. Al llegar a lo alto se derrama de la misma forma que chorrea un helado cuando con el calor se derrite. Los árboles de las cumbres, se van borrando poco a poco entre el blanco vapor del agua.”¡Qué bonito!" Se dice la niña cada vez más embelesada en el paisaje, hoy engalanado con trajes de ensueños. Y en estos momentos, por su mente, cruza un pensamiento: "Si subo hasta lo alto de las cumbres, sin duda que el horizonte será más

grande y veré cosas más bellas, pero allí la niebla se espesa; me tapará los barrancos y los bosques y además este pico no es el más alto del Parque, por lo cual será imposible que pueda gozar de la visión de todas las laderas, arroyos, cumbres y bosques que ahora mismo hay en estas sierras. Reflexionó mientras seguía observando desde su roca. "¿Se puede hacer?" Vuelve a preguntarse. En estos momentos una ráfaga de viento, se estira desde lo hondo del barranco, al llegar a ella, la abraza, la zarandea con fuerza, forma una cinta blanca larga y desde lo alto de la cumbre, la lanza hacia la niña. Sobre la hierba se derrama el extremo; una voz recia pregunta:

- ¿Estás asustada?

- Asustada no, extasiada sí. Nunca he visto un espectáculo tan bello.

- Acabas de tener un deseo que el viento y yo vamos a convertirte en realidad. Sube.

Y la niña se acerca a la cinta, ésta la envuelve y enseguida se la lleva hacia las cumbres.

- Quédate aquí quieta y observa.

La pequeña obedece a la niebla cada vez más absorta y al mismo tiempo, repleta de placer. El viento sopla lanzando graves aullidos. El blanco vapor de agua desde los barrancos se alarga hacia el cielo, teje cintas en forma de caminos anchos. Tres de ellos forman un arco iris y dejan caer un extremo sobre las cumbres del Pico Yelmo y otro sobre el Pico Cabañas. Otras cintas se extienden, también en forma de arco iris,

desde el Pico Almagreros hasta el Almorchón sujetando a la primera. Una tercera, clava su extremo en el Pico Blanquillas y el otro en el de la Banderillas, desde Almagreros al Tejos, otra y así desde el Blanquilla al Almorchón, desde éste al Yelmo, Gilillo y Calarillas. En muy poco rato se construye una inmensa bóveda y el camino que se apoya sobre el Yelmo, a los pies de la niña, dice:

- Te vamos a llevar al mirador de tus pequeños sueños, sube.

La pequeña obedece a la nube, se abraza y en unos segundos la niebla se la lleva a lo más alto del arco más grande, en el mismo centro entre el Yelmo y el Cabañas, a 3000 m. de altura por encima de los montes del Parque. El punto exacto cae en lo Alto de la Campana, por el nacimiento del Río Aguasmulas.

- ¡Oh qué bonito!

Exclama la niña asomada al mirador. Todas las sierras, las inmensas y bellas sierras del Parque Natural de Cazorla, Segura y Las Villas, están a sus pies y las domina con sus ojos; por las laderas, repletas de pinares verdes y por los barrancos, surcadas de mil arroyos de aguas limpias y espumas color leche; las cumbres de todas las cordilleras están vestidas de blanco. En estos momentos la niña se acuerda de su madre, sus amigas, de todas las personas que conoce.

- ¿Las puedo traer a este fantástico mirador para que gocen y vean estas maravillas?

Pregunta a la niebla que le sujeta.

- No es posible.

- ¿Por qué no?
- Este privilegio se te ha concedido sólo a ti como premio a tu corazón limpio y en agradecimiento a tu buen comportamiento con la naturaleza. Nunca hiciste daño a nadie ni a nada y esto vale mucho. Si lo dices a las personas mayores y las traes aquí, pasará lo de siempre: montarán sus negocios, traerán sus coches, pondrán tiendas, arrancarán las flores y al final, romperán lo que tanto te gusta y nos gusta.

La niña lo comprende. Poco después, la misma niebla la devuelve al su collado verde. Algo más tarde baja por el pinar, camino de su casa, con la cesta vacía de guíscanos, pero el corazón lleno de felicidad. Desde este día guarda el secreto en su alma. Ahora, esta mañana árida de agosto, es otro este rincón. Está solo, seco, cruje el pasto y el sol cae sobre él quemándolo monótonamente. Sólo se ve tu recuerdo palpitando en el viento; lo demás es silencio aprisionando a los paisajes y al horizonte. Ni siquiera chorrillos de agua corren por los arroyuelos. Es otro mundo. El verano y tu ausencia dejan sobre estas sierras desolación, dureza, crueldad.

Me voy y al pasar por el Mirador Rodríguez de la Fuente, de nuevo por ahí te veo, frente al gran valle con el Guadalquivir en lo hondo. Tampoco aquí hay nadie hoy y sin embargo, el oscuro cerro del Almendral sí es el mismo. Al verlo, una vez más siento rabia y pena. Es la pequeña cárcel que los humanos han construido para encerrar a los animales que

vivían en libertad por estas montañas. Los hombres, siempre son los hombres los que tienen que romper y destruir lo que Dios ha creado para que viva en libertad y en sus mundos. Aquí en este rincón encerraron, hace tiempo, una pequeña manada de animales sólo para que otros humanos puedan verlos mientras dan un paseo por un camino adornado con fuentes y bancos. Nunca visité este parque ni tampoco nunca me gustó este rincón a pesar de la hermosura de sus paisajes, sus luces y sus contrastes. La presencia humana lo estropea todo como tantas cosas en el planeta tierra. Siempre desde luego, desde razonamientos de bien para la humanidad. Sin embargo, con qué brutalidad descubro una y otra vez la enorme diferencia que hay entre tus juegos de bosques y sus obras de hombres adultos. Paso de largo, remontando el collado, y a la izquierda, me deslumbran las paredes blancas del edificio que da entrada al Parque; bajo los pinos, color metal, brillan los coches. Algo más adelante un gran letrero anuncia el Hotel Bujaraiza, el centro de rehabilitación de toxicómanos y apartamentos. Otra incongruencia más en el centro de los pinos que llenan el valle.

Es bello, muy bello este pequeño barranco a pesar de las blancas construcciones y el sol que lo quema a estas horas del día. Cuando el pantano se llena, por la llanura que hay más abajo del Hotel Bujaraiza, se remansa el agua en playas preciosas. Hoy, la sequedad

acentúa la aridez de este extraño día cargado de tu ausencia. Al otro lado del río están las Sierras de Mirabuenos. Para mí uno de los rincones más bellos de todo este Parque. Se extienden por la cordillera de Las Banderillas, desde el Río Aguasmulas hacia el pueblo de Hornos y las cumbres del Pico Yelmo. Los bosques de estas sierras son la prolongación de los que existen por Roblehondo, el barranco del Río Borosa, el Arroyo y el Alto de La Campana, el Río Aguasmulas, El Arroyo del Hombre, Arroyo de Las Grajas que es en realidad el que atraviesa la Sierra de Mirabuenos teniendo por cabecera los picos de Puntal, 1483m. Picón, 1541m. y Monte del Hombre con l626m. En la ladera Norte del Pico Puntal, ya casi en las cumbres, existe un gran bosque de espesos robles todos centenarios. Entre ellos, en unas pequeñas praderas, nace un limpio manantial conocido por Fuente del Roble. Cerca hay un comedero de buitres leonados donde varias veces he subido para fotografiarlos. Arriba, en todo lo alto del monte, se alza el pequeño refugio para el vigilante de incendios casi dándose la mano con el que hay en la cumbre del Banderillas.

Al Este del Pico Puntal, cae el gran Barranco del Lobo por donde nace el Arroyo de Las Espumaredas y entre los picos de Pedernaleros con 1544ni. Tolaillo con 1609m. El propio Barranco del Lobo tiene por cabecera los Picos Cuevas con 1495m. y Picón atrás mencionado. Todo este gran

barranco está lleno de multitud de cortijos y aldeillas muchas de ellas abandonadas desde hace tiempo. Son conocidas con los nombres de: Las Canalejas, rodeada por cuatro grandes y hermosos picos; Puntal, Canalejas, Picón y Aguaciles todos ellos con más de 1500m. Más en lo hondo del barranco está la aldea de Cortijo de la Puerca, Las Espumaredas más hacia el Este y multitud de cortijos por todo el barranco por donde corre el arroyo. Por detrás del Pico Puntal, junto al Cerro del Lobo con l774m. se esconden las pequeñas aldeas de Los Archites y Casas del Rincón.

En el Arroyo de Fuente del Roble, más abajo de donde nace el manantial, en el mismo cauce del arroyo, existen siete u ocho casas en ruinas donde en otros tiempos debieron vivir varias familias. El tiempo ha destruido todo, pero aun se conserva por allí, entre pinos y encinas, el olivar que cultivaban y pegado al cauce se pueden ver los bancales de tierra donde sembraban sus huertas. Tanto este rincón como los otros que he mencionado atrás, están rodeados de bosques riquísimos y salvajes de madroñeras, brezales, pinares y densos romerales. Vuelvo a repetir que este trozo del Parque, no pequeño sino de gran extensísimo, es quizá el más hermoso de todas las sierras que conforman el gran Parque natural. Hoy, junto al Guadalquivir, juega un grupo de niños y otros se van por la llanura persiguiendo mariposas. Por la

carretera encuentro un grupo de scouts cargados con sus mochilas y tiendas. Suben hacia la Torre del Vinagre. Dos enormes cerros van apareciendo ante mí; espeso el monte chorrea por sus laderas y se hunden hacia el barranco del Río Aguasmulas, el Valle del Guadalquivir. Recuerdo este rincón. En mi cuaderno de campo dejé anotado lo siguiente:

LATIDOS DE ETERNIDAD



Hay algo que no acabo de entender: sus silencios, sus largos silencios. También en ocasiones se porta como si le faltara poco para encontrarse con algo grande y lleno de alegría. Por la noche, al calor del fuego de la chimenea, me dice:

- En este mundo hay muchas cosas que el tiempo desmorona y sepulta para siempre por más grandes y hermosas que nos parezcan en el momento de vivirlas. Sin embargo, hay otras que permanecen siglos y siglos llenas de luz y fuerza. Elige en tu mente las cosas que no pasan nunca y vívelas aunque para ello tengas que renunciar a todo lo otro: a tus padres, hermanos y te digan que eres un loco. Aunque te digan que eres un raro y que no tienes corazón ni sentimientos, vive lo que llevas dentro y sed tú mismo.

Lo escucho atento; me sorprende oírle estas palabras; es como si le sucediera algo.

- No dejes nunca que tu corazón se llene de tierra. Sigue tu camino. Llévate a tus seres queridos dentro del alma y llora por ellos mientras avanzas por la senda en busca de tu propia identidad. Llóralos en la noche mientras tiritas envuelto en la soledad. Sufre y si es necesario, desmorónate en tristeza, pero no decaigas, no vuelvas atrás, no seas cobarde, no abandones ni renuncies jamás a lo único que es de verdad importante.

Me doy cuenta que entre frase y frase se interrumpe. Es como si quisiera echar

muchas cosas fuera y las palabras se le quedaran pequeñas. Se le estremece el alma, la congoja le aprieta la garganta. Veo que por sus mejillas le caen lágrimas. Sorbe la nariz, le tiemblan los labios. Me mira queriendo decir algo. Es como si dentro del alma llevara un gran dolor. Quiero preguntarle, pero no sé cómo. Me inspira mucho respeto todo lo suyo. En silencio me mira y lo miro. Pasa un rato largo. Creo que va a hablar para contarme su secreto. Es casi media noche cuando mueve sus labios y dice:

- Que descanses en paz esta noche.

Se tumba junto al fuego, se envuelve en la manta. Oigo sus jipíos y luego me da las espaldas. Lo siento llorar durante largo rato. Durante largo rato, los tizones chisporrotean sin parar.

Me despiertan, al día siguiente, los pastores. Ya el sol está saliendo por la loma de los pinares. Ladran los perros y las ovejas saludan al nuevo día. Enseguida lo busco y no está junto a mí, no veo ni su manta ni su zurrón. Me levanto de un salto. Miro buscándolo y no lo encuentro, salgo fuera, no lo veo.

- ¿Dónde ha ido?

Le pregunto a los pastores.

- Aún no había amanecido cuando lo vimos recoger su manta; silencioso salió y bajó hasta el arroyuelo; avanzó por la sendilla y se perdió entre los robles y los pinos de la curva.

- ¿Cuál es el arroyo?

- Ven, te lo enseño.

Salimos fuera. Caminamos un trecho hasta lo

alto del cerrillo.
- Por allí bajó. Junto a la fuente estuvo un rato sentado; bebió y se lavó la cara; luego caminó hasta perderse en la curva entre el monte.
- Gracias.
Y corro hacia el lugar. Llego a la fuente; junto a ella descubro sus huellas, los berros están tronchados y algunos con las puntas cortadas. Siento ganas de llamarlo, mas enseguida me digo que no servirá de nada. Sigo la sendilla que baja por el borde del cauce. El bosque es denso compuesto de enebros, sabinas, pinos, madroños, robles, encinas, durillo, cornicabra. Según la senda se adentra, el bosque se espesa, es más oscuro y frío. Los tallos verdes sujetan los rayos de sol dando lugar a una oscuridad densa y húmeda. El aire está intensamente cargado de perfume. Están abiertas todas las florecillas del durillo, las de los madroños, los arrayanes y las del tomillo. Unas a otras se prestan aromas y entre todas impregnan el viento de suavidad y magia.

También el frescor del agua deslizándose por las peñas pone su nota de encanto a todo lo que respira en este rincón en los primeros bostezos de la mañana. Mil pájaros trinan y se camuflan por entre las ramas de los pinos y al verme alzan vuelo. Las abejas van de un lado para otro, de una flor a otra, buscando el polen, llenando el viento de olor a cera y miel. El rincón, según me voy adentrando en él me llena de asombro. Algo hay aquí que lo hace

diferente a los demás paisajes de estos montes. Sus silencios, sus sombras, su forma llena de extraña vida, su clima frío, me hiere dentro. Estoy intranquilo por la pérdida del ancianito cuando ahora este paisaje me sale al encuentro, a estas horas húmedas y rosadas, para impresionarme.

Atravieso un buen trozo de bosque siguiendo la sendilla por entre las ramas; sigo bajando dando una curva con el arroyo; entro más de lleno en el barranco, salto una roca y de pronto me encuentro en un claro. El terreno tiene un gran desnivel; he venido a salir a lo alto de un gran escalón elevado sobre un amplio y hondo barranco quebrado y reducido. Tiene laderas suaves y extensas que bajan verdes de un lado y otro. Hacia él se hunde el arroyo y despeña en abruptas cascadas. Desde donde estoy ahora veo el agua abrirse en abanicos que chorrean por las matas y rocas. Saltan millones de gotitas entre espuma y agua y se alejan perdidas en el viento. El sol les da de frente. El sol ahora ya está bastante alzado sobre el cielo; ilumina los chorreones del arroyo. Lo que estoy viendo parece un sueño. Sólo hay transparencia y frescura y todo se me clava en el corazón y con voz de eternidad, me dice que ya puedo prescindir para siempre, del resto de mi vida y del mundo.

No siento ni ilusión ni atractivo que me tire hacia ningún otro sitio fuera de lo que tengo antes mis ojos. Si pudiera disponer de mi vida

y morir, lo haría con gusto. No quiero seguir hacia ningún otro sitio; no quiero conocer a nadie más. Tengo ahora conmigo todo lo que necesito y por supuesto, libertad y aire limpio. Siento que nada de lo que venga en el futuro será mejor ni me llenará tanto. Abajo, en lo hondo, ya está dando el sol; y allí, en lo hondo, el arroyo sigue saltando formando grandes charcos. Cada vez más, de su líquido, mana limpieza; cada vez más, del monte, mana belleza; cada vez más, me siento dentro de algo extraño e insólito. Creo que estoy más allá de la tierra y de cuanto en ella conozco. Ando invadido de sensaciones y sentimientos nuevos que son como fuerzas que me remontan a regiones extrañas. Nada es penoso, ni humilla ni hace que me sienta perdido y solo; es algo pleno y completo. Y de aquí que desee fuertemente quedarme en este lugar y olvidarme del resto del mundo.

Estoy sobre el escalón del monte mirando al barranco cuando de pronto oigo algo que me sorprende; son los sonidos de una flauta. Alguien la toca allá, en medio del monte. Sus notas retumban en el barranco. Escucho atento, la melodía es bella; casi asusta de hermosa y tierna. Sin embargo, su tono es triste, melancólico. Como si fueran gritos de alguien que llora pero lleno de dulzura. Comprendo que detrás de esta música puede estar él. Comienzo a descender por la sendilla. Durante largo rato me sigue acompañando la música. Según bajo me acerco al punto de donde surge, mas al llegar

a la mitad del barranco, dejo de oírla. Me entristezco un poco; creo que estoy perdido y me pongo a llamarlo. Mi voz retumba en el barranco y se funde con el rumor de las cascadas. Nadie responde.

Pasan dos horas; aún sigo en el mismo sitio. Tengo conciencia de que él está por aquí cerca, por esto no quiero ni avanzar ni retroceder. Es casi medio día. El sol brilla en lo más alto del cielo y en el barranco sigue reinando el silencio. Bajo un poco más hacia el arroyo y me paro en la sombra de los robles. En la corriente de un pequeño manantial encuentro un gran rodal de berros, cojo un puñado y sobre la hierba me siento para comérmelos. Ahora no me encuentro a gusto. Me siento como fracasado, como frustrado. No me agrada que el ancianito se haya ido de mi lado sin contarme su secreto ni decirme adiós. Miro a mi alrededor y entre la hierba, junto a una piedra, veo la hoja descolorida de una revista. En ella hay una foto en color donde se ven dos hombres andando por la calle en direcciones opuestas. Los dos tienen la cabeza vuelta hacia atrás como observándose el uno al otro y se ve que el primero cojea un poco. Lleva en su mano un maletín; el otro un periódico bajo el brazo, en la mano empuña un paraguas en actitud de abrirlo y sobre su cabeza hay un sombrero al estilo policía. Y es esto lo que parece. En el fondo de la foto se ve un mostrador, más al fondo la torre de una iglesia y el cielo nublado por encima por donde una bandada de pájaros vuelan alejándose. En la parte de

arriba de la foto hay un letrero donde en letras grandes y negras, se lee: "EL EXTRAÑO CASO DE LOS PERDIGONES ENVENENADOS" por Koston. En los primero renglones de las letras pequeñas, leo lo siguiente:

"Recientemente, el disidente búlgaro, el locutor de radio y renombrado escritor Georgi Narkov, murió en Londres víctima de un extraño asesinato." No leo más. De pronto sucede algo raro en mí; el artículo empieza diciendo: El locutor de radio y renombrado escritor..." y esto me llama la atención, sufro. Es un renombrado escritor y sin embargo yo no he oído hablar de él en mi vida. No lo conozco, no sé quién es. Para mí, ahora mismo, que haya existido o haya alcanzado fama, me deja indiferente. En este momento tengo otro problema y respiro por completo ajeno a todo lo de este hombre. Me da igual su fama y su muerte. A partir de este sentimiento doloroso, me pongo a meditar. Descubro que no significa nada vivir en este mundo y menos aún ser esto a aquello. Este hombre ha existido, ha sido un famoso escritor, pero todo esto ¿qué es? Ni él ni lo suyo me sirve ahora para nada; como si no hubiese vivido nunca. Me digo que hay algo fuera de sitio; me estrujo la mente e intento comprender, pero no consigo ver. Sé que hay un misterio que intuyo, quisiera comprenderlo, pero no puedo. Esto me entristece. Me recuesto sobre el tronco del roble. Ya es algo tarde, el sol se está

descolgando hacia el horizonte. Desde el norte, por encima de las grandes cordilleras del Banderillas y el Yelmo, se van alzando grandes nubes. El barranco sigue limpio de ruidos. Solo se oye el murmullo de las cascadas y los trinos de los pajarillos. Lo recuerdo, caigo en la cuenta que me ha traído hasta este lugar, cuando vuelvo a oír las notas de la flauta.

Me incorporo rápidamente. Los sonidos vienen del lado Norte y noto que no de muy lejos de donde yo estoy. Me oriento hacia ellos y lo veo. Está sentado mirando al arroyo. Me lleno de alegría, doy un salto grande y grito:

- ¡Eh!

Mi voz resuena en el barranco y llega hasta sus oídos. Deja de tocar. Mira hacia donde estoy y al verme alza su mano sin pronunciar palabra.

- Espera, que voy contigo.

Le vuelvo a decir. Salto desde el peñasco hacia el arroyo, gateo por la cuesta apartando el monte, llego al rodal verde donde abundan los narcisos y las margaritas. La hierba reluce de tan verde y tierna y está tupida como si fuera un bosque. Atravieso el rellano, rodeo la roca y me acerco.

Ya que estoy cerca, aparta su flauta, me mira con miradas recias, pero aceptándome y sin pronunciar palabra, me acoge. Pidiéndole una explicación le digo:

-Te estoy buscando desde esta mañana temprano.

- Lo siento y te lo agradezco.
- Sí, pero puedo entender que huyes de mí, que no quieres mi compañía o que tengo algo que te molesta. Pensé que eras distinto a ellos, sobre todo cuando te oí hablar del modo en que hablaste anoche, me fie de ti, despertaste en mí confianza, pero ahora me haces dudar.
- Lo siento, no pretendía lo que me dices.
- Entonces ¿Por qué te fuiste?
- No buscaba hacerte daño.
- Dime el motivo.
Deja de mirarme, dirige sus ojos hacia el barranco, se concentra en las matas cercanas y dice:
-Anoche lloré por algo que no quiero recordar más. Aquella conversación de nuevo me trajo recuerdos; hace tiempo que logré olvidar todo; sin embargo, anoche, volví a perder la paz. Temo empezar a sufrir de nuevo.
- ¿Por qué no me cuentas qué pasa? No contesta. Deja pasar un rato. Luego con pesadez, habla diciendo:
- Lo haré para que lo sepas aunque pase un mal rato. Allá, al otro lado de estas montañas sobre una pequeña loma, mis padres tenían una casa rodeada de una modesta extensión de terreno que era nuestro. Allí nacimos nosotros; mi hermana Milagros, año y medio más joven que yo, mi hermano el mayor y éste que te habla ahora. Aquella finca era la única riqueza que mis padres tenían. Labrando sus tierras, cuidando sus árboles, pastoreando sus ovejas se pasaba todo el año. Nadie más trabajaba allí sino mis padres

y mis hermanos. Las tierras eran más bien pobres y las cosechas escasamente nos daban para comer e ir tirando; pero tienes que saber que no creo que nadie en el mundo haya sido nunca más feliz que nosotros allí, bajo el espeso sol del mes de agosto con el rostro empapado de sudor y el cuerpo lleno de tierra y monte.

Cada día mis padres vendían las cosechas y con su importe y lo que sacábamos de la lana de las ovejas y las partidas de borregos teníamos suficiente para comer y sembrar de nuevo las tierras. No teníamos ni cuentas corrientes, ni apartamentos ni playas. Todo su mundo y riquezas se reducían a su familia, la finca, las cosechas, el rebaño los siete mulos para la labranza y nada más. Nunca él había hecho nada a nadie, nunca había robado, nunca se había metido en política y del mismo parecer era mi madre. Mas un día, cuando yo estaba para cumplir los quince años estalló la guerra civil en nuestro país. Se llevaron a mi hermano mayor; los campos empezaron a ser surcados por aviones, tanques. Dos meses más tarde, una mañana los soldados con sus camiones y rifles, asaltaron la casa, la destruyeron. Bajo su escombro quedaron sepultados mis padres y mi hermana. Ni siquiera pude verlos; asustado por las explosiones y las llamas, corrí por los montes y me refugié en los cerros de enfrente. Fue horroroso el dolor que sentí, el miedo y el hambre. Pasados tres días los soldados abandonaron el rincón y yo

volví a mi casa.
Pero mi casa ya no era lo de antes. Todo estaba convertido en cenizas, con escombros, soldados muertos por doquier. Puedes imaginarte lo que aquello fue para mí alma, para mi mente. Sin más, así de la mañana a la noche me encontraba sin familia, sin casa, sin cariño. Todo me había sido arrebatado y destruido. Se habían llevado las ovejas, habían quemado los carros y los mulos los usaron para arrastrar los cañones. Aquello fue tan duro para mí que durante varios días vagué de un lado para otro por los cerros y los barrancos, loco, perdido en mi dolor, dormido en mi pena. Por fin, sin saber por qué ni cómo, me alejé de los cerros que tanto quería y me puse a caminar por los montes. Lo que más temía era precisamente volverme a encontrar otra vez con ellos; y esto fue lo que me ocurrió.

Pasado un tiempo, seis o siete meses, vine a parar precisamente a este barranco. Por la noche me quedé a dormir entre las grietas de la roca que hay bajo las ramas del roble. Mi sueño fue roto por los estallidos de los fusiles. Asustado salí de la roca, corrí colina adelante, pero no habían pasado dos minutos cuando sentí las ráfagas de las ametralladoras; miré a mi izquierda y lo que vi me llenó de espanto. Entre unas matas los soldados habían construido unas trincheras. Desde aquí disparaban al cerro de enfrente; pero estos soldados, justo cuando yo pasaba cerca de ellos, fueron alcanzados por las

balas de las ametralladoras. Delante de mí cayeron muertos. Saltaron abriendo los brazos, arrojaron los fusiles y cayeron al suelo. Tres o cuatro quedaron tendidos casi a mis pies. Uno de ellos era mi hermano; el que se habían, llevado hacía unos meses. Cayó boca arriba pegado a unas jaras y en mi carrera me tropecé con él. Al verlo me quedé helado. Frené mi huida y miré asustado. Vi como pedía auxilio revolcándose y dando tumbos por el suelo. En uno de aquellos vuelcos me vio; me tendió la mano; me pidió ayuda.

En estos momentos sentí el mayor horror del mundo. El charco de sangre que empapaba la cara y ropas, me producía repugnancia; igual su cuerpo todo roto y sangrando. Por un lado deseaba acercarme a él para abrazarlo besarlo; por otro lado me asustaban sus heridas, la espuma que manaba de su boca. Era algo espantoso; no sabía qué hacer. Allí, de pie, estuve un rato sin notar ni oí lo que sucedía a mi alrededor. En mi interior todo se me revolvía agarrándome con bocados de dolor. Creo que perdí la conciencia y de aquí que me sintiera incapaz de seguir, de quedarme, de llorar, de abrazarlo, de gritar. No sé cuánto rato pasó ni cuantas balas más explotaron; sólo recuerdo que de pronto vi a uno de los soldados correr hacía mí; venía lleno de humo de polvo y de sangre. Me cogió del brazo y me preguntó:
- ¿De dónde eres?
No respondí; él siguió diciendo:

- Vete de aquí; estamos en guerra, en pleno combate; te pueden herir, aunque tienes suerte de no haber sido alcanzado ya.

Metió su mano en el bolsillo; sacó una insignia brillante, la enganchó en mi pecho y dijo:

- Esto para que tanto ellos como nosotros sepamos que contra ti no debemos disparar. No eres ni de un lado ni de otro; ahora vete.

Me tiró del brazo, me empujó hacia el barranco y comencé a caminar obedeciéndole. Cuando ya bajaba por el cerrillo me di cuenta que las balas pasaban rozándome. Sin embargo caminé y rato después ya estaba en lo hondo. Nadie más me molestó; nadie más me disparó. Por el barranco me quedé varios días. Los sentía unas veces locos y sin freno y otras quietos y silenciosos. Pasados unos días subí por ese arroyo, seguí caminando a través del campo. Si me encontraba con alguien le pedía de comer, si me tropezaba con alguna huerta cogía de sus frutas y verduras y si con sementeras, cortaba sus espigas. Me persiguieron por ladrón, me azotaron, me encerraron, me acogieron en los cortijos y me dieron cama y calor junto al fuego de las chimeneas. De esta forma he vivido hasta hoy. Bastantes veces propuse irme a los pueblos o ciudades, pero en el fondo no lo hice porque tenía miedo. Siempre he creído que no iba a ser capaz de vivir entre ellos, que no iba a entenderme, que no encontraría la paz.

Y esto es todo cuanto tenía que decirte. Dentro de un momento me voy a despedir de ti para marcharme. Por favor, no me sigas; ya conoces mi secreto; no me pidas ningún consejo. Déjame ir y nada más.

Guarda silencio; yo también. Brilla un relámpago e ilumina todo el monte. Estalla el trueno y poco después empieza a llover. Él comienza a alejarse. Ni me abraza ni me dice adiós. Lo miro fijamente mientras se pierde hacia lo hondo del barranco.

MUERTE SOBRE LAS CUMBRES



- Esta agua es para mi madre que se está muriendo poco a poco. Tiene ya sesenta años y los médicos le han mandado muchas medicinas, pero no le sirven para nada; lo único que la mantiene viva y con fuerzas es el agua de estos montes.

Mientras me habla va llenando la garrafa en el chorro que brota de la roca. Baja de lo más alto de las cumbres, aplastada entre las sombras del bosque y gotea por las rocas de la hermosa ladera. Ha venido desde muy lejos y me dice que este viaje lo realiza todas las semanas.

- ¿Qué tiene este líquido para que le siente bien a tu madre?

-Seguramente sólo que es puro, sabe a sierra y no pasa ni por depuradoras ni grifos. En la ciudad ya no se puede vivir con tanta artificialidad y tanta contaminación.

Al oírle esto caigo en la cuenta de algo que desde hace tiempo vengo observando en la sierra: Cada día entra por aquí más gente, coches, camiones. Los que dicen la cuidan y gestionan en estos días, no lo están haciendo bien. Algo, que no acierto a saber qué es, me dice que estas sierras van a acabar mal y esto me duele profundamente. No hace dos horas que he bajado de las cumbres. Como tantas veces, he subido a ver el nido y a llevarle comida al polluelo. Desde hace muchos años, cada día he subido a estas montañas y he llegado hasta este nido. Con el amor más grande, durante mucho tiempo, cada día he dado de comer a los nuevos

polluelos del quebrantahuesos. Ellos han sido mis mejores amigos en estas sierras y en agradecimiento a mis atenciones mil veces los he visto, ya adultos, surcando los aires por encima de mi cabeza ofreciéndome sus mejores planeos. Mil veces me han acompañado por los barrancos y las laderas trazando dibujos con sus sombras por entre los pinares y mil veces más me han llenado de gozo con aterrizajes perfectos cerca de las rocas que he escalado para alimentarlos. También mil veces más los he visto morir atacados por los hombres y otras tantas veces más he encontrado sus nidos rotos y sus huevos destrozados, Poco a poco han dejado de volar por estas sierras y los últimos que quedaban, los tenía o cultos en los lugares más lejanos y escondidos. Con gran dificultad logré hacerme amigo de ellos y gracias a esto he podido ayudarles y salvarlos. Ahora esta mañana vengo de lo más alto de la montaña. He llegado hasta su nido, pero esta mañana he descubierto que ya no están. Han sido atacados por los humanos y en esta ocasión sé que desaparecen para siempre; era la última pareja que sobrevolaba los montes de estas sierras. Qué rabia siento, qué dolor y qué impotencia antes los responsables de esta barbarie. Sé quiénes son y lo que más me duele es precisamente esto, que sean ellos, no los que vienen por aquí a pasar un día a estas montañas sino los que dicen las cuidan y sobre ellas planifican. ¡Qué rabia y qué pena al mismo tiempo!

La última vez que vi este nido aún tenía su polluelo aplastado en él. Había uno sólo, gordo, hermoso y ya tenía las plumas brotadas. Me miró, me saludó como lo hacía siempre: moviendo sus alas y abriendo su pico que era la señal para decirme que tenía hambre. Se acercó luego a mí y le di su alimento. Durante mucho rato me quedé allí con él. Era para mí un placer indescriptible sentirme amigo de estas aves, estar junto a su refugio y contemplar los paisajes desde el balcón de las rocas donde se escondía su nido. Cuando aquella tarde me despedí del ave, también lo hizo como otras tantas veces: piando, moviendo sus alas y saltando de un lado a otro por la plataforma. ¡Qué hermoso, qué libre y qué juguetón era y cuánto a mí me gustaba verlo, estar con él y compartir el tiempo y el viento de estas montañas!

Ahora, esta mañana de aquel rincón de la sierra; estoy meditando la desventura de esta desaparición cuando me encuentro con el que llena agua en el manantial de las rocas. Desde este lugar se ve el cortijo. Está quinientos metros más abajo en lo más alto de un cerrillo entre los pinos verdes. Al mirarlo, en mí alma siento el recuerdo hermoso de algo que es ya sólo nostalgia. En otros tiempos en el cortijo vivía una familia con sus hijos. De sus juegos, sus excursiones y alegrías, en las mañanas de primavera por este monte a visitar este nido, yo tengo en mí grabadas emociones limpias que ahora a. Oigo una voz que me llama por mi nombre.

Viene de entre el monte de la ladera que hay frente al cortijo. La reconozco: Es Evarina. Contesto a su llamada.
- ¡Sube y me ayudas!
- ¡Voy enseguida!
Despido al hombre que recoge el agua y me alejo hacia el cortijo. Por la cuneta de la carretera baja un gran chorro de agua limpia. A la izquierda, junto a otra carretera que se va por el barranco, dos grandes matas de espliego se mecen verdes. El limpio líquido corre por entre ellas y luego se pierde por la sombra de las zarzas. Sobre el asfalto cae también la sombra de los pinos.

Recuerdo uno de los muchos trozos de vida que tengo desparramados por estos montes. Una mañana, la que ahora me llama y yo, nos fuimos corriendo hasta el arroyo grande que baja de la huerta de este cortijo. Se había quedado el día semi-lleno de nubes amigas. Ella las miraba dando la impresión de que no buscaba nada porque lo tenía todo dentro de sí. Ya hacía muchos días que lo tenía todo dentro y por eso irradiaba tanta paz.
Estaba el campo lleno de flores y las abejas volaban cruzando el aire cálido. Apenas había ruido; sólo el del viento que andaba quieto y el de la llanura con su color verde y olor fresco. Pisando la hierba fuimos andando hasta la curva del arroyo donde estaba el álamo tronchado. Durante largo rato, en este rincón estuvimos jugando los mil juegos sin nombre que siempre jugábamos y que tan bonitos, en todo tiempo, eran tanto para

Evarina como para mí. Ya que pasó una hora, me subí por la corriente y la dejé sola en la pequeña llanura de las zarzas. No me echó de menos ni me buscó en un espacio de tiempo bastante largo.

Yo estaba sentado sobre el peñasco redondo que hay en la ladera que baja del cortijo cuando la vi subir arroyo arriba. Se entró por entre las adelfas y se fue derecha al charco azul que hay entre las dos rocas blancas. No sé lo que hizo allí; la espesura de las adelfas me la tapaban y por espacio de una hora sólo pude sentirla confundida con la corriente. Probablemente no hizo sino lo que tantas y tantas veces y ahora ya tan bien conocía yo: Sólo gozar en su alma la paz que por la corriente iba. Probablemente sólo hizo esto al tiempo que acariciaba el agua con sus manos y los juncos rozaban su carita. Seguí sentado en el peñasco redondo sin apartar un momento mis ojos de sus juegos. Me sentía a gusto y era feliz porque tenía conciencia de que allí, dentro de mi pecho, latía la eternidad y en el centro de ella, respiraba la presencia del dueño de todo. Aquella tarde, en aquél justo momento, yo ya sabía que cuando se está en presencia de Dios, la felicidad que se siente no es comparable con nada. Todo allí, justo ahora, era así; pero además la niña aún lo hizo más bonito. De pronto, sin que me lo esperara, ya que el sol había avanzado mucho, apareció junto a mí. Se puso a mi lado y me dijo:
- Yo sé una cosa que quiero decirte.

- ¿Qué es lo que sabes?
Y sentándose a mis pies sobre la hierba, respondió diciendo:
-Sé que tú eres muy distinto a todos los demás de esta tierra.
- ¿Quién te ha revelado a ti eso?
- Veo que en tu mente hay una sabiduría que está por encima de todas las otras sabidurías; en tu corazón hay una dulzura que nadie más que tú tienes y en tu alma, en tu alma hay una belleza que no tiene fronteras. Eres distinto, siempre fuiste distinto. ¿Sabes si has sido elegido por Dios?
- ¿Cómo voy a saber yo eso?
- ¿Qué puedes decirme entonces?
- A lo que me has dicho, nada. No tengo ninguna explicación para ello.
Al rato de estas palabras me levanto y caminamos hasta la sombra de los pinos. Intento animarla para que siga con sus juegos y entonces me pide que me siente junto a la corriente. La complazco y los dos tendemos nuestros pies dejando que el charco claro y juguetón nos lave.
- ¿No te preocupa lo que te acabo de decir? ¿No crees que en mis palabras hay un misterio que anda mezclado con todo lo que estás viviendo?
- Aunque sea así, en el fondo no me preocupa.
- ¿Explícame por qué?
- Ya conozco tantas cosas que sé bien que sólo unas cuantas de ellas son las importantes. Las he vivido poquito a poco y también poquito a poco he ido eligiendo las

que de verdad valen.
- ¿Te importa hablarme de ello?
- No me importa porque sé que tú sí puedes comprenderlo. Ahí tienes a tu madre Zarina en la cual tú sabes por experiencia propia vivida en tus carnes, que no todo lo que ella es, a ti te hace feliz.
- No lo entiendo.
- ¿Tú apeteces vivir en su ciudad y hacer las mismas cosas que hace ella?
- ¿Y tú?
- Bien sabes que no.
- Algo sé de esto, pero no te comprendo bien.
- Es muy sencillo: Yo estoy seguro de lo mucho que vale el tesoro que llevo dentro de mí. En todos los momentos de mi vida he tenido conciencia de la presencia de Dios en mis cosas y esto a pesar de que los demás me dijeran lo contrario. ¿Comprendes ahora?
- ¿Quieres decir que es por esto por lo que te deja tan tranquilo la revelación que te he hecho?
- Así es; desde siempre lo he sentido así.
Llego al cortijo que está frente a la carretera al lado derecho. Por la sendilla baja un muchacho joven; trae en sus manos dos fiambreras grandes de plástico. Al verme se asusta y me dice;
- Es que mi madre me pidió que le llevara madroños y bayas.
- ¿Para qué son?
- Tengo dos hermanos pequeños que están ahora creciendo y según dice la gente, esta fruta salvaje le va muy bien.
- Yo no soy dueño de nada de lo que hay por

aquí.
Al oírme esto se disculpa y sigue bajando. Hasta mí llega otra vez la voz de Evarina.
- Ya voy por aquí.
- Date prisa.
Mientras me acerco a ella me acuerdo de la mañana que decidimos subir a las cumbres de las cascadas. Nos fuimos por la senda que va río arriba, la que pasa junto al cauce y luego sube a media altura. Este camino es más largo, pero mucho más bello y emocionante. Al pasar por la cerrada el alma se nos llenó de placer. El gran charco del río, el que se embalsa y luego se estira sereno y azul, hoy estaba rebosante de transparencia meciéndose entre las rocas y los pinos. Forma un embalse natural aprisionado entre dos gigantescos taludes rocosos; la senda pasa por la torrontera de una de estas paredes y es tan peligrosa y a la vez tan bella, que un mal paso llevaría, irremediablemente, a lo más hondo del charco, pero el rincón es de tal belleza que se hace imposible subir a las montañas y no parar aquí.
Desde hace algún tiempo, por algunos pueblos de estas comarcas, se comenta que esta senda y este charco lo van a adaptar para que lo visiten los turistas. No quiero creer que esto sea verdad por el destrozo y la irremediable pérdida que ocasionarían en estos paisajes; pero en fin, bien sabemos que si lo deciden los que mandan, al final saldrán sus proyectos aunque sean los más absurdos. Y aquella mañana al salir de la

cerrada y comenzar la ascensión hacia la gran cumbre, nos encontramos con uno de los pastores del valle.

- Anoche murió la abuelita; hoy todos están en su casa dándole el último adiós, llorándola y preparando el entierro.

Nos dijo. La tremenda noticia nos partió el alma. Conocíamos a la abuelita del valle, desde siempre y para nosotros era tan querida que de verdad pertenecía a nuestras vidas como la mejor, la más sabia, la más humilde, la más reina de todas estas sierras. Con pena miramos hacia el valle y el corazón se nos llenó de tristeza. Nuestra querida abuelita, belleza de estos paisajes y reflejo puro de eternidad, por fin hoy volando por entre las nubes hacia el cielo. ¡Qué bello, pero al mismo tiempo qué pena! Seguimos subiendo ahora ya un poco heridos en el alma, pero abrazados con fuerza por el misterio limpio de estas sierras. Así son estos bosques y así han sido y serán siempre las personas que aquí nacen y mueren: Como trozos de paisajes, como lagos serenos rebosantes de humildad, como valles y praderas fundidos con los paisajes de estas montañas. Y aquella mañana al coronar la cordillera de las rocas blancas, brutalmente fuimos sorprendidos por las impresionantes cascadas de las cumbres. Caían anchas, majestuosas, bordadas de espumas de nieve, y cantarinas semejantes a mil coros de ángeles. Nos sentamos frente a ellas y decidimos no seguir subiendo. Era tan linda

su visión con aquél cielo limpio, aquél sol de oro y el valle al fondo con la casa de la abuelita, que sólo nos apetecía quedarnos allí frente a ellas y en silencio.

Aligero el paso. Rodeo el cortijo, subo por la senda, llego a la charca de las rocas. Desde arriba chorrea el agua filtrándose por entre los helechos. Me agarro a las ramas del pino y sigo. En el pequeño rellano, bajo el gran roble, me la encuentro.

- ¿Qué haces?

- Tiene la pata rota. Los guardas se la quitaron al hombre que la cazó.

- ¿Quién era?

- No se sabe. Sólo alegaba que la había cazado para coger su leche. La necesita para su hija que allá en la ciudad se está muriendo de una rara enfermedad; según dicen, la leche de este animal le va bien. Mira que ubre tiene. Seguro que está criando.

- Evarina coge con sus manos la ubre de la cierva. Ésta no se mueve, se deja abrazar y hasta parece feliz.

- Ayúdame

- ¿Qué piensas hacer?

- Llevármela al cortijo; la cuidaré hasta que se ponga bien y luego la dejaré libre para que se vaya con los suyos.

- Pero en el cortijo sólo están los padres y ya son viejos.

- Me quedaré con ellos y quizá este puede ser el principio para que vuelvan otra vez aquellos días. ¿Te gustaría quedarte?

Al oír estas palabras a mi mente viene el recuerdo de uno de AQUELLOS días. El

padre de Eva me pide que me encargue del rebaño cosa que hago con gusto. Al apuntar el sol abrimos la puerta del corral; siguiendo a las ovejas nos vamos cerros abajo por el monte. Dejamos que la lluvia nos empape; hoy es uno de esos días que no nos importa arañarnos ni tampoco mojarnos. Las nubes nos arropan y en ocasiones sentimos como si hoy ya se rompiera la barrera entre el espíritu y la materia. Bajamos cerro adelante dejando que el viento nos azote. Oímos la ventisca estrellarse contra las rocas, oímos el ruido de la corriente cayendo al charco grande.

- Hubo un tiempo en que me divertía mucho oyendo el ruido de esta cascada estrellándose en el barranco y la voz del viento quebrarse sobre las rocas. Aprendí que tanto el viento como la corriente tienen sus melodías, sus acentos, sus canciones y lamentos.

- ¿Por qué no me lo enseñas? ¿Qué es lo que hace falta para aprender este lenguaje?

- Creo que lo esencial es amar mucho al campo; meterlo dentro del corazón.

- Me gustaría aprender de ti este juego.

- Hoy es un día hermoso para ello y como tú bien has dicho, tiene que ser como si fuera un juego.

Hoy el cielo está oscuro; da la impresión como si ya no fuera a amanecer nunca más, como si se hubiera hecho de noche para siempre. Dejamos la loma, bajamos buscando el charco, cerca de la corriente, en el centro de la lluvia, nos sentamos sin prisa. Las gotas frías caen dulces y agradables; nos

mojan, nos empapan; las amamos, las metemos dentro de nuestro corazón. El barranco está oscuro, el silencio del campo es potente. También lo amamos, lo abrazamos en nuestras almas. Poco a poco nos vamos adentrando en la lluvia; poco a poco nos vamos sintiendo alejados de las cosas que nos rodean. El lenguaje de la lluvia nos va calando y empezamos a sentir como si algo hermoso saltara desde nosotros a las nubes o al revés y nos trajera un río de nueva vida. El alma se nos llena de emoción, en el corazón nos arde la paz, nos inunda un hondo bienestar. Empezamos a captar la pequeñez y el latido de cuanto nos rodea. Sin prisa miramos al río, a las nubes que lleva el viento; sentimos la emoción correr dentro de igual forma que el agua del arroyo. Nos crece el alma como un globo cuando se infla. Me mira y me dice:

- Creo que algo va a romperse.

- Lo siento como tú y también creo que si la llama que nos arde dentro no se detiene, puede romperse algo dentro de nosotros en cualquier momento.

Y de pronto, sentimos la ruptura. Es como una explosión, dentro de nuestros espíritus, pero sin ruidos. Comenzamos a nadar en otra vida, en otro estado sin espacio ni tiempo. Nos miramos sin abandonar la quietud y no pronunciamos palabras. Sentimos que hemos llegado a la felicidad, que hemos logrado oír la diferencia de tonos entre la ventisca, la lluvia y el viento. ¡Es delicioso! Gustamos mil cosas nuevas.

- Lo definiría como la verdad pura, la vida, Dios.
- Creo como tú que es así; es Dios. En estos momentos es como si el universo entero estuviera dentro de nosotros dándonos vida y fundido por completo con nuestras almas. Se podría definir como la perfección, el estado exacto y real del amor, de lo esencial. Ahora mismo respiramos y vivimos dentro de un corazón nuevo.

Nuestro sueño, nuestro éxtasis, dura como media hora. En este tiempo hemos dejado de percibir la realidad externa; nos sentimos por encima de ella. Mas pasado un rato, media hora o una hora, poco a poco volvemos a sentirnos los mismos de siempre. Nos damos cuenta que estamos sentados bajo la lluvia junto a la corriente encima de una roca. La oscuridad sigue densa, la lluvia cae, el viento sopla; sin embargo, ahora ya todo tiene un acento nuevo.
- Desde hace millones de años sobre estos montes han caído las lluvias, desde hace millones de años sobre estos cerros ha soplado el viento, han corrido los arroyos, ha crecido el monte. Quizá otros miles de años más siga lloviendo sobre este campo en medio de esta soledad y silencio; quizá nunca nadie se pare a contemplarlo como nosotros hoy, quizá nunca nadie vuelva a venir por estos barrancos. Pero aunque sea así, nosotros hoy hemos descubierto que tras las gotas de agua y el silbido del viento, hay una gran puerta que conduce a un hermoso

paraíso. Es una puerta cerrada e invisible para muchos; mas ella, mientras allá en las ciudades humanas se construyen casas, se organizan fiestas, se firman papeles y se amontona dinero, títulos y mil cosas más, ella está aquí y existe. Y a partir de hoy sabemos que ella guarda tras de sí, lo mejor de cuanto el alma pueda soñar.

- Ahora comprendo.

- Y sobre todo ahora ya sabes que en cuantos días de lluvia, de sol y viento, se derramen sobre estos montes, sea hoy, mañana o mil años más tarde, hay un misterio, una belleza, un corazón latiendo por cuyas venas corre una vida que nos pertenece y es superior, en mucho, a la que ahora respiramos.

- Gracias por enseñarme estas cosas.

Y algo más tarde bajamos por el río, seguimos al rebaño felices en todos los rincones del alma. Pero hoy, cuando Eva me expresa que quizá este pueda ser el principio de aquellos días y me pregunta si me gustaría quedarme, no le contesto. Me agacho y le ayudo a poner de pie a la cierva. Al tocarla noto que su pelo es suave, mira dulce y se deja querer. Evarina me observa y me pregunta:

- ¿Qué te pasa hoy?

- Estoy triste. Se han llevado el pollo del quebrantahuesos, hay mucha gente por aquí recogiendo cosas de estos campos, los guardas andan discutiendo con unos y otros, sabes que ha ardido el bosque de pinos que más queríamos y además mi padre está

grave y por su enfermedad mi madre sufre. Me duele su cruel prisión en aquellos inmensos bloques de pisos de la ciudad.

- ¿Se muere?

- Se está muriendo y desde que se fueron no han vuelto a pisar estas tierras que tanto quieren.

Evarina no contesta. Abraza a la cierva y comenzamos a descender hacia el cortijo. De entre los pinares de la ladera de enfrente, vemos salir las ovejas. Son las del pastor que vive por las praderas del Collado de Las Rocas. Al verlas recuerdos estas praderas y como la imagen que de ellas tengo en mi alma, es una imagen dulce y bella, por mi corazón corre el deseo de irme a visitar este lugar. Decido que hoy no puede ser porque ya el sol casi se oculta por las cumbres de la cordillera; pero me digo que tengo que ir a ver este rincón del Parque cualquier día de estos. Es un rincón tan original, donde hay tanta paz, tanto silencio, tantas llanuras verdes, tantos manantiales y tanta eternidad derramada entre los pinos y el azul del cielo de las cumbres, que aquí sólo se respira placer. Ese placer sencillo que se cuela en el alma sin sentirlo, pero que es tan puro que ensancha y ensancha y casi da la muerte de gozo. Tengo que ir un día de estos a las Praderas del Collado de Las Rocas. Ahora caigo en la cuenta que son para mí como otras tantas cosas de estas sierras:

Bocanadas de aire limpio que mi corazón necesita para seguir viviendo. Las ovejas y el

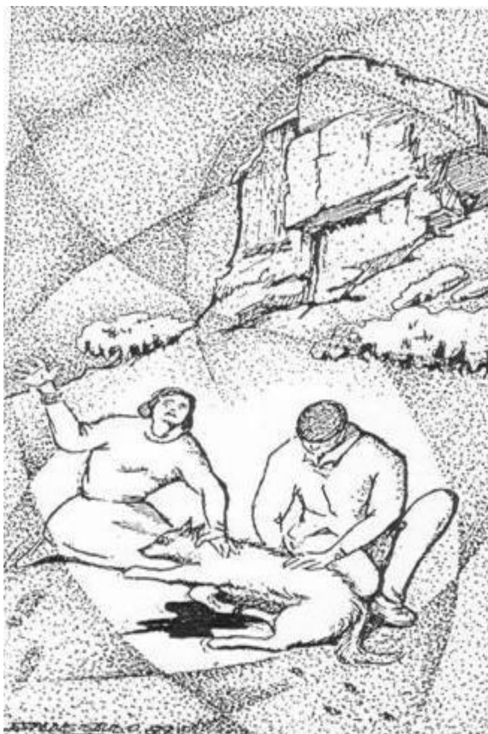
pastor que salen de entre los pinos y se van por el río hacia lo hondo del valle, me lo han recordado. Tantas veces he visto este rebaño pastando en las Praderas, que ya las llanuras verdes de las cumbres son también manadas de ovejas desparramadas silenciosas entre rocas y arroyuelos. En el charco redondo de la corriente que va por debajo del cortijo tres niños juegan. Esconden varios envases de yogur en la cueva de la pequeña cascada.

- Ahora ya podéis buscar el tesoro. Anuncia uno de ellos; y ahora otro grupo de niños, corren saliendo del bosque y se ponen a buscar lo que los primeros han escondido. Saltan por la corriente lanzando gritos jubilosos. El barranco se llena de risas alegres que se mezclan con los mil tintineos de la corriente.

En el rellano que hay junto a la carretera, está parado el autobús; es uno de los muchos autobuses que por estos días recorren los paisajes de estas sierras. Transportan grupos de escolares con sus maestros. Mientras surcan las carreteras de este parque explican y explican sin descanso mil cosas a los niños. De vez en cuando se paran junto a la carretera y se ponen a observar árboles, corrientes, flores, insectos o cualquier otra cosa. Por estos días son muchos los autobuses que, repletos de escolares, van de un lado para otro por las carreteras de estos montes. Mientras abajo, en lo hondo del barranco, donde el arroyo que baja de las cumbres se junta con el río, sigue Rafa. Arranca monte, excava la tierra y la prepara

para sembrar. ¡Qué pena me da este muchacho! Hace dos semanas, se vino de la ciudad cansado de no encontrar trabajo por ningún sitio. Se trajo azadas, picos y palas y aquí se puso a labrar la tierra. Sólo pretende llamar la atención a ver si alguien se fija en él y le ofrece un puesto de trabajo y un sueldo.

EL ÚLTIMO AULLIDO DEL LOBO



Voy a contarte algo que sucederá de verdad dentro de unos años. Coto Ríos, Cazorla, el Guadalquivir en su vega desde el nacimiento hasta el Pantano del Tranco y un pequeño rincón dentro de este valle, serán los escenarios. Desde uno de los meses de

esa época futura miro hacia este rincón.
La vega del Guadalquivir, desde su nacimiento hasta el Pantano del Tranco, está llena de hermosos bosques y preciosas praderas verdes y frescas. Cerca del Pueblo de Coto Ríos, unos cinco kilómetros hacia el nacimiento, hay una casita blanca. Está junto al camino entre robles, pinares y rodeada de un arroyuelo. Aquí vive un matrimonio joven. Tienen una hija llamada Azahara. La Pequeña Azahara para todo el que la conoce. La finca que rodea a la casita es propiedad de los padres de Azahara. Cerca de la casita hay una cortijada con ovejas, cabras, algunas vacas y grandes perros mastines. De esto vive el joven matrimonio y a Azahara le encanta esta forma de vida.

Ella, cada mañana ordeña las cabras, recoge las aceitunas, juega con sus perros, se va por los campos, corta los racimos de uvas cuando están maduras y tiende columpios para pasearse, en las ramas de los quejigos. Los fines de semana se baña en el río con sus amigos. El Río Guadalquivir ahora sí corre y sus aguas están limpias. A Azahara le gusta cultivar la amistad. Su pequeña finca, los sábados por las tardes y los domingos por las mañana siempre anda llena de amigos de los que aman y cuidan la naturaleza. Siempre se ríe en este rincón, se juega, se corre.

Azahara va cada día a la escuela del pueblo montada en su bicicleta envuelta en su abrigo azul. Todo el mundo la quiere porque ella,

además de hermosa y dulce, es muy humana. Tiene ojos chiquitos y oscuros, labios delgados y frescos, frente despejada y limpia, pelo castaño y sonrisa semejante a la luz de los campos que le rodea. El signo visible que la diferencia de las otras siempre es su sonrisa. Sonríe llena en todo momento de sencillez y encanto. Desde pequeña sus padres le han inculcado el gusto por la sencillez, la limpieza de alma, el amor y el placer por las cosas bien hechas.

Está para cumplir los diecisiete años cuando un día llega a su finca, procedente del Pueblo de Cazorla, Sergio, un joven de dieciocho años. En Cazorla, al igual que en otros pueblos y ciudades del mundo, la gente ya no es feliz. Muchas cosas motivan esta infelicidad: la falta de agua, la contaminación, el egoísmo, la materialización de la vida, la supe tecnificación, la abundancia de libros, periódicos, televisión, la pérdida de una escala de valores y el sentido de la vida. Por estas fechas todas las noticias de la radio y televisión son tristes. En la gente crece el sentimiento de crisis, de fracaso, escasez de trabajo y también el vacío espiritual. En las ciudades hay muchos desanimados y otros han perdido el sentido de la vida dándose sólo a divertirse y consumir.

No pudiendo soportar más este ambiente, Sergio huye de él para irse al campo a buscar la paz. En la finca de los padres de Azahara pide trabajo; estos se lo dan; aquí se queda.

Durante mucho tiempo trabaja, es feliz. Se gana el cariño de Azahara, juegan juntos, charlan por el campo, se bañan en el Guadalquivir, sueñan sueños y cantan canciones. Son felices en medio de la paz y el frescor del bosque. Conocen y saben de los problemas del pueblo de Cazorla, de las ciudades y del mundo. Les preocupan y en más de una ocasión hablan de ellos. Por la noche, el padre de Azahara dedica muchos ratos a comentar con ella las cosas que ocurrían en este rincón, en Andalucía y el resto del mundo.

- Ahora son otros tiempos; las tierras se cultivan, la gente tiene trabajo, dinero, pan. Los campos están verdes y de ellos se sacan riquezas. La gente es más buena que antes. Tienen más sentido común, cultura, amor. Hemos de seguir luchando para que esto impere hasta conseguir que este rincón sea lo que tanto siempre todos hemos soñado.

-Cuánto me alegro que me haya tocado vivir tiempos tan buenos.

- Pero no todo está hecho aún.

- Claro que no está todo hecho. Es necesario que las personas corrijan su rumbo para alivio de ellas y de otros.

Comenta Sergio.

- Te doy toda la razón; vosotros no podéis permanecer indiferentes a las dificultades de toda esta gente. Tendréis que ayudarles.

Sigue exponiendo el padre. Meditan estos consejos. Trabajan en la finca. Al llegar el verano recogen los frutos de los árboles, sacan las cosechas de la huerta, podan los

manzanos, contemplan las hojas caer al llegar el otoño gozan con la lluvia regando los montes y cuando brota la primavera, se recrean en el juego de las orquídeas y el viento. Alguno de estos días, Azahara está triste. Por momentos presiente la llegada de algo nuevo, pero no sabe qué es. Cada mañana al levantarse se asoma a la puerta de su casa. Durante mucho rato se queda mirando a los árboles de la vega y al bosque de las laderas a ambos lados de la vega. Se recree en la blancura de la nieve sobre las cumbres y en el vuelo de los buitres recortados en las nubes. Desde la llanura donde está su casa, resulta emocionante contemplar las puestas de sol al otro lado de la cumbre del Gililllo. Para Azahara no hay mayor placer que contemplar el campo, respirar su perfume y sentir su silencio. Ella cree que a través de él puede quizá descubrir lo que su alma presiente.
Se acerca la Navidad. Cinco días antes, una noche nieva copiosamente. Al amanecer el Valle de la Paz las laderas y las colinas, están cubiertas de blanco. De un extremo a otro, desde las cumbres del Guilillo, Cabañas, Calarillas Y Blanquillo con todo el valle, los barrancos, los bosques y las llanuras, relucen vestidos de copos inmaculados. El silencio es profundo. Azahara se despierta a las doce de la mañana, se incorpora en su cama y mira por la ventana de su habitación. El campo está blanco. Todos los robles y pinos están cubiertos por la nieve. A través del vapor de los cristales de su ventana observa la limpia

capa reluciendo sobre las laderas. Un poco más arriba, de las grandes peñas, cuelgan los carámbanos de cristal. En la llanura, las ramas de los viejos pinos, están dobladas por el peso de la nieve. Sobre la cruz de los árboles de la huerta también hay grandes puñados de nieve esponjosa como nata. En los mismos troncos de los pinos se apiñan cerrillos de copos blancos. El suelo es todo un reluciente manto de armiño. Azahara contempla todo esto muda sentada en su cama. Tiene los ojos cargados de sueño y sus sentidos entumecidos. Es un despertar muy hermoso y aunque ella conoce muchas nevadas sobre estas sierras, la de hoy es nueva, distinta, bella. Fuera hace frío y en las tinás se rebullen, nerviosas, las ovejas y las vacas. Ladra Jube y Cartujana, sus dos perros mastines y corren por la llanura quitándose el frío. Una garza real atraviesa el cielo siguiendo el curso de las aguas del Guadalquivir.

Hoy es domingo. Sergio está en la casa. No trabaja. Azahara, desde su habitación, mientras se levanta, lo siente trajinando en la sala. Reaviva las ascuas de la cocina. Junto a las llamas, Azahara se sienta y en compañía de su amigo y sus padres charla a lo largo de la mañana. Le ocurre algo y no sabe qué. Al mirar la nieve, cree encontrar en ella un signo, un mensaje. Por la tarde, después de comer, le pide a Sergio que la acompañe. Salen de la casa. Aunque el campo está lleno de nieve, el sol luce como un día de

primavera. Por la sendilla que va hasta el río, la nieve casi se ha derretido. Mientras la recorren Azahara comenta con su amigo algunos de sus sentimientos. Llegan a la corriente. Jube y Cartujana los acompañan. Juegan con la nieve. Hoy han venido a una de las curvas más bellas del Guadalquivir a su paso por esta zona.

Es una curva rodeada de un pequeño cerrillo. En el lado izquierdo, frente al poniente hay una ladera; es la torrontera del cerrillo. El agua la horadado poco a poco y abajo, cerca del cauce, ha formado una vega ahora toda ella poblada de tarayes, juncias, juncos, tamujos y verdes fresnos. A un lado y otro del río, pegada a la linde de la huerta, crece un espeso bosque de álamos y zarzas. La corriente del agua, en esta curva, se camufla, atraviesa la llanura de la vega, entre zarzas-parrilla, majoletos y algún que otro rosal silvestre. Se paran en el lado izquierdo del río, en mitad de la ladera frente al sol de la tarde. El sol, a pesar de la nieve, calienta bastante. El cielo está todo despejado, el viento en calma, aunque del lado norte, a ratos, soplan rachas frías. Para defenderse de ellas se parapetan en unos peñascos llenos de retamas y aulagas. Sentados frente al poniente y la hermosa llanura por donde el río se aleja; hablan durante rato de mil cosas. Comentan su ilusión, comentan de los amigos que cada día vienen a verles desde los pueblos cercanos, del ambiente y las cosas que ocurren por estos pueblos. Son felices y

en estos momentos la satisfacción les llena el alma. Les colma la belleza de los paisajes que les rodean, sienten en sus corazones la dulce caricia del viento y en sus almas el beso de la honda pureza de la nieve, la corriente del río y los álamos que en él se miran. Hoy los paisajes para ellos, son puro gozo. Destilan ríos de hermosura que con suavidad se les clavan en el corazón con la fuerza del fuego que quema y no da muerte. Sin embargo están intranquilos; más Azahara que Sergio. Ninguno habla de ello. Algo se les acerca y aunque lo intuyen no saben qué es.

Durante rato guardan silencio. Escuchan cerca el uno del otro el respirar del campo, saborean los sentimientos de sus corazones. La tarde se va. De pronto oyen un ruido, es extenso y ronco como el bramar de muchos motores, miran en silencio y creen descubrir que este ruido tiene algo que ver con el miedo oculto que les corre por el alma. Su temor crece. Algo les dice que este ruido anuncia cosas diferentes de lo que hasta hoy han leído en el campo y sus corazones. El ruido aumenta, se acerca y al descubrirlo Azahara exclama:
- ¡Mira!
Señala al cielo dirección poniente. Por entre las nubes, majestuosos y titánicos, avanzan varias cuadrillas de aviones. Apenas les da tiempo observarlos cuando ya los aparatos han pasado, se van hacia el norte. El ruido es tan intenso que el cielo parece hundirse;

tiemblan las ramas de los árboles, asustados revolotean los pájaros y ladran los perros allá por la llanura. También ellos tienen miedo.
Pero en unos segundos el ruido desaparece y ahora son Cartujana y Jube los que saltan por la nieve ladrando. Han levantado un ciervo y éste emprende la huida buscando la espesura del bosque dando grandes saltos por la nieve. Los mastines lo persiguen hasta que cansados paran en la loma del cerrillo. Tampoco ahora ellos hacen comentario alguno. Pasado un rato Sergio se levanta, respira el aire que viene del río, mira a Azahara y dice:
- Te invito a dar un paseo siguiendo la corriente antes de que el sol se vaya.
- Lo acepto.
Tiende la mano, Sergio tira de ella, la levanta y caminan buscando la corriente; bajan por la ladera, saltan por encima de las rocas. La nieve aún no se ha derretido a pesar del día soleado. Sólo por algunos sitios se ve la tierra y las rocas. Hace mucho frío, según el sol cae, el frío aumenta. Llegan a la corriente. El agua juega limpia hacia la luz de la tarde. Mientras se aleja, sobre el viento va dejando su canto. Observan despacio el ir y venir de las truchas, las hojas de los árboles en los pequeños remolinos flotando, el color casi azul del líquido en los charcos más profundos, las arrugas que éste forma al pasar por entre la grava y la arena.
- Es como un niño, como una gota de vida temblando en un hilo que ni se le puede rozar.

Comenta Sergio. Azahara lo mira.
- Tienes razón; es tanta su belleza que nunca nadie podrá descifrarla. Además de un niño es un sueño como nosotros, abrazado siempre a la tarde y al viento y en silencio manando dulzura a la par que nos vamos. Tiembla como tiemblan nuestras almas entre las manos, asustadas un poco y asombradas el resto.
- Este Río, nuestro Río, cuando uno lo contempla y lo ama despacio, parece como si ya no tuviera necesidad de nada más.
- Siempre lo pensé así y sin embargo ¿por cuánto tiempo más aún seguirá limpio? Tú sabes por qué lo pregunto.
Suben un poco por la sendilla. De nuevo oyen el ruido y de pronto, de entre el monte, salen tres personas, dos hombres y una mujer. Lleno de paz Sergio los saluda.
- ¿Qué hacéis aquí?
Pregunta en tono de prepotente el hombre más bajo. Es uno de los nuevos guardas de este recién declarado Parque Natural.
- Estamos dando un paseo. Responde Sergio.
- ¿Tenéis permiso?
- Permiso ¿Para qué?
- Sin permiso especial no se puede andar por caminos. Está ordenado así y escrito lo tenéis en todos los folletos que se dan a la entrada de este Parque.
Sergio y Azahara se miran. Por sus corazones, durante unos segundos, pasan mil recuerdos y preguntas. Toda su vida en el valle, yendo y viniendo por estos campos sin

más limitación que la impuesta por la naturaleza: nieve, frío, lluvia o sol. Toda su vida dueños del viento, el perfume del monte y la canción de los ríos. Entre la lluvia nacieron, crecieron y soñaron y tan fundidos están con ella que son parte de su propia alma. No hay nadie en el mundo que ame a estos montes más que ellos. ¿Quién es este hombre, de dónde sale y en nombre de quién o qué les impone tan absurda norma?
- Ningún daño estamos haciendo; sólo paseamos por el monte dejando que nuestras almas se fundan con él para hacernos misterio con sus misterios y así elevarnos hacia lo inmortal.
Argumenta Sergio.
- Eres tonto, ya te he dicho que no se puede andar fuera de los caminos señalados. Por vuestra culpa, estas dos personas que me acompañan han echado a perder el día. Ayer pagaron medio millón de pesetas para cazar en estos montes. Vuestra presencia y el ladrido de vuestros perros han espantado todos los animales de por aquí; no han podido cazar ni una sola pieza. Ya os lo he dicho, a partir de hoy, si queréis moveros por estos campos tendréis que sacar un permiso especial.

Justo en estos momentos Jube y Cartujana aparecen por la llanura ladrando detrás de un gran jabalí. El hombre que acompaña al guarda se echa el rifle a la cara, dispara dos veces y sobre la nieve cae el mastín herido de muerte. El otro perro da un gran aullido,

salta por entre las matas y se pierde ladera arriba hacia las cumbres lanzando trágicos alaridos.
- ¡Malditos perros, por su culpa he perdido medio millón y el día sin cazar ni una sola pieza!

Comenta el del rifle tan satisfecho.
Al oír el disparo y ver la muerte en forma de sangre manchando la nieve, ni Sergio ni Azahara hacen más comentarios. Corren hacia su amigo, lo abrazan, lo llaman y algo después se van hacia su vieja y hermosa casa construida entre el monte. Pisan el agua de la orilla, atraviesan los tarayes, toman el camino y cuando la noche empieza a caer regresan. Suben la cuestecilla; a lo lejos, al fondo, se ven algunas casas del pueblo. El camino, para salvar el accidente del terreno que el arroyo provoca, traza una curva, bajan y luego suben. Antes de llegar a la casa de nuevo oyen los ruidos de los aviones. Enseguida asoman por el cielo. En estos momentos imponen más. Al ruido de sus motores se suma el destello de luces que se apagan y encienden. Ya de noche, llegan a la casa. Nada más entrar Azahara abraza a su padre llorando. No pronuncia palabra porque ni le salen ni sabe qué decir. Ha sido todo tan de repente, tan incomprensible y tan duro, que no entiende.
- Ya lo sé, hija mía.
Exclama el padre.
-Yo tampoco lo entiendo. Nos prohíben la vida en estas sierras a pesar de que son

nuestras. Nos culpan de la destrucción del monte, de la matanza de los lobos, de los incendios y de mil fechorías y delitos, cosa que no es cierto porque nunca podremos ni atacar, ni romper lo que nos ha dado la vida y llevamos en el alma. Mas los que pagan para segar la existencia de los animales de estos bosques, que ni sienten suyos ni aman, esos sí pueden ir por donde les apetezca y sólo porque han sacado un permiso y han dado medio millón de pesetas. Luego, se llevarán nuestros ciervos, nuestros jabalíes, nuestras cabras monteses para mostrarlas, allá en las ciudades, a sus amigos y presumir de trofeos cazados en Las Sierras de Cazorla. Es absurdo, pero es así. Ellos tienen dinero y la pobreza está en nosotros aunque hayamos nacido aquí y el viento, la nieve y el rocío, sean el alma de nuestras vidas.

La noche se ha despejado. Sobre las cumbres luce la luna. Y allá por las cumbres se oyen los aullidos de Cartujana. Azahara los conoce porque los ha oído durante toda su infancia a lo largo de las frías noches de invierno. Alarmada en su alma, sale de la casita, escruta la ladera con sus miradas y llama a su amiga.
- Está herida de muerte, papá.
Comenta como si de este modo pudiera detener el temor que corre por su alma. Los aullidos brotan de la espesura del bosque. No es un sólo animal, sino varios. Los descubre. Empiezan a salir del arroyo y suben hacia el nacimiento del Guadalquivir. Primero aparece

un animal grande y viejo, camina lento encabezando una manada. Se para, mira hacia el Valle, alza su cabeza, estira su cuello y emite un trágico sonido. El aullido retumba por el barranco. Al oírlo Azahara tiembla de miedo, hasta la sangre parece congelársele. Es un graznido amargo, como la soledad de los barrancos. Antes de que el primer llanto se apague suena otro, surge de la manada que sigue al primer animal. El tembloroso eco se ensancha por el barranco. La noche se vuelve tenebrosa, gris y fría.
- ¿Qué sucede papá?
Pregunta Azahara aterrada.
- No lo sé. Nunca en mi vida he oído nada semejante; nunca vi tantos animales juntos y jamás los he sentido llorar de este modo. ¿De dónde han salido y qué anuncian?
Nadie contesta a estas preguntas. Por momentos la naturaleza se va cargando de un extraño presagio. La manada va desparramándose subiendo hacia las cumbres. Llegan a lo alto de la colina. Poco a poco se pierden tras ella. Ahora retumba en los otros barrancos. Poco después se oculta la luna, el campo se llena de sombras al tiempo que los aullidos se apagan.
Azahara, en estos momentos, se siente mal. La tristeza le asfixia, en la garganta tiene un nudo. Le duele la cabeza. Contra toda realidad se resiste creer en la muerte de sus amigos y con ellos, la pérdida de estos campos. Toda su infancia ha sido tan sueño, tan excepcional y bello que no cree sea cierto lo ocurrido. ¿Por qué la van a echar de estos

lugares y por qué la van a considerar extraña o enemiga de estos bosques? Su padre la coge del brazo y se la lleva dentro de la casa. Entran a su habitación y tumbada sobre la cama abre su diario. Repasa las páginas y en una de ellas lee:

"El agua del Guadalquivir está limpia como el cristal, el charco sereno manchado sólo por las sombras de las zarzas y las ramas de los robles. Cada día me gusta más ver este fresco chorrillo. Baja de la cueva y viene oculto entre la hierba, los juncos y las adelfas. Es una pincelada de auténtica pureza. Atraviesa cuatro piedras gordas y se extiende, nítida, por los lados de multitud de piedrecitas, llega a la arena y desde aquí cae al charco. ¡Cuánto me gusta contemplar este chorrillo! Mil veces me he sentado cerca, me he olvidado de mis juegos y de mí y quieta me he pasado las horas observando este charco. Si acaso, tras un rato largo, me he levantado, he metido mi pie en el agua y me ido de un lado para otro pisándola y gustando sus cosquillas. ¡Cuántas veces me ha hecho feliz este juego y cuánto me gusta sentirla bajo mis pies y ver como siempre se escapa! Siempre el agua me burla, pero mi gozo está en comprobar cómo la corriente disfruta conmigo. Hoy, mil veces he impregnado mi cuerpo de este líquido fresquito; y qué delicioso resulta avanzar extensión adelante gozando tanto placer. He Llegado a la orilla y he vuelto para atrás; luego otra vez y otra, hasta que agotada me he ido fuera y me he tumbado en la arena, frente al sol. Me ha

acariciado el viento, me han entretenido los pájaros que cantando saltaban de un lado a otro, he escrito mi nombre en la arena, he trazado castillos y tumbada sobre la dorada playa he visto pasar el tiempo dejándome llenar del campo y la tarde. Hoy he soñado que cuando sea mayor llenaré estos campos de amigos, me bañaré con ellos en este río, recorreré las verdes llanuras de sus praderas, cogeremos moras de las zarzas, del líquido fresco de los arroyos y fuentes, beberemos; cortaremos flores en primavera, sestearemos al calor del verano, en las sombras de las encinas y estudiaremos mucho; todas las cosas que hay en los libros me las aprenderé para luego, de mayor, saber mucho y de entre todo, elegiré hasta quedarme sólo con lo que me guste. Ya lo tengo decidido: Me voy a quedar siempre aquí en estos campos. Nada me gusta ni me llena más que vivir siempre en mis campos, junto a mi cielo azul, mi Guadalquivir, mi primavera, mi nieve y mis lluvias limpias".

La noche ha avanzado. Mientras ha leído las páginas de su diario, en el corazón de la muchacha, se ha amontonado la tristeza. Sergio se le acerca. Ella tiene necesidad de desahogar su alma. Casi llorando le pregunta:
- ¿Qué pasará a partir de ahora?
- Quizás nos tengamos que ir de estos campos para siempre. Por aquí montarán campings, campamentos, bares, discotecas. Por aquí vendrá mucha gente; turismo lo llamaran ellos, y se apiñarán junto a las

aguas de nuestro río. Lo ensuciarán, romperán los campos, tirarán mil papeles y bolsas de plástico, ensuciarán el silencio, llenaran de coches todos estos valles, traerán mil cazadores con bellos rifles para que maten a nuestros amigos y quién sabe cuántas cosas más planificarán y legislarán sobre estos rincones nuestros.

- Pero tú sabes que todo eso es lo que destruirá la riqueza y belleza de estos montes.

- Será lo que tú dices, pero ellos siempre lo harán en nombre del progreso y con el lema de UN PARQUE PARA QUE TODOS LO DISFRUTEN.

- Aunque sea así, no lo entiendo, nunca lo entenderé. Ninguna de las personas que pisen estos campos llegarán jamás a sentirlos tan suyos como lo sentimos nosotros, nunca lo respetarán más que nosotros, nunca lo mimarán más que lo hemos mimado nosotros. ¿Por qué quieren echarnos fuera prohibiéndonos que surquemos las veredas del monte? ¿Por qué nos tratan como si fuéramos forasteros si somos de la misma tierra, casi llevamos el mismo apellido y hemos nacido en el mismo pueblo? Es absurdo que nos hieran, nos desprecien y nos ataquen para quitarnos las tierras y dárselas a los que son de ciudades lejanas. Dime tú, amigo mío ¿Por qué hacen esto?

- No lo sé ni tampoco lo entiendo. Ahora debes dormir; ya veremos mañana lo que pasa.

Y poco después Azahara se queda dormida mientras fuera aún se oyen los aullidos de su perro mastín convertido, de repente, en lobo herido y salvaje por la brutalidad de los hombres civilizados. Son los AULLIDOS DEL ÚLTIMO LOBO DE LAS SIERRAS DE ESTE SINGULAR PARQUE NATURAL.

SUEÑO DE JUVENTUD
- Fragmento-



La persona a la cual pertenece este escrito es real; vive en uno de los rincones más bellos de este Parque. Tiene escrito un

libro, un gordísimo libro encuadernado en dos tomos titulado; SUEÑO DE JUVENTUD. Y que yo he leído muchas veces. En estos tomos recoge la historia de su vida, una hermosa, pero triste vida. Después de rogarle mucho, me dejó que trascribiera el fragmento que pongo a continuación, pero con la promesa, de mi parte, de no mencionar nombre alguno ni de lugares ni de personas. El ya no tiene ninguna otra ilusión que la de terminar sus días en paz abrazado por el beso amigo de los paisajes que le rodean donde su alma ya es viento limpio para toda la eternidad.

"El veinte y ocho de noviembre, a primera hora, salgo de mi casa. En la tienda de la plaza, compro cuatro cuadernos varios bolígrafos, busco mi mochila, dentro pongo pan, queso, frutas; cargo con ella. Al pasar por la plaza me encuentro con varios conocidos; me saludan, los saludo y sigo. Salgo del pueblo, camino por la carretera; dos horas después me voy por la derecha, busco el camino que va a la casa del Valle, por él avanzo. Al caer la tarde descubro la llanura; está al este de la Casa de Piedra. Conforme me aproximo siento la emoción. Recuerdo este rincón, es mi tierra, mi patria, el paraíso de la más hermosa de cuantas criaturas he conocido, la que me enseñó la vida y cultivó mi alma para gozar de la belleza. Ella es mi pequeña hermana Grisel, la que arde perenne en lo hondo de mi alma. Según me acerco crece en mí la emoción.

La llanura es la misma, verde, hermosa como en aquellas tardes. El monte ha crecido en ella, la senda está borrada, los árboles de la huerta son más grandes y más salvajes. Alrededor de los troncos crece la hierba, los arropan los brotes. Se nota que no los han podado desde hace mucho tiempo. El arroyo sigue corriendo, también las zarzas crecen más espesas en sus orillas. En la puerta ya no está la represa, la corriente la ha cegado, ha arrasado el muro, la ha llenado de piedras, de arena. Sin embargo, la casa sigue aquí. La misteriosa casa de piedra, sigue en su sitio. Me aproximo. A cada paso hacia ella, el corazón me tiembla. No ha muerto ni la casa ni la misteriosa criatura que en ella vivió ni las horas que compartimos juntos ni mis padres. Todo está vivo, con la misma fuerza y frescura de aquellos días. Las paredes son más negras porque la lluvia ha erosionado sus piedras, la hierba crece a su alrededor y el musgo la cubre desde el tejado hasta el suelo. También la arropan los árboles, la envuelven las zarzas y la abraza la hiedra. Veo la ventana del cuarto de Grisel; está cerrada. La madera de la hoja ha perdido el color, hay un trozo roto. En un rincón las golondrinas han hecho sus nidos y en el otro la hiedra se amontona. La puerta está cerrada. Empujo, al tercer intento se abre; la cerradura está oxidada. Salta.

Al entrar percibo el olor a humedad; la oscuridad y el silencio llega hasta lo hondo de mi alma. No hay muebles, sólo sillas viejas y rotas. En la chimenea, un montón de cenizas.

No hace mucho, alguien ha vivido aquí una temporada. Subo la escalera del segundo piso, busco su habitación, la puerta está abierta, entro, no hay nada. Sólo la tela de araña humedad en las paredes y silencio. La descubro despacio. Me siento triste, tengo frío, no tengo ganas de pensar en nada. Todo está aquí ante mis ojos: claro, desnudo, solitario, espantosamente real. Me gustaría haber traído conmigo otra clase de persona, con otros ánimos e ilusiones y así habría sido mejor, todo tendría otro color. Mas lo he intentado, no dejó de soñar y buscarlo en cada momento. Ahora voy a intentarlo otra vez, pero por caminos nuevos. Recorro la habitación, abro la ventana, veo el cortijo allá lejos, la loma, la huerta de los granados, el arroyo, el pinar, los montes. Todo es como en aquellos días. Sigue con su silencio, exhala su perfume al viento. Recorreré, en cuanto pueda, quizá esta misma tarde o mañana, la llanura, visitaré cada rincón, cada árbol, cada arroyuelo. Ella está aquí; late en el campo, respira en el viento, juega en la corriente, sonríe en la tarde, se viste de gala en las hojas de los árboles, duerme en el rocío, llora en la lluvia, canta con el ruiseñor. Mi pequeña Grisel no ha muerto. Vive hermosa, será eterna en esta llanura, en el verde del bosque, en la soledad de la umbría, en el gris del espliego, en los arrullos de las tórtolas, en el azul del cielo. Mientras este campo viva, la lluvia caiga, haya nubes en el cielo, sombra en los barrancos, pájaros entre los pinos, ella estará aquí. La contemplará mi alma, la

gozará mi corazón, la rozarán mis manos. No ha muerto, la tengo aquí conmigo, junto a mí, jugando, besando, envolviéndome con su limpia aroma, deleitándome, eterna para siempre.

Vuelvo mi cabeza. Frente a mí, la ladera de los guíscanos. Espesa, verde, húmeda, fría, oscura. No ha cambiado en nada; sólo su bosque es más alto y denso. Los árboles se apiñan fuertes. Desde mi ventana descubro las setas. Están por el suelo entre las hojas secas. Nadie las ha recogido. Bajo las escaleras, salgo fuera, encuentro una cesta vieja, la cojo, me voy a la ladera, busco los guíscanos. Hay algunos podridos por la humedad, otros comidos por los gusanos y otros bajo las hojas de los pinos. Los voy recogiendo. Dos horas más tarde tengo la cesta casi llena. Cargo con ella, entro en la casa, enciendo fuego. Cuando llega la noche me siento junto a las llamas. Me acuerdo cuando ella y mis padres estaban; las horas en esta estancia junto al calor, eran deliciosas con su cara transformada por el brillo de las llamas, su blanca sonrisa, su juego de nieve, su mirada de luz, mis padres con su cariño, el silencio del campo, la noche abrazándonos. Todo y ella era fabulosamente hermoso. Saco de mi bolsillo un trozo de papel que de tan viejo, ya está roto, descolorido, manchado. Aquí tengo escrito el llanto con el que aquél día desahogué mi corazón:

"La persona que más quería a mí se me

murió ayer tarde. A las cuatro en punto. Cuando a uno se le muere un amigo, con él se le mueren muchas cosas que antes eran bellas; cuando a uno se le muere un amigo, qué mal lo pasa. Ayer tarde el cielo estaba limpio de nubes y el sol caía suave y algo caliente sobre el jardín de estos montes. Paseaba yo por entre ellos esperando su llegada. Ya en este momento mi corazón temblaba. Mi amiga, mi hermana querida, podía morirse a las cuatro en punto. Y así fue; de una manera sencilla, nadie lo notó bajo el cielo; creo que ni siquiera ella se dio cuenta de su muerte. No pude verla; estábamos separados en sitios distintos, pero al caer la tarde toqué su mano y su mano estaba fría. Cuando la mano de un amigo ya no está caliente, cuando su sonrisa ya no es luz, cuando ya un amigo está muerto, qué extraña es la sensación que uno siente al tocar su mano.

Ahora esta mañana todo lo que me rodea llora conmigo su muerte. Todo ha cambiado así de pronto: el sol, los campos, los pinos, los arroyos, el canto de los pájaros. Todo ha muerto un poco con la muerte de mi amiga. Quizá pase mucho tiempo hasta que mi alma vuelva a tener alegría. Por eso me miro, me miro bajo el dosel dorado del cielo y levanto mis ojos ansiosos hacia Dios. Sé que en El no se pierde nada; ninguna esperanza, ninguna felicidad, ninguna lágrima. Sé que a partir de hoy van a ser muy pocas las cosas que me den alegría. Y por eso me vengo a su

lado; a llorarla en sus brazos; a buscar en su presencia la alegría que ayer tarde se me murió; a buscar la vida que ya no tengo.
Y aquí, destrozado como estoy hasta lo más hondo, no la he abandonado; la he cogido y la he depositado a los pies mismos de Dios diciéndole: AQUÍ TIENES EL TESORO DE MI CORAZÓN; DÉJAME QUE LA ADORE JUNTO A TI Y QUE HAGA UNA CADENA DE PERLAS PARA SU GARGANTA CON LAS LAGRIMAS DE MI DOLOR; DEJA QUE ESTE AQUÍ JUNTO A TI Y NO PERMITAS QUE LA OLVIDE NI UN SOLO MOMENTO. NO ME QUITES DE MIS SUEÑOS LAS PUNZADAS DE ESTA PENA, ES LO ÚNICO QUE ME QUEDA.

Y esto es todo. La persona que más quería, ayer tarde se me murió; pero es curioso, aunque su muerte me ha dejado roto y triste, no estoy sin esperanzas. Este dolor me ha unido más a Dios y creo que a partir de ahora ya siempre estaré abrazado a Él para que nunca más se me muera nada. Mi cuerpo entero ha vibrado al contacto de lo que es intangible. Si aquí debe ser el fin, sea".

En la brasa aso las setas. Mientras se doran me acuerdo del convento. En mis estudios del evangelio descubrí un pasaje que ahora recuerdo. Es el trozo donde Jesús dice que para orar no hace falta ni templos ni altares. En estos momentos tengo conciencia de que está junto a mí. Murmuro una oración y digo: "Ayúdame para que la obra que ahora sueño

salga y que sea sencilla, bella, sincera. Que llegue a sus corazones y comprendan. Es el último camino que me queda, la última esperanza. Tú sabes que lo necesito. Luego, que para siempre mi cuerpo descanse en estos bosques fundido con la nieve, el silencio, las lluvias y el fino viento de las cumbres. Que nunca los humanos me arranque de este paraíso que Tú me diste. Que sea así, Señor." Después, me duermo. Al día siguiente recorro los campos, visito a los que aún viven en el cortijo, charlo con ellos. Los campos, el monte, su hierba, sus pájaros, son los mismos, pero la melodía, el lenguaje que de ellos ahora brota, no tiene acento, está quebrado, desafinado, sin color o más bien de color opaco. Sin embargo, sé que en ellos no ha cambiado nada; es dentro de mí donde se han roto las cosas. Ya no oigo con el mismo gusto, no tengo la misma sensibilidad, no hay en mí ni la misma paz ni ilusión de antes. En mi alma las heridas han encallecido, mi espíritu ya es viejo. Está mutilado.

Hay momentos en los cuales odio a todas las personas que me han rozado por el daño que me han hecho. Me gustaría castigarlas de algún modo, despreciarlas eternamente, quitarles sus riquezas, en fin, hacerles daño de alguna manera por lo destrozado y roto que ellos me han dejado. No hay derecho, no hay ningún derecho hacer sufrir a las personas del modo que sufro yo. Nada en el mundo puede justificar este dolor. Mi alma

está ahora rota; ya no sabe ni gustar ni ilusionarse ni soñar. Cuando una persona llega a esto, ¿en qué medida sigue viviendo? En lo alto del monte vuelvo a rezar mi oración; también al caer la tarde, por la noche, al amanecer del día siguiente. Pasa una semana; ya tengo la idea, ya sé cómo empezar, qué decir. Sólo contaré la verdad tal como ha sido: con sencillez, claridad, ternura. Su título será: SUEÑO DE JUVENTUD. Cuando lo tenga escrito se lo daré a las personas que conozco para que lo lean y sepan quién soy, por dónde he pasado y lo que llevo dentro. Para que sepan cual es mi ilusión. Deseo que la gente conozca mi alma para que vean que no soy malo. Quizá así alguien algún día me lleve a su lado y me haga su amigo. Es lo único que busco. No apetezco que mi libro sea un éxito, tampoco quiero ganar dinero. Sólo me mueve escribir el deseo de encontrar a alguien que me quiera, que tenga necesidad de mi cariño, que ansíe mi ternura. Cuando me lean, me conocerán mejor, sabrán cual es mi necesidad, me tratarán tal como soy y merezco, comprenderán qué quiero. Tengo ansia de ayuda. Sabrán que soy dócil, humano que aspiro a la libertad y que busco la verdad por encima de todo. Sabrán que si me siguen arrinconando puedo suicidarme cualquier día porque soy insignificante, pero llevo en mí transparencia de nieves y pureza de vientos.

Pasan diez días. Al caer la tarde me siento en la puerta de mi casa. Contemplo el arroyo,

observo el sol que se oculta al otro lado del río. Vuelvo a rezar. En estos momentos deseo tener junto a mí a todos los que he conocido. Por encima de todo, me gustaría vivir en familia con ellos en este rincón. Ahora el mundo me parece más bello, siento ganas de vivir. Quizá el libro lo consiga. Trazo el título, en una hoja aparte, para ponerlo al final, escribo: ESTE LIBRO ES MI TESTAMENTO, POR FAVOR, LÉELO. VERÁS QUE ES UN GRITO DE SOCORRO. TIÉNDEME TU MANO, TE NECESITO, AMO A ESTE MUNDO, QUIERO VIVIR, DESEO CONSTRUIR ALGO BELLO, NO ME CENSURES MAS. TE JURO QUE NO SOY MALO. NO ME SIGAS IGNORANDO NI ME DEJES POR MAS TIEMPO SOLO. DAME UNA OPORTUNIDAD. ACÉRCATE A MI. DEJA QUE TE AME PARA QUE CONOZCAS MI ALMA. TU TAMBIÉN ME NECESITAS. DÉJAME POR FAVOR ACERCARME A TI. Sufro, estoy solo."



El camino es blanco casi como un sueño el sol cae quemándolo. Por él avanza Juan, barranco adelante. A lo lejos, por entre pinares y sombras, se ve el pueblo blanco y

el Guadalquivir, algo más cerca, se desliza silencioso con su majestad de rey. El anciano sube por el camino en dirección contraria. A sus espaldas trae un haz de leña. Se encuentran en la curva. Al ver al joven el anciano se para, suelta su leña, se sienta en el suelo y mira al muchacho.
- Ya ves qué cansado vengo.
Juan lo observa; su cara está vieja y arrugada; pero en ella se ve mucha bondad.
- ¿Para quién es la leña?
-Vivo en la casa pequeña del arroyo. Estoy solo. Recojo leña para cuando llegue el invierno. Ya estoy viejo y ando cansado, ha sido mi destino. Sin embargo, de Dios no me alejé nunca; los hombres y esta tierra, sólo me dieron desprecio, abandono e incomprensión. Si no hubiera llenado mi alma de Dios, todo habría sido un gran vacío; y la vida de cualquier humano realizada sobre el vacío ¿Qué sentido tiene?

El joven lo escucha. No entra en la conversación. Al rato se levanta, carga con su haz de ramas secas y sigue por el camino del barranco. La casita se ve entre las zarzas, junto al arroyo, cien metros más arriba. Lo mira mientras se aleja. Es hermosa su figura yéndose por el camino blanco bordado de madroñeras verdes. Desprende paz aunque su apariencia es de pequeñez, casi de algo que no existe, como pavesa apagada que el viento mueve suave y vuela ajena a todo y a todos.
Juan se sienta; no tiene prisa y como el día

cae tiene menos prisa. Ayer tarde cuando, con su mochila acuestas, comenzó a subir por el camino, sintió miedo al ver los tres hombres que le seguían. Cree que los ha despistado y por eso ahora está más tranquilo. Va a quedarse por aquí para dormir en cualquier rincón. No va a ningún sitio ni en ningún sitio le espera nadie. Recorre los montes de estas sierras llevado por una fuerza interna que le hace sentirse feliz gozando la paz, el silencio y la belleza del campo. Oye un ruido cerca. Es como el chisporrotear de lumbres. Mira a su derecha; en el suelo hay un hormiguero. Las hormigas avanzan por la sendilla trazada a través del pasto cargadas con semillas. En la puerta del hormiguero, otras retiran la paja que estorba.

De nuevo oye el ruido. Se da cuenta que viene de algo más abajo. De entre el monte, de la curva que hay más adelante. Mira despacio. Descubre humo; del otro lado del cerrillo, sale un gran chorro de humo negro. Se alza en zigzag y sube hacia el cielo azul. Se levanta y corre buscando el arroyo. Ve las llamas. Desde el arroyo cerro arriba avanzan veloces destruyendo robles, pinos y matorrales. No lo duda, corre hasta las madroñeras de la ladera. Aprisa corta dos ramas grandes, busca el fuego y con las ramas golpea sobre las llamas. Consigue apagar un trozo, pero por el otro lado las llamas se extienden por la ladera y suben. No lo advierte y en unos de los momentos en que se vuelve para atrás descubre que está rodeado. Con los golpes de las ramas las

chispas han saltado y el fuego ha prendido a sus espaldas y a ambos lados. Corre y al saltar para escapar del círculo, tropieza, cae y siente enseguida que el fuego le quema su cara. Se cubre con las manos, rueda y cae hacia el arroyo. Sus ojos y su cara se han quemado y sus manos también. Siente un gran dolor. Quiere llorar, gritar, correr pero es ahora cuando se da cuenta que el fuego rodea la casita del anciano. Enseguida adivina la tragedia.

Se levanta, sube veloz arroyo arriba y grita. Las llamas vienen también del lado Sur y del poniente. Todo el arroyo ya está ardiendo con las zarzas, los pinos y los viejos robles. También arden los dos cerros que hay a los lados de la casita donde el bosque es aún más espeso. El humo, en una densa cortina que se arremolinea desde el barranco del Guadalquivir y se extiende por las oscuras laderas, se espesa al tiempo que se ensancha amenazante.

Llega a la casita y llama al anciano.

- ¡Sal fuera y corre; arderás si te quedas ahí!

Le anuncia. El anciano está escondido dentro en lo más hondo y oscuro de la estancia. Juan empuja, rompe la puerta, entra, lo busca. Al verlo acobardado le dice:

- Date prisa, el fuego ya nos rodea por completo; arderemos si tardamos en huir.

- Yo no tengo fuerzas; estoy torpe; si salgo las llamas me alcanzarán.

-Aún podemos escapar por el barranco del lado Norte. Es cuesta abajo y el fuego todavía

está lejos.

- Será imposible; huye tú y sálvate. No te preocupe dejarme aquí.

- Es absurdo. Tienes que salvarte conmigo; amenos vamos a intentarlo. Una vida, tu vida no puede terminar así. Si has luchado y has resistido hasta ahora ya tienes que llegar al final y acabar dignamente; si hoy te dejas quemar, morirás sin honor y tu muerte no tendrá ningún sentido. Morir por nada no tiene valor alguno y tú sabes mejor que yo que el final importa más incluso que todo lo anterior. Ven conmigo.

Y Juan lo coge del brazo, tira de él, lo levanta, lo empuja hacia la puerta y luego sigue tirando. Las llamas han prendido en el montón de leña que hay en la puerta. También en las zarzas que rodean la casita. El viento ahora sopla fuerte y las llamas se alargan como gigantescas lenguas rojas. Del campo surge un aterrador ruido seco y monótono. El anciano cae, Juan lo levanta, ve que no puede sostenerse, se duele de la pierna derecha; comprueba que se la ha roto; se agacha junto a él, lo carga sobre sus hombros, rodea las llamas, entra en el charco y baja. Treinta metros más adelante abandona el cauce; sube por la parte de atrás, por donde ya la ladera ha ardido. Se tambalea; va sin fuerzas; al pisar la tierra ésta cede; el anciano pesa y él no tiene muchas energías. La tierra aún está caliente y sobre su superficie ha quedado una capa de pavesas negras. En lo más alto del cerro,

junto a una roca achatada, se para y con cuidado lo va soltando.

- ¿Por qué lo haces?

- Eres un hermano mío.

- Pero tú no me conoces de nada.

- Estás solo y en peligro; me basta esto. Cuanto más despreciadas, dejadas y olvidadas estén las personas, más necesidad tienen de cariño y apoyo. Te he tendido mi mano para que sepas que conmigo sí puedes contar. Sólo esto tengo y esto te doy.

- Y te aseguro que ello vale más que cualquier otra cosa.

En estos momentos el fuego se ha extendido a lo ancho de más de diez kilómetros. Arden los barrancos, los espesos pinares, los robledales, los arroyos y las grandes torronteras del Guadalquivir; también la casita blanca y la pequeña huerta que hay junto a ella. Las llamas, cada vez más gigantes, rugen heridas.

Por el camino empiezan a subir camiones, tractores, coches, gente.

- Tenemos que seguir huyendo. Le dice el ancianito.

- ¿Por qué?

- Si ahora llegan los guardas, la policía y demás y nos encuentran aquí, cerca de donde ha comenzado el fuego, nos culparán de ello.

- Pero los dos somos inocentes. Yo luché por apagarlo y hasta me he quemado ¿Cómo van a culparme?

- Eso es verdad, pero sólo tú y yo lo sabemos. Tengo miedo y yo sé que has dado

la vida por salvarme; te ha faltado poco para morir, pero ahora estás vivo; no quiero verte en sus manos para que te maltraten. Tengo miedo. Si nos quedamos, eso será lo que pasará. Tenemos que huir.

LA MONTERÍA



Por la noche, cuando estoy sentado junto al fuego dando compañía a los que

hacían las veces de padres de Eva, la Señora Esperanza me dice:
- Si ahora te sientes a gusto yéndote del cortijo, hazlo; por nosotros no te quedes.
Comprendo que sus palabras intentan consolarme; saben que estoy apenado; saben que al haber muerto la niña, el cortijo, la finca y la huerta, los bosques y la sierra entera dejan de ser para mí lo que han sido hasta hoy. Sin embargo, pienso en ellos. Dejarlos solos en estos momentos es casi inhumano.

-Mas tú, necesariamente debes correr, conocer mundo; aún eres joven, tienes padres, hermanos y sueños. Debes seguir luchando hasta conseguir tus anhelos; no te quedes aquí; vete si lo deseas y no te preocupes dejarnos solos a nosotros.
Realmente estoy preocupado, confuso. Me duele que los dueños de estas fincas y sierras se hayan quedado tan indiferentes ante la muerte de Eva.
A primera hora del día siguiente, al cortijo empiezan a llegar coches. El dueño, sus amigos, sus hijos.
- ¿Qué sucede hoy?
Le pregunto al padre de Eva.
- Hay una cacería.
Al saberlo me desagrada. No veo bien que al segundo día de haber muerto la niña, en estas sierras y en el cortijo donde vivía, organicen una cacería. Aunque para el dueño Eva no signifique nada, creo que debería respetar el dolor que hoy hay en sus padres.

No es justo que porque sea una niña de campo y pobre, ni se le ame ni se le respete ni se le tenga un poco de cariño. De la cacería se puede prescindir y ahora en estas sierras hay motivo para ello.
Estoy en estos pensamientos mientras veo que no dejan de llegar coches. Aparcan en la puerta y en la misma llanura de los pinos. De uno de ellos se baja un señor que enseguida reconozco; Es don Feliciano, el mandamás de todas estas sierras y el que hace y deshace según le viene en ganas sin más principios que saciar sus propios caprichos. Se me acerca y me dice:
- Hoy te voy a pagar sueldo doble.
- ¿Por qué?
- Es por la cacería. Quiero que guíes a mis amigos. Tú conoces bien estos terrenos.
No me gusta el tono en que me lo dice y tampoco me gustan sus amigos. Se cree dueño de mi libertad y ya he observado que ni siquiera respeta nuestro dolor. Y como además tampoco estoy de acuerdo con la cacería porque sé que todos ellos son ricos y montan este tinglado sólo para divertirse, le digo;
- Hoy no cuentes conmigo para este trabajo.
- ¡Hombre!
- Estoy en desacuerdo con vosotros y el espectáculo.
- Nadie te ha pedido tu opinión en el asunto; trabajas para mí; te pago; tu deber es obedecer; el resto no es asunto tuyo.
- ¡Tanto cuanto! Soy libre; nadie puede obligarme a que actué en contra de mis

principios.
- Cursilerías. Te pagaré cinco mil, diez mil por sólo un día de trabajo.
- Hay cosas que no se compran con dinero.
- Déjate de filosofías baratas. Tú no estás en condiciones de exigir. Piensa bien en lo que dices y haces. Te doy mucho dinero y eso no lo puedes despreciar.
- Ese es un aspecto de la cuestión puramente material. El otro es que no quiero serviros de juguete para vuestros caprichos. Perdona si crees que te falto al respeto pareciendo un mal educado, pero no lo pretendo; no quiero herir tu dignidad. Es sólo que por principios, no deseo unirme a vosotros en la cacería.
- Te puedo despedir por esto.
- Sé que puedes y te digo que si lo quieres, hazlo. Tienes el poder porque eres el dueño y posees dinero, pero eso no quiere decir que tu proceder sea honesto.
- Eres un grosero. Ahora me enjuicias y esto ya no te lo permito. Estás despedido. A partir de hoy debes abandonar esta finca y no aparecer más por aquí.
Guardo silencio. Doy media vuelta; entro al cortijo, preparo mi macuto, los cuadernos, algún libro, dos piedras del río que un día encontré y cargo con todo. Salgo fuera, me abrazo a los padres de la niña.
- Nosotros sí participaremos en el trabajo de la cacería. ¡Qué remedio nos queda! Ya somos viejos y estamos cansados. Si nos despide, ¿a dónde iremos?
- No te preocupes, lo comprendo.
- Si fuera joven como lo eres tú haría

exactamente lo mismo que estás haciendo. Vete en paz, no te apenes por nosotros.
Me seco las lágrimas; doy media vuelta y comienzo a caminar subiendo por la senda que va por entre el monte. Antes de alejarme, la señora Esperanza me dice:
- Si algún día tienes tiempo y te acuerdas escríbeme una carta. Como respuesta alzo mi brazo para decirle adiós. Paso por en medio de los coches aparcados en la llanura, por entre los que se preparan con sus rifles y cananas. Al pasar junto a él, oigo que dice:
- Es un pobre campesino mal educado, sin cultura y además orgulloso.
Estas palabras me duelen mucho. No he pretendido faltarle al respeto ni humillarlo; no he pretendido ser grosero, no soy esto, no quiero serlo. Sólo deseo ser libre y para ello no quiero identificarme con sus cosas porque no las creo justas.

Mientras subo por el arroyo, al atravesar el monte, recuerdo las mil veces que por aquí pasé y los mil juegos que la niña en estos montes tiene desparramados. Una de aquellas tardes, me decía:
- ¿Te das cuenta? Es posible gozar la vida y las cosas de una forma totalmente particular, local, regional y darle al mismo tiempo un sentido universal, elevado y eterno.
- Lo veo; me lo acabas de enseñar.
- Ojalá fueran muchos los que practicaran esta forma de gozar la vida.
- Creo como tú, que a los hombres se les llenaría el corazón de buenos sentimientos.

- Sin embargo, fíjate cómo es este mundo. Ahora que estamos vivos, nadie sabe de nuestra existencia; luego, el día que muramos, seguro que nos levantarán monumentos, nos dedicarán poemas y nos llevarán flores a la tumba; pero ahora que vivimos ¿Qué somos para ellos?
Voy a responder a estas palabras cuando un pequeño pajarillo blanco, me llama la atención. Se ha parado en la rama de la adelfa del arroyo.
Lo mira y me dice:
- ¡Qué bonito es!
-Hermoso como una puesta de sol.
- Parece un gorrión.
- Sí, pero los gorriones no son blancos.
- Vamos a cogerlo.
-¿Crees que le pasa algo?
- No lo sé.
Nos acercamos al espeso bosque.
Se ha camuflado por entre las ramas y no lo vemos.
- Estaba aquí.
- Sí, también yo lo he visto, estaba aquí ¿A dónde se habrá ido?
- Quizá voló.
- No lo hemos visto; además parecía como si no pudiera volar.
- ¿Estás segura?
- Sólo saltaba por la tierra.
Y en estos momentos lo vemos otra vez. Está pegado al tronco del roble tres metros más abajo.
- Voy a por él.
Le digo.

- ¡Espera!
- ¿Qué pasa?
- Mirémoslo despacio mientras está ahí ¿Viste algo tan hermoso alguna vez?
- Te aseguro que no.
-Y no es un gorrión ni tampoco un canario ni un ruiseñor es un pájaro nuevo que nunca vi por estos campos.
- Pero hermoso ¿Verdad?
- Bonito como un sueño.
- Me gustaría tenerlo en mis manos.
- ¿De dónde vendrá?
- Ni idea.
Lo miramos fijo sin movernos por miedo a que se asuste. Pía de una manera que tampoco conocemos.
- Voy a acercarme despacio a ver si me deja tocarlo.
Se mueve lentamente; enseguida el pájaro salta a otra rama y luego se pierde en la espesura del bosque. Lo buscamos rápido, pero ya no lo vemos más. De pronto, sentimos como si con la pérdida del pajarillo se nos hubiera muerto una pequeña ilusión. Unos días después, volvimos al rincón. Miramos por entre las ramas con la esperanza de volver a ver tan bello y extraño pajarillo. Y lo que descubrimos es un nido de palomas torcaces en el mismo roble donde el pájaro se refugió. Cogemos los pichones, nos los llevamos al cortijo y los criamos. Crecen y por la casa, en todo momento andan sueltos; van y vienen de un lado para otro. Aunque pueden volar y marcharse a los campos con las otras palomas, no lo hacen. Siempre

andan sueltos de acá para allá sin irse. Evarina les coge mucho cariño. Van con ella por todos los sitios y si camina a prisa, ellos también lo hacen, si se para, ellos se paran, si los llama para que se vengan a su lado, llenas de mansedumbre, las palomas se acercan y se quedan con ella. Además, la niña de vez en cuando les pide que vuelen hasta el cerro de enfrente o la llanura del río. Las aves, como si comprendieran y quisiera hacer feliz a la niña, trazan sus vuelos y luego vuelven siempre a las manos de Eva.

Nos alegramos de la mansedumbre de estas palomas y un día y otro jugamos con ellas por todos los rincones de nuestra querida sierra. Somos felices y hasta creemos que no hay nada más bello en todo el mundo. Las palomas están con nosotros, pero son libres y esto nos da mucho gozo. Un día, estamos sentados en el cerrillo que hay por detrás del cortijo. Contemplamos la llanura por donde se aleja el Gran Guadalquivir y somos felices viendo a las palomas por el río de un cerro a otro. De pronto, en uno de sus vuelos, suben hasta lo más alto de la cordillera. Se nos pierden por entre los árboles y en un buen rato no las vemos. La niña las llamas y mira hacia la loma esperando verlas asomar. Pero en estos momentos oímos disparos de escopetas y entonces ella se asusta. Las llama desesperada una vez y otra y las palomas no aparecen. En estos momentos, me acuerdo que el dueño Feliciano con sus amigos, hoy está de caza por la finca y anda

por la dirección en que las palomas han desaparecido. Se lo digo a la niña y al caer en la cuenta de la tragedia, su alma se llena de amarga tristeza. Llora apenada y a lo largo de muchos días, recuerda una vez y otra, el desagradable final de sus palomas.

Ahora esta tarde, cuando ya me alejo de este rincón, al cruzar el arroyo, me doy cuenta que el monte ha crecido mucho por aquí. La pequeña senda que sube por el río, está casi tapada por las sabinas, los pinos y el romero. Cuanto más me adentro hacia el arroyo más la vegetación se espesa. Años atrás, por aquí se podía caminar cómodamente. Ahora la hierba y el monte ha crecido y ha cerrado el camino hasta cubrirlo y hacerlo intransitable. Pero hoy al pasar, veo el roble donde encontramos el nido con los dos pichones de torcaces y el pajarillo se escondía. No se ha secado, sino que sigue tan joven y verde como aquél día. ¡Qué curioso es este roble! A pesar de estar tronchado y caído desde hace mucho tiempo, permanece verde un día y otro y no parece dar señales de marchitarse jamás. Lo de este árbol realmente es extraño. Hasta parece un misterio. Unos días después de lo del pajarillo y los pichones, antes de empezar la primavera, atravesamos estos campos y fuimos hasta donde construían el camino para que los coches llegaran al cortijo. Era al poniente al otro lado del río junto al arroyo grande. Allí nos quedamos con los que trabajaban en el camino, viendo empujar las rocas. Y aquella tarde intentaron arrastrar una gran roca desde la ladera del

cerro hasta lo hondo del barranco. Cogieron unas cadenas gruesas, amarraron la piedra y tiraban de ella con un tractor.
Viendo esta operación estábamos aquella tarde cuando empezó a tronar. El cielo se había cubierto de nubes todas negras y los truenos empezaron a zumbar. Enseguida comenzó a llover reciamente y sin pensarlo mucho, nos refugiamos en lo primero que vimos y lo primero fue una espesa encina algo baja y redonda. Varios de los hombres hicieron igual; abandonaron la roca y corrieron acurrucándose junto a nosotros. Las ramas de la encina eran espesas como para aguantar aquel raro chaparrón, pero desde luego fue al principio. A los diez minutos de la lluvia, la encina dejaba pasar tanta agua que daba igual estar bajo ella o al intemperie. Sin embargo, allí nos quedamos todo el rato arropados con una lona y a los quince minutos contemplamos, llenos de curiosidad, la gran tromba de agua que empezó a bajar por el arroyo. Era espectacular. Como la lluvia había caído con tantos ímpetus el agua se deslizó rápidamente por la ladera y llenó a tope todos los regajos.
- No sé cómo podremos irnos de aquí. Comenté a los hombres al observar que el arroyo crecía y crecía por momentos.
- Esto se pasa enseguida.
Nos dijeron ellos y así fue; ni siquiera media hora más duró el cielo nublado. Cesaron los truenos y también unos minutos más tarde empezó a desinflarse la corriente del arroyo.
Sin embargo, los hombres suspendieron la

tarea de la roca. Todo el campo se había convertido en barrizal y ahora el tractor patinaba. Y como precisamente el interés para nuestra presencia allí, estaba en la aventura de la roca, en cuanto esto se quedó parado, nos despedimos de ellos y nos fuimos. Cruzamos el río por el puente y luego atravesamos la llanura en busca del cortijo. Íbamos recorriendo los últimos tramos de la llanura y nos acercábamos a los robles del arroyo donde, entre todos, destacaba por su majestuosidad, el de los pichones. Antes de llegar a él, nos azotó una fuerte ráfaga de viento que subía desde el río arroyo arriba hacia la cumbre. Eran las últimas cenizas de la tormenta que acababa de pasar. Pero aquella ráfaga de viento nos dio un susto de órdago:

Justo cuando llegaba a la altura de los robles, el nuestro, el de los pichones y el pajarillo, crujió, se retorció y lo vimos partirse por la mitad. La parte seccionada, el viento la empujó y fue a caer al barranco del arroyo. El tronco se quedó metido dentro de la corriente en un charco redondo y las copas apuntando hacia la colina que hay al otro lado del río. Al principio, contemplamos el fenómeno un poco asombrados. Había sido un espectáculo salvaje que no esperábamos y esto nos sorprendió; pero al rato empezamos a sentir pena. Ya le teníamos un gran cariño al pequeño bosque de robles junto al arroyo. En verano daban una sombra fresquísima y en invierno, ver la lluvia caer sobre ellos, era

extraordinariamente bello.

Cruzamos cerca del roble roto; lo miramos y seguimos hasta la casa. Los dos hicimos gran cantidad de comentarios y no dejamos de estar extrañados por el cambio que se había producido en el rincón. Pasó el tiempo, un mes, tres meses, un año y más y el trozo de árbol de unos doce metros de largo, no perdía lozanía ni se marchitaba. Todo lo contrario: Cada día que pasaba estaba más verde y joven a pesar de estar totalmente separado de sus raíces. En cambio, el tronco que tenía las raíces, sí se secó y poco a poco se iba pudriendo. Pero además de esto, en aquél pequeño bosque de robles, sucedió algo que nos desconcertó por completo: Aquella misma primavera se marchitó totalmente el mejor de los robles del bosque; el que estaba cerca del que fue roto por la racha de viento. Era un roble alto, verde, recio y frondoso y sin embargo, se marchitó.

Dos semanas más tarde del día de la tormenta, sus hojas, empezaron a ponerse amarillas y veinte días después estaba totalmente seco. A Eva, este fenómeno le llamó mucho la atención y desde aquel día, siempre que pasábamos por allí, nos parábamos a observar tanto un árbol como otro. Nos parecía imposible que el roble tronchado siguiera teniendo tanta vida sin ningunas raíces y en cambio el otro, el lozano y de raíces gordas estuviera tan seco. Aquello nos llamó tanto la atención que ahora ya, pasado el tiempo, hasta teníamos miedo que por fin un día se secara. Después de

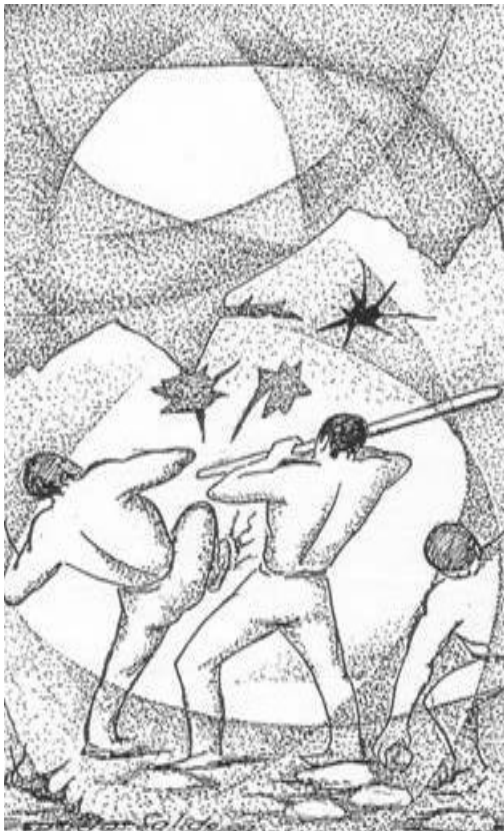
tantos días tronchado no queríamos que se marchitara. Tenía que seguir verde para siempre; era como una necesidad; como la demostración de algo y por eso nos preocupaba que cualquier día de aquellos amaneciera lacio y seco.
Sin embargo, pasó el tiempo y el trozo de roble no se pudría. Y de esta imagen hasta habíamos sacado conclusiones morales:
- Es como si nos dijera que las personas más sanas, las que tienen muchas raíces por donde les puede llegar la vida a raudales y por lo tanto, muchos medios para vivir y poseer todo, pueden ser, sin embargo, las más prontas a morir y perderse para siempre. En cambio, esas otras sin nada; sin amor, sin casa, sin dinero, sin amigos, sin influencia ni raíces, parecen como si fueran capaces de permanecer en la vida para siempre. Lo que ha ocurrido en estos robles es algo así de raro. Me decía Eva.

Y era cierto. Aquél roble, el que permanecía con sus raíces clavado en la tierra y sin embargo se secaba y se moría, no tenía para nosotros, ningún motivo ni explicación aparente para que se marchitara de aquella manera. Con ser el más fuerte y el más robusto, se moría como el más pobre; era el menos atractivo y por donde la vida al pasar, ya no creaba ni belleza ni esperanza ni expectación. Y en cambio el otro; el que estaba tronchado junto a las aguas del arroyo, sí rebosaba de misterio y encanto. Con estar separado de sus raíces y de la

tierra, era el que poseía la vida con toda su riqueza y esplendor y como estaba apuntando hacia las cumbres, casi quería decir que por allí amanecería un nuevo mundo.

Ahora esta tarde, al pasar por el rincón de los robles, una vez más lo he visto verde, lozano y lleno de paz como en aquellos días. Sigo subiendo por la senda en dirección al pueblo de Cazorla. En lo alto de la loma, al final de la curva me paro un rato. Echo una mirada a las tierras que voy a dejar atrás. El cortijo, la llanura, la huerta, el río, la loma; todo se queda aquí. De nuevo me despido y ahora sí es para siempre. Se me caen las lágrimas, me ahoga la tristeza. Quiero más a esta finca que su propio dueño y la explicación es la siguiente: El la ama no por lo que de belleza hay en ella, sino como un objeto que le pertenece porque la ha comprado con dinero y así lo dicen los papeles. Yo la amo porque me he criado aquí, porque desde pequeño he respirado el olor de sus flores, del monte y de la hierba y ahora mi alma está acostumbrada a esta belleza. Estos campos y sus silencios forman un mismo corazón con mi corazón y en simbiosis perfecta estamos unidos al Creador del mundo. Por esto, estas sierras hoy son mucho más mías que de quien las ha comprado con dinero. Pasado un rato sigo. No puedo hacer nada para cambiar el curso de las cosas.

FRÁGIL COMO UN SUEÑO



Fue en el centro del gran Valle; donde el Guadalquivir se remansa antes de

morir en su pantano azul. En el ambiente empezó a crecer el suspense. Mas bien parecía como si algo bueno y esperado desde mucho tiempo, estuviera a punto de llegar. Una paz dulce y transparente era el estado de ánimo que con fuerza se hacía presente. Poco a poco la luz natural fue disminuyendo y el Valle, corazón de la Sierra de Cazorla y el Parque Natural, fue quedando en penumbra. La tonalidad iba de marrón a gris celeste.

Sobre las dos de la tarde, a unos doscientos metros de la multitud, un haz de rayos luminosos, comenzó a surgir. Entre la multitud y los rayos había un cerrillo y de la hondonada de éste y la colina, surgía la luz. Algo así como si el monte ardiera alrededor de ellos, en forma de media luna. Todos se fijaron en el fenómeno y observaron como el haz luminoso se orientaba hacia la izquierda. Y en estos momentos otro fenómeno captó la atención de todos los allí presentes. Los rayos se proyectaban sobre la misma penumbra del vacío y aquí comenzaron a verse maravillosas imágenes llenas de vida y color. Como si fuera en cine, pero con dimensiones más grandes. Las imágenes eran gigantescas y aparecían con la misma exactitud que en la realidad. Sus relieves, sus colores, su frío, su calor y su belleza, empezaron a sobrecoger a la multitud. Ellos, cada uno de los que formaban el grupo, empezaron a convencerse de que allí se les estaba mostrando la herencia que al final de

los tiempos, les había tocado en suerte. El murmullo entre ellos era grande; las imágenes cada vez más aparecían cargadas de vida. Pasó un rato y poco a poco la iluminación fue disminuyendo. Las imágenes seguían apareciendo, pero ya, lo central del mensaje, había sido revelado. Los cachorros humanos empezaron a irse hacia el cerro de donde manaban las imágenes. Los otros los cachorrillos humanos, se fueron hacia el río; Nerea o la Naturaleza amiga, iba mezclados entre ellos.

Llegaron a una pequeña llanura y ahora vieron que las figuras surgían alrededor de ellos; como en un corral encerrándolos en el centro. Todavía, durante un rato más, los Cachorrillos siguieron poseídos por la convicción de respetar lo que estaban viendo. Hasta que de pronto uno dijo:
- Nos están engañando. Esto que nos rodea sólo son tablas pintadas. Por lo tanto, no pueden darnos lo que esperamos.
- Sí, es cierto.
- Arremetamos contra ellas y ya veréis.
Y todos se agacharon; cogieron piedras, palos, arena y formando gran escándalo, se lanzaron contra lo que veían. Y cierto: Ellos creyeron que eran tablas y esto resultó. Las piedras que lanzaron contra las tablas rebotaron y el ruido retumbó en todo el valle. Las imágenes se fueron rompiendo y entonces los Cachorrillos humanos se animaron y siguieron gritando:
- ¡Veis como eran pinturas!

- Nos han estado engañando desde siempre.
- Es una mentira.
Nerea, o la Naturaleza amiga, había permanecido muda y cuando los vio rebelarse decidió irse de ellos. Anduvo hacia el cerro buscando el río y pronto se liberó del círculo. Desde lo alto del monte les habló y les dijo:
- No debéis rebelaros, el error que estáis cometiendo es grave y puede caer sobre vosotros.
- Es una tontería.
- ¿De quién aprendisteis semejante comportamientos?
- De nuestros padres y también de nuestros mayores. Nunca ellos nos engañan.
- Pues yo os digo que sí estáis destruyendo vuestro propio bien.
Los Cachorrillos les escucharon, pero no le hicieron caso. Nerea se agachó y cogió del suelo una piña. Desmenuzó su cáscara y vio que su corazón era de un metal brillante. Alzó sus ojos hacia el horizonte, con voz que los Cachorrillos no habían oído nunca ni entendían, llamó a Sel, el alma de los ríos, los bosques y las nubes. Sopló un gran viento; desde el lado Sur, un hombre alto, joven y muy hermoso, se acerca a Nerea. En cuanto lo vio lo reconoció. Era él, el que tenía que venir. La multitud de Cachorros, Cachorrillos y los padres de estos, lo rodean como si de un dios se tratara. Sel, comienza a hablar y, a uno por uno, les va indicando la propiedad que les ha correspondido.
- ¿Debido a qué, nos da esta porción? Le preguntan los Cachorrillos, los Cachorros y

los Padres.
- Es lo que vosotros os habéis ganado para la eternidad. Es vuestra riqueza sin límites de tiempo.
La multitud guarda silencio y uno a uno va tomando posesión de lo suyo. Sel mira a Nerea, se acerca a ella, le pone la mano sobre el hombro y extendiendo la vista al horizonte, le dice:
- Lo tuyo es todo lo que ves ahí.
La multitud mira y al ver sólo una extensión de terreno y por detrás un resplandor como si amareciera, a coro todos dicen:
- Pues no es tanto; los que en su vida por la tierra fueron buenos y practicaron la bondad, decían que en el futuro serían poseedores de grandes riquezas.
- Y así es; cuando se acerque y entre dentro, descubrirá lo que a vosotros se os está prohibido ver.
Nerea se retira de Sel. Empieza a caminar río arriba hacia las tierras que ahora le corresponden. Saca una flauta de su bolsillo y comienza a soplar en ella. Surge la misteriosa melodía y Azor, el Hombre Adulto, Padre de los Cachorros humanos, al oír las notas se estremece de emoción. Desde lo más hondo de su alma pide a Sel que le deje venir a este lugar. Se va caminando por la orilla del río y al verlo Sel, le sale a su encuentro. Lo recibe con el mismo cariño que siempre le había profesado. En cuanto está a su lado, Azor le pregunta:
- ¿Por qué ahora Nerea se va sin mí?
- Tú eres el que te quedas; ella quiere llevarte

consigo.
- ¿Por qué soy yo el que me quedo?
- No estás en la verdad.
- ¿Qué me pasa?
- Tienes miedo, eres egoísta, estás encerrado en ti.
Al oír esto Azor coge a Sel del brazo y lleno de confianza le pregunta:
- ¿Tú sabes entonces por qué se me desvaneció Tony, por qué te fuiste Tú y por qué ahora me abandona Nerea de este modo? Siento que la vida se me escapa de las manos sin dejarme la felicidad que le pedí.
- Pues la causa está en ti; en tu alma; en tu mundo interno. Recuerda que te lo explicó un día Nerea. Ahora mismo estás lleno de confusión y miedo. Sin darte cuenta casi has querido ser dios y esto te ha ido disminuyendo y empobreciendo hasta ponerte en contra tuya, gran parte del universo. Ahora tienes miedo y es lo peor de todo. El miedo paraliza, acobarda, aleja la luz de la mente. En ti está la causa de tu mal y tú solo puedes ayudarte.

Al oír esto Azor se aparta de Sel. Busca la orilla del río, se sienta en la hierba y refugiando su cabeza entre las manos comienza a llorar. Sel al verlo, se va hacia él, acaricia sus cabellos y le dice:
- No te entristezcas Azor, aún hay esperanzas para el futuro; tú no te entristezcas. Dime qué deseas.
- Quiero seguir a Nerea; quiero irme a su lado

y ser amigo de ella para siempre.
- ¿Lo deseas en serio? ¿Quieres atravesar la Puerta y entrar al futuro soñado?
- Con toda mi alma; ahora sé que si me quedo y ella se va, una vez más volveré a sentirme fracasado para toda la eternidad; ya no tendré ninguna probabilidad jamás de vida.
- Y si la sigues, si te haces amiga de ella, ¿No temes lo que puedan decir tus amigos, tus Cachorros y todos los que de tu especie, llenan las ciudades? ¿Te sientes capaz de vencer las cosas que te amarran?
- Por una vez, quiero imponerme sobre todo. Ahora ya no me importa lo que ellos digan o piensen. Deseo irme tras lo que mi corazón apetece; deseo arrancar de raíz el miedo de mi alma. ¿Dónde está la felicidad sino en ser yo mismo y seguir en libertad, los dictados de mi corazón? No me cierres más las puertas del futuro, deja que alcance mi sueño.
- Ahora razonas con fundamento y por esto te digo que sí empiezas a ser tú mismo. Te concedo lo que me pides. Ve tras Nerea y abrázala; une tu corazón al suyo y seguid vuestro destino. Entrad en la libertad y el gozo de ser vosotros mismos.

Cuando oye estas palabras Azor, se llena de gozo. Mira hacia las Tierras por donde Nerea se aleja. Alza su mano y la llama. Nerea se vuelve y al verlo correr hacia ella deja de tocar la flauta. Camina a su encuentro y se junta bajo los bosques de robles; le da la mano y los dos siguen caminando

atravesando el campo con sus corazones llenos de gozo.

El silencio llena los paisajes. Cantan los pajarillos y el viento mueve el oscuro bosque del río.

- ¿Hacia dónde me llevas?

Pregunta Azor, el Hombre Adulto.

- Hacia la vida.

Contesta Nerea, la Naturaleza Amiga.

- ¿Me respondes a una pregunta?

- Formúlala.

- ¿Por qué hasta hoy no he podido encontrar la felicidad que desde siglos vengo soñando?

- Porque siempre has vivido según los deseos de tu egoísmo, el placer y la materia. Esto no es bueno. Te voy a decir que la vida de los Humanos, el bien y el mal, es frágil como un sueño. Fácilmente se quiebra para siempre y es lo que a ti te ha pasado muchas veces. Por ir a prisa, no supiste escoger bien y ahora ya muchas cosas se te han ido de las manos para siempre.

- Aunque sea así, yo he amado sinceramente.

- No es suficiente. Tras esto que acabas de decirme, muchos se refugian y te digo que no es suficiente para entrar en la felicidad.

LA ANCIANITA DE LOS OJOS AZULES



La ancianita comprendió que era el final y que todos ahora esperaban unas palabras de ella.

Sin titubear, se levantó y directamente comenzó a hablar diciendo:

- ¿Cómo expresaros, cómo deciros, cómo encerrar en palabras breves y bellas, todo lo que ahora siente mi corazón? Nada sería más sencillo y bello, en este momento, que poder abrir mi alma ante vuestros ojos para que vierais lo que ahí dentro tengo. Esto es lo que ahora anhelo con todas mis fuerzas y lo que me produciría la mayor satisfacción. Porque. Aunque llenara de libros este mundo, con ello sólo habría dicho una pequeña parte de todo lo que siento y veo ahora. Por eso acepto, una vez más, que todo se hunda y muera en el silencio de los siglos y nadie sepa nunca una palabra de ese fuego que, en vida, ha quemado mi alma. Mas hay algo que sí puedo sacar a la luz, aunque torpemente, y meterlo en palabras para que lo conozcáis por si acaso os sirve de consuelo algún día.

Detrás del cortijo de Monte Claro, mirando al sur, hay una ladera toda tupida de árboles. Árboles con ramas recias en forma de un cielo de nubes pequeñas y grandes. En invierno crecía el musgo en sus troncos con tanta abundancia y tan largo que las ramas se fundían con él dando la impresión de que el mismo tronco era tan frondoso o más que las copas redondas. Cuando pequeña, cuando todavía no había llegado la guerra y apenas conocía este suelo, cuando todo lo que para mí existía eran aquellos campos con su sol, sus nubes, sus ríos y sus montañas en aquella ladera pasaba largos ratos, en los días de lluvia oscuros, viendo temblar en las

hojas, las gotas transparentes del rocío. Me divertían los pequeños arroyuelos bajando, primero por los troncos de los árboles y saltando después por las piedras, las lastras y la hierba. Nunca allí había otro ruido sino el de la lluvia y el viento y en ocasiones, ni siquiera éste. Nada más que el cielo azul y la ladera con su asombrosa visión verde y tranquila.

Todo los días al llegar la primavera, ocurría un fenómeno que me llenaba de alegría y me divertía hermosamente. Primero aparecían en el cielo cuatro o cinco palomas torcaces y luego se llenaban los montes y los cerros junto al río, los robles de las umbrías, los pinos de la llanura y las espesuras verdes y frondosas de la hermosa ladera. En mis largos paseos llenos de paz, juegos y sueño, al ponerse el sol en las tardes de primavera, subía hasta la ladera verde, en busca de las palomas. Y ellas al verme nunca se espantaban. Siempre me las encontraba paradas en las ramas con las alas huecas o la cabeza, a veces, entre las plumas. Algunas dormían en las ramas del mismo tronco y con mis manos podía cogerlas. Se estaban quietas que las acariciara, que las pusiera en mis manos o simplemente que las cambiara de un sitio a otro.

Aquél juego era delicioso y nunca me pareció ni extraño ni raro. Mi alma de niña contemplaba aquello como lo más normal. Igual de sencillo y simple que la hierba

creciendo, el rocío sobre el campo y las flores titilando en los montes al rayar el día. Mis pequeñas olas llenos de placer, se embelesaban, se dormían y se derramaban dulces contemplando la belleza de aquellas aves. Pasaron los días y me hice mayor y las palomas cada primavera acudían al bosque llenándome de gozo horas y horas con sus vuelos y sus arrullos. Después de casarme y cuando ya Andrés andaba, una y otra vez subía al vergel de aquella ladera para jugar con ellas al caer las tardes y en medio del imponente silencio.

Al estallar la guerra, me vine de aquellos campos y años después volví a ellos en varias ocasiones. Entre otras muchas cosas, de lo que más me acordaba era del bosque verde y las bandadas de palomas; y en mi alma siempre que me acercaba a aquel rincón, no deseaba otra cosa sino volver de nuevo a tener en mis manos y acariciar con mis dedos aquellas palomas. Y ocurrió que ni una tarde más pude gozar del espectáculo que tanto me había divertido cuando niña.

Ahora ya de mayor, antes de llegar al rincón verde, me descubrían y asustadas, remontaban vuelo cielo adelante hasta las nubes y luego se iban a lo más alto de la colina. Ni que decir tengo la pena que aquello me daba.

Yo siempre las había amado; siempre las recordaba en mi corazón como a mis mejores amigas; mas ellas, al verme ahora, me huían, se asustaban de mí, no me reconocían ni se

fiaban de mis intenciones ¿Qué era lo que se había roto y por qué se habían tornado tan ariscas? La explicación era sencilla: En la guerra y después de ella, en más de una ocasión, muchos hombres recorrieron aquellos campos con escopetas y lazos cazando todo lo que encontraban y allí mismo, junto al río, encendían lumbres y en sus brasas asaban las carnes de aquellas palomas. Ahora, cuando yo quise volver a aquel rincón, deseaba que las palomas, al verme, se estuvieran quietas y se dejaran acariciar por mí como en los tiempos pasados. Pero ahora parecía como si este rincón se riera de mí. Cada vez que me acercaba a él, antes de llegar, las palomas se iban y hasta los árboles estaban menos verdes, tenían los troncos más pelados y las ramas más lejos del suelo".

La ancianita interrumpió aquí su relato y como nosotros queríamos saber cuál fue el final de aquellas palomas, le preguntamos:
- ¿Llegaste a comprender por qué te huían a ti siendo como habías sido su amiga?
- La única explicación seria que he encontrado es que yo también había perdido mi inocencia primitiva. Hasta la naturaleza ahora lo sabía y de alguna manera me lo echaba en cara negándome lo mejor, lo más dulce, lo más elevado de ella misma.
- ¿Y cuál crees tú que es el camino de retorno para volver otra ver a la limpieza del alma y a la amistad con nosotros mismos?
- Hoy estoy convencida que todas las

guerras, todos los odios, todos los temores y los amores, dolores y gozos del mundo, no están en ningún otro lugar sino dentro de nosotros. Por aquí tendríamos que empezar a poner las cosas en paz.

Ahora esta tarde, siento que me voy y siento que ya no puedo hacer nada para arreglar ninguna cosa. Lo único que puedo es lo que hice otras veces: Pediros que vosotros sí penséis en ellos, en los niños que ahora habitan nuestro mundo. Lo único importante, lo único que realmente les hará mucho bien, es que procuréis que sus almas se mantengan siempre en la inocencia primitivas de las cosas; que se mantengan siempre en armonía con la naturaleza y en sintonía con el universo. Si lográis esto, veréis como son felices y saben sonreír y amar; veréis como son capaces, al fin, de vivir juntas razas y naciones.

Ya conocéis el camino y sabéis que es muy fácil; sólo basta con que vosotros respetéis, al menos si no podéis amar, a la naturaleza y todo cuanto de hermosura y belleza ha plantado Dios en ella. Respetarla y amarla un poquito y veréis como ella os devuelve su sonrisa y os hace personas más limpias, bondadosas y amables. De aquí aprenderán vuestros hijos y es muy probable que dentro de un tiempo, ellos sí sepan amar en serio y sean felices con auténtica felicidad. Esto es todo. Cuando el hombre vuelva sus ojos hacia el campo y amen a las flores, la música

de sus arroyos y el perfume de las tardes de primavera, las palomas volverán a posarse en las manos de los niños y éstos, las contemplarán con sus ojos limpios y jugarán con ellas y todo volverá a la paz y armonía primitiva de aquellos tiempos.

La ancianita cerró sus ojos. Notamos que poco a poco se apagaba. Nos pusimos junto a ella, como si con nuestro calor la quisiéramos retener un rato más y fue en estos momentos cuando recordamos el gran relato de su vida. Nos lo había contado tantas y tantas veces, que casi nos lo sabíamos de memoria: "Estaba nublado, las sombras de la tarde y de las nubes cubrían los montes y el cortijo. Un poco antes había llovido. Ahora la niebla llenaba los barrancos y las cumbres. Era Navidad o por lo menos el viento y la nieve que por él iba, eso era lo que parecía anunciar. El, antes de llegar, ve la puerta. Nuestro cortijo siempre ha estado abierto. Sin llamar, entra. Estoy sentada junto al fuego y al verlo exclamo:

- ¡Tú!

Corro y lo abrazo. Mutuamente nos llenamos de dulzura y cosas extrañas.

- ¿A qué estas carreras con tu abrazo y tu gozo?

Me dice.

- ¡No sabes el deseo que tengo de ti! Está nublado el cielo; la tarde es triste y hace frío.

Le digo y él me responde:

- Sí, es todo tan bonito y a la vez tan misterioso. ¿Estás sola?

- ¿Sabes lo de nuestro hijo Andrés?

- ¿Qué ha pasado?
- En el incendio del otro, día le alcanzaron las llamas; se lo llevaron a la ciudad; está en el hospital.
Al oírlo me abraza y durante un rato llora; luego dice:
- ¿Y mamá?
- En la cama.
- ¿Duerme la siesta?
- No; parece enferma.
- ¿Qué le pasa?
- No lo sé.
- ¿Puedo verla?
- Sí, entra.
Anda hacia la puerta y la abraza. Al hacerlo noto que el barro y el agua del campo también están dentro.
- ¡Qué triste es todo hoy, qué triste aunque por momentos da gusto sentir esta tristeza!
Por la rendija que la puerta de la habitación ha dejado al abrirse, se ve la cama. En ella está mamá. Sus ojos nos miran. Buscan sol y cariño.
- Mamá, ¿puedo pasar?
- Sí.
Dice blancamente con su cabeza.
Amándola desde el otro lado del tiempo, se acerca. La mira, lo mira.
Tiene sus manos entre las sábanas; no las mueve; no le dice nada. Guarda silencio. Por su cara parece pasar la lluvia, la nieve, el viento.
- Mamá ¿Qué tienes hoy?
- No lo sé, quizá es un catarro; puede que no sea nada.

- ¿Has visto qué día hace?
- ¡Ella es tan pequeña! ¿Vamos a dejarla sola?
- Eso digo yo, mamá.
- ¿Hace viento fuera?
- Mucho.
- ¡Quién me diría a mí que esta vida es eso: Nada!
- Tengo que decirte que este cortijo es extraño hoy ¿Eres feliz en él?
- ¡Qué más da la casa!
- Quizá todo es un sueño, el día que llueve o el campo mojado.
- Hasta por mi ventana entra el olor de los pinos.
- Son mis pinos mamá, nuestros pinos, la nieve blanca. Pero dime ¿Qué te pasa hoy?
- ¡Quién pudiera decirlo! Puede ser el deseo de ser toda alma.
- Tú eres tan buena, tan hermosa, tan callada...
- Algún día tenía que acabar lo que nunca es nada.
-Y ojalá, mamá, que nos amemos siempre y que siempre seamos nieve blanca.
- Acércate; soy tan buena como tú dices.
- ¿Me dejas que te dé un beso?
-Sí y además debes saber que también te quiero.
- Hoy estás más guapa que nunca.
Y ella se levanta sobre la cama
y lo abraza. Sobre su pecho llora.
Los dos tienen mucho que decirse, pero lo esencial, lo más hermoso, se lo dicen así, durmiendo en el pecho el uno sobre el otro.

- ¡Qué pavesa somos en el universo!
- No te entiendo, mamá.
- Es igual porque es hermoso pasar por el, sólo sembrando flores; cantando alegre; mirando el azul del cielo; haciendo puro lo que no lo es y amándonos a raudales.
- ¡Oh mamá! ¿Quién te ha dicho a ti eso?
- ¡Qué más da ahora! Sólo ya es importante contemplar la tarde y sentir el arroyo correr.
- Porque todo es breve ¿verdad mamá?
- Y nada queda después de todo.
- ¡Oh, quiero llorar, pero en tus brazos mamá, mientras se va la tarde!
¿La dejas que venga conmigo?
- ¿Dónde vas?
- Sólo a dar un paseo; está casi nevando.
- Llévala. Tú eres bueno; tú la quieres.
Se agacha hacia ella y besa su mano. Arropa su brazo y entonces dice:
- ¡Animo mamá, todo pasa; quedarnos en las cosas no podemos; hay que seguir porque el tiempo avanza! Todo se pudre menos eso: Tú alma, su alma y mi alma.
- Espera un momento.
Le digo y entro para mi habitación.
Avanza por la cocina.
- Ya no volveré más.
Le dice.
- Es igual; adiós.
Responde mamá. En el campo sigue lloviendo; todo es semi oscuro, perfumado de eterno.
Salgo del cuarto, me mira y dice:
- ¿A dónde vas tan guapa?
- Contigo.

Me ofrece su brazo y me agarro a él. Salimos al campo. El viento frío y la niebla blanca me acercan a él. Nos baña a los dos de lluvia invisible y prados de luz.
- ¡Qué frío hace!
- Hoy sí es verdad. ¿A dónde vamos?
-Sólo a hacer real lo que es sueño y por su belleza quedará eterno.
Avanzamos por el campo hacia la colina. A cien pasos está el arroyo.
Todo son pinos, niebla, monte, viento.
- Mira lo que sale por mi boca.
Le digo; me mira, expulso mi aliento y al mezclarse con el frío se hace nube de incienso.
- Parecen ríos de nieve que volando van al cielo. Es bonito, muy bonito.
- Yo diría que son ríos de humo, en mi alma llevo fuego.
- Todo es eso y algo más; el día y tú lo hace.
-Pero ¿oyes pasar el tiempo?
- Yo sí lo siento; parece como si sólo faltara un hililllo. Jamás me sentí tan feliz ni más lleno.
Pequeños caños de cristal gotean por las rocas. Al caer a los arroyos cantan dulcemente.
- Para que te hagas nota en este silencio, para eso te traigo por estos cerros.
- Ya comprendo; no importa no ir a ningún sitio.
- Nada.
- Sólo caminar por la tarde dando un paseo, sentirnos blancos entre la niebla y sentirnos uno casi en el cielo; sólo esto importa, porque

todo ello nos hace buenos. ¿Quién a su paso por esta tierra se tropezó en este suelo, con algo que le diera tanto, en tan poco y tan perfecto?
- No lo sé.
- Quizá somos únicos; por eso hoy te llevo por entre la lluvia blanca.
- Pero todo es sueño.
- Aunque así fuera, no puede serlo. ¡Todo es tanto y tan bello! Cae la lluvia, es invierno, está llegando la Navidad. Los montes son arroyuelos que llevan perfume y luz por los mares de mi pecho.
Formando ángulo recto, torcemos en el arroyo. Frente a nosotros está la fuente de los caños de viento. Sólo hay barro, lluvia y algo inmenso.
- Es como en aquellos días llenos. ¿Te acuerdas?
- Sí, como en aquellos días cuando éramos pequeños. Cuánto hemos corrido por estas praderas, cuánto y qué bello.
De nuevo torcemos a la izquierda. El agua del arroyo corre en la misma dirección que nosotros; por entre las piedras y la sombra.
- ¡Qué frío tengo; ahora sí tengo frío!
- Ya no llego a casa.
- ¿Por qué?
- Sólo quería verte y abrazarla a ella. Me esperan en la guerra.
- Pues dame un beso, pero antes dime ¿Es cierto que no se puede hacer nada?
- Nada. Ha llegado el momento. Aunque nos duela, hay que aceptarlo y quererlo.
- ¿Qué serán, cuando hayan pasado veinte

siglos, estos cerros?
- Quizá sólo sean olas esmaltadas de nieve y fuego; aunque eso no nos toca a nosotros.
- Es verdad; pero dime ¿No es todo pureza y aunque da miedo, sabe a eterno y además es bello? Casi parece un sueño que va sobre la aurora besando al viento.
- Y qué bien volar sobre las nubes y rozar el cielo; qué gozo sentir el frío cuando la tarde cae y todo es inmenso. Estamos abrazados ¿No oyes su aliento? Parecen campanillas blancas y aunque es misterio no es nada de eso. A partir de ahora, de este momento, ya la materia empieza a pudrir a la humanidad y sólo queda lo bello: Tu amor, mi amor, tu sueño y mi sueño. Es el fin y el comienzo. Adiós; volveré si puedo.

Acerca su cara a mí; al hacerlo, tropieza con la bufanda. Saco mi mano del bolsillo y tiro de ella hasta la mitad del pecho.
- Adiós y no hablemos más; te espero. Le digo con otro beso sobre su mano que tiembla. Lo sigo con mis ojos. Se pierde en el monte. La lluvia sigue cayendo. Es tarde. Poco después, se tiñe de negro el cielo. Ya lejos, se vuelve y me dice:
- Mas la aurora será blanca y allí, con ella, los dos estaremos abrazados para siempre y dueños del tiempo. ¡FELIZ NAVIDAD Y AHORA, DESDE DENTRO!
Fueron sus últimas palabras; después, no he vuelto a verlo."

PEDRO, EL ÁGUILA SIN PAÍS



Pedro era un águila muy bonita. Vivía con sus hermanos en un hermoso nido. Un día, una tormenta derribó árboles, monte y rocas. Ellos, con su nido, cayeron a la corriente. Los hermanos de Pedro murieron

ahogados, pero él, como era más fuerte, saltando sobre los maderos que flotaban, nadó y llegó muy lejos. Unas selvas que nunca había visto. En realidad, Pedro había visto pocas cosas porque a él aún no le habían nacido las plumas. Su cuerpo sólo estaba cubierto de pelusillas blancas.

Con muchas fatigas se movió por aquellos campos de acá para allá. Comió semillas y algún bicho. Tras varios días sumergido en su soledad llegó a un rincón donde había muchos animales de todas clases. Justo en este momento ellos celebraban una reunión. Así es que se los encontró a todos sentados escribiendo y dando discursos en el centro de una verde llanura donde un bosque de árboles proyectaba sus sombras. Se acercó. Iba sediento de compañía, necesitaba hablar. Tenía todo el cuerpo roto.
- Un visitante extraño se acerca.
Dijo el lagarto que hacía guardia allá en lo alto del peñasco.
- ¿Quién es?
Pregunta el que se erguía rey en aquella reunión.
- No sé; creo que es de otro país. Entonces todos dejaron su reunión y se pusieron a mirar hacia el camino. Por él se acercaba Pedro. Lo reciben con solemnidad, pero todos guardan silencio. Ya rodeado de ellos dijo:
- Busco a mis padres y hermanos ¿Los habéis visto?
- No sabemos quién eres ni de dónde vienes.
Esperaba una acogida cariñosa y hasta llegó

a pensar que su dolor iba a desaparecer bajo las atenciones de ellos. Comprobó con asombro lo contrario. Él era pequeño y aquellas cosas las desconocía. No sabía qué hacer. Pasó un rato y todos los de la reunión se fueron yendo si más palabras. Pedro se sintió tan triste que hasta lágrimas cayeron de sus ojos.

- ¿Quién me ha robado mi nido y a mis padres?

Poco después se hizo de noche. Estaba cansado. Allí mismo, tras unas matas, se quedó dormido. Cuando despertó ya el sol lucía iluminando el verdor de aquellos campos. No tenía fuerzas para ir a ningún sitio. Renqueando se movió un poco y comió berros de los arroyos. Luego solitario caminó todo el día. Al caer la tarde vio a unas ranas que tomaban el sol encima de unas piedras.

- Por favor, ¿Podéis ayudarme?

Ellas se rieron y zambulléndose en el agua se alejaron mucho. Descansó un rato y luego siguió. "¿Es que no hay nadie que quiera ayudarme?" Se decía y de verdad se encontraba muy solo. Todos aquellos animales vivían su vida sin preocuparse de él en absoluto. Lo más que hacían, cuando lo veían pasar, era reírse de él y despreciarlo. Le decían que era feo, raro y torpe.

- ¿Qué culpa tengo yo?

Contestaba Pedro. Pasaron muchos días. Una tarde, andaba solitario hacia otro de los rincones de aquellos campos, cuando, de pronto, cayó a un hoyo. Era una especie como de trampa difícil de escapar de ella. Al

verse preso en aquel lugar, gritó pidiendo auxilio. Nadie acudió. Pasó mucho rato y tras intentar desesperadamente salir de allí, quedó agotado. Se preguntaba una y otra vez a qué mundo pertenecía y qué clases de seres le rodeaban. “¿Por qué tienen que ocurrirme todas estas cosas a mí?"

Pasó la noche en el fondo del barranco. Al día siguiente de nuevo siguió gritando. Por suerte, sus voces llegaron a oídos de unos patos que por allí pasaban.

- Vayamos a ver qué es.

Y en una bandada graciosa volaron hasta el lugar. Al borde del barranco se pararon y dijeron:

- ¡Ah, mirad nuestra pelona águila!

- Misericordia amigos, sacadme de aquí.

- ¡Bah! Eres fea y pobre: no mereces que te ayudemos: lo mejor será que te alejes de nosotros cuanto más mejor.

- Pero ¿Cómo y a dónde?

- Eso no nos toca a nosotros, fea águila. Recibe lo que mereces.

Y entonces comenzaron a arrojarle piedras, tierra y monte.

- ¡Piedad de mí, no lo hagáis; nada malo os hice!

Pero no hicieron caso a las súplicas de Pedro. Para ellos, aquello era divertido. Mas sucedió que alguien vino en su ayuda. En el cielo apareció un águila gigante. Su sombra llenó los campos y todos se murieron de susto.

- ¡Mirad, huyamos!

Arrancaron en vuelo veloces y en poco rato

se perdieron lejos. Pedro estaba perplejo; miraba al cielo y en él, majestuosa, su compañera se mecía trazando bellos círculos. Sintió enormes deseos de ser como ella. Y precisamente este sentimiento le dio fuerzas para salir del agujero. Con mucho cuidado fue poniendo sus pies sobre la torrontera y poco a poco lo conseguía. Rato después por fin había salido. Su misteriosa amiga ya no estaba.

- ¡Oh qué feliz me siento ahora; cuánto daría por ser igual a ese pájaro que he vistos!

Decía esto porque no sabía lo que dentro de si él mismo guardaba. En su desgraciada pequeñez la única cosa que había aprendido era sufrir. y como todos lo despreciaban, jamás se le había ocurrido compararse a ellos y menos aún sentirse superior.

Siguió andando. Se tropezó con muchos animales. A todos pidió ayuda, pero ellos o se reían de él o no le hacían caso. Un día, después de mucho caminar, llegó a un lugar donde los animales formaban un gran poblado. Al igual que otras veces les pidió que le ayudaran. Lo que hicieron fue cogerlo preso y lo encerraron en un corral. Lloró mucho su triste suerte. ¿De qué modo escaparía de allí? Y de lograrlo, si toda su vida seguía tal como hasta aquel día. ¿Merecía la pena seguir luchando? Desgraciada desdicha la que sobre él estaba germinando.

Unos días más tarde, en aquél lugar se celebraba una fiesta. Este día había un atractivo distinto. Por votación de todo el

pueblo, se acordó que Pedro fuera el personaje central de aquella fiesta. Pero el caso es que el personaje que debía encarnar era cruel y salvaje. Con grandes ilusiones se preparó la fiesta. A las cinco de la tarde fue la inauguración oficial. Se le puso en escena. En el corral grande se soltó un carnero. Este animal tenía unos enormes cuernos y era fiero como un león hambriento. Para que luchara con él se soltó a Pedro. Las paredes eran tan altas que ninguno podía escapar. Muchísimos animales salvajes animaban el combate. Con furia el carnero embistió y Pedro saltó a un lado, luego a otro. De pronto resbaló, cayó al suelo y al ir a levantarse fue atropellado, alzado por los aires y luego sobre la tierra dio un gran golpe. Cejó el carnero para atrás y embistió nuevamente. A Pedro se le abrieron dos ojazos enormes. El dolor que sufrió en la primera derrota le despertó con un miedo grande. Al ver a su enemigo de nuevo corriendo en su busca, se le congelaba el aliento. Se levantó y dando un gran salto se quedó enganchado en el cuello del carnero. Rabioso clavó sus garras y pico en las carnes del fiero animal. El carnero berreaba, saltaba y loco buscaba escapar. No lo conseguía. Los espectadores aplaudieron felices aunque algo disgustado. Deseaban la derrota de Pedro.

Poco después el carnero cayó al suelo sangrando, completamente sin fuerzas. Pedro estaba loco. Era la primera vez que en su vida había luchado con animales a los cuales

él desde siempre sentía amigos suyos. Había derramado sangre, había matado. Claro que a él le habían obligado, pero aún así, el remordimiento, la angustia o no sabía qué, le quemaba en el pecho. ¿Por qué, naturaleza amiga, soy tan desgraciado sin haber hecho daño a nadie?" Se le nubló la vista y le pareció que a vengar la muerte de aquel animal, venían mil monstruos surgiendo desde todos los rincones del espacio que le rodeaba. Corrió y corrió fuera de sí y luego cayó al suelo. Cuando despertó habían pasado varios días.

Creyó que aun estaba rodeado de animales en aquel corral. Pero no; dos o tres gaviotas lo miraban dulcemente.

- ¿Qué ha sucedido?

- Después de lo que pasó aquella tarde te trajimos a nuestro nido y aquí te cuidamos.

Agradeció aquellas atenciones. Pasaron más días e iba creciendo lleno de paz y fuerza. Una mañana en un paseo, se alejó mucho. Sin saberlo, se acercó hasta el pueblo y de pronto, varios le reconocieron.

- Mirad quién es.

Pensó que ahora ya sí le iban a tomar como a un amigo. Pero ocurrió que fueron juntándose muchos. Lo rodearon y comenzaron a gritar:

- Matémosle, está estorbando entre nosotros.

Sobre la cabeza de Pedro cayeron varios palos y entonces no tuvo más remedio que correr. Corrió mucho y por todos los sitios le perseguían. Fueron rodeándole en una roca. Hasta lo más alto subió. Lo perseguían y ya

casi le echaban mano cuando saltó. Y ocurrió algo que nunca jamás había esperado. Para sostenerse en el aire abrió las alas; como las plumas le habían crecido no sólo les sujetaron por encima de ellos sino que les remontaba y remontaba por entre las nubes hacia el cielo azul.

- ¡Oh, mirad, es un milagro!

Decían asombrados. El águila también asombrada se alejaba planeando sobre el valle. Contempló la belleza de la Tierra y la pequeñez de aquellos que la poblaban.

- ¡Qué grande es todo, y pensar que se creían más que yo sólo porque tienen un agujerito para dormir y un trozo de tierra para jugar!

- VUELVE, SOMOS TUS AMIGOS.

Pero ahora era otro. Estaba loco de contento. Volaba libre de cadenas y dueño de su propia libertad. Una felicidad inmensa le asfixiaba.

LA ARDILLA SOLITARIA



Al caer la tarde, la abuelita se sentó junto a la cama de la niña y le dijo:

- En la Sierra de las Cuatro Villas, vivía un niño que todos conocían con el nombre de Moisés. A nadie en este mundo le gustará tanto la naturaleza como a él. Era amigo de una ardilla que fue protagonista de una bella historia. ¿Quieres oírla?

-Sí abuelita; he oído tantas cosas de Moisés, que aun sin conocerlo, ya lo quiero. Dime ¿Qué pasó?

- Me gusta que digas eso; ahora escucha lo que ocurrió. Estaba un día Moisés junto al pantano y sintió algunos ruidos entre las

ramas de los pinos.
- ¿Quién anda por ahí?
- Soy yo.
Contesta una voz aguda y débil.
- ¿Quién eres tú?
- Pino Verde, la ardilla más vieja del bosque.
- ¿Y qué te pasa a ti, Pino Verde?
- Me he roto una patita cuando intentaba saltar a ese otro pino que hay sobre las rocas. No puedo andar porque me duele mucho, y además, hace varios días que no como, me duele la barriga. Tengo hambre, por favor, ¿Puedes ayudarme?
- Sí, voy ahora mismo.
Le responde Moisés. Y sin pensarlo dos veces comienza a subir por el tronco del pino. Llega a lo más alto de la copa que es donde está la ardilla. Aparta unas ramas y la coge con su mano.
- Ya está. Ahora bajaré hasta el suelo y lo primero que haré será buscar piñas verdes para que comas.
En el pequeño agujero de las mismas rocas donde crecen los pinos, pone la ardilla. Con hojas secas de pino y retama le hace un nido bien abrigado; la acuesta en él y luego le trae muchas piñas verdes.
- Gracias Moisés.
Le dice la ardilla.
- De nada; para mí es un placer ayudarte y estar contigo.
- Ya estoy tan vieja que casi no puedo hacer nada.
- Pero curarás pronto; ya verás. La primavera está a punto de estallar y con las flores y el

calorcito del sol, la sangre de tu cuerpo se llenará de fuerza. De nuevo volverás a subir por los pinos y corretearás este bosque de un extremo a otro.
- Dios te oiga, porque ¿si tú supieras lo que yo he sido de joven? No había ardilla que me ganara a saltar por los pinos ni a correr por las rocas. Nadie me ganó a ser la mejor mamá del mundo; he tenido por lo menos quinientos hijos y a todos los he criado felices y llenos de amor.

- Eso está muy bien, hermana Pino Verde, pero ahora debes descansar. Duerme tranquila aquí en tu nido que yo vendré todos los días a visitarte y te traeré piñas verdes. Desde hoy tienes a un nuevo amigo. Me esperan en la escuela, hasta mañana.
Pero todo el mundo sabe en la sierra que Moisés no volvió a ver más a la vieja ardilla. Aquella noche cuando el niño dormía, se declaró un gran incendio en el bosque. Acudieron los de Icona y apagaron el fuego; sin embargo, el cerro y los pinos donde Moisés había dejado a Pino Verde, ardió totalmente. La vieja ardilla la encontraron en el cerro, junto a la roca, pero toda quemada. A su lado había otras ardillas amigas de la primera; eran sus hijos que acudieron a verla y a todos les cogió el fuego allí juntos. Todos murieron y Moisés, lo único que pudo hacer, fue enterrarlas al día siguiente, allí mismo, bajo el tronco quemado del pino de la roca.
Aquí cesó el relato de la abuelita. La niña le había escuchado atenta. Al final sólo dijo:

- En cuanto esté bien, hablaré con todos los alcaldes de los pueblos. No quiero que haya más incendios en estos bosques.

EL MONSTRUO



Algo después de salir el sol Carmen deja su casa; baja por la calle, llega a la carretera y camina por ella dirección al Pueblo Segura de la Sierra. En la misma dirección va mucha gente. Todos salen de La Puerta de Segura y van al mismo lugar: Al barranco junto al puente cinco kilómetros más arriba. Aquí hoy se celebra una gran fiesta. Los habitantes de varios pueblos de este valle, se van ajuntar por fin para crear un lazo de unión entre ellos a fin de ser, a partir de hoy, siempre amigos entre sí.

Carmen tiene nueve años y también va a celebrar este día; la acompaña su hermano mayor. Ambos llevan una pequeña bolsa y en ella alimentos para comer luego junto a las aguas del Río Trujala, entre los pinos, con los demás. Es rubia, bajita, de cara redonda y rosada y aunque es todavía muy joven, su inteligencia ya está muy desarrollada. Sin embargo, desde hace mucho tiempo, ella está enfadada con un vecino suyo que es algo mayor. Siempre que la ve quiere hacer las paces, quiere jugar con ella y quiere por fin ya, no sentirse más rechazado pero Carmen, a pesar de ser una criatura buena, sigue sin querer ser amiga de su vecino.

Tengo que decir que el Pueblo de la Puerta de Segura, está enclavado en la misma entrada del gran Valle también con el mismo nombre. La Sierra de Segura se encuentra al comienzo de otra gran sierra que se llama

Cazorla. Entre ambas sierras está el Pantano del Tranco. El hermoso Valle de Segura se encuentra en el centro de la sierras rodeado de cerros sembrados de pinos, ríos, arroyos, rocas gigantes y muchos pueblos. Para mí, este rincón es uno de los más bellos de España aunque son pocas las personas que aún lo conoce. También son pocas las personas que conocen las leyendas e historias de estos lugares cuajados de bosques verdes y éstos repletos de ciervos, cabras monteses, ardillas y jabalíes.
En esta mañana de primavera la gente avanza por los caminos hacia el centro del Valle. Otros como Carmen y su hermano, suben Río Guadalimar arriba. Todos van al mismo sitio. Al puente de la carretera en el Río Trujala donde se celebra la fiesta. Unos y otros, mientras avanzan por los senderos, hablan del gran monstruo. El misterioso y gigantesco monstruo que vive en estos bosques desde hace ya mucho tiempo.
- Como aparezca hoy, seguro que estropeará la fiesta.

Comentan dos hombres que caminan delante de los niños. Carmen no está preocupada por lo del monstruo. Mientras camina va charlando con su hermano; le cuenta la aventura de la nieve hace unos días:
- Subimos hasta el Pueblo de Hornos; allí nos quedamos un rato jugando, bebimos agua en el río y algo después llegamos a lo más alto del monte, donde ya cerca nace el Río Madera. Por aquí nos paramos y como había

mucha nieve por entre la espesura de los pinos, corrimos por ella, hicimos bolas, trazamos pequeñas pistas de esquí y al final construimos un muñeco de nieve. Nos tumbamos junto a él y luego saltamos por los peñascos todos cubiertos de nieve. Buscamos níscalos, descubrimos un refugio de ramas secas y al caer la tarde, emprendimos el camino de regreso. Fue un día lleno de alegría y repleto de encanto. Era una tarde llena de sol, sin nubes en el cielo y el viento ni siquiera estaba frío. Daba gusto pasear por el bosque, respirar el olor de los pinos, tocar sus ramas y teniendo como fondo el ruido de las corrientes de los arroyuelos al saltar por las rocas.

- Otro día cuando vayáis tengo que ir con vosotros.

- Sí, puedes venir; ya verás qué bien te lo vas a pasar y seguro que iremos muchas veces.

Mientras comenta la aventura de esta pequeña excursión llegan al lugar donde se va a celebrar la fiesta. Al dar una curva en la carretera, ven el puente sobre el río. Junto a al cauce, la gente ya está acampando. Sobre la hierba se sientan. Cerca de los árboles, pegados a sus troncos, ponen la comida y todos se preparan para ver el comienzo de la gran fiesta.

Bajando de Segura de la Sierra, aparece un muchacho joven. Corre por la carretera y da voces diciendo:

- ¡El Monstruo está por aquí cerca, pero la fiesta tiene que celebrarse! Estad todos tranquilos que yo vigilaré; en cuanto lo vea os

avisaré con grandes voces.

La gente lo escucha y acepta lo que les propone. Por detrás del joven se alza un gran monte llamado Sombrero con 733m. Más arriba, entre el Pueblo de Orcera y Segura de la Sierra, se alza otro monte aún más alto. Es Peña con 1412m. Sobre sus cumbres hay nubes blancas. Todas las laderas están llenas de hermosos y espesos bosques de pinos de la especie llamada laricio, que es la que más abunda en la zona de Segura de la Sierra. De aquí de este monte y de los otros cercanos: Vicable y Picarzo bajan los ciervos hasta los valles cercanos a pastar y a beber en los ríos. Justo ahora cuando Carmen y su hermano pasan por el puente ven una manada de estos animales.

- ¡Mira qué bonito!

Exclama ella.

- Sí, pero no grites para que no se espanten.

Ambos se paran un poco más arriba del puente y mudos y quietos contemplan a la manada. Los animales han bajado del monte, se acercan al río y beben en la corriente. Algunos chapotean por el agua; despacio y sin estar asustados salen luego del río, se van hacia la espesura de los pinos y poco a poco se pierden ladera arriba.

- De estos animales lo que más me gusta es su gran nobleza y paz. Ya han llegado a cogernos confianza y no se asustan. Ojalá siempre todas las personas de estos pueblos los respeten tanto como hasta hoy los hemos respetado y querido.

Sobre el tronco de un pino, pegado a la carretera, un hombre canta tocando su guitarra. Es joven y también ha venido a la fiesta. Ya lo está celebrando con sus cantos. El mismo se ha nombrado recibidor oficial de las personas que van llegando. Canta canciones preciosas que nadie conoce y las cuerdas de su guitarra desgranan dulces notas. La niña y su hermano se han parado y escuchan atentos al que canta cuando hasta ellos se acerca un vecino con el cual ella no quiere hablarse. No hay ningún motivo para que Carmen tenga que estar enfadada con este muchacho pero el caso es que no quiere ser su amiga. Ni le habla y además, en cuanto puede se aparta de él y lo deja sin su aprecio. Pedro, que así se llama, se le acerca, los saluda y dirigiéndose a la niña le dice:

- Te propongo una cosa.

- ¿Qué me propones?

- Ir a la casa vieja que hay junto al río, en la curva de la carretera. Aún la fiesta va a tardar; tenemos tiempo de ir hasta la casa, verla, jugar por allí y luego volver.

- ¿Qué hay allí en la casa para que tengamos que ir a verla?

- La están derribando. Dicen que desde hace algún tiempo, por las noches ocurren cosas raras y dicen que esto es debido a esos oscuros, viejos y antiguos muros de piedra con los que estaba construida. Han venido unos extranjeros y la han comprado, pero antes de habitarla, la van a derribar y construirla toda de nuevo. Podemos ir para

verla por última vez. Cuando pase algún tiempo ya la vieja casa no será la misma. ¿Qué te parece?
- Que yo no voy.
- ¿Por qué?
- No tengo ganas de andar. Vete tú solo o en todo caso si mi hermano quiere que te acompañe.
- ¿Vas a quedarte sola?
- No pasa nada.
-Si viene el monstruo ¿Quién te defiende?
- Yo sé correr.
- Pero es que yo quiero estar a tu lado para cuidarte. No deseo que te pase nada.
- No me pasará nada.
- De todos modos, si tú te quedas yo también me quedo.
- Pues ya sabes que no te necesito.
Justo en este momento oyen voces. Es el muchacho encargado de avisar en caso de que el extraño monstruo se presente.
- ¡Que viene, que viene!
Grita fuerte desde el monte más alto. La gente, al oírlo, huye confusa. Algunos trepan por los troncos de los árboles, otros se suben en los peñascos y otros se aplastan junto a los muros del puente. Pedro, en cuanto oye las voces, coge a Carmen del brazo, tira de ella y se la lleva a unas rocas que hay entre los pinos. Aquí, en una pequeña cueva, le pide que se esconda y le recomienda que no se mueva. Su amigo se aplasta y a los dos minutos como siente que Pedro se ha quedado a su lado para protegerla, le dice:
- Si tú quieres puedes irte; no me hace falta tu

ayuda para defenderme del monstruo.

-Ya te he dicho que no te dejaré sin mi protección.

- Eres un tonto y un pesado. Quiero que te vayas de mi lado.

Y al decirle esto le empuja hacia fuera de la cueva. Pedro pierde el equilibrio, pisa en la tierra de la pequeña torrontera y como ésta se resbala, rueda por el suelo y después de varios tumbos, cae en un charco. No dice nada; no se enfada contra la niña, no pierde la paz. Despacio se levanta, sacude el agua y el barro que se ha quedado pegado en sus ropas; la mira; no le recrimina nada ni la desprecia. Anda un poco hacia la carretera, se sienta sobre la hierba mirando frente a la curva donde su pequeña amiga está.

Pasa un rato; el sol ya está a media altura en el cielo; no hace viento ninguno. Sobre los campos se mueven suaves las florecillas de la hierba. Todo el campo, junto al río, por las laderas de los cerros y por las llanuras, anda tapizado de multitud de florecillas en todos los colores. Sobre ellas vuelan las mariposas y en las zarzas de los arroyos trinan los ruiseñores. La corriente del agua deja su música de fondo al saltar por las rocas y bajar limpia cauce abajo.

El monstruo que el joven ha anunciado no se ha presentado. Ha pasado un largo rato y como la gente se ha cansado de esperar, se olvidan de él y comienzan a salir de sus refugios. También Carmen y su hermano;

dejan la cueva y por una sendilla que se alarga pegada a la corriente del río, caminan hacia el puente para unirse a la gente que por aquí hay. Pedro la mira y en su alma siente el deseo de estar junto a su amiga para jugar con ella y verla feliz. Ahora su corazón se ha puesto triste. Sigue sentado sobre la hierba al sol de la mañana. El sol comienza a oscurecerse. De pronto y sin más, la luz del sol comienza a desaparecer. La oscuridad desciende desde el Sur, baja por la ladera del Yelmo, el gran monte con más de 1809 m. Los que esperan, comienzan a sorprenderse.

- ¿Qué sucede?

Preguntan inquietos unos y otros.

- Es un eclipse.

- No, son nubes de lluvia; es una tormenta. Va a comenzar a llover.

- Pero si el cielo está limpio de nubes ¿Cómo puede ser una tormenta?

- ¿Pues qué será?

Y asustados, unos y otros, se mueven por la carretera en todas las direcciones. Pedro se ha ido hacia la niña la coge de la mano y le dice:

- Ven, refugiémonos tras las rocas.

- ¡Déjame!

Da un gran tirón y se escapa de las manos del niño. En estos momentos se oye un estruendoso ruido. La tierra comienza a temblar; la gente se asusta; corren por la carretera y se alejan buscando el pueblo. De la ladera del Monte Sombrero y también del Yelmo, ruedan grandes bloques de rocas; bajan formando un ruido espantoso.

Tronchan árboles, arrollan montes y despeña rocas. Cuando caen al barranco, sus golpes suenan como explosiones. La gente está cada vez más aterrada; no sabe ni lo que sucede ni en qué va acabar.

De pronto, se oye un gran grito.

- ¡Socorro!

Es Carmen. Grita fuerte pidiendo ayuda. Pedro la oye y corre a su encuentro. No se ve nada; no sabe dónde está; se guía sólo por los gritos. Salta por la torrontera, atraviesa varios charcos, aparta las ramas del monte y la busca.

- ¡Carmen!

Grita llamándola.

- ¡Socorro, sálvame Pedro!

En una pequeña curva del río, junto a los árboles de la ladera, por la sendilla, la ve.

- ¡Es el monstruo!

Exclama aterrado y en efecto: subiendo río arriba, desde el puente hacia el monte, por la sendilla, avanza una figura rara, grande y fuerte. Parece un hombre, pero desnudo cubierto de espesos pelos por todo el cuerpo, los brazos, los pies y la cabeza. Sube lento cuesta adelante y lleva en sus brazos a la niña.

- No temas que te salvaré.

Le dice Pedro para darle ánimo al tiempo que corre. Alcanza al monstruo se le pone delante cortándole el paso por la senda y con una voz fuerte y valiente le grita:

- ¡Suéltala ahora mismo!

El monstruo detiene su paso, pone a la niña delante, mira lentamente a Pedro y abriendo,

la boca con voz, grave y fuerte, pregunta:
- ¿Tú quién eres?
- Soy su amigo.
- ¿Por qué me pides que la deje?
- Porque a ella no debes hacerle daño ninguno; es pequeña; es la más buena de todas y yo la quiero mucho.
- ¿De verdad la quieres?
- Sí, ya te lo he dicho; suéltala ahora mismo.
Y a estas órdenes el monstruo abre sus brazos y deja en libertad a la pequeña. Corre hacia Pedro, lo abraza y le pide que se la lleve de allí. Pero justo ahora el monstruo vuelve a hablar y dirigiéndose a Pedro le dice:
- La he dejado libre porque tú me lo has pedido; yo no quería hacerle ningún daño; la he cogido sólo con el deseo de tener compañía. Ya estoy muy viejo; quizá cualquier día de estos me muera solo allá entre la espesura del monte. Quisiera tener el cariño de alguien, pero nunca lo he conseguido. Siempre los humanos me buscan para matarme o para cogerme y encerrarme en jaulas. Hoy tenía más necesidad que nunca de compañía sin embargo, dejo en libertad a esta niña para que tú te la lleves. Si eres su amigo no quiero quitártela; te quedarías tan solo como yo; tú la has salvado.

Y diciendo estas palabras el monstruo comienza a andar; avanza por la sendilla, cruza los árboles, atraviesa el río y luego se adentra en los pinares buscando las laderas del Yelmo. Los niños lo miran durante un rato;

ya no están asustados. Quisieran seguir hablando con este monstruo y preguntarle quién es, por qué está solo y por qué vive en este lugar; no les da tiempo. El monstruo se ha ido antes que le puedan preguntar más cosas. Comienza a salir el sol; el campo se llena de luz y la gente empieza a moverse preguntándose por lo ocurrido. Todos rodean a los niños los miran, le preguntan, los tocan. Ellos no quieren decir nada. Carmen coge la mano de Pedro y le dice:

- Llévame a mi casa ¿Quieres?

- Si; yo también quiero irme al pueblo. Vámonos.

Y los tres comienzan a andar cruzando por entre la multitud. Toman la carretera, olvidándose de la fiesta y mientras se van hacia el pueblo, hablan de lo ocurrido:

- Debimos preguntarle quién era.

- Volveremos otro día y subiremos al Yelmo en su busca.

- Sí, será estupendo volverlo a ver, saber dónde vive y hacernos amigo de él.

- Los hombres de estos pueblos le tienen miedo, pero nosotros hemos visto que no es malo.

- Tenemos que volver.

Y así, mientras hablan de todo esto, llegan al pueblo. Ahora ya son amigos; se sienten unidos de verdad y lo curiosos que ni se acuerdan de la enemistad que existía entre ellos antes. En cuanto llegan a sus casas, cuentan lo ocurrido. Al día siguiente y al otro, en el Pueblo de la Puerta de Segura, sólo se habla de esto.

El chiquillo se puso a subir por la estrecha sendilla. Deseaba descubrir lo más alto del monte. Desde que estaba aquí, dos semanas, le había intrigado la espesura gris en lo lato de la gigantesca cordillera y las rocas clavadas en ella. Hoy hacía frío, mucho frío. La cuadrilla de aceituneros estaba en la ladera junto al arroyo grande. En silencio cada uno se afanaba en su trabajo; los hombres vareaban y sobre los fardos iban cayendo las aceitunas. Las mujeres, en su mayoría jóvenes, la recogían del suelo y otro grupo de hombres las transportaban a las cribas. El suelo estaba mojado y el barro se pegaba en los zapatos, manos y rodillas. La noche anterior había llovido mucho.

El grupo de chiquillos, hermanos e hijos de los que recogen las aceitunas, juegan por el arroyo. Han saltado la corriente y siguiendo el curso del agua, se van hacia el arroyo más grande que viene de la gran cordillera; el que baja del cerro redondo y parte la finca en dos. Del grupo se ha separado uno, el más pequeño. Sube por la sendilla que va entre los olivos y se adentra en el monte. Salta unas cuantas rocas, las raíces de unos gruesos pinos y agarrándose a las ramas sube. Se agacha para pasar por entre las matas y busca el peñasco. Se agarra a los salientes y escala hasta lo más alto. Ya arriba sus ojos se llenan de emoción. Bajo sus pies tiene la inmensa vega por donde corre el

Guadalquivir toda llena de olivos. Laderas a un lado y otro, lomas, cerros, barrancos y por todos sitios olivos. Al fondo, a lo lejos, las torres de los pueblos de Baeza y a la izquierda está Úbeda; por detrás, las Sierras de Cazorla con sus bosques, sus montañas y sus ríos. La cuadrilla está más cerca de él y los ve a todos yendo y viniendo con sus tareas. A su derecha corre un gran arroyo; su corriente es clara y abundante. Durante un rato se queda fijo contemplando el agua saltando por entre las rocas; es limpia y fresca como el viento que le acaricia.
Su ruido, que suena a mil músicas lejanas y bellas, le llena el alma de gozo. No sabe explicarse ni entiende, pero la sensación que recorre su alma es honda y bella. En lo alto del cerro que hay en lo hondo del valle, se alza el cortijo donde viven los aceituneros. Durante la temporada de la recogida, algunos años han venido a vivir a este cortijo. Y desde las ventanas y la llanura que hay en la puerta del cortijo, mil veces y mil horas, a lo largo de las mañanas frías y llenas de niebla del invierno, el niño ha observado las robustas figuras de las sierras que ahora escala. Y desde siempre, una de las cosas que más le ha intrigado, ha sido la gran cordillera con la niebla volando sobre ella o la nieve durmiendo en sus laderas; también el sol con sus rayos de oro, al amanecer o al atardecer refulgiendo sobre las crestas rocosas y los bosques de pinos. Y una de las cosas más bellas que tiene en su alma grabado, y que jamás puede olvidar, es precisamente el

recuerdo perenne de las nubes volando por encima de estas extrañas cordilleras.

Cada año, mientras sus mayores se han afanado en la recogida de la aceituna, él ha consumido sus horas en observar despacio la misteriosa silueta de la cordillera poblada de bosques. Y precisamente, al acabar la aceituna y marcharse de estas tierras, lo que más siempre ha recordado y soñado, ha sido el cortijo, las sierras al otro lado del gran valle, las nieblas sobre los montes, la nieve y el misterio que esta imponente visión encierra. Tanto y tanto lo ha recordado que en más de una ocasión ha soñado con ellas; y en su sueño, casi siempre ve que ya no volverá más al blanco cortijo sobre el cerro. Al volver, a la siguiente temporada para la recogida de las aceitunas, ya no le dan más el cortijo de siempre para que vivan. Ahora, los ponen en otro que hay por detrás de un gran cerro, en lo hondo de una vaguada desde donde apenas se ve horizonte y por supuesto que tampoco se ve la misteriosa niebla de las cordilleras. Y para el niño, esta privación, es un dolor terrible. Aunque sólo ocurra en sueño, cada vez que por su alma ha pasado esta visión, ha sido una tortura para él al despertar al día siguiente.

Y así, en su sueño ve que cada día va a un cortijo distinto. Cada día se aleja más de la meta que tanto ama; y como la distancia es cada vez mayor y al mismo tiempo hay más montes y cerros entre las sierras y su cortijo, su tortura aumenta. Siente en su alma que va perdiendo poco a poco las oscuras cordilleras

que tanto le han gustado desde pequeño. Pero si su dolor es grande por la lejanía que las circunstancias van trazando entre los deseos de su alma y la realidad de su vida, aun es más grande la otra tortura que día y noche lleva en el corazón: la de no tener un hogar fijo bajo las estrellas.

Su sueño, su gran sueño, desde siempre ha sido vivir perenne en un cortijo blanco como este que hay sobre el monte de los olivos. Vivir siempre aquí; en primavera, en verano, en invierno y en otoño. Jugar siempre aquí, crecer aquí y hasta envejecer en la misma casa, en la misma tierra y en el mismo río que le sirvió de juego en su niñez ¿Por qué tiene que andar cambiando de cortijo, de finca y de casa sin parar? Se pregunta un día y otro.

Cuando se hace amigo de los demás niños de su edad, al poco tiempo se va y ya no los vuelve a ver más. Cuando se acostumbra a la corriente de un arroyo y ya conoce un poco sus secretos y sus silencios también al poco tiempo se marcha y ya nunca más vuelve por aquí. Cuando también ya se siente a gusto con los pajarillos, los bosques o los olivares por donde tanto corretea y juega, unos días más tarde los tiene que despedir otra vez más para siempre y así año tras año sin parar ¿Por qué tienen que ser las cosas así? Se pregunta mil veces tanto despierto en su vida real como dormido en la fantasía de sus sueños.

Por el arroyo sube un hombre vestido con un traje casi negro y envuelto en una capa

ancha. Nota que todo es extraño en él. Espera que se acerque; no teme nada. Cuando ya está a su lado lo saluda y el hombre le corresponde amablemente.

- ¿Quién eres?

Le pregunta el chiquillo.

- Da igual quién soy. Voy por estos campos y ahora paso por este arroyo. ¡Me gusta tanto esta corriente y su cascabeleo dulce! Al verte me he alegrado y me he acercado porque tengo algo que decirte.

- ¿Qué es lo que tienes que decirme?

- Yo ya sé mejor que tú quién eres y sé también lo que te gustaría ser cuando llegues a mayor. Tú ya, como tantos otros en estas tierras andaluzas, estás marcado y llevas en tu alma un sueño. Ahora eres pequeño y comienzas a observar los paisajes que te rodean, lo que hacen y cómo viven las personas mayores y otras cosas. Esto es bueno porque ello te servirá para hacerte un hombre diferente a los otros. Me alegro de ello y te felicito.

Pero yo quería darte un consejo que te servirá de mucho para avanzar por la vida y llegar hasta el fin de la meta que ya tienes en tus sueños. El consejo es este: Es necesario que siempre tengas de tu lado a las personas mayores que en cualquier momento manden sobre ti. La fórmula para conseguirlo es esta: Alábalos siempre y hazle ver que necesitas de ellos. También es necesario que tengas de tu lado a los jóvenes que te rodean. La fórmula para conseguirlo es esta: No los oprimas nunca. Y por último también es

necesario que tengas de tu lado y que seas amigo de todos los niños que vivan junto a ti. La fórmula es esta: dale amor puro y juega siempre con ellos los juegos que ellos juegan.
- ¿Acaso tú sabes también cuál es el gran sueño que llevo conmigo?
- Lo sé.
- ¿Y sabes cuál es la fórmula para hacerlo real?
- No existe. Si acaso te puedo ayudar diciéndote que nunca en tu vida te sometas a los caprichos de aquellos a los que sirvas y manden sobre ti.
- Eso es tanto como decirme que sea un inconformista, un rebelde, un inadaptado.
- Algo así; pero con sueños en tu alma y metas claras hacia las que debes ir sin mirar atrás.

Acabadas estas palabras el hombre se despide. Baja por el monte, avanza por el arroyo arriba y siguiendo el cauce, se aleja. El chiquillo lo mira durante un rato. Luego baja del monte y se para en el charco azul del arroyo. Sobre él, el cielo aparece completamente limpio, un poco más abajo algo rojo, luego morado y después brillante como oro encendido. Al otro lado de la corriente, con suavidad, se mecen las hojas de los robles. No hay más ruido en todo el rincón que el latido de su corazón y el suave aleteo de los viejos robles. La corriente pasa casi imperceptible. Se desliza serena y majestuosa dejando asomar, por entre el latido invisible de su alma, el gran secreto.

El niño no se da cuenta y poco a poco va sintiendo el sonar de muchas melodías, Son como notas de muchos instrumentos y voces humanas entonando un himno. Presta atención. Comprueba que mana de la misma corriente; de las entrañas del agua que pasa suave. Todo suena a la vez y en tonos distintos sin que se mezclen. Oye las voces al mismo tiempo y con la misma intensidad. Y el niño tiene la impresión de que le son voces conocidas y a la vez nuevas por completo; surgen de lo hondo del mismo silencio; casi puede verlas más que oírlas. Es el agua y no; algo escondido dentro de ella y tampoco; la vida misma del agua sin que tampoco sea esto. Le comunican mil millones de secretos y los puede entender hasta lo más hondo.

No percibe el paso del tiempo. Relaja su cuerpo, cierra sus ojos y está recostado en la torrontera frente al cielo. Con los ojos de su alma va viendo que las notas de la música va transformándose en estrellas celestes. Sobre el cielo, por completo puro, aparecen dos grandes y brillantes; entre ellas, muchas pequeñas que apenas brillan. Están casi apagadas y por eso se fija más en ellas. Parecen perlas que se transforman según la música suena. Se pone a contarlas, no puede. Cuando lleva contadas unas cincuenta descubre que las pequeñas perlas describen un nombre en el cielo. Es el suyo; es su nombre. Internamente se pregunta: "¿Qué y qué significa?" Una honda nostalgia se apodera de su alma. Las mil voces de

coros siguen sonando. Ahora se siente como una nota dentro de la sinfonía.

Pasa el tiempo. Poco a poco las melodías van retirándose hacia su mundo de la misma forma que la noche se borra cuando llega el alba. Abre sus ojos. Al mirar el sol lo ve cayendo por entre los olivares de las lejanías. Se levanta, cruza la corriente busca a la cuadrilla que hoy se mueve por las laderas del río cerca del arroyo. Sus amigos andan por el cerro verde que no tiene olivos. Buscan las apetitosas trufas de tierra que por aquí crecen. Se va con ellos y enseguida descubre una. La criadilla ha rasgado la tierra y casi asoma a la superficie. Con alegría, excava, la saca y la muestra a sus compañeros. Es otro de sus gozos; buscar las trufas que crecen en el cerro verde y saborearlas, luego, asadas en la lumbre.

EL BELÉN DE TÍSCAR



- Sin embargo, el belén lo tenemos que hacer.
Me dice Clemente.
- Sí, que lo tenemos que hacer. Pero si ellos no están aquí no será lo mismo.

Llueve a lo largo de toda la mañana. Las laderas de los montes, a un lado y otro del río, se llenan de pequeñas trombas de agua que bajan precipitadas hacia la cascada

donde está la cueva del belén. Muy temprano, Clemente me llama y salgo con él hacia los olivos. Cuando la lluvia comienza a caer nos refugiamos en la cueva que forman las rocas junto a la higuera blanca. Desde este sitio se divisa Belerda, el pequeño pueblo junto al Río Tíscar, mil metros más abajo de la gruta del belén. Aquí en Belerda, no en la alta sino en la baja, que es otro pueblo algo más retirado junto al mismo río, aquí vive nuestra amiga Antonia. Ya hace muchos días que no la hemos visto.
- Si deja de llover esta tarde bajaremos a por ella.
Me dice mi amigo Clemente. Y deja de llover. Ya casi es medio día cuando deja de llover. Salimos de la cueva, nos vamos por el arroyo y algo más abajo nos encontramos con mi padre. Recoge las últimas aceitunas de los tres olivos de la ladera que hay por detrás del pueblo.
- Hay que cogerlas antes de que caigan las nieves. Cualquier día de estos puede nevar y si para entonces todavía están aquí, ya no podremos salvarlas.
Nos explica mi padre. Clemente me mira y me dice:
- Tiene razón. Vamos a quedarnos y le ayudamos.
Y sin más los tres nos ponemos a trabajar. Yo esta mañana estoy algo triste. Hace días que espero carta de Nerea en Córdoba y hoy es ya veinticuatro de diciembre y Nerea no me ha escrito. Ya está aquí la Navidad. Todos los años ella se ha venido aquí con nosotros.

Todos los años, en estos días próximos a la Navidad, nos lo hemos pasado muy bien construyendo el belén dentro de la misma gruta donde la Virgen se apareció. Luego, durante la Navidad, todo el mundo ha venido y ha rezado en nuestro belén. Este año, los días ya se han pasado y Nerea no me ha escrito; tampoco Antonia, la amiga que vive un poco más abajo, ha venido. No ha venido Beatriz, la más pequeña del grupo y que vive en Quesada, el pueblo que hay al otro lado de la sierra. No ha venido Jesús, ni su padre. Jesús vive con su padre en el pueblo de Úbeda. Todos los años, cuando dan las vacaciones de Navidad, él y su padre se vienen aquí conmigo al cortijo de mis padres. El padre de Jesús, que trabaja de conserje en un colegio en Úbeda, viene a traerlo. Se lo lleva luego que pasan las fiestas. Ni siquiera de Bernardo este año aún sé nada. El es el mejor compañero de todos. Tiene dieciocho años, estudia electrónica y está en el pueblo de Cazorla, a unos cuarenta kilómetros de nuestro cortijo que está por detrás del Santuario de Tíscar. Ni de Bernardo ni de ninguno de los otros , todos amigos míos, sé nada aún este año. Y hoy ya es veinticuatro de diciembre; Navidad.

- Sin embargo, el belén lo tenemos que hacer.

Me dice Clemente.

- Sí, que lo tenemos que hacer. Pero si ellos no están aquí no será lo mismo.

-Pero aún será más triste si no hacemos nada y sólo nos quedamos pensando en ellos y

recordando lo que hemos vivido otros años. Esto resultará triste y una Navidad nunca, por nada del mundo, tiene que ser triste.

-En esto sí estoy de acuerdo contigo.

-Pues esta misma tarde nos ponemos a trabajar.

Acabamos de pronunciar estas palabras cuando justo, en este momento, oímos voces. Escuchamos atentos. De nuevo oímos voces que enseguida reconocemos. Miramos y la vemos asomar. Viene por el camino que baja desde el cortijo que hay por detrás del Santuario y va hasta la cueva de la Virgen entre las cascadas del río. Es Antonia. Viene vestida con su habitual traje azul marino y trae puesto un gorro de lana también azul. Antonia tiene dieciocho años. Esperamos que se acerque llenos ya de alegría por sentirla entre nosotros. Cuando aún todavía le falta un trozo para llegar saca de su bolsillo una carta y nos la muestra feliz al tiempo que dice:

- Te escribe Nerea.

Corro hacia ella y cojo la carta. La abro. Desdoblo el papel y leo: "Voy a sentir mucho no poder estar este año entre vosotros para construir nuestro belén. Ya lo estoy recordando y recuerdo también los ratos tan bellos que cada año juntos hemos vivido por estas fechas. No me esperéis este año. No puedo venir. Pero el belén tenéis que construirlo. Una Navidad entre nosotros sin nuestro belén no sería Navidad bella. Construirlo, os lo ruego. Abrazos para todos,

Nerea".
Dejo de leer. Miro a Clemente y a Antonia.
-¿Qué te dice?
-Que no viene.
-Eso no debe preocuparte; yo sí estoy ya aquí.
-Pero ella siempre fue importante.
-Quizá nos guarde una sorpresa. Puede presentarse cuando ya lo tengamos construido.
- Y si es así ella y nosotros nos llenaremos de más gozo que otros años.
Me dice Clemente. No contesto. Guardo la carta. Miro hacia el río. El agua salta limpia por entre las rocas y luego se desliza por el cauce en dirección a Granada.
El Río Tíscar atraviesa los cerros llanos de olivos buscando el pueblo de Hinojares y Pozo Alcón para antes de llegar a estos pueblos unirse al Río Canal y luego al Río Ceal. Después se une al Río Guadiana menor. Pasa rozando la Sierra Mágina por las faldas del Aznaitín y Almadén y se junta al Guadalquivir un poco más arriba del embalse Doña Ardonza en el valle de Úbeda. Qué hermoso es todo esto y qué hermosa es la corriente de este río bajando de la Sierra de Cazorla. Qué feliz me he sentido cada año cuando ella ha estado aquí y todos juntos hemos jugado con estas aguas a saltar por las rocas y llenar con sus espumas nuestro belén. Hoy, durante un rato, aprieto la carta en mis manos y contemplo el río yéndose suave sierra adelante buscando atravesar Andalucía de un extremo a otro.

Antonia ha subido hasta lo más alto de la roca que tenemos por detrás. Desde aquí habla y nos dice:
-Todo el año he estado ensayando con mi guitarra. Ya me sale la pieza que tanto os gusta a los dos. La he preparado para nuestro belén. Anoche mismo estuve dos horas ensayándola. Será hermosísimo cuando lo tengamos todo construido y en corro nos reunamos junto al portal para entonar la canción. Ya soy feliz soñando tal momento.
Justo ahora sentimos ruidos de camiones. Miramos y los vemos. Por la carretera que viene desde Quesada y atravesando la sierra se pierde por entre los pinos hacia Pozo Alcón, baja una hilera de coches y camiones.
- ¿Qué pasa?
Pregunta Clemente. Ninguno contestamos. Mudos miramos, fijos en la carretera. Por la carretera asoma un vehículo detrás de otro. El ruido que emiten retumba en el barranco y las rocas casi tiemblan.

El primer camión se para por detrás del Santuario muy cerca de la Cueva del Agua que es donde construimos nuestro belén. El segundo, el tercero y todos los demás, también junto a éste. De los coches comienzan a bajar hombres. Todos están bien vestidos.
- Vamos a acercarnos y descubrimos quiénes son y para qué vienen por aquí.
Les digo a mis amigos. Descendemos del cerro, cruzamos el río y cuando ya estamos

subiendo por entre los naranjos de las huertas oímos la voz de alguien que nos llama.

- Es Bernardo.

Dice Antonia. Clemente se encarga de responderle. Subimos un poco más. Rozamos las ramas de los naranjos cargados de naranjas mandarinas y al subir al montículo lo vemos. Lo abrazamos al llegar.

-¿Os habéis enterado de la noticia?

- ¿Qué noticia?

Preguntamos los tres casi a la par.

- ¿No sabéis lo de estos camiones?

-Los hemos visto llegar, pero nada sabemos.

Le digo.

-Pues en Cazorla, en Quesada y en muchos más sitios lo sabe todo el mundo.

-Pero ¿Qué es?

Pregunta Antonia ya algo nerviosa.

Justo ahora oímos de nuevo a alguien que nos llama. La voz viene desde lo más alto del monte.

- Y ahora ¿Quién podrá ser?

Pregunta de nuevo Antonia. Antes de acabar, la voz vuelve a oírse. Su eco retumba en el barranco. Bernardo decidido dice:

- Voy a descubrirlo.

Se adelanta y corre hasta la carretera. Se sube a la roca que hay junto al canal por donde corre el agua que riega las huertas de los naranjos.

- Aquí estamos.

Grita fuerte. Los ecos de la voz que nos llama se oye otra vez. Están ahora ya mucho más cerca. Bernardo nos llama a nosotros y nos

dice:
-Ya sé quién es.
- ¿Quién es?
Pregunta Antonia.
- Mirad hacia los pinos de la curva; por ahí aparecerá.
Le obedecemos y efectivamente, por entre la espesura de los pinos y las rocas del cerro aparece. Al vernos corre. Nos abraza feliz y enseguida nos dice.
-Los sabéis ¿verdad?
- ¿A qué te refieres?
- A lo de estos camiones, estos coches y a toda esta gente.
- ¿Qué pasa con ellos?
-Esta mañana al cruzar por Quesada han despertado a todo el mundo. Toda la gente allí ahora mismo no habla de otra cosa que esto. Yo estoy preocupada. En cuanto me he enterado me he venido corriendo para compartirlo con vosotros.
Vemos a los hombres de los camiones que bajan hasta la cueva del belén. Suben luego por la ladera y uno de ellos, bajo y un poco ya con la cara arrugada de viejo grita:
- Vamos a reunirnos para planificar.
Los demás le obedecen. Todos en círculo se sientan sobre las rocas o en la hierba en el rellano que hay cerca de la cueva junto al canal por donde el agua corre. El de cara arrugada se pone en el centro y dice:
-Yo soy el director. Esto debe quedar muy claro desde el primer momento. Muchas cosas van muy mal en todo este tinglado nuestro y es porque aquí no ha habido un

buen director desde hace mucho tiempo. Yo lo voy a arreglar; ya lo veréis.
-¿Qué vas a hacer?
Pregunta uno del grupo.
- Lo primero, mandar a su casa a todos los inútiles e incompetentes. Y lo segundo, domesticaros a cada unos de vosotros. El que no se me someta está demás en esta empresa.
Se oye un gran murmullo entre todos los que forman el corro. Ninguno se atreve a hablar en voz alta ni cara a cara.
- ¡Silencio!
Ordena el director. De momento el murmullo se apaga. Nosotros, que estamos cerca, sentimos gran curiosidad por estos hombres y lo que discuten. Nos acercamos más y nos sentamos junto a la roca fuera del círculo.
Ya está comenzando a caer la tarde. Hace mucho frío. Por encima del monte sobre los cerros de la Sierra de Cazorla, hay muchas nubes todas negras. Sabemos que están cargadas de agua. De un momento a otro puede comenzar a llover torrencialmente. Lo sabemos porque lo estamos leyendo en el color de las nubes, en la temperatura del viento y en su dirección y también, en las laderas de las montañas.

El director de nuevo habla y dice:
- Todos sabéis para qué hemos venido a este lugar. Desde hace mucho tiempo, todos los años, un grupo de muchachos al llegar la Navidad, construyen un belén en esta cueva. La gente de todos los pueblos de los

alrededores lo saben y por eso en estos días aparecen por aquí llenando estos rincones. No los aguanto más. El dueño de estas tierras soy yo. Esta gente es inculta, no tienen títulos y por lo tanto no saben ni siquiera hacer las cosas bien hechas. Este año yo voy a construir un belén como Dios manda. Con grandes focos que vamos a instalar desde estos camiones. Con grandes figuras de escayola que voy a traer desde Madrid. Con grandes cartelones llenos de colores. Con grandes cuadros pintados por los mejores pintores. Con grandes altavoces que llenen de música estos barrancos y en fin, con todos los adelantos de la ciencia y de la técnica. Luego, vendrá aun mucha más gente a ver nuestro belén. Pondremos vallas y la gente tendrá que pasar por una única puerta. Les cobraremos entrada. Llamaremos a la televisión España, a todas las televisiones extranjeras. Ganaremos tanto dinero y seremos tan populares que nos llenaremos de riquezas por todos sitios. Este es mi proyecto y vamos a comenzar ahora mismo. ¿Alguno de vosotros tiene algo que decir?
El director calla. Todos guardan silencio. Se oye la música del agua que va por el río. El viento silbar entre las hojas de los pinos. Unos mirlos entre los naranjos de las huertas y las ovejas balar en la ladera por detrás del pueblo de Belerda. Nosotros estamos tristes.
-Señor director, yo tengo algo que opinar.
-Habla tú ¿Qué tienes que decir?
-Yo tengo que decir lo siguiente: El grupo de muchachos que desde hace muchos años

cada Navidad han construido su belén aquí en la cueva ¿Qué va a ser de él?
-A mí no me sirven para nada.
-Pero por lo menos deberíamos dejarlos que trabajaran junto a nosotros.
-A ver ¿Dónde están ellos?
Y el hombre que ha hablado se dirige a nosotros, nos mira y señalando con su mano dice:
-Aquí están.
-Que vengan a mi presencia.
El hombre nos llama; nos hace pasar al centro del círculo y ya aquí, el director pregunta:
- ¿Quién de vosotros es el jefe?
-Este es nuestro amigo.
Expone Clemente, Antonia, Beatriz y Bernardo, los cuatro a la vez al tiempo que me señalan: El director me mira y pregunta:
- ¿Qué títulos tienes?
-Ninguno.
- ¿Por qué haces esto?
- Porque es algo que pertenece a nuestras vidas, a nuestros sueños, a nuestros juegos, a nuestro mundo. Lo llevamos dentro y nos sale sin más.
-Esto no me dice nada. ¿Tú sabes una cosa?
-¿Qué tengo que saber yo?
- Pues que careces de ALTURA INTELECTUAL Y MORAL para realizar este trabajo. Sin títulos ¿Qué vas a enseñar? ¿Qué ejemplo puedes dar a los que te rodean? Tú eres un don nadie y por lo tanto, desde este momento ya no vas a seguir trabajando más en lo que trabajabas. Mi

consejo es que te dediques a estudiar si quieres llegar a ser algo en la vida. Sin estudios las personas hoy no van a ningún sitio ni valen para nada. Indudablemente tú no puedes tener gusto artístico, no puedes saber lo que es la fantasía ni la belleza, no te has preparado. No puedes transmitir ni a Dios ni a la bondad ni la sencillez ¿Cómo pues pretender educar a otros? NO TIENES ALTURA NI PROFUNDIDAD. Nosotros, los que tenemos estudios, somos los mejores de la sociedad. Damos ejemplo en todo. Sabemos tratar a las personas con respeto. Sabemos hablar ante mucha gente. Sabemos escuchar como Dios manda. Sabemos ser sencillos y reconocemos con dignidad nuestros errores cuando los cometemos y sabemos valorar las cosas en su justo término.

-Pero es que hay algo que está por encima de todo lo que tú me dices.

- ¿Qué es ese algo?

- Lo humano; la persona en sí misma; Dios. Cada vez que hicimos nuestro belén no hemos hecho otra cosa que expresar nuestros sentimientos de paz y de amor tal como somos nosotros y en armonía con la naturaleza, las personas que nos rodean y con Dios. Jamás hemos pretendido enseñar. Sólo hemos buscado vivir, ser. A nadie ni a nada hicimos daño ni tampoco nadie ni nada nos hizo daño a nosotros. ¿Puede haber algo más hermoso y más grande que esto? Y te aseguro que hemos sido muy felices y los demás también lo han sido con nosotros. En

ningún momento hemos necesitado ni echado en falta nada. Por lo tanto, sabemos que lo nuestro tiene un valor que está por encima de todo lo tuyo.

- Eres tonto. Ya ves que ni siquiera tienes capacidad de razonamiento. No interesan tus puntos de vista. Yo soy aquí el director, el que manda ahora y por lo tanto, voy a ser el que decide cómo se hacen las cosas. El belén este año lo vamos a hacer nosotros y a mi modo. LO MANDO YO. Si quieres puedes quedarte de portero para recibir a la gente cuando vengan. No hay nada más que hablar.

Se levanta. Se mueve hacia los camiones. Llama a los hombres y comienza a dar órdenes diciendo:

- Lo primero, a construir un gran camino que lleve a la cueva. Luego, a vallar los terrenos. Hay que instalar los focos para antes de que se nos eche la noche encima. Los letreros ya se pueden poner. También los cables. El despacho donde yo voy a estar. Venga hay que moverse y aprisa. Todos os habéis sometido a mi voluntad y por lo tanto ahora ya mando sobre vosotros. Tenéis que obedecer.

Los hombres, todos asustados, se mueven aprisa. En estos momentos comienza a llover. Las negras nubes que cubren los picos de la Sierra de Cazorla ruedan por las laderas y se derraman. Nos levantamos de donde estamos. Andamos hacia los pinos y antes de llegar, Bernardo dice:

- Fijaos lo que van a poner.
Miramos para atrás y sorprendido vemos lo que él ya ha descubierto. Cinco hombres clavan un gran letrero junto a la carretera. En letras grandes y bien destacadas leemos: ESTOS SON LOS PRINCIPIOS QUE YO, EL DIRECTOR, IMPLANTO EN ESTA EMPRESA:
- Me interesa la eficacia y no las personas. Por lo tanto, lo material está por encima de lo humano aquí en este negocio.
- Me interesa enchufados sometidos a mi voluntad aunque sean inútiles.
- Me interesa el grupo de muchachos que otros años han montado este belén. Les daré tres pesetas a cada uno y trabajarán en lo que yo quiera y como quiera.
- Por último, aunque lo religioso es la materia con la que esta empresa trabaja, yo decido que salvar lo material en función de la eficacia, es lo principal.
- No me asusto si alguien me amenaza con llevarme ajuicio.
Cuando terminamos de leer esto, nos miramos. Ninguno decimos nada. Nos sentimos heridos y maltratados.
Uno de los hombres pasa cerca de nosotros. Antonia lo llama y le pregunta:
- ¿Por qué estáis tan sometidos y obedecéis sin rechinar a un hombre de corazón tan raro?
-Porque necesitamos comer. El nos da un sueldo y aunque nos humilla y nos desprecia nos aguantamos por miedo a quedarnos sin trabajo.

- Entonces ¿No estáis identificados con él?
-No lo estamos. ¿Quién puede estar identificado con una persona así?
- Al menos ¿reconocerá alguna vez que se equivoca?
- Jamás. Solamente él piensa, tiene razón y sabe hacer las cosas. Los demás estamos equivocados.
En estos momentos el director se da cuenta que el hombre se ha parado con nosotros. Dando una voz fuerte grita diciendo:
- Venga, que no quiero vagos. Esto hay que sacarlo a flote contra viento y marea.

A estas palabras el hombre nos deja. Se aleja de nosotros, coge tablas y sigue trabajando. Reanudamos nuestro camino hacia los pinos. La lluvia ha arreciado. Cae a torrentes estrellándose contra las rocas, sobre las faldas de los cerros que tenemos a un lado y otro, sobre los bosques de pinos y sobre los barrancos que hay al fondo por donde está Belerda y el río se pierde. Desde aquí, desde Belerda hacia el Santuario de Tíscar para alejarse luego allá por el puerto, sopla el viento. Al estrellarse con las rocas empujando a las nubes y a la lluvia, deja escapar un gemido agudo. Las gotas de agua crujen como cristales rotos y caen a chorros por las paredes de los peñascos. Son limpios casi de color viento y se derraman llenando la tierra de vida. Tienen la fragilidad de los sueños y hasta parecen esto: Sueños dulces que brotan del alma y van lavando amorosamente la piel húmeda del suelo para dejarla bella.

Ellos saben que es Navidad. También lo sabe el viento que en su abrazo de rey dobla a los árboles ladera arriba.

Nosotros también lo sabemos y por esto no nos asusta que la lluvia nos empape. Sí estamos tristes por lo que nos han hecho los hombres de los camiones con el director al frente. Nos han echado del rincón donde cada año hemos vivido la Navidad en forma de juego con el río, la gente amiga nuestra, los campos y la paz silenciosa de las estrellas. Cada año la felicidad nos ha llenado el corazón y esto nos ha bastado. Ahora, este año, nos han echado de nuestro rincón amado y además a lo bruto. Ignorando por completo que para nosotros este juego nuestro es aún más importante y fundamental que para ellos todos sus proyectos. Nos duele y por eso nos hemos llenado de tristeza.

Caminamos hacia la casa donde vivo. Ninguno, entre nosotros, dice nada. Empieza a oscurecer. Los cerros se llenan de tinieblas y el día se va. Ya está la Navidad a dos pasos. Este año la Navidad nos va a coger sin ninguna alegría en nuestras almas. Llegamos. Entramos dentro. En la chimenea de la sala principal arde un fuego. Mi padre lo ha encendido y ha puesto en él varios troncos de árboles viejos. Las llamas los envuelven y chisporrotean llenando la estancia de olor a leña limpia. Agradecemos este calor. Además de la lluvia que nos ha mojado también el frío

se ha metido en nuestras carnes y estamos casi helados. Sin decir palabra rodeamos el fuego. Alargamos las manos hacia las llamas y luego las restregamos. Nos miramos. En nuestros corazones hay una interrogante; una pregunta que cargada de dolor tiene cogidas entre sus garras a nuestras almas y casi las asfixia.

Es Clemente el que rompe el silencio para decir.
- Y sin embargo, ellos deberían darnos ejemplo. Son mayores que nosotros, tienen más cultura y más títulos y según dicen, sus razonamientos son más reales y sabios que los nuestros.
Ninguno contestamos a sus palabras. Avanza la noche, fuera se oye el viento y la lluvia. Se oye el río allá lejos y entre su música la voz del director que grita:
- Venga; hay que luchar contra viento y marea para sacar a flote esto. Al amanecer todo ha de estar terminado.
Cada vez que a nuestros oídos llegan estas palabras sentimos una extraña sensación. Encontramos que es esperpéntico, que unos hombres con títulos, se pongan a realizar semejante cosa. No lo comprendemos.
Sentimos golpes en la puerta. Es Antonia la que se levanta al tiempo que pregunta:
- ¿Quién será?
-Vete a saber.
Contesta Bernardo. Se dirige a la entrada y abre.
- ¡Hombre!

Exclama enseguida llena de alegría. Miramos y al momento descubrimos quien es. Por la puerta entra Pérez acompañado de Jesús, nuestro amigo más pequeño dentro del grupo.
- ¡Felices navidades a todos!
Exclama al tiempo que avanza por la estancia hacia donde arden los leños. Con poco entusiasmo respondemos a su felicitación. Enseguida se da cuenta.
- ¿Qué os pasa?
Pregunta. Yo le contesto.
-Nos alegramos de verte y también a Jesús. Nos alegramos de que hayáis venido para, como todos los años, pasar la Navidad juntos. Pero ya ves la alegría que este año hay en nosotros.
-A ver ¿Qué es lo que pasa?
Y Pérez, sentándose junto al fuego, nos mira esperando que le contemos lo que ocurre. Soy yo el que toma la palabra. Hablo y a lo largo de más de tres cuartos de hora explico con detalle el suceso de los camiones y el director. Escucha atento sin interrumpir. Termino. Sigue fijo en nosotros algo pensativo. Deja que pase un rato y luego comienza a hablar diciendo:
- Lo que acabo de oír me entristece como a vosotros. Pero os digo que en el fondo debéis alegraros. Estar triste en una noche de Navidad por una cosa como esta no tiene sentido. Os digo que en el fondo es lo mejor que podía haberos ocurrido. Cuando nuestro Salvador Jesús, nació allá en Belén hace ya tantos años, ocurrió una cosa muy parecida a

la que esta noche os ocurre a vosotros. Los que tenían el poder y el dinero lo echaron fuera de sus casas. Se quedó sólo y despreciado por la sociedad. Tuvo que irse a aquel establo y allí, en el silencio e ignorado por los demás, nació. Que a vosotros os pase esta Navidad algo parecido no es malo sino todo lo contrario, bueno. Esta sí va a ser una Navidad auténtica y llena de sentido. Vais, o mejor dicho, vamos a celebrar la Navidad viviéndola tal como la Navidad es y repitiendo en nosotros aquello que se dio cuando por primera vez se celebró la Navidad en el mundo.

Os sentís maltratados, humillados, despreciados, echados de vuestro rincón y a lo bruto. Os sentís con vuestros sueños rotos, con vuestra dignidad pisada, con vuestra libertad cortada y esto os ha llenado de tristeza el corazón. Creéis que esto es malo, en una noche como ésta y no lo es; yo os digo que no lo es. LA NAVIDAD ES ESTO. De aquí nació la Navidad que esta noche todo el mundo celebra a lo ancho y largo de la Tierra. De una situación muy parecida a la vuestra, en un rincón tan pobre como este vuestro y con tres personas despreciadas, humilladas e ignoradas por el resto de la sociedad. ¿Os vais a entristecer por esto?

No seáis tontos. Estáis a punto de caer en sus mismos errores y convertiros en unos cuantos más de eso muchos que esta noche viven la Navidad como si fuera únicamente una fiesta para beber, comer, reír y pasarlo

bien. No seáis tontos. Tenéis en vuestras manos la posibilidad de vivir la Navidad tal como ésta es. Llenad vuestras almas de gozo. Y felicitaros conmigo. Estáis todos juntos; os sentís despreciados; no habéis montado ningún belén; no habéis preparado ninguna cena especial; no tenéis nada más que este fuego, la lluvia que cae sobre los campos, el ruido del río saltando por la cascada y el ‘cariño y el amor de vosotros entre vosotros mismos. ¿QUE MAS QUERÉIS PARA QUE VUESTRA NAVIDAD SEA BELLA? ¿Qué más queréis, amigos míos? ¿Es que acaso puede haber una Navidad más sencilla, limpia y hermosa que la vuestra? ¿Puede haber una Navidad mejor que esta vuestra?

Y pronunciadas estas palabras, Pérez guarda silencio. Justo ahora mismo las campanas del Santuario de Tíscar y también las de la torre de la iglesia de Belerda, llaman a la misa del gallo. Es ya media noche. El viento sigue soplando y la lluvia cae con fuerza. Entre su tintineo dulce se oye también la música del "Adeste fideles". Lo han puesto por los altavoces del Santuario y resuena a lo ancho del barranco. Nos miramos mudos. Antonia se levanta. Besa a Pérez; Luego a Bernardo, a Jesús, a mí y así a cada uno de los que estamos reunidos junto al fuego. Conforme deja su cariño en nuestros rostros va pronunciando las que siempre serán las palabras más bellas del mundo:
- ¡FELIZ NAVIDAD!

- Feliz navidad.

Le contestamos nosotros y en estos momentos sentimos que nuestros corazones están llenos de amor. De un amor limpio que nos recorre el alma y nos electriza de gozo.

- Feliz Navidad para todo el mundo y para Nerea también y ojalá que esta noche todos vean la luz como la hemos visto nosotros.

Comenta de nuevo Antonia. Otra vez ahora resuenan las campanas y los coros que brotan por los altavoces del Santuario, siembran la noche y los campos de amor.



DOS DIAS DE REINA

Es indecible mi dolor. Se clava no sé qué uña y me deja sin aliento. iEsta tierra, Dios mío, esta tierra y sus cosas!

Durante mucho rato incansablemente buscaron a Laby. Por fin lo hallaron. Entre unas rocas. Atascado en monte, troncos y fango. Día tras día, todas las mañanas la he visto pasar. Por la calle que va desde su casa al paseo. Iba muy hermosa. Cada día un vestido. Un peinado. Collares distintos. Su cara embadurnada con mil ungüentos. Sus andares eran orgullosos. No de quien está seguro de poseer un tesoro. De lo contrario. De quien se sabe vacío y quiere ocultar

- ¡Vaya tipo!

Y al pasar toda la calle se volvía a ella. La miraban entre mil deseos. Era lo que pretendía.

Tiene treinta y cinco años. Aún ostenta el título de la más guapa de la ciudad. Se casó hace unos pocos. Vive en el centro. Su piso es muy lujoso y también la casa que posee en las afueras.

Los niños estaban jubilosos. Se disponían a

comenzar el día. Eran seis. Desde hacía unos meses realizaban una gira a través de varios países. Era por la mañana. La cueva estaba en lo alto del cerro. Contemplaban el paisaje. El viento tiraba fuerte del puñado de árboles. Por debajo de ellos, José vio a Esteban. Al otro lado del cerro pasaba la vía del tren. Más lejos, sobre el enorme cerro gris lleno de pinos, las esbeltas torres de un castillo blanco. El viento las doblaba. El castillo, emergía mágico. Por entre los pinos. Enredado en una gasa de luz misteriosa.

- ¿Qué guardará?

- No lo sé, pero es tan bello que sólo para contemplándolo me quedaría aquí mucho tiempo.

Salió Susana de la cueva. Se acercó.

- ¿Dónde está Lef?

Preguntó Estaban.

- Parece que duerme. Aunque creo que está algo enferma.

- ¿Qué le pasa?

- No sé.

- Si queréis puedo acompañarla hasta el pueblo más cercano. Quizá convenga que la vea un médico.

Hacía mucho viento y era frío.

- iQué día más raro el de hoy!

- ¿Sabes lo que parece?

Dijo Susana. José la miraba.

- Uno de esos días en los cuales uno no es ni cuerpo ni espíritu y sin embargo se siente el gozo de estar perdido en el mismo gozo que el alma exhala.

Allá, a lo lejos, en el lado contrario hacia el que se doblaban las torres, sobre el valle mucho más bajo que ellos, emergían ríos de montañas. Se perdían en el horizonte azul. Eran grandes, pero por estar muy lejos se veían muy pequeños. Como arrugas de tierra. Por encima de ellas una nube ancha con un núcleo azul. De esta nube y de la montaña manaban los caños de viento.
Susana cortaban trozos de palos. Para hacer fuego.
- ¿Qué comerá Lef estando enferma como está?

Al sentir la belleza que el alba derramaba sobre aquellos campos Esteban dijo:
- ¡Oh, qué día, Lef! Si no fuera porque lo estoy sintiendo, nunca creería que Dios fuera tanto. Aquí, a mi lado, muy cerquita, te tengo. Duermes sobre las flores desde las cuales Bailarina voló aquella noche que las montañas se vistieron de blanco. Allá está el arroyo y su pozo. Junto a la higuera de hojas anchas. Junto a mi pueblo derribado. Cerca crecen los rosales• Los que dan, al llegar la primavera, rosas blancas. ¡Cómo me gustaría ir a verlos! Y cortar sus flores para traérsela a Bailarina. Pero ella duerme en la brisa en un capullo verde. Ya nadie la besará. ¡Oh, mi pueblo! cómo Podré yo olvidar sus calles y ahora tú llenándolas.

Caían mansamente unas gotitas. Todo había ocurrido la tarde anterior. Poco antes de

ponerse el sol, se acercaron a la ciudad. Por esta parte ELLA tenía su casa. La espléndida casa de jardines fabulosos.
- ¿Quién la habitará?
-Quizá sea una reina.

Todo por allí estaba desierto. De pronto, una manada de muchos perros se lanzó hacia ellos. Salían de aquella casa. Los niños, aterrados, corrieron. Por las calles. Nadie salía a defenderlos. Los perros los alcanzaban.

Un poco a las afueras estaba el río. A sus aguas se arrojaron. Entre las rocas y los muros del puente se ocultaron. Sudaban. Temblaban sus manos. Latían fuertes sus pechos. Los perros, durante rato, merodearon aquellos lugares. Dos horas después salieron de las aguas. Bailarina no estaba. La buscaron. Tendida en unos charcos de barro la encontraron. Estaba muerta. Los perros la habían destrozado.
- ¿Por qué?
Dijo Lef. Y lloró. Ya de madrugada subieron hasta el cerro. En una cueva se acurrucaron. Hoy, al despertar el día, en la mente de ellos había muchas cosas. Muchas cosas que descubrir. Muchas cosas que arreglar.

Seguía lloviendo. Las gotitas lavaban el verdor de los campos. Esteban fue hacia la cueva. Lef lo había visto. Se escondió tras unas rocas. Al pasar frente a ella se lanzó.
- ¡Guuaaauuu!

- ¡Ay!

José y Susana rieron. Beatriz lo había visto todo. Se reía. Igual Lef. Cuando Esteban se dio cuenta, también se rió. Luego, todos se miraron y guardaron silencio. Aquella mañana bajó a la iglesia. Igual que todas las mañanas. Iba enfundada en un abrigo de lujosas pieles. Hacía algunos años, en un concurso de belleza la eligieron reina. A partir de aquí no le fue difícil ser famosa y ganar mucho dinero.

La madre búho arropaba a sus polluelos blancos. Cerca de los niños, en una roca. Los niños bajaron del cerro. Hacia el río. Esperaban encontrar a Laby. Era un perro blanco muy amigo de Lef. No hacía muchos días el río había bajado muy crecido. Por todas partes agua, barro, monte.
- No os acerquéis. Está embrujada.

Las voces le habían llegado del otro lado del cerro. Hacía rato que bajaban. Estaban cansados. Llenos de barro.
- ¿Quién es?
- Es mi madre. Dice que soy un idiota. Pero no es cierto. es ella la que está embrujada.
Los niños lo miraban extrañados.
- Hace casi un año que me llevó a pasear con ella a una de sus fincas. Iban muchos hombres pero ninguno era mi padre. No conozco a mi padre.

Al caer la tarde estábamos en un llano cerca

de la casita del guarda. Nos disponíamos para regresar. De pronto, del bosque, surgió un grupo de hombres armados. Mataron al guarda. A ella la empujaron y la hicieron rodar por una ladera. A mí, en un pozo de unos dos metros, me arrojaron. Floté en el agua. Para evitar que me hicieran más daño, simulé estar muerta. Los vi. Uno a uno fueron pasando por encima de mi cuerpo. Habían apresado a uno de aquellos hombres y se lo llevaban. Cuando ya trasponían el cerrillo, mi madre se levantó. Al ver que se lo llevaban comenzó a gritar. Luego, loca, corrió detrás. Entonces, al ver que se iba y me abandonaba me levanté. Furioso grité :
- Mamá, estoy aquí. No me ha pasado nada.

Ella no me hizo caso. Corría y corría detrás de aquellos hombres. De vez en cuando decía :
- No puedo salvarte, hijo mío. Me han cogido prisionera y me llevan.
Pero era mentira. Estaba libre. Sé que lo que quería era abandonarme. Lo hizo. Durante mucho tiempo la busqué por la ciudad. Había desaparecido sin dejar rastro. Después de varios años volvió. Me presenté una tarde a ELLA. Negó conocerme y que fuera hijo suyo. Amenazó con echarme los perros e incluso meterme en la cárcel si volvía más. Está embrujada. No os acerquéis.

En el primer banco de la iglesia seguía la misa. De vez en cuando movía su brazo. Los colgantes de oro y las joyas emitían un

sonido especial. La gente la miraba. Se acercó a comulgar. Siempre lo hacía la última.

Trabajaron sin descanso. Quitaron palos, piedras, barro. Entre ellos estabulaba. Aún vivía. No se explicaban cómo había podido ir a parar allí. Los troncos verdes eran muchos y gruesos, Cuando rato después pusieron libres una de sus patas comprobaron, horrorizados, el espectáculo. Estaba rota por varios sitios. Chorreaba sangre. La carne colgaba.
- iOh, Lef! Esto no puedo verlo. Dijo Susana y tapó sus ojos.

"Caminando por esta tierra un invisible fantasma o monstruo sanguíneo anda destruyendo. Yo diría que este lugar, el planeta Tierra, es un país encantado. Nada de lo que con nuestros ojos vemos es lo que en sí parece. Los hombres, las cosas, los árboles. Todo es espejismo. Disfrazados de marionetas ocultan, bajo sus vestidos, un montón de gusanos".

La boca de Laby se abrió. Hasta mostrar sangrantes trozos de carne. Hizo rechinar los dientes. Tembló y dobló la cabeza. Sobre el fango cayó.

A ellos se acercó. Ya lo conocían. Él se había llevado a Bailarina.
- Os podéis venir a mi casa. Descansaréis un rato.

- ¿y Laby?
- Lo curaremos.

ELLA vive en el tercer piso. Una de las ventanas de su dormitorio da a un patio. En el primer piso está el patio. El dueño es el cura.

Aquella noche los niños jugaban. Más bien, habían salido al patio y curaban a Laby. A las once sonó el teléfono. Él lo cogió.
- ¿Diga?
- Qué porquería de amor predicaban ustedes. Si tuviera que levantarse a las seis de la mañana para coger un pico y una pala ya cuidaría de que no metieran tanto jaleo.
- Por favor, señora; es la primera vez.
- A mí no me importa. Y si no se callan ahora mismo llamo a la policía.

Poco después sonó el timbre de la puerta.
- Tenemos orden de encerrar a los niños.
- No es posible.

Escoltados por dos policías bajaron las escaleras. También aquel que se encontró con ellos en el río. Al salir a la calle comprobaron que todas las luces del tercer piso estaban encendidas. Había sido ELLA.

Al otro día:
Encerrados en la cárcel estaban los niños. El cura se acercó.
- ¿Cuándo saldremos?
- Estaréis dos meses. Si pagáis diez mil cada uno saldréis hoy mismo.

- ¡Es imposible!
- Tenéis otra oportunidad.
- ¿Cuál?
- Trabajar un mes en un jardín.

Al décimo día:
A la hora de la comida se juntaron. Estaban cansados.
- ¿Qué le hicimos nosotros?
- ¿Y qué dirán cuando allá, en nuestro país, lo contemos?
- Lo que a mí me gustaría es poder seguir el desarrollo de esta historia, saberlo que ELLA será dentro de diez años; veinte. Dentro de cien mil años.

UNA FLOR LLAMADA LEF

"Impregnado de tu ausencia está el silencio, las estrellas, el sol y los naranjos; impregnado de tu gracia y tu belleza has dejado para mí todos los campos".

-Mamá es muy buena, ¿verdad?
- ¿Y yo?
- ¿Tú? Nunca podré decir cuánto eres.
- Aunque no lo creas yo te quiero mucho.
- Lef, preciosa; si Dios quiere, el día que te acerque al altar, sólo llevarás en tus manos una Rosa Blanca.
- ¿Qué será?
- ¿Te acuerdas de aquella tarde? Por primera vez te dije: "Te llamaré siempre Mi Rosa

Blanca".
- Poco después me llamaste por mi nombre.
- Y tú respondiste: "Que' Mi nombre es otro". Desde entonces cada vez eres más. Por eso serás flor.
- ¿Bonita?
- Corno nada nunca, Lef.
- ¡Oh, preciosa! Eso no será nunca.
- ¿Y por qué a otras niñas no las quieres?
- ¿Por qué?
- Es que me quieres a mí,
- Eres niña, Lef, en mí y en la Tierra.
- ¿Cuándo te marchas?
- Dentro de un mes,
- ¿Me escribirás?
- Sí, puedes estar segura. Es la primera vez que me separo de ti.
- iQué pena voy a tener!
- Sólo son dos días.
- Es que

Por el camino ancho que va desde la vega de los naranjos subían los dos. Siguiendo toda la llanura, formando una C, al otro lado de un gran cerro, estaba la casa de sus amigos. Más arriba, las montañas eran tan altas que ya no había monte. Siempre estaban nevadas. Nevadas con una blancura tal que parecían arder. De ellas bajaba el río. En sus orillas, desde media cumbre hasta el mar, crecían los naranjos. Tupidos bosques de hojas verdes donde parecían dormir mil sueños sin vida. Entre ellos, abajo, donde la montaña se derrama llanamente hasta el mar, estaba la casita. En ella, con sus padres,

vivía Lef. Doce años tenía. Allí había nacido y crecido. Manantial de felicidad su casa y nido de belleza sus naranjos. Amigo suyo era Carlos. Vivía cerca y desde muy pequeños ya se conocían. Ahora, cumplía trece y amaba a Lef de una manera algo singular. Es que Lef era extremadamente bonita.

Muchas veces, desde su infancia, había subido por aquel camino. Rodeaba la primera montaña y, allá, a media falda de las cumbres blancas, estaba la casa de sus amigos. Un gran molino en la misma corriente del riachuelo, Allí jugaban, se confundían con la fascinadora pureza del viento y el perfume del bosque. Gigantescas figuras de álamos arropaban las paredes. En su sombra camuflada, la corriente. Mil veces se bañaron en sus charcos. Mil veces pescaron y mil veces más impregnaron sus almas de dulces sensaciones de eternidad, en la espesura salvaje del silencio.

Hoy, Carlos y Lef, con tres horas del sol llegaron al molino. Los padres le habían dicho que regresaran pronto. Así lo harían, pero antes iban a emborracharse en las mil delicias de sus juegos y sus campos. Con la corriente y sus prados.

De pronto, en una señalada etapa del juego, Lef dijo a Carlos:
- ¿Tienes una hoja de papel?
Gustaba Carlos de hacer dibujos. En sus manos tenía un cuaderno.

Arrancándola, se la dio.
- Hazme un barquito.
- Lo siento, Lef, no sé,

Carlos y sus amigos veían algo en Lef al actuar de este modo. Contemplaron sus deditos. Doblaron, desdoblaron, achucharon, ahuecaron la hoja.

- Voy a dejar que el agua se lo lleve lejos. En él embarco a muchas personas hacia un país muy bonito.
- Esta corriente tan rara no lo llevará muy lejos.
Con una gran ilusión puso su nave sobre las aguas. Al ver Carlos esta acción dijo:
- Hermoso, si pudiera guiarlo lo llevaría a través de todas las islas y mares. Cruzaría el viento y, por las tardes, al caer el sol, arriaríamos en las estrellas.

Al doblar una curva, unas gotas de espuma lo mojaron Y volcó. Lef sintió mucho dolor. Se acercó a Carlos y lloró.
- No es nada, Lef.
-Sí.
Levantó Carlos su carita. De los ojos de Lef goteaban unas lágrimas.
- No tiene importancia. Sólo era un juego.
- Me da mucha pena.
- ¡Si es sólo un papel!
-Se han ahogado, Carlos. Se han ido al fondo y ya nunca más podrán salir.
- ¡No, Lef!.

TRES.

Arroyo arriba se acercaban. Carlos y sus amigos los miraban. Sus caras estaban desfiguradas. En sus ojos se leía terror, Confusión.

- Venirnos de parte de nuestros padres.

- ¿Qué ha pasado?

- Quedaros en este molino y no os mováis. Al otro lado de la montaña están acampando soldados. Tienen fusiles y bombas, Os cogerán presos si intentáis ir a vuestra casa.

- ¡No!

Gritó Lef al sentir el miedo.

DOS

La tierra amarilla era esponjosa. Unos días antes el arado la había movido. Hoy, la lluvia la empapaba. Sus pies, nerviosos, se hundían en ella. Los árboles húmedos chorreaban mil perlas, Entre sus ramas se iban ocultando. En sus manos llevaban unas cañas, en sus extremos ardían. Carlos se había quedado rezagado. Su caña estaba apagada. Corrió. Al llegar a Lef le dijo:

- Préstame fuego.

Se lo prestó y sin dejar de caminar quiso hacerlo.

- No puedo, Lef. Déjalo, es igual.

Siguieron caminando. No había camino. Lo hacían al andar. De pronto, en el fondo de un surco grande, ardía un tizón.

-Alguien ha pasado antes.

- ¿Quién será?

Era por la tarde. El sol se estaba perdiendo.

Carlos cogió el tizón y prendió fuego a su caña. Después lo agitó en forma de círculo. Sus llamas brotaron con fuerza.
- Cuidado, nos pueden ver!
Ahora ya había oscurecido. Carlos tuvo miedo y tiró al barranco, a un pequeño arroyuelo, su caña. Más abajo, el puente y el río donde se movían muchos camiones grises. Sus luces eran potentes.
Iba y venía mucha gente. En sus manos llevaban potentes linternas. Detrás de ellos, la casa de Ley y Carlos.
- Nos han visto.
- ¡Cuidado! Acostaron en el suelo.
- ¿Y las cañas?
- Apagadlas,

Abajo, entre ellos, estaban los naranjos. Contenían la respiración.
- Parece que van a enfocar.
- Quizá no.

El cuerpecito de Lef se perdía por entre la tierra, dormía junto a Carlos. Tenía miedo. Carlos la miraba.
- iLefl
Ella le miró. No dijo nada.
- ¿Qué va a suceder?
- No lo sé.
Se encendieron más luces. Algunas se alzaron hacia ellos. No llegaron. Cerca, el puente de hormigón. Lo miraban con ansiedad.
- Tenemos que llegar a él.
- ¿Y después?

- Después, correr.
- ¿Y si nos ven?
- Quizá tengamos suerte.
- Si lo cruzamos, estamos salvados.

Los soldados se movían más arriba del puente.
- ¡Oh, pequeña Lef!
- Vamos ahora; están distraídos.
Dejaron las cañas y bajaron un poco. Llovía. Ahora la tierra era virgen y llena de mil gotitas de agua. Arriba, en la cumbre, nevaba. Pisaron los primeros chinos del puente.
- Ahora hay que correr.
- Lef, ven a mi lado.
- Estoy junto a ti.
-Déjalo que pase, no te sueltes. - Lo haré.

Con estas palabras, Carlos sintió mucho valor. Corrieron locos. El pasillo estaba enrejado a un lado y otro con gruesas columnas de hormigón. Lef iba muy cerca de Carlos. Sus amigos detrás. Se oyó como un tropel de muchos caballos. Como si machacaran nueces con sus pies. En el puente, álamos, zarzas y ramas.
- No podemos pasar.
Carlos apartó con su mano los que pudo.
- Ten cuidado, Lef.

Su manitas se agarraban. Las ramas casi arrastraban su cuerpo. Después ellos las doblaban hasta que crujían. Por debajo del puente se oían otras cosas: Rebullir de coches, ruido de motores, voces sin compás

y carreras.
- Agárrate, Lef.
- Casi no cabemos por aquí.

Era como una especie de túnel
- Hay que hacerlo.
Carlos agachó su cabeza y después se arrastró. Estaba muy oscuro. Se retorció y buscó los bracitos de Lef.
- Acércate.
Tiró de ella y seguía arrastrándose. Poco después llegaba casi a la mitad. De pronto, frente, vio una luna color plata. Estaba atravesada por las piernas de alguien que quería sujetarles. Lef miró a Carlos asustada.
- No podemos seguir.
- Sí, Lef; tenemos que seguir.

La abrazó fuerte. Después, rodó. Rodaban, saltaban, corrían. Tropezaron con columnas, se enredaron en mil ramas. Saltó Lef enredada en hierba alta. Carlos gritó:
- No me dejes, Lef, no me dejes.
Lo sujetaban varios soldados.
- ¡Oh, lo han cogido!

Lef sangraba. Temblaba. Ya no podían hacerle nada. A Carlos lo alzaron entre varios brazos.
- Ve bien lo que haremos con él.
Le mostraron un depósito redondo alzado entre varias columnas blancas. Un número incalculable de mangueras le apuntaban. Desde todas las direcciones. Por sus extremos salen hilillos de agua fría. Con tanta

fuerza que arderá su cuerpo.
- No lo hagáis! Gritó Lef.

Y los hilillos empezaron a fluir. Una nube de humo se alzó.
- iOh, Dios mío!
Por entre los naranjos, Lef siguió. Sobre la tierra iba quedando su sangre. Más abajo estaba su casa. Oía que su madre la llamaba. Quiso correr y tropezó. Abrió su boca y con sus labios intentaba besar las estrellas. Eran las flores blancas de los naranjos que mansamente la iban arropando.

"Cuando tus naranjos blancos llenen el viento de sus flores, yo siempre estaré contigo, Rosa Mía, en sus colores".

FIN DE LOS CUENTOS DE LA ABUELA
A lo largo de todo el mes de enero, febrero y parte del mes de marzo la abuela había ido contando a la niña los relatos que atrás han quedado. Con mucho interés ella escuchaba cada día los cuentos que la abuela le iba narrando y en muchas ocasiones la interrumpía para preguntarle cosas que ella no entendía. La abuela casi nunca le dio más explicaciones que las que ya iban en los propios relatos. Por eso Aneluz de vez en cuando decía a su abuela:
- Lo que me cuentas es bonito pero yo no lo entiendo bien.
- Pues yo no sé explicártelo mejor.
Le decía la abuela para luego añadir a

continuación:
- De todos modos en la vida real a veces las cosas son como en estos relatos has ido descubriendo.
- ¿Pero ocurrieron de verdad las historias que me has contado?
- Las fantasías de los cuentos a veces se funden con la realidad de la vida y al revés: la realidad de la vida en muchas ocasiones se funden con las fantasías de los cuentos.
- Un día que tengas tiempo más despacio me tienes que explicar eso abuela.
- Te lo explicaré porque es bueno para ti.
Siguió corriendo el tiempo y llegó el verano. En el mes de agosto un día se presentó en la casa de la niña un amigo de la abuela que venía de uno de los pueblos de la loma. Le acompañaban algunos amigos de la niña mucho más jóvenes y en cuanto estuvo en la casa le propuso a la niña irse unos días de vacaciones. Era verana y como todo el mundo tenían que irse unos días de vacaciones.
- ¿Da dónde me llevarás?
Preguntó la niña.
- Junto al río Guadalquivir.
- ¿A ese sitio del Charco de la Pringue?
- A ese sitio. ¿Te gusta?
- Creo que me lo pasaré bien. Podré bañarme y jugar con la corriente del agua. Podré aprendes algunos de los caminos que por allí hay y también podré subir a las cumbres de algunas montañas. ¿Nos guiarás tú?
- Hasta donde pueda y sepa seguro que sí.
- Ya sabes que necesito conocer todos los

rincones y secretos de estas sierras. Estas vacaciones junto al río y por donde el Charco de la Pringue seguro que van a servir de mucho.

Y se pusieron a preparar las cosas. A media mañana ya rodaban por la carretera que surca el gran valle de olivos rumbo al rincón del río Guadalquivir. La niña y sus amigos iban contentos, muy contentos. El amigo de la abuela de la niña iba mucho más contento. Le parecía que aquella realidad era un puro sueño. En su corazón era feliz, muy feliz.